

Catalina Labouré.

La Santa del Silencio.

Javier Elía

La Milagrosa, 2001

## CAPÍTULO I: LA SANTA DEL SILENCIO

Catalina ha sido nombrada "la santa del silencio". Su vida madura se desarrolla en la oscura monotonía de un asilo de ancianos de un humilde barrio de París, entre el recogimiento y el anonimato. Su carácter personal, su vocación y su santidad se asientan en valores exquisitos de la realidad humana y la vivencia cristiana y religiosa.

Desde su origen y educación campesina, Catalina descubre el valor de la humildad y el silencio, el sentido del servicio y la amargura de la necesidad, la realidad del esfuerzo y la abnegación cristiana, el amor fraterno y el amor a Dios.

Desde el amor a la madre, Catalina es protagonista de las carencias afectivas materno-filiales, sobrevenidas por la ausencia definitiva de la madre natural, cuando todavía es una niña. Incrustada por la existencia en la austeridad y serenidad que significa la vida de aldea, el amor a la Madre de Cielo llena su persona de recia e intensa piedad interior siendo protagonista gozosa, cuitada y misteriosa, y participante oculta, en el silencio de apariciones y conversaciones con la Virgen María a quien ha constituido para su vida como la madre del alma que reemplaza a la madre del cuerpo.

Desde el misterio del destino personal y de la gracia, cuyo signo forma parte de los designios de Dios, y desde su trabajada vocación a Hija de la Caridad y el enigma de su plena realización entre la vulgaridad y la normalidad, Catalina ha dejado para el futuro signos y señas de toda una vida testimonial expresa, silenciosa y humildemente dedicada a los

secretos de la Virgen María y a la dedicación, el cuidado y la atención inmediata a los pobres de cercanía, necesitados de pan, cariño humano, compañía e iluminación espiritual.

Vicente de Paúl, el personaje serio y triste del cuadro, de mirada profunda, directa y franca, fundó para la Iglesia y para el Evangelio, allí por los años de 1630, la Congregación de la Misión, sacerdotes de humilde vivir y asiduo predicar, a fin de evangelizar a los pobres del campo y avivar la caridad. Y fundó también, junto con Luisa de Marillac, la Compañía de las Hijas de la Caridad, madres y sirvientes de los pobres y enfermos, testimonio callado de caridad, entrega y disponibilidad. Catalina, todavía adolescente, descubre en un pueblo cercano a su aldea familiar, precisamente allí donde ella mueve sus primeros pasos de joven y campesina, que las Hijas de la Caridad regentan un asilo de ancianos. Las Hijas de la Caridad, a instancias de sus fundadores, atienden a los pobres allí donde éstos están y allí en dónde éstos se hacen presentes.

Catalina Labouré, desde muy pequeña, apenas sin darse cuenta, al abrigo de sus esencias campesinas, se empapa de la piedad vicenciana de la caridad, la humildad, la sencillez y el servicio al prójimo pobre, y se deja llenar por la estricta piedad y disciplina que percibe en el

entorno familiar bajo la austera y eficaz influencia de su padre. Ha dejado para la Iglesia, los cristianos y para las Congregaciones fundadas por San Vicente de Paúl el testimonio y el emblema de la Señora Virgen María, recogida en la Medalla Milagrosa. Su vida personal y su vivencia religiosa son un manifiesto contundente de fe y humilde disponibilidad, de vocación y dedicación vicenciana; la expresión exacta, a veces rústica, pero siempre intensamente espiritual y servicial, de Hija de la Caridad, reflejando en su vivir comunitario y en sus actuaciones de trabajadora incansable, las más puras exigencias del Evangelio y del mensaje viviente que Vicente de Paúl y Luisa de Marillac sembraron para que sus Hijos e Hijas lo hicieran florecer.

Las Hijas de la Caridad se han señalado en su vida personal, en su vida de comunidad y en el ejercicio del apostolado y servicio a los pobres, por la profunda oración y religiosidad, las cuales las convierten en vivencia permanente, acompañada por la sencillez y la humildad, por la laboriosidad y la dedicación, por el afecto y el servicio a los enfermos, a los ancianos, a los niños abandonados, al inmenso campo del sufrimiento que se extiende abundante en la sociedad humana en que se vive. Desde su trayectoria como Comunidad de caridad y servicio han sido ellas las madres de los pobres, las madres de los enfermos, las portadoras de la cercanía del afecto hacía las personas que sufren.

A Catalina Labouré la canonizó el Papa Pío XII el día 27 de Julio de 1947. En la exposición y charla de aquel día, el Papa la señaló y destacó como la "santa del silencio". Antes, en 1923, Sor Catalina había sido beatificada por el Papa Pío XI, quien la presentó a los creyentes y no creyentes como modelo de "vida oculta", como ejemplo de "vida en secreto", como "protagonista de una gran espiritualidad enriquecida por una tierna y fervorosa devoción a la Virgen María bajo cuyo manto realizó su vocación de Hija de la Caridad" realizando una vida personal de "muchos años en sombra". La Iglesia siempre tiene razones válidas, serias e incontrastables para justificar con profundos argumentos sus decisiones. Ella decide con solvencia y extensos conocimientos sobre la hondura, extensión y significado de la perfección y santidad de aquellas personas a las que establece como ejemplos y modelos de

vida cristiana, prototipos exquisitos del seguimiento de los criterios, la doctrina y la vida de Jesucristo, y adalides de vivencia espiritual y ejemplaridad de bien hacer para los cristianos. No es cuestión de poner en duda los criterios santificadores de la Iglesia y su autoridad, pero, desde la perspectiva y los conocimientos que acompañan al caminante interesado y desde las vivencias acerca de la realidad espiritual que ha dejado a la posteridad, quizá no sea excesivo aventurar que Santa Catalina parece ser considerada y contemplada como una santa impuesta por las circunstancias, una santa que responde a conveniencias que hay que justificar, una santa que es encumbrada por causas y razones de oportunidad, "una santa que ha entrado en el santoral con calzador".

Catalina, la santa del silencio, es la mujer del humilde pueblo, perdido en los campos de Borgoña, que tras años de juventud, oculta en la ignorancia y entre las rústicas faenas domésticas, arriba un día, a trancas y barrancas, al recinto sagrado de una Compañía religiosa de mujeres, floreciente y reconocida, pero sumida, por aquel entonces, en graves problemas de relajación y conformismo.

La Catalina Labouré que llama a la puerta de las Hijas de la Caridad no es una "lumbrera" en conocimientos, ni en cultura, ni en economía familiar. Ha quedado huérfana de madre a los nueve años, y las circunstancias de la familia le sumergen a los doce años en la necesidad de asumir las tareas de "dueña de la casa" en un pueblo de la campiña y en una familia con abundante número de hermanos. A los 18 años, no sabe leer ni escribir. Con 23 años, vive una piedad profunda de campesina, y un amor entrañable e intenso a la Virgen María.

Cumplidos los 24 años, la comunidad de las Hermanas del asilo la admite como aspirante.

Meses más tarde ingresa en la residencia de las Hijas de la Caridad especialmente dedicada a la formación intensiva humana, espiritual y vicenciana de las jóvenes animadas por la vocación del servicio y dedicación a los pobres. En este año de preparación, Catalina vive en visiones, apariciones y conversaciones con la Virgen María, guardando hasta su muerte, en absoluto silencio, el don de haber sido protagonista de encuentros con la Señora.

Llega a la residencia de las Hijas de la Caridad en París con una lección bien aprendida, la de amar profundamente a San Vicente de Paúl, el sacerdote de ojos de profundo mirar que un día descubrió en el hall de entrada del asilo de ancianos. Catalina sabe de granja, de pucheros y de cocina; también de lavados y coladas; sabe mucho de palomas, granos y animales; también sabe de rezos y oraciones. A pesar de todo se siente impulsada a la vocación religiosa que la orienta a dedicar su vida al cuidado de los pobres y enfermos. Ama intensamente a la Virgen como Madre. Además de no disfrutar de la suya desde los nueve años, ha descubierto interiormente a la Señora como suplente perfecta que debe llenar su corazón de adolescente, de joven y de muchacha casadera.

Ante los superiores de la Comunidad, su vida religiosa transcurre sin pena ni gloria durante los primeros meses de contacto y el año intenso y estricto de preparación. Como, - tantas otras jóvenes venidas de pueblos y aldeas, supera sin estridencias la prueba y es admitida para ser Hija de la Caridad. Le dan el primer destino para cuidar de los pobres en el asilo de ancianos de Enghien. Será el primero y definitivo, pues durante el resto de su vida, una bella suma de cuarenta y seis años, desarrolla en este asilo su vocación de Hija de la Caridad. Es una más de la comunidad; ni la más activa ni la más deslumbrante. Aparentemente no asoman en ella por ningún lado vestigios de santidad. Las compañeras sabías, preparadas, inteligentes y prestigiosas, le llamarán sin ambages la tonta y la boba de la comunidad. Es aldeana, procede de pueblo, sus ocupaciones anteriores han estado marcadas por las faenas típicas de granjera y cuidadora de animales.

Pero las incidencias y avatares de cada día no inmutan a Catalina. No hace cuentas, tampoco

previsiones; no espera galardones, ni preferencias. Está, sencillamente, dispuesta a lo que dicen, a lo que mandan los superiores. Su vida sigue siendo la de una humilde campesina, recogida, reservada, siempre dispuesta. No se muestra resignada, sino callada; no se la ve holgazana, rehuyendo la carga, sino trabajadora; no se la descubre urdiendo intrigas y súplicas para puestos preferidos, sino aceptando con tranquilidad interior y exterior los últimos cometidos, los trabajos no deseados, las tareas más desagradables.

La vida de Catalina, Hija la Caridad, puede considerarse como la prolongación de su aprendizaje de infancia y adolescencia en la casa familiar. Al menos, en cuanto al carácter que imprime a sus actividades y a su compostura. Acepta los desempeños que se le encargan sin rechistar; los superiores son los que saben, los que mandan, los que gobiernan; a los súbditos les corresponde aceptar, obedecer, cumplir. Catalina es sumisa y reservada, como toda buena

mujer que se precie de haber crecido en aldea y haber sido educada en el entorno de la actividad familiar campesina.

Para el criterio humano y religioso de Catalina, aceptar lo que otros no quieren no es asunto suyo; ella acepta lo que le mandan. Excusarse para no aceptar los trabajos más desagradables porque otras no saben, no le corresponde enjuiciar; ella los acepta porque lo mandan y porque sabe realizarlos con notable perfección. Ser cocinera, granjera, la aldeana ignorante de la comunidad, el mulo de carga, la siempre dispuesta, no son para Catalina

reproches ni bajezas, son, sencillamente, expresiones de la disponibilidad hacia "todo" que debe ofrecer siempre una Hija de la Caridad.

En esta aceptación de las obligaciones, en este cumplimiento diario del deber es donde se esconde la grandeza espiritual, sencilla, servicial, campesina, profunda de Catalina Labouré.

Si todo esto es acompañado por una profunda vida interior espiritual, vida de oración y sacrificio, y la actitud de la persona se traduce en un ofrecimiento permanente de consejo, orientación y súplica, no cabe duda de que la conclusión de haber celebrado la santidad de Catalina ha sido un gran acierto de la Iglesia y también para las Hijas de la Caridad.

Contemplada desde una perspectiva religiosa y espiritual, Catalina es reconocida la santa del silencio, faceta femenina difícil, casi imposible. Es una humilde Hermana que une la esencial interioridad del alma con lo sobrenatural en las actividades más sencillas de realización personal, y expresa en su vida del cada día la fe de campesina propia de las almas pobres en conocimientos y ricas en sentimientos, cifrada en el amor tierno al esposo místico Jesucristo y la aceptación sublime de los designios de Dios.

Analizando su vivencia de integración en una comunidad, es la hermana reservada y trabajadora, perdida en el anonimato y en la insignificancia, sumisa y obediente para con los superiores, respetuosa y comprensiva con las compañeras, colaboradora eficiente en el trabajo y cordial sugerente de oportunas orientaciones ante las dificultades que revolotean en las conciencias.

Conocida desde el misterio de la vocación religiosa, es la humilde y sencilla Hija de la Caridad sumida en el misterio de la comunión con Dios, amante fiel del padre Vicente de Paúl y de la madre Luisa de Marillac, desprendida de sí misma, dispuesta al trabajo y al servicio, cumplidora

exacta de las reglas, confiada en la presencia de Dios que se hace voz en los superiores, escondida en las tareas, pero eficaz.

La Iglesia ha querido personificar la perfección de Catalina destacándola como fiel seguidora y servidora del Señor, la hija querida de la Santísima Virgen María, la protagonista de las apariciones de la Virgen. Ha sido elegida para traer al culto cristiano y a la devoción de las

gentes los signos de santidad y grandeza de la Madre Inmaculada, por medio de la Medalla Milagrosa, cuyo emblema recoge simbólicamente las prerrogativas y títulos de la Madre de Dios, la cual llena de gozosas satisfacciones espirituales a las almas de innumerables fieles creyentes que sufren en su espíritu y en su cuerpo las consecuencias de los reiterados vaivenes de la vida diaria y de las dudas que enturbian la frágil fe de los cristianos.

## CAPÍTULO II.- LA CASA FAMILIAR

Catalina Labouré nace en Fains-le-Moutiers, un pueblecito de la Borgoña francesa, región situada entre los Alpes y París. A esta región se le llama la "Costa de Oro", pues, aunque no hay signos de mar ni de oro, sus campos están cubiertos por extensos viñedos, cuyo prestigio es reconocido más allá de las fronteras de su próspera campiña.

Borgoña es región floreciente en posibilidades económicas que se manifiestan en oportunas facilidades para conseguir y mantener una respetable holgura en cuestiones materiales y económicas, sea a base de establecer el propio negocio o a base de trabajar mediante contrato en negocios y pequeñas empresas constituidas por gentes de medios económicos y saber. Los extensos y abundantes campos plantados de vides dan para estas holguras familiares, aunque la necesidad de trabajar y ajustarse a una buena organización no priva a los moradores de los numerosos y pequeños pueblos, agrícolas y vinicultores, para estar sujetos a una determinada filosofía propia de los ambientes campesinos. La mayoría de los habitantes hacen fortuna, desarrollan su vida personal y familiar y se especializan en la



profesión que rinde homenaje a la producción y comer civilización del vino, tanto dentro como fuera de la región.

Fains-les-Moutiers es un pueblecito muy parecido a otros muchos que puntean en la campiña; apenas tiene doscientos habitantes. El nombre de Moutiers hace pensar a los entendidos en un monasterio fundado en el siglo VI y destruido por la Revolución a finales del siglo XVIII. A esta región se la ha llamado también la "Borgoña Mística". Es la patria de san Bernardo, muy cerca de Moutiers; y la de santa Juana de Chantal, compañera de san Francisco de Sales; y la de Mauricio Blondel, filósofo y místico del siglo XIX; y de Madame Royer, apóstol de Sagrado Corazón, y actualmente la de los monjes de Taizé. Estos ilustres personajes fueron miembros de la nobleza o burguesía de Borgoña. Gentes económicamente fuertes, socialmente prestigiosos, con sólidas influencias sociales e intelectualmente cultivados.

Los hombres de Fains son labradores propietarios. Trabajan tierras propias y cultivan tierras que son suyas. Cada familia debe proveerse y mantener sus propios animales, aperos, máquinas y herramientas con sus medios propios para realizar las tareas del campo y conseguir almacenar la cosecha en los graneros. El padre de Catalina es propietario de una surtida granja y poseedor de tierras de cultivo.

El matrimonio Labouré es la expresión elocuente de la familia numerosa. La hacienda se agita poblada con criados y sirvientes, y con muchos hijos. En el cómputo total Pedro Labouré y Magdalena Gontard le obsequian al Señor con dieciséis vástagos, que llevan su apellido y las más puras esencias de ser por convicción profundamente cristianos y auténticos labradores. Los hijos hacen grupo compacto alrededor de la mesa, llenan las habitaciones y son alegría y carga interminable para los padres; aportan también un simbólico apoyo infantil a las tareas y obligaciones del campo, la granja y la casa. Catalina es la novena hija de la pareja. Superadas las dificultades de los primeros años de crecimiento, al matrimonio le quedan diez robustos jóvenes, siete hijos y tres hijas: Humberto, María Luisa, Santiago, Antonio, Carlos, José, Pedro, Catalina (Zoe), María Antonieta (Tonina) y Augusto.

Los muchos hijos llegan a la familia Labouré demandados por las costumbres religiosas y sociales de la época y por la necesidad familiar de sacar adelante las tareas propias. Aquello de "un hijo viene con un pan bajo el brazo" también es aplicable a la familia de Pedro Labouré. Algunos interesados, distraídos por el afán de rebuscar semejanza de matices y protagonismo con otras apariciones acaecidas en la época, han querido presentar a Catalina como rudimentaria pastora y pobre criada de granja, pretendiendo asemejarla con las videntes de La Salette y de Lourdes. No es exactamente así. Pedro Labouré es un labrador acomodado, con tierras y granja, y a Catalina le corresponde ser, por necesidad y circunstancias familiares, "la suplente de la madre", "la dueña de la casa", y la que desempeña las funciones de "ama y señora de la granja".

La casa familiar de Catalina es la casa de "Los Labouré". Esto significa no solo la casa de piedra, las fincas, los animales, sino fundamentalmente las personas que la componen, los hijos, el padre y la madre. Los miembros (le la familia llenan la casa, manejan los animales, emplean las herramientas y realizan las tareas de la actividad diaria en ensamblada y conjunta organización. Día tras día, son muchos a compartir y reclamar el pan, que no siempre el trabajo, pues los más pequeños no levantan cuatro palmos (lel suelo.

La casa edificio, sólida, rústica, austera, no sólo es recinto de recogimiento interior familiar, sino instrumento de trabajos sin fin, lugar de tareas sin cuento, almacén de granos y sacrosanta despensa, corral poblado y cuadra de incontables animales. El entendido hombre de ciudad puede ver en este campesino y rústico amontonamiento la expresión de una

promiscuidad animal y sucia; sobre todo, cuando animales y personas comen, duermen y viven bajo el mismo techo. Pero el campesino, hombre sabio, cauteloso, prudente y previsor, sabe que arropa entre sus muros la esencia y la fuerza de su vida entera y la de su familia. La granja Labouré, con su tejado de color gris oscuro, forma un rectángulo casi cerrado. Los edificios crean un gran patio en el centro, una especie de claustro, que sirve de lugar de esparcimiento para los críos y los jóvenes y para desentumecimiento de los animales que ocupan las cuadras. La puerta principal comunica a una explanada por un amplio porche que la protege y que muchas veces se cierra mediante una enorme puerta de madera de dos hojas. Fuera del porche, en una esquina, un esbelto y ancho palomar de unos 10 metros de altura. Granja, casa, patio y palomar dan a entender que la familia que los habita es “una de las casas principales del pueblo”. “Oh no! Los Labouré eran de una situación por encima de la nuestra. No se nos permitía ir a su casa sin algún motivo. Eran muy ricos. Eran de las mejoras casas de Fains”, dice la señora del pueblo de la misma edad que Catalina, cuando le preguntan por la infancia.

La solariega casa "Labouré" parece recordar un antiguo monasterio. Así lo dicen los mayores. Los pequeños no se detienen en esas cosas. Simplemente están ahí. Usan la casa, son de la casa, se recogen en casa. Los miembros de la familia utilizan, para cuanto sea menester, los rincones y espacios, las habitaciones, graneros y cubiertos. Disfrutan de la cocina, de la gran sala, del porche, de las escaleras, de la cuadras, del desván, del pajar, del palomar, de la explanada. Duermen en los cuartos de arriba. La casa tiene muchas habitaciones. Cada lugar, arriba o abajo, dentro o fuera, tiene un destino. Cada hueco se aprovecha con intensidad. Colgados en las paredes repletas de clavos y estacas se ven toda clase de ropas y herramientas de trabajo; son elementos de uso diario que llenan el ambiente de sentido labrador y olor a sudor, a polvo y a hierba.

Delante de la puerta principal, una amplia explanada rodeada de recios olmos que enseñorean sus frondosas sombras alrededor de la casa. En una esquina, las aseas para beber los animales; en otro lado, se destaca la chepa del horno casero donde se cuece el pan

de la familia cada semana. La explanada es lugar predilecto para charlas y concentraciones de vecindario. En ella vecinos y vecinas han contado muchos secretos. Los atardeceres son bellos momentos para la conversación.

Los lugares exteriores a la intimidad de la familia - el hórreo, el palomar, el corral, el granero, el matorral, la zanja, el sendero, el prado, el soto - son parajes personales y recatados guardianes de mil secretos; en ellos, chiquillos y jóvenes encuentran rincones propicios para la distracción, la cuitada conversación, la sigilosa travesura y el lugar de reiteradas tareas. Sin embargo, en lo más recóndito se hace presente la figura del padre y la madre; unas veces, vigilante, aleccionadoras otras, correctoras, hacendosas siempre; los padres, quieras que no, todo lo advierten, todo lo tienen, todo lo tienen organizado.

La casa familiar de "los Labouré" es la casa y hacienda que Pedro ha recibido de sus padres con el fin de mantenerla compacta; a él corresponde conservarla y darle continuidad en su propia familia. Los Labouré son, desde muchos años, familia entroncada en Fains, fuerte económicamente y sólida en prestigio local. El padre, el marido, es el único administrador de los bienes de la comunidad familiar. Sus poderes no tienen otros límites que los estipulados en el contrato matrimonial.

En la tradicional mentalidad de los pueblos de la época la Familia, con patrimonio o sin él, es un sistema económico de gestión, de procreación, de presente y de futuro. La familia y la tierra se confunden y sus necesidades se imponen a los individuos que forman parte de ella. El hogar está constituido como unidad económica de base; en consecuencia, la familia es

una empresa, la casa un espacio de ti abajo, y los papeles respectivos de padres e hijos, de jóvenes y viejos, de hombres y mujeres, se hallan rigurosamente establecidos. La pequeña empresa familiar podrá ser terrenos de cultivo, granja, tienda, comercio, factoría, pero será algo tan sagrado para el padre como intocable para las ambiciones y apetencias de los hijos. Pedro Labouré es acérrimo defensor de estos principios; por ellos vive y trabaja y por ellos engendra hijos y los educa.

El cabeza de familia hace y hará los arreglos pertinentes destinados a mantener la unidad de la explotación familiar en manos del mayor, del preferido, o del más capaz. A los segundones y a los más jóvenes les procurará una ayuda especial, y les facilitará la salida para que puedan establecerse lejos del hogar y buscarse la vida, renunciando a toda opción de apostar por la consecución de la propiedad y gestión de la hacienda de los padres. Son costumbres que responden a la teoría del "mayorazgo"; el mayor queda en casa, recibe la hacienda, la trabaja y la conserva indivisible. De esta manera la hacienda no se rompe en sucesivas generaciones de hijos, eliminando con ello el riesgo de desaparecer o empobrecerse en pequeñas parcelaciones. Estas costumbres consolidan, pues, la ancestral situación de recurrir a la emigración familiar por necesidad de realización personal.

La casa familiar donde Catalina se inicia en las tareas y verdades de la vida aglutina secretos de viejas penas y rancias alegrías. Ha sido fuente de vida y energías. Quedan marcadas entre sus agrietadas paredes mil vivencias y recuerdos. A lo largo de los días se hacen presentes, aunque confusos, recuerdos de incontables actuaciones, ingenuas experiencias, lecciones aprendidas y secretos bien guardados, que levitan en la lejanía de la vida infantil. Rincones, objetos, lugares, muebles, personas, animales han sido parte de la esencia de la vida infantil de Catalina. La vieja casa sigue erguida, aunque reparada, y se mantiene como noble caparazón que envuelve y protege a cuanto en ella se cobija y crece.

Personas y animales son la razón de ser de las familias. Las viejas casas acogen en su interior con igual naturalidad a las gentes y a los animales. La reata de animales son la expresión y el índice de la fortuna material de la familia. La compañía de personas y animales, vitalmente

asumida, marca las posibilidades de subsistencia de hombres y mujeres. La cruda verdad de las gentes campesinas de Fains emerge de la circunstancia y necesidad de afrontar su existencia,

en base al hecho de haber aposentado su vida en este aireado y luminoso pueblo campesino, estampa vistosa colgada de las suaves laderas, empinado siempre, y visible claramente desde todos los puntos de la comarca.

Los primeros años de Catalina entre las paredes de la misma casa le sirven para descubrir, poquito a poco, las actividades propias de las gentes que la habitan. Constituyen y llenan las entrañas del vetusto hogar familiar, las ocupaciones duras e interminables del padre, señor cabeza de la familia, la presencia constante de la madre en faenas interminables, las compañía ruidosa de muchos chicos y chicas, como racimo denso que se hace presente en todos los ajetreos.

Llegados a la edad de mocerío los hermanos segundones más jóvenes emigran de la casa del padre para buscar su futuro: Humberto se alista en las milicias del rey; María Luisa se va a las Hijas de la Caridad; Santiago se establece como vendedor de vinos; Antonio monta una farmacia y trabaja de farmacéutico; Carlos se convierte en hotelero; José monta un negocio de vendedor de botellas; Pedro encuentra trabajo como empleado de comercio. El íntimo problema personal al que Catalina se ha de enfrentar a sus veinte años para conseguir dar vía libre a la realización de vocación personal es el de la soledad y aislamiento del padre, a quien quiere con fervor de hija agradecida.

### CAPÍTULO III: EL PADRE Y LA MADRE

Los padres de Catalina hacen pareja armónica y bien compenetrada. Físicamente, el padre es de contextura fuerte y de mediana estatura. La madre luce figura y nombre catre las señoras de pueblo, pero es más delicada y más frágil. Su armonía transmite consistencia y seguridad. Los hijos no perciben la más mínima discrepancia en los asuntos importantes de índole familiar. En la actividad y ajetreos propios de la casa y de la hacienda, en la realización de los trabajos, en la utilización de medios y animales, su conexión es compacta, respetándose uno a otro el área particular de sus propias actividades. En consecuencia, los Labouré, son consistencia pura, dedicación absoluta a lo suyo y demostración continua de modos y maneras en favor de los hijos y de la casa.

Pedro Labouré ha crecido desahogadamente su infancia y juventud en las hermosas campiñas de la Borgoña desde su nacimiento en el año 1767. Las crudas reacciones que han ido preparando la Revolución, apenas percibidas en el campo, no han sido obstáculo para iniciarse en los estudios clericales. A los 20 años está estudiando en el seminario para ser sacerdote. Pero el cariz que toman los acontecimientos a raíz de la Revolución, el ensañamiento contra los valores religiosos y clericales, la quema de iglesias, la persecución a los signos y personajes de la Iglesia, el feroz acosamiento a los nobles y gentes destacadas, que se producen por estas fechas, influyen decididamente para que Pedro retorne a la hacienda familiar. Dos días después de la proclamación en París de las revueltas que conducen al Terror del 4 de junio de 1793, se casa con Luisa Magdalena Gontard, joven institutriz del vecino pueblo de Senayville.

Cuando Catalina marca los primeros pasos, la persona y figura del padre se vislumbra envuelta en un sin fin de actividades que lo identifican totalmente con la vida monótona de un pequeño pueblo rural y con el ajetreo que requieren los trabajos del campo y la granja. El padre es hombre maduro; su edad se asienta en los 38 años. Define su figura, la constancia y dedicación a las tareas de la granja y al campo, de sol a sol, la paciente aceptación de las

inclemencias del clima, la sencilla organización de tiempos y ocupaciones, el conocimiento de los animales, las máquinas y herramientas, el prestigio personal ante los vecinos, el ponderado acierto en la solución callada y silenciosa de los problemas cotidianos, el aprovechamiento de todo aquello que puede ser un recurso más y una ayuda mejor para la actividad, la seriedad y exigencia a los hijos requiriendo su colaboración en los trabajos y rectos comportamientos.

El padre es para Catalina un magnífico pedazo de persona y trabajador. Los pocos estudios de juventud adquiridos en el seminario han ayudado a Pedro Labouré a conseguir, un día tras otro día, un notable prestigio entre el vecindario, llegando a ejercer de alcalde. Junto a muchos contratiempos y dificultades, el orgullo y la satisfacción del padre se hacen notar. La verdad es simple: la ingente manada crecen sanos, fuertes, templados y avisados, cual cervatillos salvajes.

Pedro Labouré, es hombre campechano, amigo de sus amigos y prudente con los ajenos, servicial con los vecinos, cumplidor respetuoso de las obligaciones religiosas. La sabiduría personal la ha conseguido de lo que le enseñó su padre, de los estudios entre los curas, del interminable contacto con la tierra y de las ocupaciones que acompañan a una vida de granjero labrador. Se muestra orgulloso de lo que es y lo que tiene; de las actividades de ganadero, de los campos de hierbas y forraje, de los ganados, de los hijos y la familia. Este orgullo lo transmite en el propio porte, cuando han sido superadas dificultades llegadas de repente o cuando se zanja situaciones inquietantes en las acciones diarias y en la convivencia vecinal.



El padre de de Catalina es extremadamente cuidadoso de la casa, de sus bienes, de sus animales, de los aperos y de las herramientas. Pedro Labouré es ese tipo de persona que ama lo que tiene, defiende lo que cosecha, guarda lo que puede ser necesario y, como sin darle importancia, vigila con esmerada atención los comportamientos y actuaciones de los hijos que ha tenido de su mujer. Conserva la alegría del hombre feliz y sencillo de pueblo, a pesar del cansancio, el esfuerzo y el duro trabajo. Acepta con resignación la adversidad del tiempo, las enfermedades, la poca consistencia de los medios materiales, las incertidumbres, compañeras de la llegada de la noche y del amanecer del día. Está pendiente de los animales; ellos son su fortuna, su actividad y su negocio. Tiene la picardía del hombre del campo y la tozudez de quien sabe que se vale con pocos recursos. Acepta la suerte de vivir con holgura, pero no es tacaño. Posee la inteligencia que da la naturaleza y se enriquece con la experiencia. Sabe ser previsor para conseguir buenos resultados de las cosas y situaciones más sencillas. Son circunstancias y cualidades esenciales en la apretada vida del granjero y labrador.

Catalina percibe la personalidad del padre, como auténtico y testarudo defensor de su patrimonio. El es el verdadero rey de la casa; sea cuando regresa del campo o cuando se sienta a la mesa o cuando hace tertulia con los compadres o cuando descansa en su viejo sillón o cuando se ocupa de los animales en cuadras y corrales o cuando está enfrascado en sus herramientas. Habla poco, pero cuando lo hace sus palabras son decisivas. Son palabras que representan autoridad, experiencia y sabiduría, incluso en aquellos dominios en que la actividad pudiera ser más propia de mujeres, como son la cocina y la sala de estar.

Durante muchos años Catalina guardará de su padre un recuerdo respetuoso y una admiración sincera. El se ganó lo mejor, se mereció el premio reservado a los hombres honestos, justos y religiosos. Para Catalina, si el recuerdo difuminado de la madre es la expresión viva del silencio y la serenidad, el padre es la personificación de la tenacidad, la destreza y el ingenio. Pedro y Magdalena sembraron la casa de hijos y dejaron plantadas, cual semillas profundas en tierra, la honradez y el respeto, el esfuerzo y el coraje, el orgullo y

la decencia, la sencillez y la religiosidad, la fe y el amor. Desde lo más profundo del ser, Catalina levanta un monumento, no de piedra sino de consideración y respeto, quienes han sido sus padres.

Las ocupaciones caseras, las necesidades de los hijos, las urgencias y acontecimientos domésticos hacen que Catalina recuerde a la madre, cual mujer muy ocupada: guisando en el fogón, extremando habitaciones, realizando los mil quehaceres de todos los días, rodeada de gallinas y animales, sosteniendo un crío pequeño en brazos, rezando sus rezos en la iglesia. La madre tiene en la cocina su palacio, y también su santuario; la cocina es taller de labores, guardería de hijos y rincón sagrado para las conversaciones con hijos y esposo.

Para la madre de Catalina la jornada es larga y muy larga. Ella es la primera en levantarse, a la par que el canto del gallo rebrinca en el gallinero, a la par que las primeras luces del alba asoman silenciosas por las rendijas de la ventana. Ella es la primera sorprendida cuando al salir el sol ve los campos y árboles cubiertos de nieve. La madre es la última en acostarse, cuando las luces del pueblo se han apagado al completo, cuando la luna ha galopado gran parte de su cielo, cuando los aullidos de los perros han dejado de sorprender el silencio de la noche, cuando en el interior de la casa solo sirve la luz de un viejo candil. Ella es la última que, cuando la noche se ha adueñado silenciosa del ambiente, sube escaleras arriba para acostarse y reposar dando cabida al sueño reparador. Aún le queda un suspiro de tiempo, cariño y cuidado para comprobar que cada hijo está bien recogido y acostado en su cama. La madre sabe de todo y para todo tiene soluciones: cocinera, costurera, ama de casa, organizadora, remedio de las necesidades. Gobierna la casa con aplomo y tranquilidad. Es reina complaciente en la cocina y en la casa, y es señora cuando sale a la iglesia. Bajo los altos olmos de la explanada, con su cesto de calceta en el regazo, rodeada de pollos y gallinas, con los gatos dormitando en cada esquina, transmite a los pequeños y mayores toda la paz y el equilibrio del mundo. Es el momento de la serenidad de la tarde. La madre transparenta la paz familiar y la satisfacción entrañable de los suyos. Es la expresión sublime del silencio, del esmero y la laboriosidad. Su presencia inspira afecto e intensa reverencia. Representa para los hijos una sensación placentera de compañía, protección y cariño. La madre es mujer de casa y cocina, abastecedora de platos, alforjas y pesebres. La madre es mujer de misa y rosario, educadora cristiana, vigilante del rezo diario de las oraciones, exigente cumplidora de la Misa del domingo, callada y devota, respetuosa con las personas, las cosas y los chismes del vecindario; es madre de muchos críos, suave y sólido guardián en los peligros entre los que se mueve la chiquillería. En el corazón infantil de cada hijo, la madre tiene un altar. No admite remilgos ni caprichos en la mesa. Los lloros constantes de los más pequeños impactan poco. Las discusiones y peleas inofensivas entre los ya crecidos no alteran la armonía; son cosas de todos los días. Su tarea, su oficio, su dedicación son la

casa, los hijos, los rezos y los animales.

Los padres transmiten a sus hijos los valores esenciales y fuertes de la vida: el respeto a los mayores, la obediencia a los padres, la consideración hacia los ancianos, la solidaridad con los demás, la hospitalidad para el recién llegado, la colaboración con los vecinos, el sentido del trabajo, el valor del esfuerzo, la vitalidad del servicio, la ayuda a los demás, la religión de Jesucristo, el cumplimiento de las normas y mandamientos, y la importancia personal de un correcto comportamiento. Los padres de Catalina, Pedro y Magdalena, enseñan a sus hijos desde muy pequeños las esencias de una vida asentada en los principios cristianos: Dios, la Virgen, la oración, el Rosario, el amor a los demás, la moral, los buenos comportamientos y la dedicación continuada al trabajo para llegar a valerse por uno mismo.

Catalina percibe en el entorno pueblerino y familiar cómo el padre y la madre se mantienen erguidos cual árboles vigorosos, seguros y consistentes. Ellos deparan protección, conexión, entrega, dedicación y cariño a la nutrida prole de sus pequeños hijos. Catalina guarda un inefable recuerdo de la madre. La disfrutó de cerca durante los primeros nueve años. A partir de esa edad la disfruta en el silencio de su corazón. Es un recuerdo que anida en todo el ser personal; es su respuesta de justicia, entre respeto y veneración, entre nostalgia y devoción, entre agradecimiento y satisfacción. La madre es y ha sido para Catalina la mujer valiente, delicada, discreta, generosa, prudente, trabajadora, sufridora, piadosa, pendiente, atenta, apuesta, hogareña.

Para Catalina los padres son ejemplos particulares y constantes de rectitud, coraje humano, fortaleza espiritual, esfuerzo personal y profunda dedicación desinteresada. Llenan la vida de contenido, y ofrecen a quien los conoce auténticos testimonios de laboriosidad, abnegación, sacrificio, renuncia y piedad. Aposentan y hacen crecer en su entorno un sentido religioso de la vida, que se manifiesta por la fe profunda en Dios, la aceptación cristiana de las contrariedades, el amor a la Virgen María, los principios cristianos, el respeto al señor cura, el reconocimiento de lo sobrenatural. Valores que son transmitidos espontáneamente a los hijos que crecen arracimados en la vieja casa al abrigo de la prudente tutela de los padres.

Al tiempo de nacer Catalina, sus padres llevan casados trece años. En trece años de vida conyugal el matrimonio de Pedro y Magdalena han engendrado un promedio de un hijo cada dieciséis meses. La madre muere el día 9 de Octubre de 1815 después de haber rebasado los 46 años. La vida del matrimonio ha durado 22 años y de los diecisiete hijos engendrados sobreviven diez. Duro esfuerzo para la madre, no sólo por su permanente estado de embarazo, sino por el cuidado y ocupación que significa la crianza y educación de tantos niños pequeños.

#### CAPÍTULO IV: CRECIENDO SIN CALOR DE MADRE

Las gentes dedicadas a la labranza viven en unión consustancial con el campo y dependientes de la naturaleza, del tiempo y los climas. Saben de fríos y calores, de hielos, escarchas y nieves; tienen conocimientos de tierras y plantas, saben de abonos y semillas, cuidan y crían animales, entienden de aves de corral. Su trabajo, conocimientos y actividad significan no solo conseguir buenos rendimientos, sino evitar decepciones frustrantes, penurias intensas y un sin fin de problemas. Ser labrador en Fains conlleva la práctica de la carrera de agricultor, horticultor, ganadero, almacenista, comerciante y mercader.

La vida del labrador se hermana fundamentalmente con la esperanza. Mira cada día al cielo

con franqueza y se asienta sobre la tierra donde aprende a vivir encarnado en la paciencia. El nacimiento de la simiente y la floración del grano dependen de la lluvia y el sol, por eso el labrador vive colgado del firmamento y aprende a discernir, desde la contemplación del color del cielo y la frescura del viento, si las condiciones que se avecinan responderán favorablemente o no a las necesidades de la tierra. El labrador, aposentado bajo el ancho cielo, sorprendido por la tormenta, castigado por el sol ardiente del mediodía, que vive en relación directa y constante con la tierra, los animales y las máquinas, descubre y se gobierna por un criterio básico de supervivencia: valerse por uno mismo.

En los frutos de la tierra, el labrador encuentra cama y almohada, mesa y sillón. Sobre la tierra, el labrador comparte con los suyos la angustia de la espera y la intranquilidad del quebranto o la sorpresa. La finca, la huerta, el campo, la fuente, el árbol, el monte, la cuadra, las pocilgas, el gallinero son para el labrador despensa segura, aunque muy trabajada. Los sacos de trigo apilados en el granero, la paja almacenada en el pajar, la hierba recién cortada, las verduras de la huerta, los pollos del corral esconden en su gozosa cosecha, muchas gotas de sudor y muchas horas de frío y de calor. Las berzas y lechugas, las patatas y tomates, las alubias y garbanzos, servidos en la mesa cada día ocultan en el plato muchos pozales de agua subidos del pozo, muchos golpes de azada, muchas idas y venidas a la huerta.

Lucha callada y tenaz es la vida de labrador. La dependencia de la naturaleza y la inseguridad ante lo que ofrecerá la tierra bien trabajada no quiebra la tenacidad del esfuerzo y la voluntad del labrador. La fuerza y la maña no son bastantes para la plena realización de las

tareas. Se precisan animales adiestrados, fuertes y sumisos, bueyes, vacas, caballos, mulas, asnos. Todos ellos dirigidos en armónica conexión con aperos y máquinas por hombres y mozos, personal experto y conocedor de los mínimos detalles.

Los estudios del labrador no se basan en los libros, sino que se cimentan en el diario trabajo, en las lecciones de los mayores, en la experiencia de muchos días, en el sentido común, en la observación del cielo y la tierra, en el conocimiento de plantas y animales. Aprender es un continuo descubrir lo que otros hacen, un repetido trabajar junto a los que saben. Para los más pequeños los inicios del aprendizaje vienen envueltos mitad en juego, mitad en tarea. Participan con los mayores en los trabajos que ocupan la actividad de la familia: faenas de siembra, poda y vendimia, trabajos tras el arado. Durante el año abonan los campos, escardan la tierra, siegan y acarrean la mies, trillan en la era y almacenan la cosecha en graneros y pajares. Cuadras y corrales están llenos animales, así que cada miembro de la familia ha de saber manejarse con acierto y precisión.

La naturaleza es muy sabia y el campo también. La vida y trabajo en el campo no solo proporciona a los labradores recia salud, sino además un sentido práctico de las cosas. Hacen crecer en las personas que los trabajaban el estilo propio y especial del labrador: valorar los productos que ofrece la tierra. Hombres y mujeres adquieren muy pronto el significado del esfuerzo. Aprenden desde niños a conocer la dirección del viento y el sentido de las nubes. El labrador no hace planes definitivos. Los ciclos del tiempo le enseñan a vivir y actuar y la natural sabiduría del labrador determina sus faenas con orden y parsimonia.

"El terruño", es decir, la casa, la tierra, las fincas, la huerta, los animales, la cuadra, el granero..., son el espacio y ocupaciones que conciernen radicalmente al ser y crecer del campesino, que, si cabe, comparte con los suyos lo suyo y, si dan opción, también con los otros. Le acompaña allí donde está y allí a donde va. El campesino cuida con cazurra vigilancia sus lindes y sus fronteras, sus bichos y sus manadas; sus aperos y sus graneros. Para él, duro trabajador esperanzado, hay que tener cuidado con los extraños, también con los ajenos, y sobre todo con los desconocidos. El, sufrido compañero del sol, la luna y los

vientos, defiende Con calor su parcela, la que es de tierra y la que es de hijos.

Estas esencias campesinas marcan la vida de los hijos de Labouré. La identidad campesina llega a ser tan arraigada como las raíces de los árboles que pueblan las arboledas, pues lo propio y familiar tiene un sentido local más que especial. El hombre del campo vive como nadie los signos del cielo y del tiempo, los límites de la propiedad, las vivencias del trabajo y actividad, las historias de familia, parientes y vecinos.

Catalina nace el viernes 2 de mayo de 1806, a las dos de la tarde. En esas fechas, corretean por el patio de la casa siete niños pequeños. Magdalena, la madre, se recupera rápidamente de tensiones, comadronas y médicos y se siente más feliz que unas castañuelas. Los relajantes efectos del calor primaveral acompañan los primeros lloriqueos de la recién nacida, aposentada en la amplia sala de la casa Labouré. Son días buenos para disfrutar del sol caliente, la suave brisa de primavera y el alegre reverdecer de árboles y campos.

Hasta los seis años la infancia primera de Catalina es un largo tiempo sin recuerdos. Llega a saber algo de sí misma por lo que otros dicen. Los padres, los hermanos mayores, los vecinos le cuentan y le descubren anécdotas, incidencias, actitudes y comportamientos, de los cuales la hacen protagonista y le enseñan cómo era y qué hacía. Entre todos le trenzan mil y una historias, agradables de recordar y revivir, fotografiando con detalles particulares cuando Catalina era niña.

La primavera de la vida se inicia con la historia de la infancia. Y deja huellas que reviven cuando la persona se adentra en etapas de juventud y madurez, y cuando se ve curtida en



arrugas o vistiendo serenas canas. A lo largo de los días aquellos momentos que fueron los comienzos de la existencia consciente, recogidos desde el sentimiento y la frágil memoria, recuperan no sólo el valor personal de los recuerdos, sino que permanecen como ejemplos y lecciones aprendidas y vividas en el nido de lo que fue hogar familiar.

Los años de infancia son años de despreocupación. Los niños crecen ajenos a obligaciones.

Para el niño, toda su actividad se concentra en el juego y en el aprendizaje distraído de cuanto le rodea. La infancia y la adolescencia arrancan como raíz de crecimiento hacia adelante, hacia el Futuro, hacia el mocerío, hacia la independencia y la madu1 e/., alimentadas por la savia fecunda de las lecciones primeras recogidas en el hogar. El hogar es la escuela natural y espontanea de ejemplos e instrucciones. Son los padres los auténticos maestros de la experiencia y de la vida. Ellos logran la familia, ellos tejen recios y prolongados efectos de empaque e influencia familiar. Así es como los primeros días se asientan en lo más hondo de la conciencia personal de Catalina como el primer aprendizaje profundo y espontáneo, como la inicial formación natural de la voluntad y el ánimo como la adecuada y correcta valoración de las personas y las cosas.

La pena es que la buena madre de Catalina, después de tantos esfuerzos y sacrificios, se va muy pronto, demasiado pronto. Se va calladamente, sin dar guerra, sin molestar, sin apenas disfrutar de la esperada y necesitada satisfacción del deber cumplido. Los hijos e hijas llenaron su vida. Por ser pequeños, exigieron renunciaciones y sacrificios. Más tarde ellos mismos asentarán su destino rodeados de hijos y de recuerdos

La muerte de Magdalena Gontard supone un gran duelo para el pueblo y una incalculable tragedia para la familia. Ha sido una muerte venida muy deprisa. Cuarenta y seis años de vida no son cupo suficiente para que la muerte venga y se la lleve. Educada en ambiente bien, señora principal entre las damas del pueblo, ha sucumbido bajo el peso de la casa, los hijos y la hacienda familiar. A pesar del buen nivel económico, ha tenido que bregar duro, porque le ha tocado vivir vida de pueblo, porque muchos hijos tenidos del prestigioso marido requerían de continuo su atención.

A la hora de la muerte, los duelos vecinales son concurridos y lastimeros pero duran poco y se acaban pronto. Los vecinos, los criados, los parientes, se acercan a la casa para dar su pésame y ofrecer sus servicios al esposo viudo. Es granjero importante, tiene tierras, una buena recua de ganados y una gran casa. Pedro Labouré acaba de cerrar su ciclo de alcalde del pueblo. La tragedia familiar lleva el tormento silencioso al padre viudo, a los pequeños hijos huérfanos y a la familia entera. Nada en el futuro será como antes.

A la difunta la han puesto en la sala principal. Recogida en el ataúd y vestida con sus mejores prendas, tiene las manos juntas enlazadas por el rosario, cuyas cuentas ha pasado cada noche junto a sus diez hijos rezando padrenuestros y avemarías. La sala es un rumor de congojas y cuchicheos. Todos hablan, casi todos lloran. Los más expertos susurran la tremenda desgracia que ha venido sobre la casa Labouré, el padre y los pobres chicos que tanto necesitan de la madre. Los vecinos entran sin hacer ruido, saludan con signos de pena, gimen en silencio y rezan el responso, el credo y los padrenuestros de rigor.

Desde este momento en la casa "Labouré" va a faltar la madre, pero el padre está ahí, los hijos varones están ahí y las hijas, jóvenes mujeres todavía por hacerse, también están ahí. A las jóvenes mujeres les va a corresponder desde ahora suplir a la madre. La muerte de la señora pondrá de relieve todo lo que ella hacía y ya no hace; y la forma elegante, señorial y cuidadosa, de ser madre, señora y vecina quedará como un grato recuerdo y una penosa nostalgia. La madre que de joven fue institutriz se ha ido sin poder enseñar a sus hijos a leer y escribir.

Cuando sobreviene el acontecimiento de la muerte de la madre, María Luisa tiene 18 años y está a punto de marcharse a las Hijas de la Caridad. Las circunstancias la obligarán a retrasar el ingreso para echar una mano en la casa donde el padre ha quedado sumido en soledad y tristeza. Catalina tiene 18 años y Tonina 7. Pocas mujeres para hacer frente al gobierno de la casa. Pocas, inexpertas, jóvenes y tiernas. Están más en edad de aprender que de enseñar, de ser conducidas y educadas que de gobernar la casa y asumir responsabilidades que sus hombros difícilmente podrán soportar. El padre tiene 49 años, el hijo mayor 22 y el más pequeño cinco años.

Pocos días después, Catalina y su hermana Tonina dejan la granja natal. Se las llevan a casa de tía Margarita, hermana del padre, que vive en Saint-Rémy a nueve kilómetros de Fains. Es un lugar agradable. La opinión del padre, que quiere cimentar con esmero la educación de Catalina y aliviar la tragedia de la ausencia de su madre, sugiere son precisos el toque y la presencia de una mujer mayor y de confianza. Tía Margarita, con seis hijos en edad adolescente, asume esta función maternal en los años en que la orientación es fundamental para una niña que empieza a crecer. La casa es acogedora, con techo de tejas y un gran portalón por donde van y vienen los clientes del tío que se dedica a vender vinagre al por menor y al por mayor. Los tíos tienen seis hijos entre 10 y 18 años, dos chicos y cuatro chicas. Sin embargo, la estancia en Saint-Remy no resulta para Catalina estar de vacaciones, sino en un sufrido destierro.

Permanece en Saint-Remy dos años, de noviembre de 1815 a Diciembre de 1817; los años 10 y 11 de su vida. No se desconecta del ambiente agricultor, ni de la vida sencilla de las gentes de pequeño pueblo perdido en la campiña. La familia de Margarita vive profundamente las verdades religiosas de la fe. En consecuencia, la nueva familia cumple una esmerada función de educación y la prepara con rectitud y seriedad para participar sacramentalmente en la vida cristiana. Las lecciones de catecismo e Historia Sagrada, las enseñanzas de moral y la insistencia en los buenos comportamientos la conducen espontáneamente a la preparación de la Primera Comunión.

La falta de la madre impacta seriamente en la vida interior de Catalina. Va a tener que empezar sin ella la entrada en la adolescencia, edad en la que se confunden las luces y las sombras en la vida personal de la muchacha. En SaintRémy también percibe la ausencia del padre para quien es la preferida. Al cabo de dos años, la ausencia de la esposa suscita en el padre la añoranza. Catalina y Tonina son reclamadas para retornar. Quizá sea excusa suficiente el hecho de que Catalina con once años cumplidos debe tomar la Primera Comunión, fecha que se fija para Enero de 1818.

El día 25 de enero de 1818 Catalina recibe la Primera Comunión. La emoción de lo religioso se inicia con la espera y preparación del gran día. Y vive con la posibilidad de "comulgar" con Jesús todos los días en el futuro, al menos los días de fiesta. Los niños de su época reciben la Primera Comunión a los doce años. Es la costumbre. Hacia 1853 los Concilios provinciales de Albi, de Toulouse y de Auch publican algunas advertencias. Es preciso que los niños hagan su Comunión oportunamente: "A la edad en que, sabiendo ya discernir el Cuerpo del Señor, conservan su primera conciencia exenta aún de las contaminaciones del vicio". Catalina ha cursado el catecismo. Las lecciones las ha recibido y aprendido de "viva voz". No sabe leer. Ha obtenido buenos resultados que le dan derecho a "un gran diploma" y a las felicitaciones de los señores curas.

Los días anteriores a la fiesta recibe algunos obsequios: un libro de Misa blanco, un neceser de marfil, un crucifijo, un rosario y algunos libros de piedad. Los días 22, 23 y 24 son jornadas de retiro, que finalizan con una confesión general. Catalina pone en orden su conciencia y su

alma. Interiormente arregla ante Dios y el sacerdote las pequeñas cosas que han podido ser causa y motivo de pena y dolor para sus hermanos, padres, amigos y parientes. Desea con toda su ingenuidad espiritual que todos ellos la acompañen recibiendo también la Comunión.

La ceremonia del día 25 está llena de solemnidad, la solemnidad extraordinaria que puede darse en una humilde iglesia de pueblo. Hay cánticos; las gentes se aderezan con los vestidos del día de fiesta, y la iglesia está llena a rebosar. Han venido parientes de otras localidades. Las niñas lucen en la procesión vestidos blancos y coronas de flores. La intensidad de la fiesta se mezcla con la intensidad de la plegaria, la devoción y el fervor. "¡Oh! Recordaré durante toda mi vida la emoción que he experimentado en estos instantes", dirá más tarde. Ha pasado ya la fiesta de la Primera Comunión. Los parientes han regresado a sus casas. Los vecinos han retornado a sus actividades de todos los días. Catalina se ha aposentado en la casa de los padres. Pero percibe un hecho rotundo: falta la madre. La verdad de su ausencia se hace más acuciante y angustiosa ahora que descubre su cálida presencia mucho más necesaria que nunca. Tiene doce años. María Luisa se ha hecho cargo de la casa durante los años de permanencia de Catalina en Saint-Rémy. Pero sus objetivos son claros: a los 18 años, cuando murió su madre, estaba dispuesta a "pedir" la entrada en la Hijas de la Caridad de Langrés donde había crecido. El regreso de Catalina va a hacer posible que este objetivo se haga realidad. Catalina tiene iniciativa, es fuerte y sana; se entiende perfectamente con su padre. Así que María Luisa el día 5 de mayo regresa a Langrés para comenzar su andadura con las Hijas de la Caridad.

La infancia de Catalina está marcada por años de guerras. Esta circunstancia es un asidero más para adiestrar a cuantos las viven en la sobriedad, en la acerba austeridad, en la entrega generosa al trabajo, en el hondo sentido de la hospitalidad, en la serenidad ante las adversidades y dificultades, en la alegría por la solidaridad, en el profundo sentido de la religiosidad cristiana.

Cuenta la historia que, por estas fechas del año 1806, en los pueblos de Francia estaban

viviendo una desafortunada guerra. Los hombres desempolvan sus viejas escopetas y trabucos, se echan al hombro sus armas de guerra y caza, y se enzarzan hasta matarse. Es la recepción nacional que se le hace a Catalina cuando inicia su entrada definitiva en este conflictivo mundo. Años más tarde, cuando Catalina guarda en silencio las visitas de la Virgen María, la presencia cercana de revueltas, asesinatos, saqueos, persecuciones y ajusticiamientos significarán otra humillación para esta humanidad y un intenso dolor para las gentes de bien.

Fains ha tenido cura y párroco, pero ahora no tiene ni cura ni párroco. Son consecuencias de la revolución. El cura párroco ha sido personaje importante en el pueblo, eje Fundamental de las actuaciones y criterios que modelan espiritualmente la vida de las gentes, habituada a encontrar los valores del espíritu consuelo y entusiasmo para sobrellevar los avatares de la vida personal y familiar.

La iglesia parroquial es una pequeña reliquia medieval. Se levanta en el centro del pueblo, cerca de casa Labouré Conserva un coqueto retablo con sencillas pinturas y esculturas dedicadas a los patronos del pueblo y a los pasajes de la vida de Jesús y María. La pequeña nave central con dos hileras de bancos y dos capillas laterales resume el espacio interior. En la base de la torre, debajo del coro, la pila bautismal y unos reclinatorios para las mujeres completan la nave.

La iglesia es centro de reunión, lugar de rezos y oraciones, sermones y confesiones, es el santuario formativo y espiritual de las gentes de Fains; es el espacio ideal para recoger y

recobrar en piadoso silencio la religiosidad profunda de las buenas gentes. Las vivencias y estancias en el recogimiento de la iglesia son contrapunto de fuerza interior a las duras tareas del campo y a las vicisitudes problemáticas de padres de familia, devotas madres y abuelas, así como de la creciente energía de los chicos y chicas y de la exuberante y rústica primera relación formal entre mozos y mozas.

La religión y las fiestas de guardar han sido siempre razón y foco de concentración para las gentes en la iglesia del pueblo. La moral cristiana, la predicación de los domingos, los sacramentos del bautismo, comunión y extremaunción, los sonidos de las campanas, la puerta abierta de la casa parroquial, la señorial presencia del señor cura han hecho de la vida ordinaria de los habitantes de Fains una constante plegaria, pues las gentes encuentran en la vivencia religiosa el apoyo y consistencia que inspiran sus acciones y gobiernan sus actuaciones.

La presencia diaria de Catalina en la pequeña iglesia, dedicada a la oración, el rezo y la comunión, significa una toma de energía espiritual para el resto de la jornada en las faenas de la casa. A las doce en punto del mediodía el sonido penetrante y señorial de la campana de la iglesia anuncia la oración del Ángelus. Cada vecino, mujer u hombre maduro, joven o niño, deja reposar la azada, se quita el sombrero y se detiene para rezar el Ángelus a la Virgen María. Haga sol, viento o frío, el campesino descubre su cabeza, mira al cielo, al tajo o al ganado y reza en voz alta el Ángelus y las varias Avemarías reglamentarias,

El día termina con el toque de oración. Cuando la noche comienza a caer sobre las casas y el campo, otra vez la campana de la torre de la iglesia recuerda al vecindario la hora de la Salve. Es la hora de recogida. Y una invitación al rezo colectivo del Santo Rosario en la iglesia

o en la cocina de la casa familiar. -Mujeres, mozas, niños y ancianos se acercan hasta el recinto sagrado de la iglesia. En la penumbra de la reducida nave, ocupando cada uno su banco o reclinatorio, vecinos y vecinas rezan y repiten las Avemarías para acompañar los Misterios de la vida del Señor y de la Virgen María, dirigidos por la saludable voz de señor

cura. Una mortecina luz ilumina la nave. A veces huele a incienso, pero siempre inspira reflexión, susurro, interioridad y seriedad.

La Misa de los domingos y días festivos tiene para los vecinos de Fains el empaque de acontecimiento importante. El vecindario acude a la iglesia y se concentra en manifestación religiosa como expresión gozosa de fiesta. El domingo es día de descanso para personas y animales. No hay tareas en el campo, ni obligación de trabajar. La Misa del domingo significa vestirse de fiesta, ponerse la ropa de los domingos, lavarse y, a veces, estrenar vestido nuevo, jersey nuevo, zapatos nuevos. Se vive la alegría de la fiesta y la necesidad del descanso. El señor cura esmera dedicación, prepara el sermón y reclama a las mujeres para que rematen con diligencia la limpieza de la iglesia y la adornen con flores. Los momentos antes y después de la Misa del domingo son ocasión de tertulia, de relajación y lucimiento de ropas nuevas.

#### CAPÍTULO V: LA DUEÑA DE LA CASA

Las familias y las gentes del campo están acostumbradas a sobrellevar con decisión, arrojo y valentía las inclemencias del tiempo y los latigazos que da la vida. Es lo que da carácter a su ser de personas campesinas. La falta de la madre y la decisión de María Luisa, hacen que Catalina con 12 años sea declarada "ama de casa". La casa tiene "nueva ama", una "reina trabajadora muy joven", que manda al mismo tiempo sobre los "sirvientes", sobre una "criada" y hace funciones de "señora de la casa" para el señor y la familia. Una posición y función que muchas mujeres sólo alcanzan en la comarca a los cincuenta años, o quizás



nunca. Catalina es "reina" de la granja Labouré, cerrada como un baluarte, casa fuerte entre las fuertes del pueblo.

Cuando finaliza el año 1818, Pedro Labouré tiene 51 años. Hace dos que ha quedado viudo. De sus hijos, el mayor Humberto ha cumplido 24 y se ha enrolado en la fuerzas policiales donde consolidará su futuro. María Luisa ha cumplido 22 y se ha ido a las Hijas de la Caridad. Supuestamente, el resto de hermanos sigue aferrado a los lindes familiares: Santiago: 21 años; Antonio: 19; Carlos: 17; José: 15; Pedro: 14; Catalina: 12; Tonina: 10; Augusto: 8. Esta situación dice suficiente por sí misma de los quebraderos de cabeza del padre, y de cuánto coraje y corazón habrá de tener la mujer que haya de llevar las riendas de tal familia.

Para Catalina se inicia una tarea verdaderamente de persona mayor. Es el momento de echar mano al zurrón de las lecciones aprendidas, de revivir las experiencias de trabajo junto a la madre, de tomar buena nota de las indicaciones del padre, A Catalina le gustan la granja, su ajetreo, sus bichos, el trabajo; Catalina, no por orgullo, sino por amor y dedicación, está decidida a demostrar a su padre y a sus hermanos que es muy capaz de gobernar la casa y gobernarlos a ellos, bravucones jovencitos.

Está plenamente convencida de que su puesto y lugar están junto a su familia, cerca del padre, cerca de los hermanos, ocupados en las interminables faenas que la granja lleva consigo. Centrada en la responsable misión de joven ama de casa le dice a su hermana Tonina: "Nosotras dos haremos que marche la casa" (L. 17). Tonina ha cumplido diez años. Dos bonitas, tiernas y frescas flores de jardín para un florero.

El reino de Catalina es la granja entera, el palomar, el cercado, el establo, el huerto. El rey es el padre, soporte y orientador de decisiones y actuaciones. La reina de la casa domina en la cocina, en los más pequeños, en el horno, en el jardín, en el gallinero. A Catalina le gusta este mundo ruidoso y alborotado de vacas, potrillos, gallinas, pollos, patos y gansos, pichones y palomas. En él se encuentra a gusto. Al igual que su madre, es la primera en levantarse y la última en acostarse. Sus ojos se abren con el alba y se cierran a la luz de un viejo candil. Le gustan las praderas verdes en primavera, las viñas lozanas cuajadas de negras

uvas en verano, la blanca nieve cubriendo las praderas y los montes cercanos en invierno, la brisa y el perfume del campo.

Le gustan la cocina, el fogón, los pucheros y las cacerolas. Cada día ha de preparar comidas abundantes para el padre, los hermanos y los criados. Grandes cuencos llenos de leche, pan y miel; pesados y redondos calderos de verduras, legumbres, patatas y tocino. Y siempre pan tierno recién sacado del horno. Y a punto, la jarra de vino. Catalina aprende pronto que "quien bien come, bien crece", y vive con satisfacción el momento en el que las grandes hogazas de pan tierno recién cocido son sacadas del horno.

El almuerzo puede ser de plato, cazuela o de fiambra, según se tome en casa o el campo.

Para los pequeños es suficiente un mendrugo de pan tierno untado en el puchero o la sartén. Las alforjas dan mucho de sí. La comida del mediodía se inicia con un abundante y caliente plato de garbanzos, alubias, patatas o lentejas. Muchas son las bocas a llenar, pues son muchas las voces a pedir. Pedir no es señal de hambre, sino de apetito. Los platos, al fin, quedan tan limpios como si estuvieran casi fregados. Sobre la mesa una gran hogaza de pan, un enorme cuchillo, una jarra de vino y otra de agua fresca. Cada miembro de la familia se sienta en su sitio. El padre en la cabecera, la "dueña y señora de la casa" sirviendo.

Un día a la semana se amasa el pan en el horno de la familia. Es trabajo duro. La casa se llena de olor a pan recién hecho. Amasar en la artesa precisa arte, maña, paciencia y fuerza: llenar la artesa con harina de trigo o de centeno, echar el agua precisa, mezclar la levadura, y amasar pacientemente, metiendo las manos hasta el fondo, hundiendo los brazos hasta el codo;

luego, tapar la masa con una manta vieja dejándola reposar. Asentada la masa, se moldean las grandes y redondas hogazas para de inmediato introducirlas con la pala en el horno. Comprobado por la panadera que el pan se ha cocido, ésta saca, una a una, las hogazas relucientes.

La artesa y el horno son exponentes del autoservicio que nunca falta en las familias campesinas de pueblo. Despensa, graneros, cuadras, pocilgas, corrales y bodegas guardan en sus secretos todo lo necesario para la alimentación y el sustento de la familia. La dueña de la casa sabe destacar los acontecimientos agradables e importantes de la familia con el buen hacer y las sorpresas en la cocina. Los éxitos, calladamente conseguidos por la mujer de la casa, tienen mucho que ver con la cocina limpia y caliente y los pucheros al fuego. En la casa campesina se ofrece al que llega, al pobre o al mendigo, al vecino y al forastero algo substancioso que hace de su visita un encuentro feliz y una agradable conversación

La "matanza" es día de gozo familiar y de mucho trabajo, porque es el punto de arranque para llenar la despensa. En casa de los Labouré se matan dos cerdos al año: en Octubre y en Febrero. Conlleva interminables trabajos y profundas satisfacciones: preparar vasija, revolver la sangre, separar perniles, jamones y tocino, hacer mondongos y morcillas, adobar lomo y salar piernas y braceros..., "Todo el cerdo se hace bueno desde que nace hasta que se lo comen". Catalina es joven, pero es fuerte y tiene un corazón de madre que se le escapa del pecho.

Catalina tiene un cuerpo robusto y resistente. Revive en su alma el carácter de campesina, expresión de la riqueza humana de aldeana y de la compasión hacía los pobres. Franqueza, dedicación, servicio, superación, esfuerzo y generosidad son virtudes que un hijo de campesino, labrador o granjero, aprende de los padres y del ambiente familiar. La han establecido como "señora de la casa" y al mismo tiempo es dueña y criada. Manda y trabaja, ordena y vigila; pero en igual medida paga con su persona, con su cariño, con su atención y con sus desvelos, la dedicación del padre, las exigencias de los hermanos y el esfuerzo de los criados. No interviene en la conversación, pero está al cabo de cuanto en la conversación se

dice. Su puesto de mujer de la casa la hace ser protagonista de la escuela del respeto a los mayores, a los hombres, y del silencio en las reuniones habidas alrededor de la mesa. El silencio, la reflexión y la interior valorización de lo que se dice y se hace la proyectarán a opinar y hacer que lo imposible se haga posible, si es necesario.

Catalina ha aprendido de la madre lo que todas las amas de casa hacen, a ser fiel guardiana de la limpieza. La escoba y el delantal, el pozal y la fregona, los pucheros y cacerolas, la espuerta y el cestaño son sus herramientas de todas las horas del día. La "colada semanal" es trabajo duro para cualquier mujer, pero la limpieza es la hermana pobre del lujo y del capricho, es la compañera fiel de la pobreza y la utilidad que no de la tacañería. No hay agua corriente en la casa, pero sí un robusto fregadero público donde no sólo se lavan las ropas de la familia, sino que las vecinas aventan día tras día las noticias y sucesos de cada familia, cada gente y cada novedad. La colada es trabajo de puño y refriega. Al fin, las mujeres consiguen tender al aire y al sol las variadas prendas que cubren intimidades y resguardan de los elementos. Catalina frecuenta el fregadero con igual señorío con que frecuenta la fuente pública de agua fresca o la portalada de la iglesia.

La gente menuda es instruida para colaborar en el manejo conveniente y necesario de los utillajes domésticos, de los aperos y de las herramientas. Son frágiles aportaciones que unidas a las de los mayores completan y enriquecen el ciclo de participación en el trabajo. Estas actitudes son normas elementales de ocupación y descanso en el entramado conjunto de la familia Labouré. Por consiguiente, están establecidas tareas y deberes domésticos para



los pequeños. Son actividades sencillas que no exigen recursos personales. Son fáciles ocupaciones caseras de apoyo. Las hijas aprenden de la madre, los hijos aprenden del padre y de los hermanos mayores. Unas son tareas agradables, otras no tanto.

Al final de la tarde, cuando la oscuridad de la noche se ha entrado sin pedir permiso por las puertas y ventanas, todavía queda tiempo para el rezo familiar. Siguiendo las enseñanzas de los mayores, Catalina reúne a la familia en la sala principal y dirige como "señora" de la casa el rezo de padrenuestros, avemarías y letanías. Es el rezo del Santo Rosario, plegaría obligada en la familia, que adentra a los mayores en la recogida reflexión e ilustra a los más pequeños en las creencias de la fe cristiana y en el conocimiento de los personajes y acontecimientos de la Historia Sagrada.

La jornada de Catalina está llena de animales ruidosos que todo lo ensucian, de hermanos exigentes que reclaman, de criados pendientes, de coladas grandiosas, de fogones calientes, de comidas abundantes, de platos en la fregadera, de trapos y remiendos. Son ciertamente trabajos duros para una jovencita adolescente, aunque sea campesina. Catalina Labouré se siente orgullosa de ser hija de granjero y labrador. Los dieciocho primeros años los cursa entre labradores y granjeros, y en su familia son hijos de campesinos, granjeros y labradores. Un hombre acostumbrado a la presencia gratificante de la esposa, que asume las obligaciones educativas hacia los hijos, se sabe sumergido en su propia soledad afectiva si le falta la sabia compañía femenina. No hay duda de que Pedro Labouré ha de sentirse vencido por la contrariedad y el desconcierto. Pero delegar y descargar las funciones de madre, señora y regidora de la casa en manos de una jovencita no deja de ser una aventura cuyo desenlace puede ser inesperado.

La soledad del padre es una realidad personal. Pedro es hombre duro y recio, es hombre acostumbrado a las dificultades y luchador. Para Catalina su padre es medio mundo. Hacia él se encauzan los impulsos interiores de agradecimiento, respeto y veneración. Empujada por un estímulo entusiasta y filial, educada dentro de las esencias campesinas, donde a los acontecimientos se les domina con un coraje y sentido especial, siente que la carga de la

responsabilidad no es insoportable. Percibe, de pronto, tal hondura espiritual y filial que la llena de la energía y decisión necesarias para poner manos a la obra y tratar de remediar las consecuencias personales y familiares que ha supuesto la muerte prematura de la madre.

En 1820 Catalina ha cumplido los 14 años. La experiencia de los dos últimos le ha dado solvencia y conocimientos. También le ha enseñado que más y mejores rendimientos ofrece el calor del corazón que la intención de quien trabaja y sirve para cobrar la soldada. Defiende sus dominios con autoridad de "dueña de la casa", y atiende las necesidades según rango y situación: el padre, el hermano enfermo, los otros hermanos, las personas, los animales, el orden y juicio reinante en la granja y en el trabajo. A Catalina que se gobierna por estos criterios, le cunde bien el trabajo. Tonina tiene 12 años. Su ayuda es importante. Cuando se le presenta una buena ocasión decide terminar con los servicios de la criada.

Desde los doce a los veintidós años, ocupaciones y gentes le prohíben vivir ñoñeces, caprichos, veleidades y fantasías de juventud que acompañan estos años a las jovencitas cultas, refinadas, peripuestas, de familias bien o de familias fuertes. A ella le ha correspondido ser madre sin tener hijos, ser esposa sin estar casada, ser matrona sin tener edad, ser mujer antes de ser joven. A ella la ha elegido el Señor para curtirse desde pequeña en el silencio de la vida del campo, en el duro esfuerzo de la responsabilidad familiar, en la misión cuajada de silencio y misterio con que Dios protagoniza actuaciones transcendentales en la Historia de la Iglesia.

Durante el tranquilo o accidentado recorrido de la juventud, madurez y ancianidad de Catalina, las cuestas y revueltas del camino de la vida han sido algunas. Han surgido tropiezos y decepciones. Muchas gentes y experiencias vividas personalmente permanecen selladas en el alma. Experiencias, apariciones, conversaciones, vivencias, encuentros, gentes, destinos llenan el libro particular de Catalina arrancando con las lecciones aprendidas en la infancia. Las unas aprovechadas, las otras ilustradoras.

Las vivencias de aquellos años seguirán siendo lecciones de criterios y comportamientos.

Catalina completa su infancia y juventud como parte de un gran racimo de personas, cuyo conjunto se protege y fortalece, se distrae y divierte en compacto grupo. El grupo enseña e ilustra, pues adentra en su mundo de realidades, necesidades, satisfacciones y alegrías, y las raíces tiernas recogen los principios y valores que actúan en el ambiente social y familiar, económico y religioso.

Cuando la inspiración de Dios y el destino personal han situado a Catalina lejos de los ásperos caminos recorridos durante la niñez, el impacto del padre y la madre, personas religiosas, humildes, sencillas y trabajadoras, permanece en ella como testimonio de abnegación humana y cristiana, fuente que refresca siempre la seguridad de ir caminando hacia la santidad callada del deber cumplido. Bajo su orientación y vigilancia se gobernaron los indefensos e ingenuos años de la infancia, y sus personas han sido antorcha viva que ilumina su juventud y el largo, escabroso y enigmático camino que le resta por caminar.

Los padres han empleado las diarias realidades de la vida como manual elemental de educación y enseñanza, y han mostrado que las situaciones y circunstancias que rodean a la familia están impregnadas de esfuerzo, rigor, orden y sufrimiento, siendo, por tanto, necesario que los elementos que componen la familia carguen el ánimo con decisión y valor, con esfuerzo y resignación, con colaboración y cooperación.

Los acontecimientos de la infancia, la responsabilidad y el trabajo de juventud, las personas que, sencilla e intensamente, la inician en la modelación de hacerse mujer, Hija de la Caridad, vidente de la Virgen María, seguirán marcando fuerte huella en la conciencia y en el



carácter, en las actitudes y en los hábitos de Catalina. Lo que fueron e hicieron aquellas personas le ha servido de lección recordada y mantenida, y su ejemplo honrado y eficiente ha llenado de reflexión muchas de sus decisiones y actuaciones.

#### CAPÍTULO VI: LLAMADA A LA CARIDAD

En la habitación de la madre de Catalina había una imagen de la Virgen María. Una imagen hermosa con los brazos abiertos extendidos hacía el suelo. El día de la muerte de la madre Catalina entra en la habitación, tiene los ojos llenos de lágrimas, y como es pequeña acerca una silla a la imagen, se sube a ella y en tierno abrazo a la Señora le dice mientras solloza: "Ahora, querida Virgen María, tú serás mi madre". Lo ha dicho Tonina, a quien se lo contó la criada de la casa. Los biógrafos de Catalina jamás hablan de lágrimas en sus ojos; solamente en esta ocasión. Admitiremos que seguramente no fueran las primeras, aunque quizá tampoco las últimas. Catalina no es una santa de marfil a partir de este momento. Se irá haciendo poco a poco en silencio, en madurez. Sería ridículo pensar que no es así.

En las casas y familias de los pueblos del campo siempre hay una imagen de la Virgen; son raíces de piedad familiar. Representa la expresión de la piedad que se acuna en el seno familiar. La propician la madre, la abuela, las jóvenes de la familia, el señor cura párroco. Catalina percibe de cerca el sentir religioso en la familia, a pesar de las refriegas y actuaciones que envuelven al país en revolución y al duro ajetreo de la actividad. La revolución no mata los sentimientos profundos de las sencillas gentes del pueblo. En Fains ni

siquiera consigue que las imágenes religiosas sean retiradas o escondidas.

Están ahí porque son importantes para dar luz, fuerza y orientación a las dificultades personales que se ciñen en el entorno.

En la familia de Catalina se reza todos los días. La oración es la llave de la mañana y el cerrojo de la noche. Sus miembros frecuentan la iglesia los domingos y las fiestas de guardar, mantienen con honor y convicción los valores religiosos que se transmiten de padres a hijos, excelentemente guardados por los mayores. Desde antiguo la familia Labouré en Fains ha contribuido seriamente a la construcción y conservación de la iglesia del pueblo; ahora se encarga de su mantenimiento y limpieza. Su casa está muy cerca de la iglesia; esta proximidad parece dar propiedad a las virtudes de los vecinos y al sentido espiritual que desde la iglesia se desprende hacia los corazones de quienes se acogen a su vera. Durante los primeros años de Catalina, Fains no tiene cura ni párroco, porque la Revolución ha esquilado la clase clerical y también las ilusiones y esfuerzos de muchos aspirantes al sacerdocio.

La religiosidad es vivencia principal en las convicciones y manifestaciones del pueblo campesino. El campo arrecia la confianza en las fuerzas de lo alto. Vivir mirando al cielo no sólo llena el alma de esperanza, sino que la convierte en una manifestación de comunión con el Dios de las estrellas y con las figuras que ayudaron a su presencia entre los hombre. La Virgen María tiene en cada iglesia un altar y en cada corazón devoto, un amante fiel y un fervoroso orante que suplica por la solución a las necesidades. Las gentes sencillas del campo no sabrán posiblemente de libros, ciencias y tendencias, pero saben muy bien dónde asentar su corazón. El contacto con la naturaleza limpia, y la dureza del trabajo enriquece la religiosidad, la confianza en Dios y la disponibilidad. Por eso, la campiña, el firmamento, la vida sencilla de las gentes son para Catalina un verdadero púlpito.

F'ains vive con intensidad y dedicación la festividad de los acontecimientos religiosos de la vida cristiana. El año litúrgico repite, año tras año, los momentos claves que enseñan al campesino la vida y la doctrina de Jesucristo. Navidad, vestida de nieve y frío, el gran

acontecimiento del Nacimiento, felicidad y bochorno. La Semana Santa, cargada de negro, de silencio y de misterio. La muerte del Hijo de la Virgen María, injusticia, infamia y la peor desgracia del hermano, bellaquería de los jefes y señores, turbia vergüenza de jueces y dirigentes.

Catalina se contagia de la piedad de su gente. Entra, sin saber, sin sentir, en la conciencia infantil y juvenil de la muchacha que no tiene otros horizontes para aprender que la vida de los suyos y las expresiones de los vecinos. Son maestros buenos, si no cultos sí portadores de hondos sentimientos cercanos a la verdad. La verdad que les ayuda a timar al cielo y comprender en la tierra la relativa importancia que tienen las cosas; porque así como vienen, se van; porque como los ciclos de la naturaleza, todos los años se presenta airosa la primavera y acaba durmiendo en el silencio del frío invierno, después de pasar por el caluroso vera- y el decrepito otoño

A la edad de diez años, a los doce años, para una niña a punto de entrar en la adolescencia, la presencia de la madre supone casi todo: calor de madre, enseñanzas de Vida, ejemplos de trabajo, consuelo de incertidumbres, orientación de tareas, protección, cariño. Catalina lo necesita tanto que se refugia en la figura hermosa de la Virgen María, la que todo lo puede, la que todo lo sabe, la que todo lo comprende. La necesidad palpada en el propio ambiente familiar curte el ánimo y despeja de fantasías la imaginación.

Su corazón infantil crece, pero se ve privado del calor de la madre. A partir de la ausencia de la madre, las estrecheces de la vida, las interminables obligaciones adyacentes a la asistencia

de la familia llenan de coraje la voluntad de Catalina para hacerse persona comprometida. Debe actuar como madre, necesitando a la suya; tiene que aprender de prisa lo que no es propio para una niña en edad escolar.

En 1820, a los 14 años, Catalina es moza de robusto cuerpo y recio corazón. Es una mujercita que cultiva las vivencias de lo espiritual. Administra bien su tarea, coordinando unas con otras. La casa va bien, el padre se siente feliz, los hermanos mayores siguen la desbandada. Pero Catalina comienza a descubrirse preocupada por situaciones y realidades que nada tienen que ver con la granja, sino con la interioridad de sí misma. Siente un gran amor a la gente. No le obsesionan el dinero ni el tocado ni el vestido ni el lucimiento personal ni las fantasías juveniles. Se da cuenta que su gestión interior y espiritual es algo más que la gestión económica de la hacienda familiar, cosa que, por lo demás, es asunto esencial puesto y conservado en las manos del padre.

Las tareas de la casa le dejan cada tarde desocupada un pequeño hueco de tiempo. Ha completado su faena. Pero siente la necesidad interior de aprovechar algunos ratos en oración, reflexión y descubrimientos espirituales. Se va a la iglesia. Allí está la Señora, la buena Señora que hace de madre. Allí está el Señor a quien ama intensamente desde el Día de la Primera Comunión. La iglesia está cerca. Tiene su propio banco, su sitio de siempre. Se pone la mantilla y se va sola. Reza por unos, por otros, por ella. Reza de rodillas, sin susurrar, en silencio, cogiendo el corazón con el puño para que no explote. En otoño las tardes son frescas; en invierno son frías. Se dice que fue en los largos silencios y en los fríos rincones de la iglesia de su pueblo donde contrajo la artritis que tuvo que soportar durante toda la vida. Al pie del altar, debajo del cuadro de la Virgen María, en el silencio de los primeros bancos de la Iglesia de Fains, Catalina se inicia su preparación para formar parte del grupo selecto de los servidores de Dios. Desde muy joven, entre las raíces de las vivencias religiosas de su familia y de su pueblo, Dios parece preparar los caminos que ha de seguir en el futuro. Son instrumentos con los cuales en principio no se cuenta, pero sobre los que recae la gracia santificadora de Dios.

A los 14 años, sin sacerdote en el pueblo, sin saber leer ni escribir, sin apenas haber salido fuera del pueblo, inicia una carrera digna de reflexión para los ajenos: se decide a ayunar viernes y los sábados. Las ideas y costumbres eclesiales de la época animan y exigen a los cristianos el ayuno y la abstinencia cuaresmal. Son convicciones religiosas fuertemente marcadas dentro de la esfera familiar y transmitidas generacionalmente. Son costumbres ciertamente dificultosas teniendo en cuenta las energías que se agotan en las labores diarias y los medios de alimentación habituales para una familia del campo: carnes y aves de corral. Pero Catalina tiene fuego en el corazón y pasión en la voluntad, de forma que, escondida en el silencio y la decisión personal, sublima su alma y se purifica del valor terrenal que las cosas, aún esenciales, tienen para su vida que se declara ya pletórica de religiosidad, desprendimiento y sacrificio.

Las vecinas, señoras de mucho saber y mucho hablar, se dicen unas a otras que "los rezos no hacen adelantar la faena" (L.26). Son señoras de mucho faenar y de mucho murmurar.

Catalina ha terminado sus obligaciones, ha dejado las cosas como y donde deben estar, y tiene tiempo. Es fuerte y tiene salud. Es joven y tiene la fantasía de juventud, la fuerza del carácter, y el encanto de ser servicial, cariñosa, comprensiva, amable. Sabe sonreír, reza mucho en la iglesia y en la casa, en la cocina y en el corral. También las vecinas dicen que tanto tiempo en la iglesia es tiempo perdido. Catalina le ha tomado gusto a la iglesia y no pierde tiempo, porque para ella rezar a la Virgen, estar junto al Señor Sacramentado es una faena, la faena principal para su alma. Y se siente muy bien.

Vive con Dios, vive con la Virgen. Los visita en su casa, les hace compañía y conversa con ellos de muchas cosas. Vive la fe y vive el amor. El amor que deja posar cada día entre las palomas y conejos, entre los pucheros y cazuelas, entre los hermanos, salvajes y potrillos, y el padre serio pero bueno. En la iglesia se encuentra con la Virgen. La imagen del pórtico tiene al Niño en brazos; la que está en el presbiterio tiene las manos abiertas en gesto de acogida. El Sagrario está vacío, pero la iglesia es la casa del Señor, y todas las cosas que hay en ella lo recuerdan: el Cristo crucificado, los pasos del Viacrucis, la mesa del Altar, la figura de su Madre. Hasta las campanas cuando suenan lo recuerdan a viva voz para alentar a los vecinos al rezo de las oraciones.

Años más tarde, metida en los 18, cuando Catalina ha aprendido a leer y escribir, escribirá a su hermana María Luisa: "¡Vaya religión la que tenemos en este pueblo! ¡Una misa los domingos y hasta tiene que venir el sacerdote de fuera para poderla decir! Las vísperas las canta el maestro de escuela y por tanto no tenemos bendición. Para que se confiesen los enfermos, tenemos que enviar a buscar al sacerdote. ¡Fíjate si la poca religión que hay estará segura!" (L.28).

Cumplidos los 15 años, le confía a su hermana Tonina la claridad de un proyecto personal: la vocación. Pero no sabe ni dónde ni cuándo. No se trata de hacer como María Luisa, sino que se trata de algo muy íntimo, muy personal entre ella y Dios. Y tiene muy claro en su foro interior, y así se lo expresa a Tonina, con quien las conversaciones adquieren fuerza de confianza por la edad y por las circunstancias de la granja: "No, nunca me casaré; estoy comprometida con Jesucristo". Sin embargo, estas confianzas permanecen en el sagrado secreto de las jóvenes hermanas.

Llegados los 16 años, es tiempo fiable para detectar una madurez vocacional y para sentirse comprometida en una respuesta de entusiasmada plenitud a favor de la fidelidad religiosa. Es esta época cuando comienzan a producirse en mi vida personal las manifestaciones espirituales. Catalina no sabe bailar ni leer ni escribir. Prácticamente, no ha salido de su pueblo, a excepción de los dos años transcurridos Saint-Rémy. Es el año 1822.

Comienza la peregrinación de un duro y difícil caminar mañanero hacia Moutiers-Saint-Jean para participar en la de la parroquia. El camino es áspero, la madrugada fría, la distancia bastante, la ilusión mucha, el amor intenso. Catalina, junto con Tonina, hacen todos los días el camino a Moutiers con el único objetivo de asistir a la misa, rezar ante el Señor y comulgar. En otoño e invierno las noches son largas y el alba se hace esperar para el inicio de tareas fuera de la casa. Algo especial aviva en el interior de Catalina para no darle a este gesto la transparencia que se desprende de la iluminación de Dios sobre su alma.

De esta oración y comunicación de la mañana con el Señor y la Señora saca Catalina no solo la luz que ilumina su conciencia sino la fuerza para que su persona y actividad sean rayos luminosos que se depositan en las personas que con ella conviven.

Otros ratos libres de faena los dedica a visitar a los enfermos del lugar. Posiblemente, nada sabe de medicina, salvo las lecciones caseras aprendidas de la madre y de las tías, pero sí sabe acompañar a los enfermos y a los abuelos, recogidos en su casa. No sólo les ofrece ayuda reconfortante sino la expresión personal que rebrota de las fibras del amor y la dedicación aprendidas de la vida de la Virgen María. Catalina está tan cerca de ella que no puede menos de imitar sus actitudes y demostrarle su entera confianza. Para una mocita estas cosas no dejan de ser signos de particular elección y del designio misterioso que Dios tiene preparado para ella.

La existencia de la joven Catalina se adentra en los 16 años absorbida por la faenas de la casa, la atención al padre, el cuidado de los hermanos, la atención a los animales y las visitas

calladas a la iglesia. Sigue cumpliendo a rajatabla los ayunos de viernes y sábados que inició con 14 años. Esto disgusta a Tonina, porque piensa que no es bueno para la salud de Catalina. Intenta persuadirla, pero es en vano. Intenta amedrentarla con decírselo a su padre, pero también es en vano. La chiquita quinceañera ha adquirido la personalidad que da el duro esfuerzo y que consolida la oración personal de muchas tardes junto al Sagrario vacío. El corazón se llena de fe, de amor sublime, de ilusión por un futuro que todavía no sabe cuál puede ser.

"Aquellas señoritas, Catalina y Tonina, eran piadosas; nunca iban a divertirse con las demás muchachas" (L.28), dice una anciana de 88 años contemporánea de Catalina. Ciertamente Catalina no es "juguetona" ni sensiblera ni mojjigata ni parlanchina jovencita ni alborotada insustancial, cual sucede con las chicas de tal edad. Las duras tareas de la granja la han hecho madurar. Los descubrimientos espirituales interiores son fuente que llena de serenidad, paz y servicio las emociones interiores de Catalina. Pero sabe jugar y sabe divertirse con la alegría que surge espontánea del corazón, cuando el corazón está lleno de equilibrio, de paz y de luminosidad. "Catalina no era bonita, pero muy buena y servicial: siempre se mostraba amable y complaciente con sus compañeras, incluso cuando la hacíamos rabiar como suelen hacer los niños. Si se presentaba un pobre, le daba las golosinas que tenía. En la Misa del patrono San Roberto Catalina rezaba como un ángel, sin mirar a la derecha ni a la izquierda" (L.30), recuerda la muchacha de Cormarín, compañera de Catalina, que, cuando esto dice en 1896, tiene cumplidos 80 años.

Corre el año 1824, Catalina ha cumplido 18 años y tiene "un sueño extraño". Se encuentra en la iglesia de Fains, en capilla de los Labouré, en su sitio de siempre. Está rezando de rodillas. La iglesia está totalmente iluminada. El sacerdote que dice Misa no es el de todos los domingos. Tiene el pelo blanco, la mirada triste, sus ojos transmiten bondad y es anciano. Le mira a ella siempre que se vuelve a los fieles: "Dominus vobiscum". En el "Ite, Missa est" le hace una señal para que se acerque. El temor la sobrecoge. Retrocede



fascinada y sale de la iglesia. No puede apartar de sí aquella mirada. La recordará durante toda su vida.

A la salida de la iglesia va a visitar a una enferma. Allí encuentra de nuevo al anciano sacerdote, que le dice: "Hija mia, es una buena obra cuidar a los enfermos. Ahora huyes de mi, pero algún día te sentirás feliz de poder venir conmigo. Dios tiene sus designios sobre ti. No lo olvides. Me seguirás" (L.31). En este momento, el misterioso sacerdote, cuyo nombre Catalina no conoce, le anuncia su vocación de Hija de la Caridad. Lo cuenta a su hermana:

"Más asustada que nunca salí de la casa de la enferma y eché a correr; me parecía que los pies no tocaban el suelo" (L. 32). Al pasar el porche de su casa, se despierta.

Es un sueño. Pero es un impulso nuevo a los secretos vocacionales que mantiene con Tonina. Su señorío, su reino, su granja se ha convertido en un lugar provisional. Realiza los trabajos mejor que antes, pero como si no los estuviera haciendo. Su vida real domina lo cotidiano, tiene la sencillez y la sinceridad de las personas que destacan por su carácter, su rectitud y su generosidad, pero ahora su vida está absorbida por lo espiritual. Entra de lleno en el misterio admirable de asumir renuncias a hermosas posibilidades humanas para entregarse totalmente a lo sobrenatural con sencillez y generosidad, a pesar de la extrañeza que estas actitudes despiertan en los demás. Se ha ratificado en el enamoramiento de Jesús, el Señor, el Hijo de la Señora.

Las raíces que se aprietan en el corazón de Catalina tienen mucho que ver con la sencillez personal, aprendida de las costumbres del campo; con la simplicidad, asumida del efecto práctico de una convivencia familiar de mucha gente; con la profunda religiosidad creciendo

pujante en las esencias familiares; con la humildad, que aprende de los ciclos de la madre tierra y del padre firmamento; con una visión realista de la vida y una valoración práctica de las cosas, pues la vida de pueblo campesino no da para muchas fantasías; y con una estimación respetuosa de las personas. Serán en el futuro su carisma como Hija de la Caridad.

Catalina no está vacía de cualidades, porque los valores que le asisten, aparte de ser inculta, rústica, sufrida y experimentada persona del campo, son valores individuales de recia raíz humana y vivencial. Ha descubierto en la vida de familia los valores profundos del espíritu, el ayuno, la oración, la Misa y Comunión, los enfermos, la dedicación a sus obligaciones, que la convierten en ese tipo de gentes que esconden en su interior extrañas perlas envueltas en ásperas y rudas formas y estructuras.

La vocación, a pesar de todo, es misterio de la acción de Dios. "Vocación" es llamada y elección de Dios. A veces lo hace a viva voz; otras, susurra en el silencio; otras, se transforma en llamarada impresionante. Casi siempre está llena de misterio, un absurdo de comprensión para los ajenos, un contrasentido para los que están mirando como postes en las aceras el paso de la procesión; casi siempre es una contrariedad para los que no están dentro de los influjos de las intervenciones misteriosas de Dios. Porque Dios llama a la piedad, al sacrificio, a la generosidad, a la entrega, a la oración, al sufrimiento. Naturalmente estas cosas son vistas por las gentes de la plaza con ojos torcidos, es decir, bajo aspectos y comportamientos que no son de utilidad. Así es la vocación, misterioso descubrimiento, enigmática intervención de Dios, que invita a la aventura por caminos inciertos con las alforjas llenas de valores sublimes y espirituales, que difícilmente son aceptados por los hombres que miran al suelo.

A pesar de todo, Catalina se ve inmersa en el oleaje impactante de su propia vocación, en el compromiso de asumir para sí el cumplimiento de los valores espirituales que se asientan en la fe, en lo más profundo del alma, en el interior espiritual revestido por la gracia de Dios. El hecho marca incidencias en la propia situación personal y familiar de Catalina. Su padre se

hace mayor y es viudo. Los hijos se han ido buscando su realización personal. Al padre le queda Catalina, la niña de sus ojos, el calor de su corazón, donde sabe que reposan las debilidades y necesidades que sobrevienen al hombre solitario. Catalina, muchacha trabajadora,

sin formación, es emprendedora para los asuntos domésticos. Ha adquirido experiencia y es fundamentalmente necesaria en la casa de su padre.

Dios llama y no avisa a los demás. La verdad es que Dios cuando llama no avisa.

Seguramente porque se sabe Señor de sus criaturas, porque El también tiene que procurar que se realicen las faenas de su campo y de su granja. Cada uno quiere ser señor, cada uno quiere ser principal, y quiere que los demás estén, en todo tiempo y lugar, a su entera disposición. El Señor tiene en su mano el derecho y el cetro. Quien no es señor, quien ha recibido de otro los dones y las cosas que tiene, no puede ejercer plenamente derecho alguno sobre los demás. La vocación de Catalina, la vocación de otras muchas personas llamadas a destinos de religiosidad es una lección de equilibrio entre las criaturas y su Creador, y lección de humildad aplastante para quien pretende ser y actuar como señor sin tener en su mano el cetro y en su identidad el derecho.

La historia es campo florido de estas manifestaciones y vivencias. Pedro Labouré es un buen hombre con ética y religiosidad. Es también un caballero, que defiende su mansión, su estado y su prestigio. Es padre observador y vigilante, por lo que está al tanto de los movimientos, actitudes y comportamientos de su hija Catalina. Está orgulloso de la "dueña de la casa". Tan orgulloso que hasta se siente plenamente satisfecho. Acostumbrado a sufrir,

a los contratiempos, defenderá lo suyo con tesón, hasta con resistencia interior, pero, como sabio y experimentado granjero labrador, aceptará la verdad fundamental del destino al igual que acepta la lluvia a destiempo, la nieve, la tormenta inoportuna, el frío del invierno y la desgracia sobrevenida a la vaca parturienta o a los gorriones aplastados por la madre cerda descuidada.

Su hermana María Luisa es ya Hija de la Caridad. Catalina no ha perdido contacto con ella. Le inquieta no saber leer ni saber escribir. Gasta sus ahorros con un charlatán para que le enseñe, al menos, a firmar con su nombre. Pero esto no le deja satisfecha. Antonia Gontard, prima hermana por parte de su madre, propone llevársela a Chatillón para que adquiriera un poco de instrucción. Antonia dirige un pensionado, conocido en toda la comarca. Tonina es ya mayorcita para hacerse cargo de la casa y la granja, después que los hermanos mayores han volado para buscarse su ida. El padre se muestra reticente; es notable su fervor por Catalina y es sobresaliente el fervor de Catalina. ¿Quién sabe cuáles serán sus propósitos? Al fin accede. No se siente ufano de la ignorancia de los hijos pequeños, después de haber dejado marchar a los mayores con el zurrón bien equipado.

A Catalina le gusta el programa. En Chatillón puede asistir fácilmente a la Misa. Tiene iglesia con el Santísimo Sacramento siempre presente y cura párroco; un sacerdote anciano de ochenta años, el abate Gailhac. En los primeros días se acerca al confesionario, se confía al buen anciano y cuenta el sueño y sus inquietudes. En Chatillón hay un asilo de ancianos atendido por las Hijas de la Caridad. El anciano sacerdote las conoce, porque también las atiende espiritualmente. Y conoce también al Sr. Vicente del sueño y del cuadro. "Hija mía, le dice a Catalina, me parece que sacerdote no es otro sino san Vicente de Paúl" (L.33).

A los pocos días de estar en Chatillón, a finales del año 1824, Catalina acompaña a una prima suya a casa de las Hermanas; están en la calle Judería. En la sala de visitas, en el locutorio, Catalina se encuentra con una gran sorpresa. Cuelga de la pared un cuadro que representa, ni más ni menos, al sacerdote visto en el sueño extraño. "¿Quién es ese sacerdote?", pregunta a las Hermanas. "¡Es nuestro padre fundador; San Vicente de Paúl! (L.33), le

contestan. Y le cuentan la historia de su razón de estar en la salita y su relación con ellas. El reencuentro con el sacerdote de mirada profunda, seria y triste, la llena de paz y tranquilidad. Las noticias de las Hermanas sobre su misión y dedicación a los pobres y ancianos le serena el ardiente corazón en deseos de ofrecer su vida al servicio de los más necesitados. La intensidad de su oración y la comunión en la misa se hace casi violenta, como urgiendo prisa.

Comienza a conocer un poco más de cerca a las Hijas de la Caridad. Frecuenta las visitas a la comunidad y entabla conversación y confianza con algunas de las Hermanas, las monjas de traje gris oscuro y cofia blanca, a la usanza de como vestían a diario las campesinas.

Compagina la asistencia a clases en el pensionado de su prima, con las frecuentes visitas a la iglesia y a la casa de las Hermanas. Un mundo de inquietudes personales se concentran en su interior: aprender a leer y a escribir para ser más eficiente en la gestión doméstica de la familia y de la granja, dedicar los más ratos posibles a la oración en la iglesia, conocer más a fondo a las Hermanas de traje gris oscuro que tienen como fundador al misterioso sacerdote del sueño extraño y que no la deja en paz, pues de continuo se presenta ante ella de forma inesperada.

Sin embargo, Catalina no se encuentra a gusto en casa de su prima. A los 18 años está en el mismo nivel escolar que las "pequeñas"; los progresos no son rotundos. Por otra parte, su estilo, sus maneras, sus costumbres de campesina desentonan abiertamente de aquellas finas señoritas con las que comparte convivencia y techo. La prima y las compañeras se

esfuerzan amablemente por llevarla a su mundo: el mundo de la buenas maneras, de la finura y la elegancia, de las conversaciones femeninas juveniles de mocerío, del coqueteo y la vanidad. A Catalina no le atrae en absoluto el mundo de peinados y pinturas de "las señoritas bien" ni el mundo de cintas y refinamientos de las sesiones de etiqueta ni el ambiente de charlatanería hueca e ilusiones vanas de las jóvenes peripuestas. Catalina echa en falta la serenidad y la paz de la granja, el silencio del pueblo, el recogimiento de la humilde iglesia de Fains, el ajetreo de las tareas domésticas. Aquel estilo de Chatillón no es para ella. Agradece sinceramente a su prima todas las atenciones y preocupaciones y retorna a Fains.

## CAPÍTULO VII: SENTIMIENTOS ROTOS

Catalina ha cumplido 21 años el día dos de mayo de 1827. Es mayor de edad. Ha llegado el momento en el que se decide a hablar a su padre: "Papá, yo quiero ser religiosa, quiero ser Hija de la Caridad" (L.34). Se atreve a desvelar a su padre el secreto de su vocación mantenido con Tonina. No es tarea fácil, pues teme que la reacción del padre ha de ser muy contraria a este planteamiento. La contestación del padre no se hace esperar: "No, tú no serás monja. Ya he dado una hija a las buenas Hermanas; pero no daré otra, no" (G.35). El padre de Catalina es un carácter fuerte y autoritario. Ha perdido a su esposa, y los hijos mayores se han casado y se han establecido lejos de la casa paterna. Ahora está solo. Su hija Catalina es la última esperanza de su vejez, que ya empieza. Pedro Labouré defiende lo que cree que es suyo; defiende lo que le es necesario guardar. Quiere prevenir su ancianidad con la presencia cercana de alguien que le cuide, le atienda y le sirva de consuelo en su personal pérdida de facultades y posibilidades.

Sin quererlo, el padre y la hija se ven introducidos en una pugna personal de intereses y de justificaciones. El padre lucha para evitar soledades mayores, contratiempos y necesidades personales. Catalina se encuentra ante sí misma con la obligación de responder a la llamada

interior que define claramente el futuro de su existencia, ciñéndola a llevar adelante la vocación en total fidelidad religiosa. Para ella los signos son definitivos. No sólo los percibe en su interior, sino que le vienen expresados de muchas maneras.

Dios elige aún en situaciones desconcertantes. ¿Cómo no entender la postura del padre?

Vistas las cosas con los ojos del humano entender del padre, resulta justificada su posición.

Ha trabajado por los hijos, ha sacado adelante una nutrida cuadrilla de jóvenes, colocados ya en su camino para que puedan desenvolverse por su cuenta. Ahora es el momento de pensar en él mismo: son fuertes los trallazos de la soledad, son temibles los latigazos de la edad. A Dios ha dado en exclusiva a María Luisa, y en todos sus retoños ha ido dejando conceptos y criterios suficientes para que sus conductas sean acordes con las exigencias de la fe cristiana y la religión. No entiende el planteamiento de Catalina. Ni tampoco lo que en él puede haber de participación de Dios. No acepta. No es justo. Se quedó sin compañera en edad joven, cuando de verdad la necesitaba. No puede quedarse ahora sin el apoyo mimado durante años para proteger su vejez. Para Catalina son trabas lógicamente humanas que surgen de la "justicia y la razón" de la perspectiva del padre.

Parecería que a Dios le traen sin cuidado los planteamientos y las necesidades en que los hombres se ven envueltos. Las actuaciones de Dios en la familia de Pedro Labouré parecen desconcertantes e inoportunas. Se murió la madre y dejó huérfana a una larga familia. Se marchó María Luisa y dejó a la familia en manos de dos inexpertas jovencitas. Ahora se quiere ir Catalina. Al padre se le viene el mundo encima. Algo se venía temiendo desde algunos años atrás, pero en ningún momento podía pensar que las cosas llegaran a tal

extremo. Catalina no es ajena a este problema suscitado en el interior de su padre. Le quiere intensamente, le ha querido siempre. Por eso, el dolor interior que esta situación le produce es personalmente desorientador.

A Catalina le corresponde adentrarse en senderos que le ayuden a proseguir el camino en búsqueda de su propia verdad personal. Y recuerda a Abrahan que, a pesar de todo, se pone en movimiento y no cesa; recuerda a Moisés que, a pesar de los inconvenientes, sigue adelante empujado por la voz de Dios; recuerda a María, sumida en el silencio de lo inconcesable, que espera la intervención de Dios ante quienes no son capaces de entenderla. Revierte a la oración, al sacrificio, a la Comunión. Y todo la conduce al mantenimiento férreo de lo que considera el destino de su vida: dedicación a los necesitados bajo la protección de la Santísima Virgen María. El amor filial al padre no se pierde, no se debilita; pero el amor sublime a la Virgen, que le enciende luces interiores para una misión desconocida, la impulsa tan fuerte que no ve freno insalvable en las claras consecuencias dolorosas en las que va a dejar inmerso a su padre. Catalina se mantiene en su objetivo, en silencio, con mucho sufrimiento interior, realizando constantes tentativas para llegar a la luz.

Catalina, joven sana y lozana, honrada y trabajadora, recibe personalmente propuesta de matrimonio. El padre también tiene noticias de cómo algunos jóvenes bien situados y de costumbres garantizadas muestran particular interés en iniciar una relación personal con Catalina. En este asunto Catalina ha tenido las cosas muy claras desde joven. Ella no se casará. Al padre se le ocurre una idea que le parece genial: "¡Que vaya a París! ¡Carlos la necesita!". París es la gran ciudad, las ocupaciones pueden ser muchas, las posibilidades de diversión también son grandes, la variedad de gentes jóvenes es abundante. En consecuencia, puede ser una buena opción para que a Catalina se le vayan los pajaritos de la cabeza. Y le facilita las cosas para que vaya a París. El hermano le procurará ocupación y la introducirá en los ambientes jóvenes donde verdaderamente pueda alternar y conocer otros ambientes, ideas y expectativas de juventud. En el pueblo todo es pobre, inculto, cerrado, todo está muy visto.



En la primavera de 1828, a punto de cumplir 22 años, el padre la envía a París a casa del Carlos, el quinto de los hijos, que tiene montado una tienda de vinos y taberna, y cuya mujer regenta un restaurante para obreros. Desgraciadamente, la mujer de Carlos muere en febrero de este año y necesita ayuda para atender ambos negocios. Catalina puede ser una buena solución, mientras no se aclaren las cosas. Para el padre la intención es otra bien distinta. Allí, en el descubrimiento de la gran ciudad, ante los variados atractivos de la ciudad, podrá cambiar de opinión. Catalina acepta la decisión de su padre, pero interiormente no renuncia a la llamada que se hace luz y fuego en su corazón.

Los misterios de Dios se adentran, sin darse por enteradas las gentes, en los misterios interiores de cada persona. Allí hacen su nido y generan florecimientos que resultan incomprensibles para la apreciación de los demás. Desde los 12 años Catalina ha notado una fuerza que le ha impulsado a ser como es, una "luz interior" que le ha gobernado espiritualmente en medio de las asperezas y rusticidades de la solitaria vida de la granja. ¿Cómo ha podido ser? No lo sabe. Alguien la ha llevado como en volandas en un crecimiento de juventud que nada tiene que ver con el crecimiento normal de las muchas jóvenes que recorren la vida entre los 12 y 20 años. Catalina se ha dedicado con todo su esmero a las faenas del trabajo. Lo que ha hecho durante su juventud lo hará durante toda su vida en lo concerniente a trabajar día tras día: cocina, gallinero, vaquería, palomar, serán objetos de su actividad como miembro de la comunidad de Hijas de la Caridad. Este es otro misterio clave de la vida de Catalina Labouré.

La decisión del padre de mandarla a París y privarse de su compañía significa una herida profunda para el padre y para la hija. La ausencia y la distancia en soledad recíproca para ambos. La soledad como fruto del desafío del padre, como intento de pérdida temporal y no pérdida definitiva de la hija a quien ha pensado tenerla cerca. Para Catalina sigue siendo la obstinada negativa del padre a todo aquello que ella considera vital para su personal realización vocacional. A su padre le debe respeto, y si no le debe obediencia, por ser mayor de edad, sí sabe que la situación que su planteamiento ha suscitado en el padre no es fácil de resolver.

En el negocio del hermano trabaja bien, gobierna la casa con solvencia, y Carlos hasta se esfuerza en animarle a aceptar las pretensiones de ciertos pretendientes. Pero a Catalina, borgoñona campesina de 22 años, no le atraen para nada las felices perspectivas del matrimonio y también las ocupaciones del negocio le resultan extrañas. Su sitio no está allí. Y Carlos prefiere no insistir. Catalina no es ñoña ni sensiblera ni fantasiosa. Ha trabajado desde los doce años como "dueña de la casa" en la granja de Fains, respondiendo con satisfacción a las exigencias de jóvenes y mayores.

El 3 de Febrero de 1829 Carlos se casa de nuevo. Para Catalina la razón de ayudar a su hermano ha desaparecido.

Carlos tiene ahora mujer. Pueden responder bien del negocio de la familia. Buscando luz a la hoguera que le arde dentro del alma, Catalina escribe a su prima de Chatillón, a Juana Antonia Gontard. Ahora además de prima es cuñada, pues se ha casado con el hermano mayor Humberto, que ostenta el cargo de subteniente de policía. Al mismo tiempo, escribe también a María Luisa, que acaba de ser nombrada Hermana Sirviente de la comunidad de Castelsarrasin. Catalina le había dicho a su padre dos años antes que quería ser Hija de la Caridad. Estas cartas tienen por objeto acercarse a ellas una vez más.

A su cuñada le dice que desea volver al pensionado que gobierna en Chatillón. Necesita seguir aprendiendo y desea reencontrarse con las Hijas de la Caridad que conoció allí. A su hermana María Luisa le hace esta pregunta: "¿Qué significa ser Hija de la Caridad?". Juana

Antonia le responde rogándole que no dude en regresar a Chatillón; será muy bien recibida.

María Luisa le responde con ilustraciones directas sobre lo que quiere saber: "Ser Hija de la Caridad significa darse a Dios, sin reservas, para servir en los pobres a sus miembros que sufren... Si en estos momentos una persona fuera lo suficientemente poderosa para ofrecerme, no ya un reino, sino todo el universo, miraría todo eso como el polvo de mis zapatos, pues estoy convencida de que no encontraría en la posesión del universo la felicidad y el contento que siento en mi vocación..." (L.36). Es la luz que Catalina desea encontrar. Dos corazones buenos y generosos le abren la puerta que le ayudarán a adentrarse en los secretos recintos de la vocación que tan fuertemente le grita en su interior. María Luisa tiene 34 años, hace 9 años que ingresó en las Hijas de la Caridad. Ha llegado a ser Hermana Sirviente, es decir, Superiora de la comunidad.

María Luisa también le dice algo más: "Me gustaría que pasaras algún tiempo en casa de nuestra cuñada, tal como ella misma te lo ha propuesto, para que te formaras un poco mejor, ya que en algunas ocasiones es preciso ser todo lo educada que una pueda ser. Aprenderás a hablar francés un poco mejor de como lo hacen en nuestra aldea, te dedicarás a la escritura y al cálculo y, sobre todo, a la piedad, al fervor y al amor de los pobres. No tenemos por costumbre inducir a nadie a que entre en nuestra comunidad..." (L.37).

Termina repitiendo su deseo de que Catalina entre algún día a formar parte de las que un día serán llamadas... "Más vale servir a Dios que al mundo".

Así pues, Catalina regresa a Chatillón a punto de cumplir 23 años y se instala en casa de su hermano Humberto. Es el año 1829. Las actividades educativas de la escuela de señoritas sobre los hábitos, formas y buenas maneras sociales no le gustan mucho, pero intensifica las lecciones sobre escritura y lectura. Los ratos libres los emplea en frecuentar las visitas a la Comunidad de las Hijas de la Caridad. Cada visita es una nueva entrada en el mundo de la oración, la piedad, la reflexión, la conversación y un mayor conocimiento de la vida y actividades de las Hermanas. Cada visita es un nuevo encuentro con el anciano sacerdote de mirada triste y profunda.

Las visitas a la Comunidad le deparan el encuentro con una Hermana nueva y joven, Sor Victoria Séjole. Catalina y Sor Victoria tienen muchas afinidades: las dos son jóvenes; Catalina, 22 años, Sor Victoria, 27; las dos pertenecen a buenas familias de campesinos; las dos tienen una hermana mayor en las Hijas de la Caridad; las dos sienten un gran amor por la Virgen María y por los pobres. Sor Victoria comprende muy bien el malestar que experimenta Catalina en medio del refinamiento del pensionado: "Nunca conocí un alma tan inocente y tan pura", dice, refiriéndose a Catalina (L. 40). Catalina permanece en el pensionado de Juana Antonia hasta su ingreso en la Comunidad de las Hermanas, el 22 de Enero de 1830.

Catalina, a lo largo de su vida personal, campesina o religiosa, no es alguien especialmente extraordinario. No hace milagros que deslumbren, no desdice del ambiente en que se mueve, no expresa sublimes contenidos espirituales, no se arroba en místicos comportamientos, no trasluce ni transmite llamaradas de oración. Es, sin más, una labradora de buena casa, sometida a las leyes de la vida del campo, a las circunstancias del estilo de vida que el campo reclama, fiel servidora del padre, respondiendo con exactitud a los muchos trabajos y obligaciones, que se ciñen a las actividades ordinarias del ambiente labrador, granjero o agricultor. La vida de Catalina desde los doce años puede compendiarse en la de una joven que posee poca cultura de libros y muchos conocimientos interiores, rica en fe y religiosidad, vividas y expresadas con normalidad entre los duros y sencillos trabajos

de aldeana y campesina.

## CAPÍTULO VIII: SE ABRE UNA PUERTA

"Que vaya al convento, si quiere; pero yo no le pagaré la dote" (G.37). Son palabras del padre respondiendo a terceros que le piden su consentimiento para que Catalina cumpla su deseo de ir a las Hijas de la Caridad. Los terceros son Humberto, su mujer y María Luisa. Aportan razones familiares: Tonina puede hacerse cargo de la granja y de la casa. También razones humanas: los hijos están situados, deje que se sitúe Catalina. Y razones cristianas: Catalina es buena y hay en su interior un fuego espiritual que precisa otros campos para desarrollar obras en beneficio de muchas gentes. Le ruegan al padre que acepte los deseos de Catalina. Pero el padre no cede y Catalina no renuncia. Ambos son dos caracteres decididos y fuertes. La tozudez del padre se hace infranqueable; sus respuestas rayan en el enojo. Al buen hombre se le han acabado las reservas de generosidad, y la luz de sus creencias cristianas están sobrellevando una dramática lucha con las exigencias personales de su propia situación personal.

La fidelidad al propio destino vocacional de Catalina consigue el objetivo. Es mayor de edad, ha corrido caminos, ha probado experiencias, está plenamente segura de lo que debe hacer. La soledad personal del padre y su entrada en la vejez son realidades que entristecen la alegría interior de Catalina, pero cuya solución no está expresamente en sus manos. El padre no queda abandonado, no queda solo.

Desde allí en donde Catalina se encuentre siempre habrá para su padre una oración y una súplica para que el sufrimiento le sea leve.

Las conversaciones con las Hermanas dan su fruto. Las bases son sólidas y las perspectivas son buenas. Sor Victoria insiste ante la Superiora de la Comunidad para que Catalina sea aceptada de postulante: "Recíbala; es todo inocencia y piedad. No se encuentra en su sitio entre esas sabihondas. Es una buena chica de pueblo, como las que le gustaban a San Vicente", le argumenta a sor Cany, la Superiora (L.40). El postulantado es como "llamar para que le abran la puerta; presentarse, entrar y comprobar". Catalina pide efectuar este primer paso para ser Hija de la Caridad. Ser postulante es ser espectadora franca, testigo de los criterios, la vida, las normas y las actividades de las Hermanas. Tomar y tomarse el pulso. Comprobar reacciones y sintonizar con lo que se detecta y descubre. Demostrar disposición y disponibilidad, ofrecer carácter y cualidades, sintonizar recíprocamente entre lo que se debe dar y lo que se desea recibir.

Los primeros contactos firmes con las Hermanas en Chatillón son una experiencia corta, un breve puente para llegar al retiro sagrado en donde ha de ser instruida con profundidad en las verdades fundamentales que rigen la vida y el destino de las Hijas de la Caridad. Sirve fundamentalmente para alcanzar el conocimiento preliminar y básico de lo que hay que dar y lo que uno se va a encontrar. El paso para descubrir los recodos del camino. No hay duda, Catalina tiene las cosas tan claras, como las puede tener una joven campesina acostumbrada a las más variopintas vicisitudes que se originan en el gobierno de una granja de familia fuerte de pueblo.

El día 14 de enero de 1830 sor Cany envía una carta a la Casa Madre para que el Consejo de las Hijas de la Caridad adopte la decisión que estime oportuna. La carta dice: "Sor Cany propone a la señorita Labouré. Tiene 23 años y reúne todas las condiciones exigidas para nuestro estado: es devota, tiene buen carácter, un temperamento decidido, amor al trabajo y muy alegre. Comulga regularmente cada 8 días. Es de familia intachable en costumbres y honestidad, aunque tiene poca fortuna; nos dan prisa para que la recibamos" (L.40).

El día 22 llega la respuesta de París. Es favorable. Ese mismo día Catalina, muy contenta, se despide de las compañeras pensionistas, de su hermano y su cuñada, y franquea con alegría la veja de la casa de las Hermanas para quedarse definitivamente allí. Empieza su periplo como Hija de la Caridad. El año 1830 va a ser, por muchas razones, un año crucial para la historia personal de Catalina y para la historia de la piedad cristiana, también para la historia de la Familia Vicenciana. Hace dos años que se ha ausentado de la granja paterna. Allí han quedado para siempre las viejas paredes, el olor a pan tierno, el ajetreo de animales, gallinas y palomas, la seriedad del padre, la solitaria iglesia. Han quedado para el recuerdo idas y venidas, rezos y oraciones, súplicas, ayunos y abstinencias, confidencias y secretos. Son recuerdos que le ayudarán a vivir. Son recuerdos cuyas realidades han llenado sus alforjas de humildad y comprensión, de amor y generosidad, para dedicar su vida de futuro al Señor, a la Virgen María y a los pobres.

El bagaje que Catalina se lleva consigo no es material; no son cosas de ver, usar y poner. Catalina lleva consigo lo que le piden que lleve: la disponibilidad de una joven campesina, la austeridad y seriedad, la capacidad de aceptación de la disciplina, las reglas y el rigor, la aceptación sincera y participativa de las directrices para una armoniosa convivencia en adaptación desprendida a la vida de comunidad. En las interioridades del convento le enseñarán a perfeccionar la hondura de la oración, la grandeza de la piedad, los valores de la fe cristiana, la renuncia a vanidades femeninas. Le instruirán con cariño en el desmenuzamiento de sí misma, en el conocimiento de los pobres, en las prácticas de

caridad, en la paciencia con los ancianos. Le pondrán en contacto directo con el anciano sacerdote de mirada profunda, seria y triste, con la Virgen María, con el Señor del Evangelio, con la Madre Iglesia, comunidad de santos y luchadores.

Catalina permanece en la comunidad de Chatillón tres meses: del 22 de enero al 21 de Abril. La Hermana que le ponen de "ángel de la guarda" es sor Victoria Séjole. Existe entre ellas sintonía: confianza de amigas, conocimiento de raíces, ejercicios de adiestramiento en la piedad, la oración y la actividad. Desde el principio, Catalina es instruida en "la marmita de los pobres enfermos" (L.40). La Revolución quiso matar a Dios y no lo consiguió; quiso que desaparecieran los signos de la Iglesia, y tampoco lo consiguió. Consiguió, eso sí, aumentar el número de pobres, hambrientos, desarraigados, enfermos, inválidos; consiguió que los ancianos siguieran siendo ancianos, pero tan abandonados como siempre. Catalina aprende a conocer la pobreza a través de la marmita, y aprende a estar muy cerca de las personas pobres, personas de carne y hueso. Dos veces por semana, domingos y jueves, a la una de la tarde, las Hermanas preparan una gran olla de caldo en una caldera humeante; los pobres del lugar, los transeúntes, acuden provistos de una cacerola, un puchero o cualquier recipiente aceptable para llevarse una sopa caliente al estómago y llevársela a los enfermos. Es uno de los signos de la caridad efectiva, aunque no definitiva, en la cual son maestras las Hijas de la Caridad.

Los meses de contacto directo le sirven a Catalina para conocer mejor a las Hijas de la Caridad. San Vicente de Paúl, su fundador junto con Santa Luisa de Marillac, hijo de granjero y labrador, consiguió establecer con las Hijas de la Caridad una congregación femenina apostólica ciertamente original. Su misión consiste en servir al hombre Dios en la persona del pobre. Para las Hijas de la Caridad los "pobres" son "sus señores". Luisa de Marillac ha insistido una y otra vez: "No somos religiosas; no somos seglares" (G.38). Las Hijas de la Caridad no tienen monasterios; tampoco hacen votos indefinidos. Cada año, el 25 de Marzo, día de la Anunciación, renuevan su promesa de pertenecer a Dios y a los pobres. San Vicente les repetía en sus conferencias: "Tendréis por monasterio la habitación de los enfermos; por



celda, un cuarto de alquiler; por capilla, la iglesia parroquial; por claustro, las calles de la ciudad; por clausura, la obediencia; por reja, el temor de Dios; por velo, la santa modestia"

(G.39).

Las primeras ilustraciones le resultan sugestivas y estimulantes. La sitúan en el lugar exacto donde ha querido estar. Le facilitan las cosas porque ha llegado a ellas bien cargada de conocimientos y experiencias personales. Un grupo desapercibido, sencillo, humilde y recogido la acoge, como si se tratara de una prolongación más de las acciones desarrolladas en la granja cuando actuaba como "dueña de la casa". Aquí, en la comunidad, existe un reforzamiento espiritual mucho más abundante, más ordenado, mejor organizado, más convincente, más posible, más intenso. Las orientaciones son precisas, las correcciones a punto, la ilusión colectiva inmensa. Catalina, la joven borgoñesa, campesina, de profunda piedad, recia y curtida, y de buena salud, se encuentra en su salsa humana y espiritual. Es su sitio.

El paso siguiente es llegar al noviciado; es decir, entrar en el recinto de la flor y nata de la espiritualidad y la preparación religiosa. Sin embargo, la vida religiosa y de comunidad no es todo honduras espirituales y sublimes derretimientos de caridad. De los pajarillos del campo se preocupa Dios y les proporciona sustento, pero las aspirantes a Hijas de la Caridad hacen bien, y así se lo piden, para que acudan a la comunidad con el pan bajo el brazo o la pequeña dote, según es la costumbre. Pedro Labouré abasteció bien a los hijos para su personal instalación lejos de la casa paterna. Ahora le toca el turno a Catalina. El enfado del padre es

tan grande que dice que "nada de nada", que él no suelta prenda. Es un dolor más para Catalina. Sabe que no es cuestión de fondos y posibilidades; es cuestión de inaceptación y desaprobación. El padre sigue sin aceptar la ruta emprendida por Catalina.

La honradez campesina le plantea a Catalina la necesidad de aportar la dote correspondiente. Si el padre no quiere contribuir, habrá que encontrarla en otro sitio. La bondad consigue muchas veces lo que no consigue la justicia o el derecho. Catalina consigue de Humberto y su esposa el montante acostumbrado de dote para entrar sin reticencias en la comunidad de Hijas de la Caridad: 693 francos. Además, el ajuar personal: 4 pares de sábanas algo usadas, 12 toallas algo usadas, un lote de tela para camisas, 11 camisas hechas, 5 vestidos, 11 pañuelos de bolsillo, 3 pares de bolsas de mano, gorros de dormir, 5 pares de medias, un corsé y un vestido negro (L.42).

Después de tres meses en Chatillón, Catalina es designada para "hacer la prueba definitiva en París". Ha sido admitida. Lo hará en la Comunidad de Hermanas situada en la Rue du Bac, junto con otras jóvenes que acuden allí desde otros puntos de Francia. Desde Chatillón a París hay un largo viaje de 300 kilómetros. Es viaje largo para hacerlo en diligencia, pero la campiña está verde y refrescante en los días de primavera y la alegría personal que Catalina disfruta interiormente hacen un conjunto hermoso que la llenan de felicidad.

Catalina regresa a París, pero no hará de cantinera ni de camarera en la tienda y bar de su hermano Carlos. Va camino de ser una "pequeña hermana" de una "pequeña comunidad", que trabajará en "pequeñas escuelas", en "pequeños asilos", en "pequeños orfanatos", atendiendo y asistiendo a niños pobres y abandonados, a ancianos derrumbados por los años, a niños olvidados por los suyos (G.38).

Le han confirmado que, al principio, las Hijas de la Caridad eran tres o cuatro campesinas reunidas por primera vez en comunidad en casa de Luisa de Marillac; que a los tres o cuatro meses eran doce y que ahora, tres siglos después, mientras se dispone a cruzar la campiña camino de París, son cuarenta y dos mil; que se desparraman por las cuatro esquinas del mundo y por todos los continentes, trabajando en hospitales, incluso, escuelas, prisiones,

asilos, orfanatos; que están allí donde hay pobres, que asisten a los moribundos, que están atentas a los heridos en la guerra, que atienden a los atacados por la peste y las pústulas; que recorren caminos cortos desde su casa al dispensario de barrio, caminos largos entre poblados perdidos en las montañas; que caminan en bicicletas llevando su gran canasta o a lomos de caballo y de mulos por entre las espesuras de la selva tropical.

Catalina contempla, desde el carruaje tirado por seis veloces caballos, los pequeños pueblos del camino y se acuerda de la granja familiar, de Tonina, de los años pasados en Fains, de la pequeña iglesia. En su corazón no hay nostalgia, tan sólo un gran deseo de felicidad para los que allí se quedan. A Catalina le han dicho que el periodo de la prueba definitiva es duro, la disciplina férrea, el rigor absoluto, el orden imponente, el silencio estricto, la oración constante, la meditación larga. Nada le asusta a Catalina. No le asustaron en el pueblo los trabajos, los madrugones, los fríos, las escarchas, la seriedad del padre, las bromas pesadas de los hermanos. Ella no ha sido sensiblera, no es ñoña. Ella porta consigo la fuerza interior que le conduce a la paz de la oración, a la meditación, a la comunión con la Virgen, al acercamiento de las fuentes donde bebieron Vicente de Paúl y Luisa de Marillac, al meollo de la caridad y del cumplimiento exacto de los criterios y vivencias que Jesucristo dejó plasmados en los textos evangélicos.

## CAPÍTULO IX: EL PALOMAR DE LAS HERMANAS EL

### PALOMAR DE LAS HERMANAS

El Miércoles 21 de Abril de 1830 Catalina entra por el gran portalón de la casa y seminario de las Hijas de la Caridad de París, en la Rue du Bac. Le faltan doce días para cumplir 24 años. El largo camino desde Chatillón ha sido como un suspiro. Una bandada de Hermanas acude a la puerta principal para recibir a las que vienen de Chatillón. Son acogidas con algarabía de saludos, parabienes y sonrisas. Recogen los bultos: un baúl y una maleta de madera. El edificio es amplio y señorial. En el pórtico está marcado el número 132, después un extenso jardín y un segundo pórtico que da acceso a un patio rectangular. A la derecha, el edificio del reloj; a la izquierda, el edificio del seminario en el que se ve una campana; su función es convocar a la comunidad a los ejercicios y actos del día.

Las Hermanas conducen a Catalina a la puerta de acceso al edificio destinado para las nuevas que van llegando. El amplio edificio había sido concebido en el siglo XVII para servir de ostentosa residencia a la aristócrata familia de La Vallière. Las ventanas tienen una altura desmesurada. El conjunto muestra los indicios de la grandiosidad, la suntuosidad, el poderío de los antiguos moradores: dobles escalinatas de piedra, recias balaustradas de hierro forjado, amplios rellanos, puertas grandiosas. Tras el paso de Catalina, la verja principal se ha cerrado. No se abrirá para Catalina hasta que haya superado los doce meses que va a estar en el internado. Ha entrado en "El Palomar de las Hermanas", donde un puñado abundante de jóvenes tortolitas venidas de muchas partes de Francia se adentrarán en los secretos de la oración, la vida de comunidad, la formación espiritual y el conocimiento de la vida y espíritu de los Santos Fundadores de la Compañía. Escribe: "Me parece que no estaba sobre la tierra por la felicidad que sentía" (G.41).

La Comunidad de Hermanas es numerosa. Catalina entra a formar parte de una comunidad vicenciana; la forman 124 Hermanas. Unas son ancianas, curtidas de experiencia, repletas de oración, gastadas por el trabajo y la dedicación. Otras son más jóvenes, cargadas de ilusión,

ansiosas de fervor y actividad, aprendices del sacrificio y la renuncia. Todas comparten comedor y capilla, sala, pasillos y costurero. Catalina ha cambiado su traje de campesina y camarera por el hábito y la cofia de las Hermanas nuevas. Todas visten igual.

En pocos días los componentes de la nueva comunidad alcanzan el ritmo organizado, serio, compartido, propio del funcionamiento exigido a la comunidad. Los actos están determinados, las horas definidas, las actuaciones distribuidas, los lugares señalados. Nada se pierde en al azar ni en la improvisación; nada escapa a una meticulosa organización. Al grupo de las recién llegadas se le procura un estudiado aislamiento del conjunto para que su concentración sea total y absoluta: Directora, Admonitora, Sacristana, Ecónoma, Bibliotecaria, son cargos que intervienen directamente en el orden del día de la comunidad.

El reglamento es duro, las exigencias fuertes, las comodidades nulas. La comunidad se levanta a las cuatro de la mañana a toque de campanilla. La Hermana encargada vigila el despertar; un salto espontáneo de la cama, cierto ruido de trapos y telas y aseo rápido. Las jóvenes aspirantes retiran mantas y sábanas, abren ventanas y con el libro de oraciones en la mano acuden silenciosamente a la capilla: es el momento de recitar las oraciones de la mañana; sigue la lectura de los puntos de meditación y un largo silencio para la meditación personal, las oraciones comunitarias, Misa, plática, Comunión, acción de gracias.

Concluida la madrugadora estancia en la capilla, todas las Hermanas se llegan al refectorio comedor.

Espera sobre la mesa, y se toma en silencio, un frugal y rápido desayuno. A continuación, limpieza general y actividades ordinarias. A las once y media, vuelta de nuevo

a la capilla para examen de conciencia y charla formativa. A las doce comida en silencio.

Durante la comida una Hermana de las nuevas lee pasajes de la vida de los santos o escritos de formación religiosa. Después, recreo, paseo y conversación. La Hermana Admonitora distribuye a las componentes de cada grupo de paseo; cada día con las que toque. A las catorce horas, lectura espiritual, seguida de un gran silencio de exclusiva aplicación personal: lectura, estudio, arreglos y obligaciones personales.

A las diecisiete horas, nuevo encuentro en la capilla para meditación apoyada en previa lectura de un texto del Evangelio, de las Reglas Comunes de la Compañía o de las Conferencias y Escritos de San Vicente de Paúl. A las diecinueve, cena en silencio, también con lectura de fondo. Al finalizar la cena, media hora de recreo. A las veinte, reunión en la capilla, recitación de las oraciones de la noche, lectura de los puntos de meditación para el día siguiente, avisos y recomendaciones de la Hermana Directora. A continuación retirada al dormitorio: silencio reverencial. La noche reclama descanso.

Catalina ha llegado y ha sido admitida en el "Sagrado recinto de la oración y de la prueba". El período de formación intensa que ha iniciado Catalina es como una íntima urna de recogimiento donde se guardan y se desarrollan las más profundas expresiones de la piedad, la oración, el sacrificio, y el descubrimiento personal. Aislada del mundo exterior, recogida en su recoleta interioridad personal y comunitaria, dispone de un personal especialmente preparado, de un ambiente calculado y trabajado, de un lugar reservado y del tiempo preciso para adentrarse en su propia interioridad. Va a estar dirigida, orientada y animada por frecuentes coloquios y exposiciones, por diarias meditaciones, por celebraciones litúrgicas, por actos de formación, por actividades ocupacionales que llenarán con la oración y la piedad las siempre pocas horas del día. Catalina se encuentra en un nido de calor humano y espiritual.

El período de ilustración es también tiempo y espacio de descubrimientos. Los personajes entrañables, significativos, ilustradores de la religión, la piedad y el compromiso vocacional: Jesucristo, la Virgen María, San Vicente de Paúl, Santa Luisa de Marillac son presentados con

intensidad. Es, además, tiempo propicio para arrobamientos del espíritu, que se traducen en sabrosos goces íntimos del alma, en sublimes gestos de generosidad y sacrificio, en ardorosas promesas de acciones, entregas y comportamientos hacia los demás. El sentimiento personal se une a la fe, y la energía juvenil se une al entusiasmo para disfrutar en el silencio de la meditación y comunión con Jesús presente en el Sagrario, para conversar amorosamente, para suplicar con fervor, para dar gracias efusivas, para sentir el afecto maternal junto a la Señora Inmaculada.

Catalina se encuentra en una nube de espiritualidad y de oración. Es feliz, y su felicidad la guarda cautelosa en el secreto de su corazón. Está en paz, la paz gozosa de quien se encuentra en un jardín perfumado de santidad, de generosas intenciones, de ardientes satisfacciones interiores. Está serena con la serenidad que se apoya en la tranquila visión de las cosas. Al fin, su padre ha aceptado la decisión y los pasos dados por Catalina. También él es hombre razonable; ha luchado, pero no ha podido conseguir lo que pretendía, así que acepta la situación. Cuando dos luchan por lo suyo, pero lo de uno tiene incidencia en el otro, alguien tiene que renunciar; ahora le ha tocado al padre, que, por ser hombre de carácter, buen cristiano y persona razonable, asume la renuncia y ofrece tendida una mano del afecto y del respeto. Es otra inyección más de felicidad y equilibrio para Catalina. El soplo misterioso de Dios sigue hinchando las velas.

La formación y profundización en la vocación de Hija de la Caridad se constituye en algo fundamental para las componentes del grupo que aspiran a serlo y que lo serán dentro de

Las novicias en tiempo de Santa Catalina.

Las novicias en tiempo de Santa Catalina.

muy pocos meses. Catalina está en la Rue du Bac para ser Hija de la Caridad. "Ahora huyes de mí, pero algún día te sentirás feliz de poder venir conmigo" (L.31), le dijo el anciano sacerdote del extraño sueño. Ya ha llegado junto a él, ya forma parte del grupo que revive

sus vivencias y sus enseñanzas.

Ha conocido de cerca a las

Hermanas de Chatillón. Eran

una pequeña comunidad,

dedicada a realizar pequeñas

acciones caritativas en un

pequeño pueblo. Ahora

Catalina está en el semillero

principal donde se cultivan y

expresan la flor y nata de la

vocación de Hija de Caridad.



Ante todo, ilustración, conoci

mientos espirituales, contacto

interior con los personajes,

preparación adecuada de la

urna personal donde se han de recoger los signos y símbolos de la acción vicenciana para ser testimonio y efectividad de acción caritativa hacia los demás.

Catalina debe preparar concienzudamente el ánimo, el carácter, la disciplina, el alma y el corazón. Debe descubrir el sentido comunitario de la convivencia, cuajada a veces de los términos complicados de la aceptación, la comprensión, la renuncia, la ayuda, el perdón, el sacrificio de ella misma y de las que caminan en su vocación junto a ella. Catalina mantiene erguidas, asidas con el alma y el corazón, todo a punto, las virtudes conseguidas en su vida familiar. Ahora las adorna con los componentes imprescindibles de la oración y el valor extraordinario que le aportan la fe y el amor a los personajes que iluminan su primer adentra- miento serio en la vocación de Hija de la Caridad.

Charlas, conferencias, pláticas, lecturas, retiros, meditaciones llenan el horario de cada día madurando la intensidad de los tiempos y momentos del seminario. La participación en estas actividades le asientan a Catalina el espíritu dentro de un intenso enriquecimiento y vivencia interior, y le abren los cauces de participación inmediata para la atención a los pobres, actividad que será en un futuro próximo la principal razón de su existencia. Ella tiene dispuesto el corazón, tiene curtido el cuerpo, tiene suelta la mente para que la gracia del Señor se derrame como manojos de dones sobre su persona. Ella pide que el espíritu de San Vicente la ilumine y la guíe allí donde le corresponda realizar su vocación y destino.

Experimentadas Hermanas y el Padre Espiritual recorren ante Catalina los mensajes del Evangelio, la vida de Jesucristo, la imagen femenina y maternal de María Santísima, la personal energía de San Vicente de Paúl, la sencillez y humildad de las primeras Hijas de la Caridad, señoras y jóvenes humildes y sencillas que también tuvieron sus raíces en la numerosa concurrencia de familias del campo.

San Vicente de Paúl se le presenta ahora como conversador confidencial. Catalina ya sabe que va a ser en adelante su guía espiritual. La vida, la doctrina, las actitudes, las directrices del Padre Fundador le van a ser enseñadas, repetidas e inculcadas de muchas maneras y en cualquier circunstancia. De entrada, Catalina encuentra en las raíces vitales del sacerdote de extraño sueño una similitud: es cómo ella de origen campesino. Al igual que ella, la infancia la ha vivido en un pequeño pueblo del campo haciendo funciones de pastor, porquero y

cuidador de animales pues es hijo de labrador. En la familia de Vicente de Paúl no se sabía de elegancias ni había comodidades, aunque no hubiera miseria. Vicente vive una juventud un tanto desconcertante, hasta que, gracias al revoloteo del espíritu de Dios, se asienta personalmente en la fe que lo convierte al mensaje de las bienaventuranzas del Evangelio. Llega al descubrimiento de los pobres, harapientos y mendigos, de los enfermos y necesitados, de los marginados y desechados, los cuales cambian radicalmente el sentido de su vida.

Vicente de Paúl, sacerdote de origen vascón, a partir de cumplidos 32 años, ya no "mirará" a los pobres y desgraciados cual si pasara de largo y aprisa por el camino de una vida personal holgada y acomodada, sino que los "verá" y penetrará hasta su íntima entraña personal de complejas necesidades, penurias y sufrimientos. No observará la miseria, la enfermedad, los defectos físicos, la deformidad, la pobreza, el hambre, el dolor, las heridas, la soledad, el abandono... como objetos y situaciones ante las cuales se puede ser espectador indiferente y huidizo, sino que se identificará personal e interiormente con la necesidad del pobre, que sufre en su ser y en sus carnes las carencias físicas, materiales y espirituales, de lo más elemental para el desarrollo de la realidad personal. Y se acercará a la persona humana que está enferma y entrará en comunión con ella para recobrarla a la dignidad y para recuperarla al espíritu del Reino de Dios.

Pudo haber elegido un nivel social cómodo, prestigioso y fácil, pues tuvo relaciones con gentes importantes, de prestigio y poder. Pero eligió que su vida fuera una dedicación absoluta a la miseria atrapada en la vida de los hombres: atender, remediar y solucionar las necesidades de los más pobres y necesitados, descubriendo en ellos a las personas concretas que son, en su realidad humana y en lo espiritual testigos presentes del Señor Jesucristo.

Transformado por la realidad de la desgracia ajena, Vicente no quiere ser un teórico sublime de la pobreza y los pobres, sino el hombre práctico del campo que se esfuerza por encontrar soluciones efectivas y consistentes a la necesidad detectada en la persona de al lado, el vecino, el compañero, el desconocido, como son el desahuciado, el mendigo, el anciano, el

enfermo, el hambriento. Chatillón-lesDombes es la primera piedra del grandioso edificio que San Vicente construye para hacer efectiva la caridad a los pobres, las Damas de la Caridad. Una familia en la miseria, un aviso urgente, una homilía ferviente, una larga procesión de personas que andan el camino con sus cestos repletos de comida para la familia en la miseria. Cinco días mas tarde, aquella caridad campesina, convulsiva, generosa, sincera y espontanea, la organiza para que cada día sea una familia, y no todas el mismo día y después nada más, la que provea de alimento a la necesidad. Es el año 1617 cuando se inicia la vereda de santidad de Vicente de Paúl.

En 1625 funda la Congregación de la Misión, grupo de sacerdotes para la evangelización de los pobres del campo. En 1633 inaugura las Conferencias de los Martes para alimentar la piedad y el celo evangélico de los obispos y sacerdotes. En 1633 funda la Compañía de las Hijas de la Caridad. En 1638 instituye la Obra de los Niños Expósitos. En 1639 lanza a sus Grupos de Caridad en auxilio de las provincias desbastadas por la guerra, Picardía, Lorena (también a Vicente de Paúl le ha tocado vivir las consecuencias y desastres que ocasionan las guerras). Durante los últimos años de su vida envía a sus sacerdotes como misioneros del Evangelio y la caridad a tierras lejanas, Madagascar, Argel, Oriente: "Id a anunciar la Buena Nueva del Evangelio a los pobres, a las personas más abandonadas" (Mc. 16,15). Para Vicente de Paúl, las dificultades y problemas que conciernen al mundo de los pobres serán lugares, serán personas, serán acontecimientos "en los que se manifiesta la guía y el soplo

del Espíritu Santo" (Mt. 28,19. Quiere hacer y hace efectivo el mensaje del Evangelio: "Se anuncia la Buena Nueva a los pobres" (Lc. 4,16-21).

Porque el pobre es para Vicente de Paúl la imagen viva de Jesús de Nazaret. En consecuencia, es el centro que polariza todas las energías, todos los esfuerzos de sus Misioneros, de las Hijas de la Caridad, de las Damas de la Caridad, de los obispos y sacerdotes. Vicente, hijo de labrador, carácter fuerte, austero y exigente, es, a raíz de su conversión, un apasionado de los pobres, que se compromete con ellos y compromete a quienes junto a él viven. Con el sentido práctico que da el origen de la tierra, Vicente ve la pobreza que se exterioriza como miseria pública, lacra de la sociedad, situación corriente, normal e inevitable para vergüenza de los responsables de la Administración Pública y para escarnio irritante de los poderosos, señores y damas de buen comer, vestir, lucir y despilfarrar. Pero conoce también el dolor y el sufrimiento personal que se almacenan en el interior de quien los sufre, y decididamente se compromete y se une al yugo del dolor y sufrimiento interior del mendigo, del enfermo, del herido, del abandonado.

Santa Luisa de Marillac es, en principio, una de las Damas de la Caridad. Cuando Vicente de Paúl, metido entre las grandilocuencias y elegantes maneras aristócratas de la corte parisina, la conoce es la señora de Legrás. Al poco tiempo queda viuda, y retorna su nombre personal de familia, Luisa de Marillac. San Vicente desde una serena, comprensiva y estimulante dirección espiritual la recupera para las obras de caridad. Ambos fundan la Compañía de las Hijas de la Caridad. Y ambos organizan un grupo de jóvenes aldeanas que colaboran, animan y visitan "Las

Caridades" ejercidas por la señoras y damas de las Cofradías de la Caridad. El 29 de noviembre de 1633 la casa de Luisa de Marillac se abre para acoger a las primeras jóvenes que inician un nuevo camino de ser "buenas cristianas" en la Iglesia viviendo en comunidad, pues san Vicente había llegado a una sencilla y práctica solución: "Sólo con los pobres salvaré a los pobres" (VP.24).

El origen de las Hijas de la Caridad es este grupo de jóvenes de poca o ninguna cultura y gran

corazón. El grupo se forma en torno a Margarita Naseau, muchacha sencilla, de familia campesina, acostumbrada a guardar las vacas y a atender a las faenas de una humilde familia de aldeanos. El grupo tiene por objeto hacer efectivos a los pobres, en presencia y acompañamiento, pucheros, comidas y ropas, los dineros de las aristócratas Damas de la Caridad. En un principio son llamadas "sirvientas", porque son las que realizan directamente las tareas de servir a los pobres.

Margarita es una joven inquieta y creativa, sabe establecer una relación hacia el bien, conexiando toda la realidad que la rodea. Es la animadora, la promotora, y en ella descubren las compañeras unas cualidades, un talante, un estilo personal y una riqueza espiritual que subyugan y entusiasman. "Es la primera Hermana que tuvo la dicha de mostrar el camino a las demás. Dios la quería de esta manera, para que fuese ella la primera Hija de la Caridad, sirva de los pobres enfermos en la ciudad de París... Todo el mundo la quería porque no había nada que no fuese digno de amar en ella", les dice San Vicente a las Hermanas pocos días después de la prematura muerte de Margarita (VP.24).

Margarita Naseau da al grupo de "sirvientas" cohesión, lo estimula para superar las dificultades, le señala objetivos posibles y desde su propia persona contagia ganas de vivir y ganas de servir, proyectando hacia las demás compañeras el anuncio de Jesús para preparar el Reino de Cristo, atendiendo a las necesidades de los más pobres. Las componentes del grupo viven juntas, pero se las ve cada mañana despedirse con alegría y tomar caminos diferentes, colgada la cesta del brazo. Su andar es ligero, su sonrisa abierta, su porte

transmite decisión y su paz interior rebosa serenidad. Todas estas virtudes son mucho más fecundas cuando van acompañadas de cocido y pan para llenar el estómago vacío. Cuando regresan al grupo, cuentan sus experiencias, comparten el esfuerzo, dan gracias a Dios por el gozo del servicio y proyectan más acciones de caridad (AC.165).

Luisa de Marillac es la colaboradora ideal de San Vicente para la organización efectiva de caridad que la situación de pobreza y necesidad de entonces requiere. Es así como reúne al grupo de "sirvientas" en su mansión. La pobreza y necesidad, presentes siempre en cualquier momento y en cualquier lugar, requieren también la continuidad de la acción de las primeras Hijas de la Caridad. Desde los tiempos de San Vicente de Paúl, ha sido siempre consoladora y gratificante la presencia de las Hijas de la Caridad. Allí donde se hacen presentes se palpa, se vive, se estimula una redoblada expresión de amor, una ingenua entrega de generosidad, una sublime disponibilidad y una desinteresada manifestación de piedad cristiana y vicenciana.

Las primeras Reglas que determinan las primicias de la esencia y existencia de las Hijas de la Caridad ofrecen este testimonio: "La Compañía de las Hijas de la Caridad se establece para amar a Dios, servir y honrar a Nuestro Señor, su patrón, y a la Virgen Santa, para servir a los pobres enfermos corporalmente, suministrándoles cuanto necesitan, y espiritualmente, procurando que vivan y mueran en buen estado. Los pobres representan para vosotras la persona de Nuestro Señor Jesucristo". En otra ocasión San Vicente les dice: "Sois pobres Hijas de la Caridad que os disteis a Dios para el servicio de los pobres" (VP.24).

Las Hijas de la Caridad son "seculares", que se consagran con votos "no religiosos". Profesan votos anuales que renuevan individualmente, en silencio, el día 25 de Marzo, festividad de la Anunciación de Nuestra Señora. El espíritu de la Compañía de las Hijas de la Caridad consiste en: "Amar a nuestro Señor Jesucristo y servirle en espíritu de humildad y sencillez". "Mientras la caridad, la humildad y la sencillez se encuentren entre vosotras podrá decirse: La Compañía de la Caridad vive todavía" (VP.24), recalca San Vicente en las charlas y conferencias que les dirige reiteradamente.

Su única "profesión es servir a los pobres". Los votos de pobreza, castidad y obediencia, propios de las Órdenes Religiosas, son más expresiones "funcionales que constitutivas". Las Hijas de la Caridad, según la dinámica que San Vicente quiso imprimir en su Compañía, son "auténticas cristianas" que confirman sacramentalmente su voluntad bautismal de entrega total a Dios sirviendo a los pobres. Dice la Constitución de la Compañía aprobada en 1983:

"Las Hijas de la Caridad, fieles a su bautismo y en respuesta a un llamamiento divino, se consagran por entero y en comunidad al servicio de Cristo en los pobres, sus hermanos, con un espíritu evangélico de sencillez, humildad y caridad". A tal efecto añaden un cuarto voto en su profesión y renovación: "servir corporal y espiritualmente a los pobres".

#### CAPÍTULO VIII: SE ABRE UNA PUERTA

"Que vaya al convento, si quiere; pero yo no le pagaré la dote" (G.37). Son palabras del padre respondiendo a terceros que le piden su consentimiento para que Catalina cumpla su deseo de ir a las Hijas de la Caridad. Los terceros son Humberto, su mujer y María Luisa. Aportan razones familiares: Tonina puede hacerse cargo de la granja y de la casa. También razones humanas: los hijos están situados, deje que se sitúe Catalina. Y razones cristianas: Catalina es buena y hay en su interior un fuego espiritual que precisa otros campos para desarrollar obras en beneficio de muchas gentes. Le ruegan al padre que acepte los deseos de Catalina. Pero el padre no cede y Catalina no renuncia. Ambos son dos caracteres decididos y fuertes. La tozudez del padre se hace infranqueable; sus respuestas rayan en el enojo. Al buen



hombre se le han acabado las reservas de generosidad, y la luz de sus creencias cristianas están sobrellevando una dramática lucha con las exigencias personales de su propia situación personal.

La fidelidad al propio destino vocacional de Catalina consigue el objetivo. Es mayor de edad, ha corrido caminos, ha probado experiencias, está plenamente segura de lo que debe hacer. La soledad personal del padre y su entrada en la vejez son realidades que entristecen la alegría interior de Catalina, pero cuya solución no está expresamente en sus manos. El padre no queda abandonado, no queda solo.

Desde allí en donde Catalina se encuentre siempre habrá para su padre una oración y una súplica para que el sufrimiento le sea leve.

Las conversaciones con las Hermanas dan su fruto. Las bases son sólidas y las perspectivas son buenas. Sor Victoria insiste ante la Superiora de la Comunidad para que Catalina sea aceptada de postulante: "Recíbala; es todo inocencia y piedad. No se encuentra en su sitio entre esas sabihondas. Es una buena chica de pueblo, como las que le gustaban a San Vicente", le argumenta a sor Cany, la Superiora (L.40). El postulantado es como "llamar para que le abran la puerta; presentarse, entrar y comprobar". Catalina pide efectuar este primer paso para ser Hija de la Caridad. Ser postulante es ser espectadora franca, testigo de los criterios, la vida, las normas y las actividades de las Hermanas. Tomar y tomarse el pulso. Comprobar reacciones y sintonizar con lo que se detecta y descubre. Demostrar disposición y disponibilidad, ofrecer carácter y cualidades, sintonizar recíprocamente entre lo que se debe dar y lo que se desea recibir.

Los primeros contactos firmes con las Hermanas en Chatillón son una experiencia corta, un breve puente para llegar al retiro sagrado en donde ha de ser instruida con profundidad en las verdades fundamentales que rigen la vida y el destino de las Hijas de la Caridad. Sirve fundamentalmente para alcanzar el conocimiento preliminar y básico de lo que hay que dar y lo que uno se va a encontrar. El paso para descubrir los recodos del camino. No hay duda, Catalina tiene las cosas tan claras, como las puede tener una joven campesina acostumbrada

a las más variopintas vicisitudes que se originan en el gobierno de una granja de familia fuerte de pueblo.

El día 14 de enero de 1830 sor Cany envía una carta a la Casa Madre para que el Consejo de las Hijas de la Caridad adopte la decisión que estime oportuna. La carta dice: "Sor Cany propone a la señorita Labouré. Tiene 23 años y reúne todas las condiciones exigidas para nuestra estado: es devota, tiene buen carácter, un temperamento decidido, amor al trabajo y muy alegre. Comulga regularmente cada 8 días. Es de familia intachable en costumbres y honestidad, aunque tiene poca fortuna; nos dan prisa para que la recibamos" (L.40).

El día 22 llega la respuesta de París. Es favorable. Ese mismo día Catalina, muy contenta, se despide de las compañeras pensionistas, de su hermano y su cuñada, y franquea con alegría la veja de la casa de las Hermanas para quedarse definitivamente allí. Empieza su periplo como Hija de la Caridad. El año 1830 va a ser, por muchas razones, un año crucial para la historia personal de Catalina y para la historia de la piedad cristiana, también para la historia de la Familia Vicenciana. Hace dos años que se ha ausentado de la granja paterna. Allí han quedado para siempre las viejas paredes, el olor a pan tierno, el ajetreo de animales, gallinas y palomas, la seriedad del padre, la solitaria iglesia. Han quedado para el recuerdo idas y venidas, rezos y oraciones, súplicas, ayunos y abstinencias, confidencias y secretos. Son recuerdos que le ayudarán a vivir. Son recuerdos cuyas realidades han llenado sus alforjas de humildad y comprensión, de amor y generosidad, para dedicar su vida de futuro al Señor, a la Virgen María y a los pobres.

El bagaje que Catalina se lleva consigo no es material; no son cosas de ver, usar y poner.

Catalina lleva consigo lo que le piden que lleve: la disponibilidad de una joven campesina, la austeridad y seriedad, la capacidad de aceptación de la disciplina, las reglas y el rigor, la aceptación sincera y participativa de las directrices para una armoniosa convivencia en adaptación desprendida a la vida de comunidad. En las interioridades del convento le enseñarán a perfeccionar la hondura de la oración, la grandeza de la piedad, los valores de la fe cristiana, la renuncia a vanidades femeninas. Le instruirán con cariño en el desmenuzamiento de sí misma, en el conocimiento de los pobres, en las prácticas de caridad, en la paciencia con los ancianos. Le pondrán en contacto directo con el anciano sacerdote de mirada profunda, seria y triste, con la Virgen María, con el Señor del Evangelio, con la Madre Iglesia, comunidad de santos y luchadores.

Catalina permanece en la comunidad de Chatillón tres meses: del 22 de enero al 21 de Abril. La Hermana que le ponen de "ángel de la guarda" es sor Victoria Séjole. Existe entre ellas sintonía: confianza de amigas, conocimiento de raíces, ejercicios de adiestramiento en la piedad, la oración y la actividad. Desde el principio, Catalina es instruida en "la marmita de los pobres enfermos" (L.40). La Revolución quiso matar a Dios y no lo consiguió; quiso que desaparecieran los signos de la Iglesia, y tampoco lo consiguió. Consiguió, eso sí, aumentar el número de pobres, hambrientos, desarraigados, enfermos, inválidos; consiguió que los ancianos siguieran siendo ancianos, pero tan abandonados como siempre. Catalina aprende a conocer la pobreza a través de la marmita, y aprende a estar muy cerca de las personas pobres, personas de carne y hueso. Dos veces por semana, domingos y jueves, a la una de la tarde, las Hermanas preparan una gran olla de caldo en una caldera humeante; los pobres del lugar, los transeúntes, acuden provistos de una cacerola, un puchero o cualquier recipiente aceptable para llevarse una sopa caliente al estómago y lle vársela a los enfermos. Es uno de los signos de la caridad efectiva, aunque no definitiva, en la cual son maestras las Hijas de la Caridad.

Los meses de contacto directo le sirven a Catalina para conocer mejor a las Hijas de la

Caridad. San Vicente de Paúl, su fundador junto con Santa Luisa de Marillac, hijo de granjero y labrador, consiguió establecer con las Hijas de la Caridad una congregación femenina apostólica ciertamente original. Su misión consiste en servir al hombre Dios en la persona del pobre. Para las Hijas de la Caridad los "pobres" son "sus señores". Luisa de Marillac ha insistido una y otra vez: "No somos religiosas; no somos seglares" (G.38). Las Hijas de la Caridad no tienen monasterios; tampoco hacen votos indefinidos. Cada año, el 25 de Marzo, día de la Anunciación, renuevan su promesa de pertenecer a Dios y a los pobres. San Vicente les repetía en sus conferencias: "Tendréis por monasterio la habitación de los enfermos; por celda, un cuarto de alquiler; por capilla, la iglesia parroquial; por claustro, las calles de la ciudad; por clausura, la obediencia; por reja, el temor de Dios; por velo, la santa modestia"

(G.39).

Las primeras ilustraciones le resultan sugestivas y estimulantes. La sitúan en el lugar exacto donde ha querido estar. Le facilitan las cosas porque ha llegado a ellas bien cargada de conocimientos y experiencias personales. Un grupo desapercibido, sencillo, humilde y recogido la acoge, como si se tratara de una prolongación más de las acciones desarrolladas en la granja cuando actuaba como "dueña de la casa". Aquí, en la comunidad, existe un reforzamiento espiritual mucho más abundante, más ordenado, mejor organizado, más convincente, más posible, más intenso. Las orientaciones son precisas, las correcciones a punto, la ilusión colectiva inmensa. Catalina, la joven borgoñesa, campesina, de profunda

riedad, recia y curtida, y de buena salud, se encuentra en su salsa humana y espiritual. Es su sitio.

El paso siguiente es llegar al noviciado; es decir, entrar en el recinto de la flor y nata de la espiritualidad y la preparación religiosa. Sin embargo, la vida religiosa y de comunidad no es todo honduras espirituales y sublimes derretimientos de caridad. De los pajarillos del campo se preocupa Dios y les proporciona sustento, pero las aspirantes a Hijas de la Caridad hacen bien, y así se lo piden, para que acudan a la comunidad con el pan bajo el brazo o la pequeña dote, según es la costumbre. Pedro Labouré abasteció bien a los hijos para su personal instalación lejos de la casa paterna. Ahora le toca el turno a Catalina. El enfado del padre es tan grande que dice que "nada de nada", que él no suelta prenda. Es un dolor más para Catalina. Sabe que no es cuestión de fondos y posibilidades; es cuestión de inaceptación y desaprobación. El padre sigue sin aceptar la ruta emprendida por Catalina.

La honradez campesina le plantea a Catalina la necesidad de aportar la dote correspondiente. Si el padre no quiere contribuir, habrá que encontrarla en otro sitio. La bondad consigue muchas veces lo que no consigue la justicia o el derecho. Catalina consigue de Humberto y su esposa el montante acostumbrado de dote para entrar sin reticencias en la comunidad de Hijas de la Caridad: 693 francos. Además, el ajuar personal: 4 pares de sábanas algo usadas, 12 toallas algo usadas, un lote de tela para camisas, 11 camisas hechas, 5 vestidos, 11 pañuelos de bolsillo, 3 pares de bolsas de mano, gorros de dormir, 5 pares de medias, un corsé y un vestido negro (L.42).

Después de tres meses en Chatillón, Catalina es designada para "hacer la prueba definitiva en París". Ha sido admitida. Lo hará en la Comunidad de Hermanas situada en la Rue du Bac, junto con otras jóvenes que acuden allí desde otros puntos de Francia. Desde Chatillón a París hay un largo viaje de 300 kilómetros. Es viaje largo para hacerlo en diligencia, pero la campiña está verde y refrescante en los días de primavera y la alegría personal que Catalina disfruta interiormente hacen un conjunto hermoso que la llenan de felicidad.

Catalina regresa a París, pero no hará de cantinera ni de camarera en la tienda y bar de su

hermano Carlos. Va camino de ser una "pequeña hermana" de una "pequeña comunidad", que trabajará en "pequeñas escuelas", en "pequeños asilos", en "pequeños orfanatos", atendiendo y asistiendo a niños pobres y abandonados, a ancianos derrumbados por los años, a niños olvidados por los suyos (G.38).

Le han confirmado que, al principio, las Hijas de la Caridad eran tres o cuatro campesinas reunidas por primera vez en comunidad en casa de Luisa de Marillac; que a los tres o cuatro meses eran doce y que ahora, tres siglos después, mientras se dispone a cruzar la campiña camino de París, son cuarenta y dos mil; que se desparraman por las cuatro esquinas del mundo y por todos los continentes, trabajando en hospitales, inclusas, escuelas, prisiones, asilos, orfanatos; que están allí donde hay pobres, que asisten a los moribundos, que están atentas a los heridos en la guerra, que atienden a los atacados por la peste y las pústulas; que recorren caminos cortos desde su casa al dispensario de barrio, caminos largos entre poblados perdidos en las montañas; que caminan en bicicletas llevando su gran canasta o a lomos de caballo y de mulos por entre las espesuras de la selva tropical.

Catalina contempla, desde el carruaje tirado por seis veloces caballos, los pequeños pueblos del camino y se acuerda de la granja familiar, de Tonina, de los años pasados en Fains, de la pequeña iglesia. En su corazón no hay nostalgia, tan sólo un gran deseo de felicidad para los que allí se quedan. A Catalina le han dicho que el periodo de la prueba definitiva es duro, la disciplina férrea, el rigor absoluto, el orden imponente, el silencio estricto, la oración constante, la meditación larga. Nada le asusta a Catalina. No le asustaron en el pueblo los

trabajos, los madrugones, los fríos, las escarchas, la seriedad del padre, las bromas pesadas de los hermanos. Ella no ha sido sensiblera, no es ñoña. Ella porta consigo la fuerza interior que le conduce a la paz de la oración, a la meditación, a la comunión con la Virgen, al acercamiento de las fuentes donde bebieron Vicente de Paúl y Luisa de Marillac, al meollo de la caridad y del cumplimiento exacto de los criterios y vivencias que Jesucristo dejó plasmados en los textos evangélicos.

#### CAPÍTULO IX: EL PALOMAR DE LAS HERMANAS

El Miércoles 21 de Abril de 1830 Catalina entra por el gran portalón de la casa y seminario de las Hijas de la Caridad de París, en la Rue du Bac. Le faltan doce días para cumplir 24 años. El largo camino desde Chatillón ha sido como un suspiro. Una bandada de Hermanas acude a la puerta principal para recibir a las que vienen de Chatillón. Son acogidas con algarabía de saludos, parabienes y sonrisas. Recogen los bultos: un baúl y una maleta de madera. El edificio es amplio y señorial. En el pórtico está marcado el número 132, después un extenso jardín y un segundo pórtico que da acceso a un patio rectangular. A la derecha, el edificio del reloj; a la izquierda, el edificio del seminario en el que se ve una campana; su función es convocar a la comunidad a los ejercicios y actos del día.

Las Hermanas conducen a Catalina a la puerta de acceso al edificio destinado para las nuevas que van llegando. El amplio edificio había sido concebido en el siglo XVII para servir de ostentosa residencia a la aristócrata familia de La Vallière. Las ventanas tienen una altura desmesurada. El conjunto muestra los indicios de la grandiosidad, la suntuosidad, el poderío de los antiguos moradores: dobles escalinatas de piedra, recias balaustradas de hierro forjado, amplios rellanos, puertas grandiosas. Tras el paso de Catalina, la verja principal se ha cerrado. No se abrirá para Catalina hasta que haya superado los doce meses que va a estar en el internado. Ha entrado en "El Palomar de las Hermanas", donde un puñado abundante de jóvenes tortolitas venidas de muchas partes de Francia se adentrarán en los

secretos de la oración, la vida de comunidad, la formación espiritual y el conocimiento de la vida y espíritu de los Santos Fundadores de la Compañía. Escribe: "Me parece que no estaba sobre la tierra por la felicidad que sentía" (G.41).

La Comunidad de Hermanas es numerosa. Catalina entra a formar parte de una comunidad vicenciana; la forman 124 Hermanas. Unas son ancianas, curtidas de experiencia, repletas de oración, gastadas por el trabajo y la dedicación. Otras son más jóvenes, cargadas de ilusión, ansiosas de fervor y actividad, aprendices del sacrificio y la renuncia. Todas comparten comedor y capilla, sala, pasillos y costurero. Catalina ha cambiado su traje de campesina y camarera por el hábito y la cofia de las Hermanas nuevas. Todas visten igual.

En pocos días los componentes de la nueva comunidad alcanzan el ritmo organizado, serio, compartido, propio del funcionamiento exigido a la comunidad. Los actos están determinados, las horas definidas, las actuaciones distribuidas, los lugares señalados. Nada se pierde en al azar ni en la improvisación; nada escapa a una meticulosa organización. Al grupo de las recién llegadas se le procura un estudiado aislamiento del conjunto para que su concentración sea total y absoluta: Directora, Admonitora, Sacristana, Ecónoma, Bibliotecaria, son cargos que intervienen directamente en el orden del día de la comunidad. El reglamento es duro, las exigencias fuertes, las comodidades nulas. La comunidad se levanta a las cuatro de la mañana a toque de campanilla. La Hermana encargada vigila el despertar; un salto espontáneo de la cama, cierto ruido de trapos y telas y aseo rápido. Las jóvenes aspirantes retiran mantas y sábanas, abren ventanas y con el libro de oraciones en la mano acuden silenciosamente a la capilla: es el momento de recitar las oraciones de la



mañana; sigue la lectura de los puntos de meditación y un largo silencio para la meditación personal, las oraciones comunitarias, Misa, plática, Comunión, acción de gracias.

Concluida la madrugadora estancia en la capilla, todas las Hermanas se llegan al refectorio comedor.

Espera sobre la mesa, y se toma en silencio, un frugal y rápido desayuno. A

continuación, limpieza general y actividades ordinarias. A las once y media, vuelta de nuevo a la capilla para examen de conciencia y charla formativa. A las doce comida en silencio.

Durante la comida una Hermana de las nuevas lee pasajes de la vida de los santos o escritos de formación religiosa. Después, recreo, paseo y conversación. La Hermana Admonitora distribuye a las componentes de cada grupo de paseo; cada día con las que toque. A las catorce horas, lectura espiritual, seguida de un gran silencio de exclusiva aplicación personal: lectura, estudio, arreglos y obligaciones personales.

A las diecisiete horas, nuevo encuentro en la capilla para meditación apoyada en previa lectura de un texto del Evangelio, de las Reglas Comunes de la Compañía o de las Conferencias y Escritos de San Vicente de Paúl. A las diecinueve, cena en silencio, también con lectura de fondo. Al finalizar la cena, media hora de recreo. A las veinte, reunión en la capilla, recitación de las oraciones de la noche, lectura de los puntos de meditación para el día siguiente, avisos y recomendaciones de la Hermana Directora. A continuación retirada al dormitorio: silencio reverencial. La noche reclama descanso.

Catalina ha llegado y ha sido admitida en el "Sagrado recinto de la oración y de la prueba". El período de formación intensa que ha iniciado Catalina es como una íntima urna de recogimiento donde se guardan y se desarrollan las más profundas expresiones de la piedad, la oración, el sacrificio, y el descubrimiento personal. Aislada del mundo exterior, recogida en su recoleta interioridad personal y comunitaria, dispone de un personal especialmente preparado, de un ambiente calculado y trabajado, de un lugar reservado y del tiempo preciso para adentrarse en su propia interioridad. Va a estar dirigida, orientada y animada por frecuentes coloquios y exposiciones, por diarias meditaciones, por celebraciones litúrgicas, por actos de formación, por actividades ocupacionales que llenarán con la oración y la piedad las siempre pocas horas del día. Catalina se encuentra en un nido de calor humano y espiritual.

El período de ilustración es también tiempo y espacio de descubrimientos. Los personajes entrañables, significativos, ilustradores de la religión, la piedad y el compromiso vocacional: Jesucristo, la Virgen María, San Vicente de Paúl, Santa Luisa de Marillac son presentados con intensidad. Es, además, tiempo propicio para arrobamientos del espíritu, que se traducen en sabrosos goces íntimos del alma, en sublimes gestos de generosidad y sacrificio, en ardorosas promesas de acciones, entregas y comportamientos hacia los demás. El sentimiento personal se une a la fe, y la energía juvenil se une al entusiasmo para disfrutar en el silencio de la meditación y comunión con Jesús presente en el Sagrario, para conversar amorosamente, para suplicar con fervor, para dar gracias efusivas, para sentir el afecto maternal junto a la Señora Inmaculada.

Catalina se encuentra en una nube de espiritualidad y de oración. Es feliz, y su felicidad la guarda cautelosa en el secreto de su corazón. Está en paz, la paz gozosa de quien se encuentra en un jardín perfumado de santidad, de generosas intenciones, de ardientes satisfacciones interiores. Está serena con la serenidad que se apoya en la tranquila visión de las cosas. Al fin, su padre ha aceptado la decisión y los pasos dados por Catalina. También él es hombre razonable; ha luchado, pero no ha podido conseguir lo que pretendía, así que

acepta la situación. Cuando dos luchan por lo suyo, pero lo de uno tiene incidencia en el otro, alguien tiene que renunciar; ahora le ha tocado al padre, que, por ser hombre de carácter, buen cristiano y persona razonable, asume la renuncia y ofrece tendida una mano del afecto y del respeto. Es otra inyección más de felicidad y equilibrio para Catalina. El soplo misterioso de Dios sigue hinchando las velas.

La formación y profundización en la vocación de Hija de la Caridad se constituye en algo fundamental para las componentes del grupo que aspiran a serlo y que lo serán dentro de muy pocos meses. Catalina está en la Rue du Bac para ser Hija de la Caridad. "Ahora huyes de mí, pero algún día te sentirás feliz de poder venir conmigo" (L.31), le dijo el anciano sacerdote del extraño sueño. Ya ha llegado junto a él, ya forma parte del grupo que revive sus vivencias y sus enseñanzas. Ha conocido de cerca a las Hermanas de Chatillón. Eran una pequeña comunidad, dedicada a realizar pequeñas acciones caritativas en un pequeño pueblo. Ahora Catalina está en el semillero principal donde se cultivan y expresan la flor y nata de la vocación de Hija de Caridad. Ante todo, ilustración, conocimientos espirituales, contacto interior con los personajes, preparación adecuada de la urna personal donde se han de recoger los signos y símbolos de la acción vicenciana para ser testimonio y efectividad de acción caritativa hacia los demás.

Catalina debe preparar concienzudamente el ánimo, el carácter, la disciplina, el alma y el corazón. Debe descubrir el sentido comunitario de la convivencia, cuajada a veces de los términos complicados de la aceptación, la comprensión, la renuncia, la ayuda, el perdón, el

sacrificio de ella misma y de las que caminan en su vocación junto a ella. Catalina mantiene erguidas, asidas con el alma y el corazón, todo a punto, las virtudes conseguidas en su vida familiar. Ahora las adorna con los componentes imprescindibles de la oración y el valor extraordinario que le aportan la fe y el amor a los personajes que iluminan su primer adentra- miento serio en la vocación de Hija de la Caridad.

Charlas, conferencias, pláticas, lecturas, retiros, meditaciones llenan el horario de cada día madurando la intensidad de los tiempos y momentos del seminario. La participación en estas actividades le asientan a Catalina el espíritu dentro de un intenso enriquecimiento y vivencia interior, y le abren los cauces de participación inmediata para la atención a los pobres, actividad que será en un futuro próximo la principal razón de su existencia. Ella tiene dispuesto el corazón, tiene curtido el cuerpo, tiene suelta la mente para que la gracia del Señor se derrame como manojos de dones sobre su persona. Ella pide que el espíritu de San Vicente la ilumine y la guíe allí donde le corresponda realizar su vocación y destino.

Experimentadas Hermanas y el Padre Espiritual recorren ante Catalina los mensajes del Evangelio, la vida de Jesucristo, la imagen femenina y maternal de María Santísima, la personal energía de San Vicente de Paúl, la sencillez y humildad de las primeras Hijas de la Caridad, señoras y jóvenes humildes y sencillas que también tuvieron sus raíces en la numerosa concurrencia de familias del campo.

San Vicente de Paúl se le presenta ahora como conversador confidencial. Catalina ya sabe que va a ser en adelante su guía espiritual. La vida, la doctrina, las actitudes, las directrices del Padre Fundador le van a ser enseñadas, repetidas e inculcadas de muchas maneras y en cualquier circunstancia. De entrada, Catalina encuentra en las raíces vitales del sacerdote de extraño sueño una similitud: es cómo ella de origen campesino. Al igual que ella, la infancia la ha vivido en un pequeño pueblo del campo haciendo funciones de pastor, porquero y cuidador de animales pues es hijo de labrador. En la familia de Vicente de Paúl no se sabía de elegancias ni había comodidades, aunque no hubiera miseria. Vicente vive una juventud un tanto desconcertante, hasta que, gracias al revoloteo del espíritu de Dios, se asienta

personalmente en la fe que lo convierte al mensaje de las bienaventuranzas del Evangelio.

Llega al descubrimiento de los pobres, harapientos y mendigos, de los enfermos y necesitados, de los marginados y desechados, los cuales cambian radicalmente el sentido de su vida.

Vicente de Paúl, sacerdote de origen vascón, a partir de cumplidos 32 años, ya no "mirará" a los pobres y desgraciados cual si pasara de largo y aprisa por el camino de una vida personal holgada y acomodada, sino que los "verá" y penetrará hasta su íntima entraña personal de complejas necesidades, penurias y sufrimientos. No observará la miseria, la enfermedad, los defectos físicos, la deformidad, la pobreza, el hambre, el dolor, las heridas, la soledad, el abandono... como objetos y situaciones ante las cuales se puede ser espectador indiferente y huidizo, sino que se identificará personal e interiormente con la necesidad del pobre, que sufre en su ser y en sus carnes las carencias físicas, materiales y espirituales, de lo más elemental para el desarrollo de la realidad personal. Y se acercará a la persona humana que está enferma y entrará en comunión con ella para recobrarla a la dignidad y para recuperarla al espíritu del Reino de Dios.

Pudo haber elegido un nivel social cómodo, prestigioso y fácil, pues tuvo relaciones con gentes importantes, de prestigio y poder. Pero eligió que su vida fuera una dedicación absoluta a la miseria atrapada en la vida de los hombres: atender, remediar y solucionar las necesidades de los más pobres y necesitados, descubriendo en ellos a las personas concretas que son, en su realidad humana y en lo espiritual testigos presentes del Señor Jesucristo.

Transformado por la realidad de la desgracia ajena, Vicente no quiere ser un teórico sublime de la pobreza y los pobres, sino el hombre práctico del campo que se esfuerza por encontrar soluciones efectivas y consistentes a la necesidad detectada en la persona de al lado, el vecino, el compañero, el desconocido, como son el desahuciado, el mendigo, el anciano, el enfermo, el hambriento. Chatillón-lesDombes es la primera piedra del grandioso edificio que San Vicente construye para hacer efectiva la caridad a los pobres, las Damas de la Caridad. Una familia en la miseria, un aviso urgente, una homilía ferviente, una larga procesión de personas que andan el camino con sus cestos repletos de comida para la familia en la miseria. Cinco días más tarde, aquella caridad campesina, convulsiva, generosa, sincera y espontánea, la organiza para que cada día sea una familia, y no todas el mismo día y después nada más, la que provea de alimento a la necesidad. Es el año 1617 cuando se inicia la vereda de santidad de Vicente de Paúl.

En 1625 funda la Congregación de la Misión, grupo de sacerdotes para la evangelización de los pobres del campo. En 1633 inaugura las Conferencias de los Martes para alimentar la piedad y el celo evangélico de los obispos y sacerdotes. En 1633 funda la Compañía de las Hijas de la Caridad. En 1638 instituye la Obra de los Niños Expósitos. En 1639 lanza a sus Grupos de Caridad en auxilio de las provincias desbastadas por la guerra, Picardía, Lorena (también a Vicente de Paúl le ha tocado vivir las consecuencias y desastres que ocasionan las guerras). Durante los últimos años de su vida envía a sus sacerdotes como misioneros del Evangelio y la caridad a tierras lejanas, Madagascar, Argel, Oriente: "Id a anunciar la Buena Nueva del Evangelio a los pobres, a las personas más abandonadas" (Mc. 16,15). Para Vicente de Paúl, las dificultades y problemas que conciernen al mundo de los pobres serán lugares, serán personas, serán acontecimientos "en los que se manifiesta la guía y el soplo del Espíritu Santo" (Mt. 28,19. Quiere hacer y hace efectivo el mensaje del Evangelio: "Se anuncia la Buena Nueva a los pobres" (Lc. 4,16-21).

Porque el pobre es para Vicente de Paúl la imagen viva de Jesús de Nazaret. En consecuencia, es el centro que polariza todas las energías, todos los esfuerzos de sus

Misioneros, de las Hijas de la Caridad, de las Damas de la Caridad, de los obispos y sacerdotes. Vicente, hijo de labrador, carácter fuerte, austero y exigente, es, a raíz de su conversión, un apasionado de los pobres, que se compromete con ellos y compromete a quienes junto a él viven. Con el sentido práctico que da el origen de la tierra, Vicente ve la pobreza que se exterioriza como miseria pública, lacra de la sociedad, situación corriente, normal e inevitable para vergüenza de los responsables de la Administración Pública y para escarnio irritante de los poderosos, señores y damas de buen comer, vestir, lucir y despilfarrar. Pero conoce también el dolor y el sufrimiento personal que se almacenan en el interior de quien los sufre, y decididamente se compromete y se une al yugo del dolor y sufrimiento interior del mendigo, del enfermo, del herido, del abandonado.

Santa Luisa de Marillac es, en principio, una de las Damas de la Caridad. Cuando Vicente de Paúl, metido entre las grandilocuencias y elegantes maneras aristócratas de la corte parisina, la conoce es la señora de Legrás. Al poco tiempo queda viuda, y retorna su nombre personal de familia, Luisa de Marillac. San Vicente desde una serena, comprensiva y estimulante dirección espiritual la recupera para las obras de caridad. Ambos fundan la Compañía de las Hijas de la Caridad. Y ambos organizan un grupo de jóvenes aldeanas que colaboran, animan y visitan "Las Caridades" ejercidas por las señoras y damas de las Cofradías de la Caridad. El 29 de noviembre de 1633 la casa de Luisa de Marillac se abre para acoger a las primeras jóvenes que inician un nuevo camino de ser "buenas cristianas" en la Iglesia viviendo en

comunidad, pues san Vicente había llegado a una sencilla y práctica solución: "Sólo con los pobres salvaré a los pobres" (VP.24).

El origen de las Hijas de la Caridad es este grupo de jóvenes de poca o ninguna cultura y gran corazón. El grupo se forma en torno a Margarita Naseau, muchacha sencilla, de familia campesina, acostumbrada a guardar las vacas y a atender a las faenas de una humilde familia de aldeanos. El grupo tiene por objeto hacer efectivos a los pobres, en presencia y acompañamiento, pucheros, comidas y ropas, los dineros de las aristócratas Damas de la Caridad. En un principio son llamadas "sirvientas", porque son las que realizan directamente las tareas de servir a los pobres.

Margarita es una joven inquieta y creativa, sabe establecer una relación hacia el bien, conexiando toda la realidad que la rodea. Es la animadora, la promotora, y en ella descubren las compañeras unas cualidades, un talante, un estilo personal y una riqueza espiritual que subyugan y entusiasman. "Es la primera Hermana que tuvo la dicha de mostrar el camino a las demás. Dios la quería de esta manera, para que fuese ella la primera Hija de la Caridad, sierva de los pobres enfermos en la ciudad de París... Todo el mundo la quería porque no había nada que no fuese digno de amar en ella", les dice San Vicente a las Hermanas pocos días después de la prematura muerte de Margarita (VP.24).

Margarita Naseau da al grupo de "sirvientas" cohesión, lo estimula para superar las dificultades, le señala objetivos posibles y desde su propia persona contagia ganas de vivir y ganas de servir, proyectando hacia las demás compañeras el anuncio de Jesús para preparar el Reino de Cristo, atendiendo a las necesidades de los más pobres. Las componentes del grupo viven juntas, pero se las ve cada mañana despedirse con alegría y tomar caminos diferentes, colgada la cesta del brazo. Su andar es ligero, su sonrisa abierta, su porte transmite decisión y su paz interior rebosa serenidad. Todas estas virtudes son mucho más fecundas cuando van acompañadas de cocido y pan para llenar el estómago vacío. Cuando regresan al grupo, cuentan sus experiencias, comparten el esfuerzo, dan gracias a Dios por el gozo del servicio y proyectan más acciones de caridad (AC.165).



Luisa de Marillac es la colaboradora ideal de San Vicente para la organización efectiva de caridad que la situación de pobreza y necesidad de entonces requiere. Es así como reúne al grupo de "sirvientas" en su mansión. La pobreza y necesidad, presentes siempre en cualquier momento y en cualquier lugar, requieren también la continuidad de la acción de las primeras Hijas de la Caridad. Desde los tiempos de San Vicente de Paúl, ha sido siempre consoladora y gratificante la presencia de las Hijas de la Caridad. Allí donde se hacen presentes se palpa, se vive, se estimula una redoblada expresión de amor, una ingenua entrega de generosidad, una sublime disponibilidad y una desinteresada manifestación de piedad cristiana y vicenciana.

Las primeras Reglas que determinan las primicias de la esencia y existencia de las Hijas de la Caridad ofrecen este testimonio: "La Compañía de las Hijas de la Caridad se establece para amar a Dios, servir y honrar a Nuestro Señor, su patrón, y a la Virgen Santa, para servir a los pobres enfermos corporalmente, suministrándoles cuanto necesitan, y espiritualmente, procurando que vivan y mueran en buen estado. Los pobres representan para vosotras la persona de Nuestro Señor Jesucristo". En otra ocasión San Vicente les dice: "Sois pobres Hijas de la Caridad que os disteis a Dios para el servicio de los pobres" (VP.24).

Las Hijas de la Caridad son "seculares", que se consagran con votos "no religiosos". Profesan votos anuales que renuevan individualmente, en silencio, el día 25 de Marzo, festividad de la Anunciación de Nuestra Señora. El espíritu de la Compañía de las Hijas de la Caridad consiste en: "Amar a nuestro Señor Jesucristo y servirle en espíritu de humildad y sencillez". "Mientras

la caridad, la humildad y la sencillez se encuentren entre vosotras podrá decirse: La Compañía de la Caridad vive todavía" (VP.24), recalca San Vicente en las charlas y conferencias que les dirige reiteradamente.

Su única "profesión es servir a los pobres". Los votos de pobreza, castidad y obediencia, propios de las Órdenes Religiosas, son más expresiones "funcionales que constitutivas". Las Hijas de la Caridad, según la dinámica que San Vicente quiso imprimir en su Compañía, son "auténticas cristianas" que confirman sacramentalmente su voluntad bautismal de entrega total a Dios sirviendo a los pobres. Dice la Constitución de la Compañía aprobada en 1983:

"Las Hijas de la Caridad, fieles a su bautismo y en respuesta a un llamamiento divino, se consagran por entero y en comunidad al servicio de Cristo en los pobres, sus hermanos, con un espíritu evangélico de sencillez, humildad y caridad". A tal efecto añaden un cuarto voto en su profesión y renovación: "servir corporal y espiritualmente a los pobres".

#### CAPÍTULO X: EN LA ESCUELA VICENCIANA

"Porque pobres siempre tendréis con vosotros" (Jn. 12,7). Lo dice Jesús no como una premonición sino como una constatación de la verdad con que la sociedad se cubre para vergüenza de los hombres. Pobres de bienes materiales los hay en el tercer mundo y en el primer mundo, en el mundo del sur y en el mundo del norte. Pobres de bienes espirituales los hay, sobre manera, allí donde sobra el pan, se viste bien, se ocia mucho y se malgasta casi todo. Catalina viene del campo, pero va a descubrir al pobre radical allí donde piensa que no está.

En tiempos de bonanza los pobres están ahí; unos, en la ciudad de los pobres, los barrios, las chabolas, las casas viejas; otros, en la ciudad de los enfermos, los hospitales, los asilos, las clínicas, los ambulatorios; otros, en la ciudad del olvido, los mendigos, los apestados, los desarraigados. En tiempos de guerras y conflictos los pobres de todas las ciudades de los pobres se multiplican, surgen como setas después de la tormenta y las lluvias. Los pobres es

el descubrimiento de esa realidad palpitante que nadie quiere descubrir, que nadie desea que exista, con quien nadie ambiciona encontrarse, cruzarse o convivir. Porque los pobres son el margen con el que lindan la buena sociedad, las gentes acomodadas, las gentes instaladas en su propia y enclenque estabilidad. Porque los pobres, antes y ahora, siguen siendo un submundo de personas que comen mal, visten mal, no tienen reservas económicas, no tienen posibilidades de promoción. Para ellos no hay hueco en la pujante sociedad de los fuertes, los sanos y los ricos.

Los pobres, protagonistas de la pobreza, son esa realidad humana que a otros humanos les sirve para afinar bellas palabras con las que pinchar en las dormidas conciencias de los circundantes, oyentes y lectores, para despertar la actuación de "buen samaritano", mientras ellos vuelven a su vida placentera o a su comfortable butacón después de haber terminado la función. La pobreza será para estos ilustres vocingleros el resultado de malas gestiones, o la falta de coraje en quien la sufre o, como decía Napoleón, "ser honrado es el medio más seguro de permanecer pobre". A Catalina le enseñan que el pobre es el hermano enfermo, el anciano olvidado, el herido de la guerra, el castigado por la peste; le enseñan que el pobre es Cristo, a cuyo auxilio no acude ningún samaritano. Por eso, las Hijas de la Caridad han de suplir las desidias de la Administración Pública, el abandono de los familiares, la degeneración de los padres, y "tener a los pobres como sus amos y señores" (VP.14).

Catalina descubre al pobre en los mendigos que recorren caminos que no llevan a ninguna parte, en los enfermos solitarios de los hospitales abarrotados de gentes, en los ancianos recluidos como números inservibles en los asilos, en los jubilados que deambulan cabizbajos

lentamente por las pobladas aceras de la ciudad, en los alcanzados por la peste, el cólera, las borracheras, las drogas y la ruina. Catalina, muchacha campesina de rancias costumbres prácticas, se pregunta: "¿Para qué sirve y a qué viene la concurrida presencia en el entierro, si durante la vida y la necesidad del difunto para nada se acordaron de él?". Lejos de Catalina los protocolos y las maneras sociales, lejos de ella la idea de llenar las almas de oraciones sin haber conseguido antes llenar los estómagos de sólida comida, pues para ella, sencilla "dueña de casa fuerte", también es verdad aquello de que "es muy fácil rezar cuando se tiene la barriga llena".

Para Catalina los pobres y la pobreza son mucho más que un conjunto de personas, o una situación social, contempladas emotivamente desde la azotea o desde la ventana de la acogedora habitación. Los pobres son la presencia del misterio de Cristo; el Amado Jesucristo que sigue sufriendo en las carnes de los pobres. A este Cristo escondido tiene que servir con la misma dulzura que ofrecería al amado, "¿a dónde te escondiste, Amado, y me dejaste con gemido?" (San Juan de la Cruz), con la misma alegría de verse en su presencia, con la misma constancia de desear permanecer junto al esposo, con el mismo amor con que se entregaría y reposaría en los brazos del Dueño de su existencia "buscando mis amores iré por esos montes y riberas, ni cogeré las flores, ni temeré las fieras, y pasaré los fuertes y fronteras". Y si no sabe cómo hacerlo, para ello está en este lugar reservado, en este "Palomar de Hermanas", para aprender desde las fuentes del Evangelio.

La pobreza material es muy dura de soportar para quien la sufre, pues es una situación personal que se hermana con la injusticia social y con la falsedad de muchos cristianos que la rodean. A Catalina, asentada en el nido sagrado de la piedad y la oración, le advierten que las cosas no serán fáciles cuando le lleguen los momentos de actuar: "Llamarán a la puerta mientras hacéis oración para que una hermana vaya a ver a un pobre enfermo que la necesita con urgencia. ¿Qué hacer?", les dice San Vicente. "Será conveniente que vaya cuanto antes y que deje la oración, o mejor dicho, que la continúe, ya que es Dios quien se lo manda.

En este caso es dejar a Dios por Dios" (VP.27). El tiempo de noviciado es fundamentalmente nido de oración, pero Vicente de Paúl deja claro que oración y servicio son dos modos diversos y complementarios de vivir unidos con Dios. "Al servir a los pobres, servís a Jesucristo: esto es tan verdad como que estamos aquí. Una Hija de la Caridad irá diez veces cada día a los pobres y diez veces encontrará en ellos a Dios"(VP.27).

La estancia de Catalina en el seminario de la Rue du Bac es encontrarse dentro del redil de Jesucristo, el "Amado" con quien ha decidido desposarse, a quien ha ofrecido desde los 14 años su amor definitivo y a quien desea consagrar su persona y su vida a través del servicio a los pobres, respondiendo así a la proclamación de las bienaventuranzas, "Bienaventurados los pobres" (Mt. 5.3) y cumpliendo las catorce obras de misericordia: "Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar asilo al caminante" (Mt. 25,35). Durante este tiempo, todo el contenido de formación espiritual, conferencias, meditaciones, le muestran más de cerca la persona de Jesús. Lo llega a conocer en toda la gama de funciones y destinos con que San Vicente ha descubierto el misterio de Jesús a los miembros de ambas Compañías: la realidad del pobre, la atención al pobre, la asistencia a los pobres: "Servir a Dios es servir a los pobres. El Hijo de Dios, que quiso ser pobre, nos es representado por los pobres".

Jesucristo llega a ser para Catalina una persona cercana, de carne y hueso, con la que se siente íntimamente compenetrada y a quien percibe de cerca en el misterio de la Eucaristía. El Hijo de María nacido pobre, que asume una vida sencilla de pueblo y aldea, y que es predicador elocuente, fustigador crítico, amigo entrañable, servidor generoso,

consejero comprensivo, sanador de enfermedades, perdonador de los pecados, anunciador de un Reino nuevo, mártir, sufridor de muchos dolores, callado en las injurias y piadoso en la oración le llena el alma de sentido religioso cristiano y la voluntad de humilde disposición a hacer el bien allí donde sea preciso. Pues la razón fundamental de ser Hija de la Caridad debe tener sus raíces en la misión que Dios Padre ha encomendado realizar al Hijo entre los hombres.

La sintonía entre Jesucristo y los pobres, entre las Hijas de la Caridad y los pobres, será desde estos momentos la teología que dirija las actividades y la oración de Catalina. La Madre de Jesús, la mujer servicial, callada y humilde, es la Madre espiritual de Catalina. Jesús, el nacido pobre, el esposo amado, será la columna vertebral que fundamente su vocación y mantenga intenso el amor a la Virgen María. "Jesucristo no sólo predicó a los pobres, sino que los sirvió", decía san Vicente (VP.17). La Virgen María dio a Jesús lo que podía darle: "Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt.25, 40). Jesús dio a los servidores de los pobres lo que podía darles, la garantía del premio a su pobreza, la promesa de la posesión del Reino de los cielos: "Venid, benditos, porque tuve hambre y me disteis de comer tuve sed y me disteis de beber estuve caminante y me recogisteis" (Mt. 25,34-36).

La Virgen María es reina y señora de la Comunidad de la Rue du Bac. No sólo desde el fervor cristiano, sino desde las mismas esencias espirituales de San Vicente de Paúl, la Virgen María llena muchas horas de coloquios y conferencias, pláticas y homilías y libros espirituales que inculcan en las novicias la devoción y el amor a la Madre del Señor. Recogiendo las experiencias, vivencias y lecciones de San Vicente, le muestran a Catalina la influencia que tuvo en él la Virgen María. En 1600 celebra la Primera Misa en Nuestra Señora de Remouille, parroquia de Mezens, cuyo altar se trasladó después de la Revolución a Nuestra Señora de Grâce en Buzet. El 23 de agosto de 1617, cuando erige la Caridad de Chatillón-les-Dombes, invoca a la Virgen María como Patrona de la Caridad. En 1623 hace descalzo una peregrinación a Nuestra Señora de la Buglose. En 1633 delega sobre Luis de Marillac, en

Chartres, para que ofrezca la Compañía de las Hijas de la Caridad a Nuestra Señora. En 1639 va él mismo a Chartres y acompaña a Nicolás Pavillon a quien asiste en la aceptación de la Sede episcopal de Alet. (AP.18).

Las enseñanzas vicencianas colocan a la Virgen María encabezando todos los reglamentos, los cuales piden a los cofrades reciten varias veces el Ave María. San Vicente de Paúl recomienda a los Misioneros en las Reglas Comunes una devoción especial a la Virgen Santa, exhortándoles a que lleven consigo y reciten el Santo Rosario, y que reciten asimismo el Ángelus, que ayunen las vísperas de las fiestas de la Virgen. Para la espiritualidad de San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac, la Virgen María es un modelo de sumisión a la voluntad de Dios, pues supo decir "sí" a Dios. Desde la perspectiva de San Vicente, la Virgen María se presenta, en el plan divino de salvación, con un "alma pobre", siendo la Virgen "modesta" y "silenciosa", "la sierva de Dios", "la sierva del pobre", "la que ama a Cristo", "la humilde esclava del Señor", a la cual las Hijas de la Caridad han de honrar, amar e imitar, teniéndola como modelo en todas sus actitudes y comportamientos.

La Familia Vicenciana, en especial las Hijas de la Caridad, festeja con sincera veneración tres momentos, tres jalones de la Virgen María: la Inmaculada Concepción, la Anunciación y la Visitación. "La Inmaculada Concepción" establece en María la creación antes del pecado, la criatura vacía de sí misma, en la que Dios puede poner su morada y donde la gracia puede obrar plenamente. "La Anunciación" indica un segundo paso de la vida espiritual: que uno sepa ofrecerse a Dios. María se da a Dios sin reservas, sin reticencia, porque tiene un alma

pobre y es un alma sencilla. "La Visitación" sugiere un tercer paso, el paso de salir afuera.

Desde el ofrecimiento de la propia vida a Dios, resta darse al servicio de los demás. María se dio a Dios en la Anunciación, y ahora corre veloz a casa de su prima Isabel. Este es el modelo a imitar que presenta y ofrece Vicente de Paúl a sus Sacerdotes Misioneros y a sus queridas Hijas de la Caridad. "Buscad, buscad, significa solicitud, acción" (AP.24).

La vida espiritual de Catalina no está desamparada de orientación estrictamente personal. El confesionario de la capilla es recinto silencioso y susurrante donde se acumulan las confidencias, las dudas, las incertidumbres, las ilusiones, las pequeñas faltas e irregularidades, algunos sudores, ciertas reticencias y mucho esfuerzo espiritual. La semanal comunicación con el Padre Espiritual consuela, anima y fortalece en la andadura del camino emprendido por cada una de las nuevas Hermanas. A veces es territorio cotejador de luchas interiores entre el espíritu de Jesucristo y el ánimo perturbador del tentador. Para Catalina el Padre Espiritual tiene la función de una sólida tabla de salvación. Son muchas las vivencias interiores que surgen y se manifiestan en su alma recia y fervorosa; por eso, el confesionario es lugar sagrado de intimidad y secretos. Los secretos del alma de Catalina, semana tras semana, van quedando guardados en la comprensiva y austera recepción del sacerdote que se sienta tras de la celosía y que será instrumento eficiente para el cumplimiento de la misión que la Virgen María le va a confiar.

Una vez más la insistencia en la oración, en el sacrificio, en la profundización de la fe, en el amor a los pobres. Una y otra vez, la doctrina de San Vicente de Paúl, las pequeñas dificultades de la vida de comunidad; la comprensión, el perdón, la tolerancia. Catalina asume con total franqueza y convicción que el Padre Confesor sabe mucho, es bueno, es paciente, es fiel discípulo de San Vicente, tiene experiencia, conoce con cierta hondura y seriedad la psicología femenina. Catalina se siente compenetrada con las orientaciones y consejos del Padre Espiritual y es consciente de saberse escuchada; a veces no se ve comprendida, pero confía en él con serenidad. Le cuenta con detalle las vivencias que se acunan en su interior, las dificultades en la meditación, las visiones especiales con que es



sorprendida en la oración. Para Catalina, en verdad, el padre Aladel, confesor de las Hermanas del seminario, es su querido Padre Espiritual.

El funcionamiento del ciclo formativo es muestra de la usual y necesaria organización de vida comunitaria, adentrando a las aprendices en el descubrimiento y la práctica de un estilo de vida. No sólo se pretende la adecuación a un vivir colectivo y compartido, sino que este estilo ha de estar acompañado y ensamblado por unos criterios y principios que justifiquen y expliquen la aceptación de la renuncia a muchas cosas y realidades buenas, y al compromiso de aceptar las formas y compromisos que sean genuinos con el espíritu y la organización de la comunidad. Por un lado están los aspectos externos y materiales: disciplina, horarios, sujeción, subordinación, actividades, forma de vestir, cumplimiento externo de las normas. Por otro, están los aspectos internos: vida espiritual, oración, renuncia, aceptación, humildad, sencillez, generosidad, pobreza, castidad, obediencia, sumisión, disponibilidad a una dedicación específica a los pobres.

Para Catalina la etapa de adaptación a un nuevo estilo de vida es ciertamente muy sencilla. Es casi una absoluta simplificación a la vida que ha estado acostumbrada a vivir en el pueblo y en sus cortas estancias fuera de él, en París o en Chatillón. No existen problemas de vestido, pues todas visten igual. Lo cual implica gran simplicidad y evita cuantiosos quebraderos de cabeza, propios de la curiosidad y fantasía femeninas. Para Catalina el vestir tan sólo es cuestión de trapos. Las comidas y la alimentación están suficientemente organizadas a fin de eliminar de raíz los caprichos personales, pues únicamente es problema

de la Hermana cocinera discurrir sobre lo que ha de poner para desayunar, comer y cenar. La Comunidad tan sólo se preocupará de sentarse a la mesa y esperar que lleguen las grandes ollas con los sobrios y ordinarios manjares preparados para tal fin. Lo cierto es que no pasarán hambre.

Los aspectos materiales son ciertamente secundarios y superficiales. Lo que importa de verdad es el estilo de vida espiritual: la oración, los pobres y los demás. De hecho estos aspectos llenan por completo la jornada diaria. Sobre ellos hacen hincapié tanto las Hermanas responsables como el Padre Director espiritual. Hay que llenar el carcaj individual de flechas de amor, hay que conseguir que el alma de cada Hermana rebose santidad. En principio como intención, como ilusión, como anhelo; después en las actividades prácticas como Hijas de la Caridad que viven en comunidad y se dedican expresamente a la atención de los pobres. Habrá tiempo y ocasión para demostrar la efectividad de la santidad adquirida. Estas cosas del espíritu no son intangibles e inmutables, sufren la influencia de los acontecimientos. Por eso, en ningún momento conviene perder el rumbo y sí conviene reponer la alforja con las vituallas propias del espíritu para poder avanzar en el camino que un día comenzó y cuya ruta se pierde en el horizonte.

Los pasos hacia la consagración que Catalina vive durante este año de 1830 tienen la fuerza que imprime a las almas buenas la sencillez, la humildad y la caridad. Virtudes que san Vicente de Paúl considera como fundamentales para el espíritu de servicio y que caracterizan a la misión de la Hijas de la Caridad. Sencillez en la oración y meditación; humildad en la convivencia y actuaciones particulares; caridad sincera y entrañable, que comienza a ser efectiva en el mismo núcleo de las relaciones personales con las Hermanas de la comunidad. Sencillez en la marcha hacia la búsqueda del Amado, que se oculta en los Sacramentos, la Confesión, la Comuni3n. Humildad ante el Dios Todopoderoso, que se presenta indefenso y necesitado en los pobres de pan y casa, en los pobres de compa1a y cari1o, en los pobres que reclaman para s3 la justicia que nadie parece concederles. As3 vive Catalina el acto colectivo de obediencia semanal: manifestaci3n p3blica de sus faltas y

petición humilde del perdón ante toda la Comunidad.

Cuando estas manifestaciones se viven con la sinceridad del corazón, ciertamente se está en el camino de la consagración. La vida es larga, las dificultades se ocultan donde no se espera, la tentación puede surgir y deslumbrar. Es el peligro del que nadie puede escapar por muy seguro que se sienta. No es cuestión de promesas, ni tampoco de palabras comprometedoras que pretendan ratificar definitivamente composturas del futuro con anhelos y deseos del presente. La sinceridad del corazón debe renovarse cada día, la hoguera del amor debe alimentarse cada día, la fragilidad de la oración debe robustecerse cada día, la autosuficiencia personal debe temerse a todas horas. Catalina, la santa del silencio, tiene bien aprendido un camino de santidad y consagración que le dan en el presente buenos frutos, y más tarde también: oración, Comunión, Virgen María, confesionario, los pobres y los demás.

Catalina, en este tiempo de internado, revive, más bien, los valores personales de su infancia y juventud. Adquiere, eso sí, hondas convicciones sobre "la Pobreza, la Castidad y la Obediencia", pero el asunto de fondo no es desconocido para ella en ninguna de ellas. Tampoco "la disciplina y la austeridad" le llegan de sorpresa. Ensamblan con el gobierno de la familia y de la granja, con la austera disciplina familiar, con la sencillez de la vida en la aldea y con la carencia de apetencias y caprichos imposibles de conseguir en la vida del campo. "El respeto a los mayores y la humildad de servidor" le vienen de familia, del trabajo de juventud y de los años pasados en la aldea. Su alma guarda con espontaneidad "la

sencillez interior" que hace de su vida un enigma para la posteridad. Su "sencillez exterior" será la incógnita sobre la que cavilen biógrafos y eruditos.

## CAPÍTULO XI: VISIONES PROFÉTICAS

Catalina ha dejado definitivamente la campiña, la aldea y la familia. Se encuentra personalmente sosegada en el seminario de las Hijas de la Caridad. Son nuevas estructuras, nuevas formas de vida. Preparación intensa, dedicación exclusiva a las tareas del espíritu, la oración, la comunidad y el descubrimiento de las actividades de caridad que han de ocuparla durante el resto de su vida. En lo más profundo de su espiritualidad personal se va fraguando, en constante progreso, una permanente fidelidad a lo sobrenatural y una actitud de silencio ante las manifestaciones que se le vienen dadas y que las recoge en su interior. Es en estos inicios como aspirante a Hija de la Caridad cuando comienza a percibir la presencia de San Vicente de Paúl y de la Virgen María: "Sí, tuya soy, santo anciano de triste y dulce mirar".

Tres días después de la llegada de Catalina al seminario, el 24 de Abril, se celebra la traslación solemne de las reliquias de San Vicente de Paúl para devolver el cuerpo del Santo a su casa, la Comunidad de sus Sacerdotes Misioneros. El domingo 25 de Abril, el nuncio apostólico celebra Misa Pontifical ante la urna de San Vicente. Una inmensa muchedumbre rodea al arzobispo; asisten 12 obispos. A las dos de la tarde se entonan las Vísperas y empieza la procesión. Los canónigos de la catedral y los Padres de San Lázaro (Sacerdotes de la Misión, Lazaristas, Paúles) rodean la urna. A continuación, los capellanes reales, los obispos y el arzobispo precedido de la Cruz y de su estandarte. Le siguen los asistentes y altos funcionarios del Estado. Un grandioso pelotón de gendarmes cierra el cortejo. Van también los huérfanos y los pobres que son atendidos y asistidos por las Hijas de la Caridad. Acompaña una gran muchedumbre de gentes de toda clase y condición. No faltan las

Hermanas del seminario y de otras casas de París, así como muchas más venidas de lejos. Su tocas, cornetas blancas, revisten de solemnidad la presencia de la concurrencia en la larga procesión. Catalina está allí.

El gentío va aumentando, pues está "deseoso de ver los restos tan preciados de aquel santo sacerdote que ha llenado esta gran ciudad de monumentos y de instituciones creadas por su caridad para alivio de los desventurados" (L.49), dice el informe oficial. Hasta las seis de la tarde no llega la procesión a la iglesia de los Padres Lazaristas, en el calle Sévres. Así comienza la octava de celebraciones litúrgicas en honor de San Vicente. Durante ocho días desfilan por la capilla el rey Carlos X, toda clase de señores y gentes de todo nivel social. Las Hermanas de la Rue du Bac viven a 300 metros y acuden todos los días. Catalina acude también. Con rudo estilo y mala ortografía referirá esta experiencia 26 años más tarde: "Le pedí a San Vicente todas las gracias que necesitaba, así como su protección para mis dos Familias y para toda Francia. Me parecía que también ellas tenían mucha necesidad de esas gracias" (L.50). La Revolución y los criterios racionalistas habían influido para que las dos Comunidades fundadas por San Vicente fueran disueltas, prohibidas y perseguidas. Sin embargo, San Vicente ha sido considerado siempre por los franceses como preclaro e ilustre protagonista de las más bellas acciones reclamadas por las gentes: la caridad a los desvalidos.

A raíz de estos acontecimientos, la gracia de Dios se deja notar por su misterio y por sus actuaciones desconcertantes. Y es Catalina la elegida protagonista para recoger estas manifestaciones

de Dios en aquellos tiempos difíciles. Escribe:

"Siempre que volvía de San Lázaro, me sentía tan triste que me parecía encontrar de nuevo en la Comunidad a san Vicente o por lo menos su corazón. Se me aparecía siempre que volvía de San Lázaro. Sentía el dulce consuelo de verlo en la capilla de la calle du Bac, encima del relicario en donde estaban expuestas algunas pequeñas reliquias de san Vicente de Paúl"

(L.50).

El relicario era una arqueta de metal con ventanillas de vidrio. Estaba colocado a la izquierda del altar mayor.

"Se me apareció tres veces distintas, tres días seguidos: el blanco color de carne anunciaba la paz, la calma, la inocencia y la unión. Luego lo vi de rojo como el fuego: es el que tiene que encender la caridad en los corazones. Me parecía que toda la Comunidad tenía que renovarse y extenderse hasta los extremos del inundo. Luego lo vi rojo oscuro y aquello me llenaba de tristeza el corazón. Sentía una tristeza que me costaba trabajo superar No sabía ni por qué ni cómo; aquella tristeza se refería al cambio de gobierno" (L.52).

Esta es la narración autobiográfica de Catalina. Los colores significaban para ella "la inocencia, el amor y la prueba". Según una interpretación que circuló desde 1833, 23 años antes de poner por escrito esta narración, Catalina no solamente percibió unos símbolos, sino que escuchó también unas palabras en su interior:

Para la visión sombría: "El corazón de san Vicente está profundamente afligido por los males que van a caer sobre Francia" (L.52).

Para la visión más clara: "San Vicente se siente algo consolado, ya que ha obtenido por intercesión de la Santísima Virgen que en medio de esos grandes males no perezcan sus dos Familias" (L.53).

Los documentos oficiales sintetizan las predicciones que Catalina fue recibiendo progresivamente y que las difundió en confidencias de confesionario al Director espiritual,

las cuales dan un gran estímulo al renacimiento de las dos Familias Vicencianas. Son promesas que adquieren unos años más tarde gran relieve, pues son confirmadas por acontecimientos admirables expresivos de la renovación vivida en ambas Congregaciones. Los tres colores no tienen que ver nada con la pintura. Se trata de un mensaje con hondo sentido espiritual. La visión del corazón de Vicente, "color carne", señala la dimensión de encarnación. Este color carne es el blanco, el color de la piel, que significa "la paz, la calma, la inocencia y la unión".

Catalina ha llegado a una Comunidad que está convaleciente y renovándose después del terrible varapalo de la Revolución. No ha encontrado en ella todo aquel ideal que se había forjado durante los años de lucha y espera, sino una realidad apagada, desarreglada y lastimosa. Hay muchas cosas que reformar, corregir y orientar. La esperanza de una reconversión necesaria, pero que está viniendo, la impide enjuiciarla de forma negativa. Catalina tan sólo pone en conocimiento de los Superiores las quejas y lamentos que detecta en la visión del corazón de San Vicente de Paúl.

"El rojo de fuego" de la segunda visión designa un ardor interior de purificación. Catalina percibe el resplandor del fuego que habla de la proximidad de Dios. El fuego que irradia el corazón de San Vicente "tiene que encender la caridad en los corazones" de los miembros de las dos Familias Vicencianas. Los defectos y las deficiencias están ahí, en los comportamientos personales y en la flojera e irregularidad de la vida de las Comunidades Vicencianas, pero son realidades que hay que superar necesariamente. La Comunidad Vicenciana tiene que renovarse, es decir, reformarse. Y el fruto de esa renovación se abre como esperanza de evangelización a todas las dimensiones del universo.





La tercera visión del corazón de san Vicente, "de rojo oscuro", tendiendo a negro, le inspira "tristeza" casi insuperable. ¿Volverán a repetirse los dramáticos sucesos de la Revolución cuando su padre era todavía un muchacho? El rey es el señor soberano, sagrado, como es sagrado su padre en la granja familiar, como es sagrado el Papa en Roma, como es sagrado San Vicente de Paúl, como es sagrada la Superiora de la comunidad. Catalina se siente portadora de un mensaje que sobrepasa a su entender, pero que tiene que mantenerse en secreto entre ella y el cielo.

Se lo dice al confesor: "Un mensaje de amor, de promesas y de desgracias inminentes". Le resulta muy difícil expresar lo que ha percibido. Y no encuentra ningún eco en el Padre confesor: "¡Otra novicia que se empeña en levantar el cuello y ponerse a cacarear", piensa el Padre Aladel. "No escuche esas tentaciones. Una hija de la Caridad está hecha para servir a los pobres y no para ponerse a soñar" (L.55).

Catalina es novicia recién llegada, apenas ha tenido tiempo para iniciarse en el conocimiento de la vida religiosa, en la historia de ambas Congregaciones y los personajes que las rigen y gobiernan. Está de acuerdo con que su vida personal es y será "servicio", pero la visión le trae confusa y le asusta. Ciertamente le redoblan la voluntad, el entusiasmo y las fuerzas para servir a cualquiera que se ponga a mano. Su vida espiritual siempre sencilla, sin alardes, guardada celosamente en su interior, explota en estas experiencias que son fruto de su riqueza y simplicidad de espíritu. "Mi confesor me ha tranquilizado todo lo posible, quitándome de la cabeza estas ideas" (L. 56), escribe. Se encierra y concentra en una oración austera, siguiendo las fórmulas oficiales de la oración en comunidad y participando humildemente en los ritos sacramentales: Misa, Comunión, Confesión, Preces, Rosario, Meditación. Quiere seguir las indicaciones de su confesor. Se esfuerza en ello.

Pero las cosas para Catalina no se serenán, sino que se complican de nuevo. En la Misa, más allá de las apariencias de pan, la Hostia que presenta el sacerdote se hace transparente como un velo y ve a nuestro Señor:

"Vi a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento... todo el tiempo de mi vida de seminario, excepto cuando dudaba; entonces, en este último caso, ya no veía nada, porque quería profundizar\_ dudaba de este misterio y creía que me engañaba".

Nuestro Señor se me apareció como un Rey, con la cruz en el pecho, siempre en el Santísimo Sacramento... Era durante la Misa, en el momento del Evangelio. Me pareció que la cruz se caía del pecho a los pies de Nuestro Señor. Me pareció que Nuestro Señor era despojado de todos sus ornamentos. Todo se cayó a tierra. Fue entonces cuando tuve los pensamientos más negros y más sombríos. Creí, en efecto, que el rey de la tierra iba a ser destronado y despojado de sus reales insignias; y me agobiaron toda clase de ideas, imposibles de expresar, sobre las desgracias que de aquí se iban a desprender" (L.56-57).

Llegado el 6 de Junio de 1830, día de la Santísima Trinidad, la visión se hace "negra", como el corazón de San Vicente dos meses antes en la tercera visión. Catalina distingue bien entre su "visión" y la "aplicación" que de ella hace al anciano rey de Francia, a quien ve de cerca, casi agotado, rindiendo homenaje a san Vicente durante la celebración del traslado de las reliquias en el pasado mes de abril. La visión de los sufrimientos de Cristo en su Cuerpo, que es la Iglesia, se forma sobre el modelo tan cercano de los mártires ejecutados en los días de la Revolución. Se mezclan y se asimilan el acontecimiento histórico reciente y la realidad espiritual, eclesial y teológica. Catalina identifica al rey de la tierra y al Rey del cielo, en base a los criterios de los teólogos que sacralizan en la persona del rey la representación de Dios (Rom. 13,1-4). Catalina dice: "No sabría explicarlo, pero tuve la sensación de que el rey de la

tierra se perdería y se vería despojado de su vestidura real" (L.57). Esta visión se fija en el día 6 de Junio. Las fechas de la Revolución de 1830 son los días 27, 28, y 29 de Junio.

Al parecer, los historiadores mantienen que la Revolución de junio fue repentina y que un mes antes era imprevisible. Aunque se viven momentos de tensión y se pueden prever disturbios, nadie a nivel político y administrativo hubiera podido esperar un cambio de dinastía en el trono de Francia. Carlos X es nieto de Luis XV y hermano de Luis XVI y Luis

XVIII. Sube al trono de Francia en 1824 y se hace coronar rey con el ceremonial del Antiguo Régimen en Reims. Reincorpora los criterios, el estilo y las maneras de los tiempos anteriores a la Revolución, teniendo como aliados a los ultraconservadores y a la Iglesia. Favorece el régimen autoritario que en 1829 desató la hostilidad de la opinión, hasta que el 25 de Julio de 1830 tras pretender la libertad de prensa y modificar la ley electoral, París se subleva. A Carlos X no le queda más salida que abdicar. Se exilia en Gran Bretaña. Después de la Revolución de 1830 es proclamado rey de los franceses Luis Felipe I, que se apoya para su gobierno en la clase burguesa, a la que favorecen el régimen electoral y la vida parlamentaria, así como el desarrollo de la gran industria, los servicios, el comercio y las vías de comunicación. Reina hasta 1848.

Catalina cumple a la perfección las normas de la comunidad, se ajusta con premura a los horarios, participa piadosamente en todos los actos de la oración, las preces y la liturgia, acepta silenciosamente las actuaciones manuales que le encargan realizar, se confiesa puntualmente con el Padre Aladel. No destaca, no llama la atención, ni ante las compañeras, ni ante los Superiores. No anda distraída, absorbida en cavilaciones espirituales. Se siente feliz, porque el mundo de la oración, la piedad y el sacrificio le gustan y los sobrelleva con especial alegría interior y exterior. Es la joven campesina, sin apenas saber leer y escribir, sin estudios, que ha llegado de un pequeño pueblecito de Borgoña. La ficha que de ella tiene la Hermana Sirvienta dice: "Fuerte, de talla media. Sabe leer y escribir. Su carácter parece bueno. El espíritu y el juicio no son brillantes. Es piadosa. Trabaja en la virtud" (L.73).

A principios de junio recibe carta de María Luisa, su hermana mayor, después de haber sabido que se ha incorporado a la comunidad de la Rue du Bac: "Tu silencio desde el 4 de marzo me ha dado bastante preocupación. Ya no siento ninguna pena y le doy gracias a Dios. Tu dicha será tan completa como es posible esperararlo en este mundo, si eres dócil en escuchar los buenos consejos que no te faltarán. Espero que habrás perdido tu propia voluntad por el camino de Chatillón a París. Te felicito por ello. ¡No vuelvas ya nunca a reclamarla! La de nuestros Superiores vale ciertamente más que la nuestra. Piensa que no estás en tu casa, que no sabes hacer nada. En el seminario, mi querida hermana, es preciso hacer un buen acopio de todas las virtudes: sobre todo de humildad. No resulta difícil creerse la última de todas, cuando se piensa un poco" (L.58).

La vida de la Hermana Catalina en los primeros meses es sencilla. Sigue con piedad, humildad, sencillez, y absoluta normalidad las acciones y ocupaciones propias de la comunidad, sin destacar por beaterías de principiante, por exageradas y eufóricas austeridades y mortificaciones, o por falaces y sensibleros misticismos femeninos. Todas sus confidencias espirituales van únicamente a parar a la persona de su confesor y director espiritual, el Padre Aladel. Será el silencio de la Confesión, la angustia personal de no ser aceptadas sus confidencias, el secreto celosamente guardado, la simplicidad exterior a pesar de todo, lo que garantice la verdad de su santidad, así como la verdad de las comunicaciones que se le preparaban.

## CAPÍTULO XII: PRIMERA APARICIÓN DE LA VIRGEN

María Luisa al final de su carta le encomienda especiales recuerdos para Sor Marta Velay, la Hermana Directora, recordándole el bien efecto de sus charlas: "¡Si supieras cómo nos gusta recordar sus santas instrucciones!" (L.58). La fiesta de San Vicente se aproxima. La comunidad se esfuerza y se desvive para prepararla a conciencia en este año del traslado de sus reliquias a la casa de los Padres Lazaristas, Hermanos en Congregación. Las charlas y los puntos de meditación se centran en su vida y sus enseñanzas. Las Hermanas más instruidas y con responsabilidades dan conferencias y pláticas sobre sus actuaciones. El Padre Director predica con entusiasmo los sermones del triduo orientados a traer a los momentos actuales de las Hijas de la Caridad el mensaje particular de san Vicente. Todo en el ambiente y en el grupo de novicias es fervor, devoción y entusiasmo por el Santo Fundador.

Llega la tarde del 18 de Julio de 1830, víspera de la fiesta de San Vicente. Es fiesta grande. La oración de la noche, antes de acostarse, se alarga algo más de lo habitual. Sor Marta ha elegido los puntos de meditación para el día siguiente. Se extiende en una cálida plática extraordinaria sobre la piedad del Santo y su profundo amor a la Virgen María. Entre las novicias el recogimiento es emocionante. No se oyen ni toses ni carraspeos. También Catalina se siente arrastrada por las palabras de Sor Marta: el querido san Vicente, la querida Virgen María, la dedicación de Vicente, el amor de la Madre, las primeras Hijas de la Caridad que han sido colocadas bajo la privilegiada protección de la Santísima Virgen. Las palabras son expresiones vivas del fuego interior que enciende la piedad y el saber de Sor Marta, que habla de la Virgen como de la Madre espiritual, tierna, acogedora, complaciente, generosa y servicial, y de San Vicente como el Padre espiritual, caritativo, desprendido, amable, comprensivo. Desde el cielo dirigen y protegen los caminos y las vidas de todas y cada una de las Hijas de la Caridad. Y hoy, día en que recuerdan a ambos, la Virgen y san Vicente están más cerca que nunca del corazón expectante de las que participan en el período de prueba.

En un gesto inesperado de devoción y fidelidad, Sor Marta les hace a las Hermanas un regalo especial para que se preparen más entrañablemente a la celebración de la fiesta. Les da a

cada una un trocito del roquete de San Vicente. Catalina bebe sus palabras y recoge la reliquia. Ella ha visto el corazón de San Vicente. Ha visto al Señor en la Eucaristía. No ha visto a la Santísima Virgen, a la buena Señora a quien escogió por Madre a los nueve años cuando se quedó sin su madre de la tierra. Las palabras de la Directora han calado hondo en el corazón de la muchacha de 24 años, que apenas lleva cuatro meses en la comunidad. Al finalizar la plática de sor Marta, todas se retiran a descansar.

Catalina escribió muchos años más tarde: "Me acosté con el pensamiento de que esa misma noche vería a mi buena Madre. ¡Hacía tanto tiempo que estaba deseando verla! Como se nos había dado un trozo de tela del roquete de San Vicente de Paúl, yo corté la mitad, me lo tragué y me dormí, pensando que San Vicente me obtendría la gracia de ver a la Santísima Virgen".

Las Hermanas están recogidas en el dormitorio. La emoción ha sido fuerte. Las luces se han apagado. Todo está inundado por el "sagrado silencio" de la noche. Las Hermanas de la comunidad van cogiendo rápidamente el sueño. Duermen. La paz del sueño, señor y dueño en el amplio dormitorio, hace matrimonio fervoroso con la paz interior de las piadosas Hermanas. Se acerca la media noche, las once y media, los momentos fuertes del primer sueño. Todo es silencio y oscuridad. También Catalina duerme. La narración que hace Catalina de la vivencia, de lo que le sucede y del acontecimiento en que se ve inmersa no tiene desperdicio.

"Por fin, a las once y media de la noche, oí que me llamaban por mi nombre: ¡Hermana! ¡Hermana!. Al despertar, miré hacia el lado desde donde venía la voz, que era hacia el corredor Abrí la cortina. Vi a un niño vestido de blanco, de unos 4 ó 5 años, que me decía: Levántate enseguida y ven a la capilla; ¡Te está esperando la Santísima Virgen! El niño me invita a seguirle al tiempo que me muestra el camino hacia la capilla de la comunidad".

"Catalina no le responde nada de momento, pero piensa para sí misma: Me van a oír, pensando en las otras Hermanas. El niño le responde: Estate tranquila, que son las once y media; todo el mundo duerme bien; ven, te aguardo. Sin otro pensamiento, me levanté de la cama y me vestí apresuradamente. Me dirigí hacia donde estaba el niño, que se había quedado de pie, sin apartarse más allá de la cabecera de mi cama. Me siguió o, mejor dicho, le seguí yo a él, siempre a mi izquierda, dirigiendo rayos de claridad por todos los sitios por donde pasaba. Las luces se encendían por donde pasábamos y aquello me extrañaba mucho. Pero todavía me sorprendí más cuando entramos en la capilla: la puerta se abrió apenas la tocó el niño con la punta del dedo. Creía que estaba soñando" (L.59).

La noche es avanzada y todas las Hermanas duermen el sueño profundo. También Catalina. Todo es silencio en el ambiente del dormitorio y oscuridad. Las cortinas de los dormitorios individuales están corridas. Catalina ha tragado un pequeño trozo del roquete de San Vicente. La plática de Sor Marta la ha dejado transpuesta. Las visiones del corazón de San Vicente y del Señor en la Eucaristía la tienen anonadada y su fervor interior es un volcán cuyo cráter solo se ha abierto al Padre confesor. Catalina es una muchacha normal, rica en piedad rústica de campesina, sin conocimientos de acontecimientos místicos ni sublimes arrebatos propios del camino de la perfección. Lleva cuatro meses en el seminario de las Hijas de la Caridad. Oye que alguien la llama por su nombre; es un ángel, quizá el Ángel de la Guarda. La espera, va vestido de blanco, le dice que se dé prisa, que la espera la Señora. El niño resplandece de blancura; su resplandor ilumina el pasillo y el corredor. La puerta de la capilla es de madera sólida, pero el niño la abre con simple tocarla con la yema de sus dedos. Todo es extraño, impropio, desconcertante. Se sale definitivamente de la realidad normal

del momento que viven las Hermanas; duermen.

"Pero mi sorpresa fue todavía mayor cuando vi todas las velas y los hachones encendidos, lo cual me recordaba la Misa de medianoche. Sin embargo, no veía a la Santísima Virgen. El niño me condujo hasta el presbiterio, al lado del sillón del Padre Director: Y allí me puse de rodillas. El niño se quedó de pie todo el tiempo. Como iba pasando el tiempo, miré a ver si las Celadoras pasaban acaso por la tribuna. Por fin, llegó la hora y el niño me dijo: "Ya viene la Virgen. ¡Ahí está! ".

"Oí una especie de ruido..., como el roce de un vestido de seda, que venía de la tribuna, del lado del cuadro de san José, y venía a colocarse sobre las gradas del altar, por el lado del Evangelio, en un sillón parecido al de Santa Ana. Sin embargo, no era Santa Ana la que estaba en el sillón, sino solamente la Virgen María... No era la misma figura de Santa Ana... Dudaba de si sería la Santísima Virgen. Pero el niño que estaba allí me dijo: " ¡Esta es la Santísima Virgen!". En aquel momento me sería imposible decir lo que sentí, lo que ocurría dentro de mí. Me pareció que no veía a la Santísima Virgen" (L.60).

Catalina encuentra la capilla como si fuera a celebrarse la Misa de Gallo. Vacía pero iluminada como para un acontecimiento de gran fiesta. Están solos ella y el niño misterioso. Se llega hasta la grada del presbiterio; se arrodilla. Pueden hacer la ronda las Hermanas celadoras. Son exigentes y rígidas. Tanta luz, ¿qué hace ella allí a esas horas de la noche? Todo el mundo debe estar descansando y durmiendo. El niño le avisa que alguien llega. Oye roce de ricos vestidos que vienen desde la tribuna; es la Virgen. Todo es normal en la capilla:



la tribuna, el sillón del Padre Director, el cuadro de san José, el altar, el cuadro de santa Ana sentada en el sillón. ¿Está soñando? No le parece ver a la Virgen. Le parece que todo es un sueño.

Así espera un rato, un poco inquieta por si las Hermanas celadoras la descubren. Pasado unos momentos, el niño de blanco le avisa: "He aquí a la Virgen, hela ahí". Catalina nota "como un rumor, como el roce de un traje de seda" que se aproxima desde la tribuna de la capilla donde se encuentra el cuadro de San José. A continuación la ve; viene a sentarse en el sillón situado sobre las gradas del altar, al lado del Evangelio; el sillón donde se sienta el Director Espiritual para dirigir sus charlas a la comunidad. El sillón es parecido al de Santa Ana en un lienzo cercano colgado de la pared. "Yo dudaba de que fuese la Santísima Virgen", dice la Hermana Catalina; sin embargo, el niño le insiste una vez más para que mire a la Virgen, y le habla con voz "como de hombre".

"Fue entonces cuando me habló el niño, pero no como un niño, sino como un hombre, con voz alta y con palabras fuertes. Entonces, mirando a la Virgen, dí como un salto hacia ella, de rodillas sobre las gradas del altar, con las manos apoyados en las rodillas de la Santísima Virgen. Así pasaron unos momentos, los más dulces de mi vida. Me sería imposible decir lo que sentí. Ella me dijo cómo tenía que portarme con mi Director y algunos otras cosas que no debo decir; la forma de portarme en medio de las penas" (L.6 1).

Sor Catalina está de rodillas en la grada del presbiterio cerca del altar. Se levanta de un salto, se acerca al sillón y vuelve a arrodillarse muy cerca de la misteriosa aparición, tan cerca que apoya sus manos sobre las rodillas de la Señora. El niño sigue allí de pie. El niño, ¿es un ángel? ¿Es al Ángel de la Guarda? El niño le llama en la oscuridad, le da un mensaje, la espera, la insiste, la da prisa, la guía hacia la capilla, le abre la puerta, la conduce hasta el presbiterio, le dice que ya llega la Señora, le habla con voz de hombre cuando duda, como para insinuarle "¿en qué estás pensando?".

Años atrás, en los primeros años de su infancia, Catalina, se había subido a una silla para

acercarse a la imagen de la Virgen, y abrazándola le dijo: "Ahora tú serás mi madre". Ahora da un salto y se acerca a la Señora, y en gesto de intimidad coloca sus manos juntas sobre la rodilla de la Virgen. Hay confianza, hay intimidad, hay cercanía, hay necesidad de calor y acogimiento. Se inicia la conversación entre la Madre del cielo y la hija de la tierra. Son momentos dulces para la emoción y el sentimiento. "Me dijo... y muchas cosas que no debo decir". La Virgen le habla de cómo debe ser con su Director Espiritual, de cómo cumplir con la piedad, con la devoción y con la fidelidad a la gracia. Le dice que recibirá todos los consuelos que necesite. Catalina le pregunta qué significan todas las cosas que ha visto: el corazón de San Vicente, el Señor en la Eucaristía... "Y me las explicó todas".

Luego le confía un mensaje.

"Hija mía, Dios quiere confiarte una misión. Tendrás muchas dificultades, pero las superarás todas pensando que lo haces por la gloria de Dios. Conocerás lo que es Dios. Te sentirás atormentada hasta que se lo hayas dicho a aquel que está encargado de dirigirte. Te contrariarán.

Pero recibirás la gracia necesaria. Dilo todo con confianza y sencillez. Ten confianza. No temas. Verás algunas cosas. Da cuenta de ellas, es decir, de lo que veas y de lo que oigas. Serás inspirada en la oración. Da cuenta de ello."

La Santísima Virgen tiene el rostro muy apenado cuando habla de las desgracias que se avecinan sobre Francia y el mundo:

"Serán malos tiempo. Las desgracias vendrán a caer sobre Francia. El trono será derribado. El mundo entero se hundirá en desgracias de todas clases... Pero venid al pie de este altar. Aquí se derramarán gracias sobre todas las personas que las pidan, grandes y pequeños. Hija mía,



me complazco en derramar gracias sobre la Comunidad en particular. La quiero mucho, afortunadamente."

Y sigue muy triste cuando hace referencia y mención directa sobre la relajación que reina en ambas Comunidades Vicenciana:

"Sin embargo tengo una pena. Hay muchos abusos contra las Reglas. No se observan las Reglas. Hay una gran relajación en las dos Comunidades. Díselo al que está encargado de vosotras, aunque no sea el Superior: Le

162 4 encargarán de forma especial de unas funciones en la Comunidad. Tiene que hacer todo lo posible para poner de nuevo en vigor la Regla. Dile de mi parte que cuide de las malas lecturas, de la pérdida de tiempo y de las visitas."

"Cuando la Regla vuelva a estar en vigor, habrá una Comunidad que vendrá a unirse a la vuestra. No suele ser ordinario. Pero yo la quiero. Dile que se la reciba; Dios las bendecirá y gozarán de una gran paz. La Comunidad gozará de una gran paz. Se hará grande."

A medida que la conversación avanza, los ojos de la Señora se llenan de lágrimas, y sus facciones transmiten una profunda sensación de dolor y pena:

"Vendrán grandes desgracias. Será grande el peligro. Pero no temáis; dí que no tienen nada que temer. La protección de Dios estará siempre sobre vosotras de una forma muy especial y San Vicente protegerá a la Comunidad". "Yo misma estaré con vosotros. Llegará un momento de grave, peligro. Se creará que toda está perdido. ¡Pero yo estaré entonces con vosotros!"

"Tened confianza. Conoceréis mi visita y la protección de Dios y la de San Vicente sobre las dos Comunidades. ¡Tened confianza! No os desaniméis. Yo estaré con vosotros. Pero no pasará lo mismo con otras Comunidades. Habrá víctimas.". "Entre el clero de París también habrá víctimas; el señor Arzobispo morirá".

Catalina sigue diciendo que al oír estas palabras, pensó: ¿Cuándo será esto? Y comprendió muy bien que sería a los 40 años. La Señora insiste en las desgracias próximas:

"Hija mía, despreciarán la Cruz. La tirarán por el suelo. Correrá sangre. Abrirán de nuevo el costado de Nuestro Señor. Las calles se llenarán de sangre. El señor Arzobispo será despojado de sus vestiduras". "Hija mía, el mundo entero se llenará de tristeza" (L.62-64).

Aquí la Santísima Virgen ya no podía hablar y tenía la pena dibujada en su rostro. Anota Catalina: "Estuve allí no sé cuánto tiempo. Todo lo que sé es que cuando ella se marchó, sólo me dí cuenta de que se apagaba algo, y finalmente sólo hubo una sombra que se dirigía al lado de la tribuna, por el mismo camino por donde había llegado. Me levanté de las gradas del altar y vi al niño en el sitio en donde lo había dejado. Me dijo: "Se ha marchado".

Y sigue: "Volvímos por el mismo camino, siempre iluminado por todas partes. -El niño iba siempre a mi izquierda. Creo que aquel niño era mi Ángel de la Guarda, que se había hecho visible para hacerme ver a la Santísima Virgen, porque yo le había rezado mucho que me obtuviera aquel favor. Iba vestido de blanco, llevando una cruz milagrosa consigo, es decir, que iba resplandeciente de luz: su edad de 4 a 5 años. Al regresar a mi cama eran las dos de la mañana. Oí sonar el reloj. No pude volver a dormirme".

El tiempo ha pasado volando. Catalina no se entera. Cuando la Señora se va han pasado dos horas y media. Catalina vuelve a su camarilla. Oye sonar las campanadas de las dos de la mañana. Es ya el día de la fiesta de San Vicente. No puede dormir. Se mantiene despierta hasta el toque de levantarse. ¿Qué hace?; Reza?; Sueña?; Lloro?; Piensa?; Recuerda?

Así lo ha dejado escrito Catalina. Es el primer capítulo de la historia de las Apariciones de la Virgen María a Catalina Labouré. Al toque de levantarse, Catalina salta de la cama, se viste apresuradamente, se asea ligeramente, retira las sábanas y mantas, coge en la mano el libro de oraciones y retorna a la capilla uniéndose a todas las Hermanas. La comunidad comienza



el día con las oraciones de la mañana y la meditación. Para Sor Catalina el primer acto fuerte del día de San Vicente ha sido un filial encuentro con la Santísima Virgen y una larguísima conversación con la Señora. Catalina ocupa su sitio de siempre, recita las oraciones al unísono con las Hermanas, canta las Letanías y, fijos los ojos, mira sin cesar al presbiterio, al sillón del Padre Director, a la tribuna. Durante el silencio de la meditación todo su cuerpo se arracima y confunde con su alma, recordando, revisando y contemplando el encuentro y conversación con la hermosa y apenada Señora, no sabiendo explicar cuándo sus emociones le significan alegría, cuándo preocupación, y cuándo sufrimiento.

Nadie sospecha nada, pues la compostura exterior de Sor Catalina se acopla sencillamente a la normalidad de los actos de la comunidad. La Misa Mayor se celebra a las once de la mañana. La Señora se ha presentado como una gran señora, elegante, hermosa, dulce, cariñosa. La Señora le ha hablado como una tierna madre, cálida, cercana, amable, preocupada por los Hijos de San Vicente, por los hijos de Francia, y por las situaciones que unos y otros han de vivir, dejando entrever una gran pena interior, sus secretos reservados y maternamente guardados. La Señora estaba triste, muy triste. La conversación ha sido un monólogo de la Señora. Catalina ya no es una pequeña niña huérfana; es una mujer fuerte, sensata, bien asentada en la realidad del seminario. La conversación ha sido larga, muy larga, aunque la apariencia del tiempo le ha parecido breve. Las palabras de la Virgen, los asuntos revelados, los gestos de la Señora, han quedado grabados con fuego en lo más íntimo de la persona de Catalina. ¿Cómo hacerlos llegar a quien corresponda?

Pasada la fiesta de San Vicente, se acerca al confesionario para exponerle al Padre Aladel la visita de la Señora. El Padre director la escucha, le dice que guarde silencio y que no dé tanta importancia a "esa fantasía". ¿Serán femeninos quebrantos sentimentales de la fervorosa señorita campesina recién llegada? El fervor puede deparar estas pequeñas locuras. El Padre Aladel es sacerdote paúl, discreto y sensato. Tiene experiencia de confesionario sobre las vivencias y exuberancias espirituales de las novicias y de las Hermanas. Es el superior prudente, el prudente confesor que no se deja impresionar fácilmente. Dentro de la

Congregación de la Misión es una de las jóvenes esperanzas en quien los Superiores empiezan a confiar para reorientar la renovación iniciada. Con la hermana Catalina ha tenido anteriores experiencias. Sabe de qué va el tema.

Pero esta novedad es distinta. Se trata de la Santísima Virgen de la que el Padre Aladel es particularmente devoto y fiel servidor.

La Señora ha hecho referencia a una "misión". Alude, sin duda, al nacimiento, grabación e increíble difusión de lo que años más tarde iba a ser "La Medalla Milagrosa", de la que Catalina en estos momentos no sabe nada, aunque sí lo iba a saber cinco meses después. Se refiere también al impacto de las Apariciones y de la Medalla en la Congregación de los Sacerdotes de la Misión y en la Compañía de las Hijas de la Caridad. No están siendo un feliz ejemplo de lo que en las altas esferas de la corte celestial se espera de unos y de otros. Para la Señora, la triste relajación de unos y otras está marcando hitos de importantes irregularidades en el espíritu, en el trabajo, en los hábitos, en los comportamientos personales y comunitarios, ajenos por completo a las directrices de las Santas Reglas.

La segunda parte, referida a los acontecimientos nacionales, tiene su cumplimiento a los pocos días. Reina en Francia Carlos X. En el año 1830, la agitación liberal, a veces latente a veces explosiva, se extiende por París azuzada por la prensa y los círculos de intelectuales revolucionarios. El 25 de Julio, una semana después de la primera aparición, el ministro Polignac encara la situación con valor tomando medidas de fuerza. En vez de amainar la tempestad acaba por desencadenarla. La burguesía se alza en armas, se hace acompañar por



las masas del pueblo, se echan a la calle y se adueñan de la capital en los días 27 y 29 de Julio. Las fechas del 27, 28 y 29 de Julio de 1830 son conocidas en la Historia de Francia como "las tres gloriosas" de la Revolución que condujo a la abdicación de Carlos X y su voluntario destierro en Gran Bretaña. La caída del rey está acompañada de sangrientos disturbios, extorsiones, persecuciones, allanamientos, saqueos de los símbolos que han apoyado al cesado rey, la Iglesia y los nobles. El Superior General de la Congregación de la Misión, Padre Etienne, refiere: "La iglesias son profanadas, las cruces derribadas, las comunidades religiosas asaltadas, desbastadas y dispersadas; los sacerdotes son perseguido y maltratados. El mismo Arzobispo de París es objeto del furor del populacho, obligado a disfrazarse y a ocultarse. Se diría que estamos volviendo a los peores días de 1793" (L.66). Las desgracias también llegan a la iglesia de los Sacerdotes de la Misión y de las Hijas de la Caridad. Cuenta sor Pineau: "Vinieron también a arrancar la cruz que estaba en el frontispicio de la fachada. Pero el coraje y la energía del Padre Etienne les hizo marchar enseguida. Desde aquel día, ya no ocurrió nada más. Nada vino a turbar la tranquilidad de la casa" (L.66),

Con la abdicación de Carlos X accede al trono Luis Felipe, "el rey ciudadano", respaldado por el fervor de liberales y revolucionarios. La "era feliz", la "edad de oro" de la burguesía francesa ha quedado inaugurada.

La Revolución francesa triunfa no sólo en Francia, sino que sus ideales burgueses se adueñan de la civilización moderna, donde las ideas y vivencias religiosas han sido y están siendo postergadas a su mínima expresión.

Cuarenta años más tarde, en 1870, estalla "La Comuna de París", intento de implicaciones revolucionarias realizado por los medios obreros al amparo de la ideología marxista, ahogando en sangre la clase social y siendo abatido por las balas el Arzobispo de la ciudad, monseñor Darboy, el párroco de la Madaleine, Deguerry y otros muchos.

### CAPÍTULO XIII: SEGUNDA APARICIÓN DE LA VIRGEN

## SEGUNDA APARICIÓN DE LA VIRGEN

Desde aquella noche del encuentro con la Virgen María, fiesta de San Vicente de Paúl, la Hermana Catalina ha realizado puntualmente las siguientes actuaciones: Se ha sincerado humildemente con su confesor el Padre Aladel en todo lo concerniente al encuentro con la Señora, las palabras que le ha dicho en larga conversación de dos horas y media y los gestos y expresiones que en Ella ha visto. Ha observado, en silencio y con dramática sensación de arrobamiento, los acontecimientos sociales que están sucediendo en la ciudad de París y en Francia. Sigue integrada, con espontaneidad y simplicidad, en las actividades religiosas, en los horarios del día, en los actos ordinarios de formación y trabajo propios de la comunidad. A la vista y consideración de Superiores y compañeras todo es normal. Sin un ápice de nada extraordinario. Catalina reza, se sacrifica, participa externamente al igual que todas las novicias. Interiormente, su vivir, su fe, su sentir, tiene que ser de otra calidad, por muy adentrada que esté en el progresivo avanzar de su noviciado.

En algunos momentos el Padre Aladel se ha visto íntimamente sorprendido de la conexión que descubre entre los hechos que se suceden en el ambiente político y social y las manifestaciones recibidas de Catalina. Es esa parte de su trabajo reflexivo y vigilante que le corresponde para una mejor orientación e ilustración sobre las vivencias personales que le llegan desde la juvenil y piadosa grey de las aspirantes a Hijas de la Caridad. Sin embargo, no quiere dejar traslucir ante la interesada las dudas que recorren su alma de buen sacerdote

vicenciano y piadoso amante de la Virgen María. Las confesiones de Sor Catalina vuelven a ser normales, es decir, no hay faltas, no hay pecados; sólo gran ilusión por mejorar en la oración, en el sacrificio, en la generosidad, en la entrega a las demás, en la comprensión por las pequeñas faltas. Tiene afán por superarse en la mortificación, en la aceptación, en la humildad, en el fervor. Le revolotean algunas dudas de imaginadas equivocaciones o enjuiciamientos, de pensamientos que se escapan lejos de los muros del recinto sacrosanto de la oración en forma de recuerdos que vienen del pasado.

El día 27 de noviembre, a las 5,30 de la tarde, las Hermanas, como todos los días, se han reunido en la capilla para la oración. El volcán interior de fuego espiritual de Catalina, que sólo se abre a su confesor, revive, bulle, se mueve, impulsado por la ilusión de volver a ver a la Señora. Reina el silencio de la oración. Las Hermanas están recogidas, arrodilladas, anonadadas en su ser personal: La reflexión particular se adueña del ambiente de la capilla. La parpadeante luz del Santísimo ilumina levemente la penumbra de la nave y el presbiterio. En esta hora de meditación, Catalina se siente inundada de un gran deseo de ver a la Santísima Virgen, deseo que lo siente desde la despedida del primer encuentro.

Escribe: "Yo creía que Ella me concedería aquella gracia" (L.67). Y fue correspondida:

"El 27 de noviembre de 1830, sábado anterior al primer domingo de Adviento, a las cinco y media de la tarde, después del punto de meditación, en medio de un gran <> 172 silencio, es decir, algunos minutos después de meditación, me ha parecido oír un ruido al lado del púlpito, junto al cuadro de san José, como el roce de un vestido de seda. Miré hacía ese lado y vi a la Virgen a la altura del cuadro de San José" (G.59).

"Aquel deseo era tan fuerte que tenía la convicción de que la vería con su belleza más esplendorosa". Y la ve de nuevo.

"La Virgen estaba de pie, vestida de blanco, con un vestido de seda blanco y resplandeciente,

el distintivo de la Virgen, mangas lisas, un velo blanco que descendía hasta el suelo; bajo el velo asomaba su pelo, melena lisa, y encima llevaba un encaje de tres centímetros de altura, sin pliegues, es decir, apoyado ligeramente sobre sus cabellos; la cara al descubierto, los pies sobre una bola, es decir, media bola o al menos sólo me pareció media; sostenía en sus manos una bola que representaba la esfera terrestre; sus manos estaban elevadas a la altura de la cintura, y sus ojos miraban el cielo" (G.59).

De su figura no sabe decir si es bella, si es guapa, si es hermosa:

"Su cara resplandecía de belleza, soy incapaz de describirla... Luego, de pronto, descubrí unos anillos en sus dedos en los que estaban engastadas piedras preciosas, unas más bellas que otras, unas más grandes y otras más pequeñas, que despedían destellos unos más bellos que otros. Los destellos salían de las piedras; de entre los grandes destellos los mayores se ensanchaban constantemente y de entre los pequeños los menores se extendían hacia abajo inundando el suelo de forma que yo no podía ver sus pies" (G.59)

"No sé expresar ahora lo que experimenté y lo que vi: la belleza y el resplandor, los rayos tan bonitos... En este momento en que la contemplaba, la Virgen bajó sus ojos y me miró. Se dejó oír una voz que traía hasta mí estas palabras: "La bola que ves representa al inundo entero, especialmente a Francia... y a cada persona en particular.. Simbolizan las gracias que reparto entre las personas que me las piden". (L.68-69)

"Entonces me parecía existir y no existir... yo gozaba, yo no sé... Me hizo comprender qué agradable era rezarle, cuánta generosidad derrochaba hacia las personas que le rezaban..., cuántas gracias concede Ella a las personas que se las piden, qué alegría siente el concederlas".



"Un cuadro, algo ovalado, se formó alrededor de la Virgen. En lo alto del cuadro había estas palabras: "Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos" escritas en letras de oro".

"Entonces se dejó oír una voz que me dijo: "Haz, haz acuñar una medalla con este modelo; todas las personas que la lleven recibirán grandes gracias, las gracias serán abundantes para las personas que la lleven con confianza" (G.60).

"De pronto, me pareció que el cuadro se daba la vuelta y vi entonces el reverso de la Medalla. Inquieta por saber lo que había que poner en el reverso de la Medalla, después de muchas oraciones, un día en la meditación, me pareció oír una voz que me decía: "La M y los dos Corazones ya expresan bastante".

Lo aquí escrito es parte del relato autógrafo que Catalina escribió en 1856, 26 años más tarde . Pero Catalina había confiado de inmediato esta visión al Padre Aladel en el secreto del confesionario.

La transcripción que el Padre Aladel hace de la visión contada por Sor Catalina es la primera información que se expresa al público. Siendo, además, los principales soportes sobre los que se apoya la estampación de la Medalla. Así escribe el Padre Aladel: "La novicia vio en la oración un cuadro que representaba a la Santísima Virgen, tal como se la representa de ordinario bajo el título de la Inmaculada Concepción, de pie y extendiendo los brazos. Vestía un vestido blanco y un manto de color azul plateado, con un velo aurora" (L.68).

"De sus manos salían como una especie de haces de rayos de un resplandor deslumbrante. La Hermana oyó en aquel mismo instante una voz que decía: "Estos rayos son el símbolo de las gracias que María alcanza a los hombres". Y alrededor del cuadro leyó con caracteres de oro la siguiente invocación: ¡Oh María, sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a ti!" (L.69).

"Unos momentos más tarde, aquel cuadro se volvió y en el reverso distinguió la letra M

coronada con una pequeña Cruz y debajo los Sagrados Corazones de Jesús y María. Después de que la Hermana hubiera observado todo aquello, la voz le dijo: Hay que acuñar una medalla según este modelo, y las personas que la lleven bendecida y que recen con piedad esta breve oración, gozarán de una protección muy especial de la Madre de Dios"(L.69).

A la vista está. Dos estilos de narración, dos transcripciones que expresan lo fundamental, aunque con matizaciones claramente diferenciadas. Detalle, emoción, minuciosidad, calor, afecto, femineidad en el relato de Catalina. Sobriedad, sequedad, austeridad en el relato del Padre Aladel.

Catalina detalla que la presencia de la Señora se hace notar por el roce del vestido. Está de pie. Viste un vestido blanco de seda, muy resplandeciente, con mangas lisas. Se cubre con un velo que llega hasta el suelo. Peina melena lisa, cubierta con un encaje de tres centímetros, sin pliegues. Su cara es tan bella que no puede describirla. Lleva anillos en los dedos, y en los anillos perlas, unas grandes, otras pequeñas. Salen rayos de las perlas que inundan el suelo con luz. La Virgen baja los ojos y la mira. La visión se trueca en cuadro, que es ovalado. Hay escrita una jaculatoria que hace referencia a la Inmaculada. "Haga acuñar una medalla con este modelo, las personas que la lleven recibirán muchas gracia" (L.69). El cuadro da la vuelta y ve la letra M y los dos corazones.

La transcripción del Padre Aladel refiere que la novicia ve en la oración un cuadro que representa a la Inmaculada Concepción. La Virgen está de pie y extiende los brazos. Viste un vestido blanco, un manto azul y un velo aurora. Salen haces de rayos resplandecientes de sus manos. Son símbolo de las gracias que María alcanza a los hombres. El cuadro se vuelve y se distingue la letra M coronada con una Cruz y debajo los corazones de Jesús y María.





"Hay que acuñar una medalla según este modelo, las personas que la lleven gozarán de protección muy especial de la Madre de Dios" (L.69).

Sor Catalina lleva viviendo en la comunidad de la Rue du Bac ocho meses. Tiempo adecuado para asentarse en la profundidad de la meditación y en la comunicación interior con los personajes que definen su fe. Ha vivido distintas experiencias sobrenaturales relacionadas con el corazón de san Vicente y el desgarramiento de Jesús en la Eucaristía, ha mantenido una primera larga conversación con la Virgen María y ahora es testigo y protagonista de la Aparición de la hermosa Señora que le encarga expresamente que se acuñe una Medalla conteniendo la figura, los datos y los detalles que ha visto.

Todo ello ha sido expuesto con detalle a su confesor y Padre Espiritual. En el ambiente comunitario, la normalidad sigue siendo protagonista del fervor religioso de las jóvenes hermanas y de los Superiores. Catalina prosigue el curso de los días cumpliendo con sencillez horarios y actuaciones sin transparentar novedades místicas interiores más que a su Padre confesor. Cuando Catalina ha confiado al secreto de la confesión esta última aparición de la Virgen María, el Padre Aladel le responde: "¡Pura ilusión! Si usted quiere honrar a Nuestra Señora, imite sus virtudes y guárdese de la imaginación".

Así le ha hablado la Señora a Catalina, así se lo ha comunicado a su confesor. El Padre Aladel acoge las confidencias con desconfianza: "sublimaciones de novicia", piensa. Catalina se retira del confesionario. Parece tranquila. No hay aspavientos ni suspiros que entrecorten el ambiente de la capilla. Interiormente sabe que ha cumplido con lo que la Señora le ha encomendado. También recuerda las advertencias que Ella le hizo sobre algunas dificultades y sufrimientos.

Sor Catalina vuelve a tener la visión de la Medalla un mes más tarde, en el mes de diciembre. Ni ella ni nadie han precisado la fecha exacta de esta tercera aparición de la Virgen María, que también tiene que ver con las precisiones que requiere la Medalla.

La comunidad de novicias está reunida en la capilla para la meditación de la tarde. Son las cinco y media. Una vez leídos los puntos de meditación, Catalina oyó el roce de un vestido

de seda. La Señora aparece detrás del altar. El cuadro de la Medalla se presenta en el centro del altar, cerca del Sagrario, un poco hacia atrás.

La Virgen viste el vestido blanco, el manto azul y el velo color aurora. Los cabellos, partidos sobre la frente y cayendo a los lados, están cubiertos por una especie de toquilla, guarnecida de una puntilla de unos dedos de ancha. Los rayos que brotan de sus manos llenan toda la parte inferior, de manera que no se ven los pies de la Señora. "Estos rayos son el símbolo de las gracias que la santísima Virgen alcanza para las personas que se lo piden".

La aparición tiene el carácter de una despedida. Catalina recibe un mensaje: "Ya no me verás más, pero oirás mi voz durante los rezos" (L.70).

A Catalina le faltan unos meses para terminar el período de prueba en el seminario. En el momento de la confesión semanal se encuentra con una delicada disyuntiva: poner en conocimiento del Padre Confesor esta nueva aparición de la Santísima Virgen María o seguir al pie de la letra sus últimas indicaciones de que "no quería oír hablar de esas imaginaciones". Al no haberse expresado ninguna urgencia por parte de la Señora, Catalina opta por no molestar al Padre Aladel. Se pierde una vez más en el anonimato y simplicidad de sus ocupaciones ordinarias.

#### CAPÍTULO XIV: UNA SANTA NO RENOMBRADA

El día 30 de enero de 1831 Catalina termina el periodo de seminario y toma el hábito de Hija de la Caridad. Su primer destino es al hospicio de Enghien, en la calle de Picpus, número 12. El lugar está ubicado en el municipio de Reuilly, barrio pobre al sudeste de París, a 5 kilómetros de la Rue du Bac.

Sin embargo, los Superiores quieren que antes pase algunos días en una casa de nuestras Hermanas, cuenta sor Pineau en el año 1877. El Padre Aladel ha previsto esta estancia para examinar de cerca a Catalina, cuyas manifestaciones y confidencias durante el seminario le han hecho reflexionar y analizar, y busca un pretexto para ir a visitar a las Hermanas de aquella casa. Está empeñado en conocer el temple de aquella Hermana que le ha intrigado con sus visiones. Quiere percibir de cerca la sinceridad y humildad que se esconden en el interior de la joven de 24 años, recién salida del seminario.

Para entonces habían empezado a circular rumores sobre las visiones del corazón de San Vicente, aureoladas entre las Hermanas por la admirable protección experimentada en las diversas comunidades durante la Revolución de julio pasado. La visita del Padre Aladel a la comunidad suscita un montón de preguntas al confesor de las Hermanas del seminario, tentando el campo de las confidencias y el secreto de confesión. No suelta prenda, pero está al acecho de cualquier reacción personal que se refiera a Catalina, de paso en la comunidad. Catalina se siente provocada y él también, pero aquellas confidencias sobre San Vicente son secretos bien guardados y así deben continuar.

Catalina no se desconcierta por el encuentro casual y por las preguntas indiscretas; más bien se suma, cual una más, a las preguntas que arrecian. Esta actitud impresiona al confesor. Había sido tratada con rudeza y severidad en las largas charlas del confesionario, pero ahora demostraba que su actitud era la forma adecuada para permanecer en la sombra, ajena a toda ostentación y prestigio. Comienza a verla como soberanamente dueña de sí misma y capaz de mantener aquellas experiencias sobrenaturales en absoluto secreto. Dirá más tarde: "La Santísima Virgen ayudaba a la hermana a mantener su secreto y que ese secreto le era muy agradable" (L.73).

Sor Marta Velay, Directora del Seminario, no ha adivinado nada cuando al finalizar el tiempo previsto entrega a los Superiores este escueto informe sobre Catalina: "Fuerte, estatura mediana. Sabe leer y escribir para ella. Parece de buen carácter Ingenio y juicio poco brillantes. Suficientes recursos. Piadosa, se esfuerza en la perfección" (L.73). El Padre Aladel sí sabe de las confidencias de Catalina. Catalina sabe también de los misterios interiores y espirituales. Las Compañías de San Vicente perciben protecciones especiales. De la íntima verdad de las apariciones nadie más sabe nada, nadie sospecha nada,

A los pocos días, Catalina se integra en la comunidad de Enghien. Sor Savart, la Hermana Sirviente, la coloca en el oficio de ayudante de cocina, pues las informaciones que ha recibido le dicen que Sor Catalina sabe algo de esto. Doce años antes se había hecho cargo de la cocina y de las cuestiones domésticas de la granja de su padre. Vuelve a su actividad de muchos años, ahora encuadrada dentro de la sencilla vida de una comunidad de Hermanas que atiende con caridad evangélica a las gentes que se recogen en el asilo.

Las tareas materiales son intensas; a veces, agobiantes. La comunidad es piadosa y muy fiel cumplidora de sus Reglas. Los horarios marcan a la perfección actos para la actividad, la oración, la meditación y la lectura espiritual. Ya no es aquella holgura de tiempos y circunstancias para la oración del seminario.

Catalina desgranará el resto de su vida, cuarenta y seis años, en la misma casa, en la misma comunidad, en el mismo barrio, en el mismo asilo: seis años es ayudante de cocina: 1831 a 1836; cuatro años como es encargada del ropero de la casa y la lavandería: 1836 a 1840;

dieciséis años es encargada de la vaquería de la comunidad: 1846 a 1862; durante treinta y cuatro años es la encargada del gallinero y del palomar: 1831 a 1865. Cuarenta y nueve años está dedicada a la atención de los ancianos del asilo: 1836 a 1875, entre ellos seis años atendiendo a la portería 1870 a 1876.

Durante los años de actividad consagrada como Hija de la Caridad, llama profundamente la atención los comportamientos humanos y las actitudes religiosas de Sor Catalina. A destacar el valor de su silencio, la fuerza de su sencillez, el vigor de la humildad y la generosa y constante entrega al servicio de los pobres ancianos, enfermos y necesitados cercanos. Todo ello apoyado interiormente en la riqueza de su educación personal campesina y en las vivencias sobrenaturales de las que ha sido protagonista. Los encuentros personales con la Virgen María que han de tener especial relevancia en la vida religiosa, eclesial y vicenciana Sor Catalina se dedica en cuerpo y alma a las tareas habituales de una Hija de la Caridad en el asilo. Le mandan realizar trabajos de ayudante en la cocina y allí va y se entrega a fondo; le mandan tareas de granja y animales y a ello dedica lo mejor de sí misma; le encargan ocupaciones de asistencia y portería y en ello deja su más preciosa ingenuidad. Pone fe, cariño, amabilidad, presteza y compañerismo. Le mandan hablar de apariciones y no sabe nada, nada recuerda. Los enviados del arzobispado se vuelven a sus despachos sin conseguir en absoluto información alguna sobre las renombradas Apariciones de la Virgen.

Los ruegos que lleva a su confesor a instancias de la Virgen, al principio no son atendidos ni son realizados. Ella calla y guarda la pena en lo más secreto de sí misma. Insiste una y otra vez, pero su alma de reservada campesina no permite translucir el profundo dolor de hija ante el hecho de no ser aceptadas suficientemente las peticiones de la Madre. Lo ha hecho siendo seminarista y novicia, cuando las circunstancias de comunicación eran favorables, y lo sigue haciendo cuando ya es Hermana y ha sido destinada al asilo de Enghien.

La Virgen le ha dicho: "Hija mía, el Buen Dios quiere encomendarte una misión". Pero la Señora no concretó el contenido de esta misión. Le dijo también: "Mucho tendrás que sufrir, pero todo lo sobrellevarás con el pensamiento de que es para la gloria de Dios. Sabrás lo que

el Buen Dios quiere, y eso te atormentará hasta que lo digas a quien tiene a cargo suyo tu guía. Te contradecirán, pero tendrás la gracia: no temas. Verás ciertas cosas; cuéntalas. Estarás inspirada en la oración" (G. 56). Parece claro que estas palabras hacen referencia directamente a la Medalla, tanto en cuanto al intercambio confidencial con el Padre Aladel, como a las reticencias y demoras de éste. Unas y otras son las primeras causas de los sufrimientos interiores de Catalina.

En el asilo de Enghien formula oficialmente su consagración a Dios. Emite la profesión de los votos de pobreza, castidad y obediencia, que culmina con el voto del servicio a los pobres. Esta consagración se materializa el 3 de mayo del año 1835. En este hospicio vive, oculta en un silencio humilde y tranquilo, en una sencilla entrega a las funciones de Hija de la Caridad, hasta que Dios la llama a su gloria el día 31 de diciembre de 1876, cumplida la edad de 70 años. Nadie supo con certeza, durante su vida, que ella había sido la vidente de la Virgen de la Medalla Milagrosa.

## SANTIDAD

¿Cómo hablar de santidad sin sentir la desazón de algo que escapa a la experiencia personal? ¿Cómo hablar de personas santas cuando no se percibe su presencia en las esferas en las que las gentes se mueven? Si es complicado estar seguro de encontrar personas que acomoden su existencia a los básicos criterios y valores de la ética, ¿cuánto más deberá ser si los valores se refieren a lo estrictamente religioso cristiano, aún en aquellos sectores

donde la existencia está bien garantizada y encuadrada en estructuras organizadas oficialmente religiosas? La santidad se asume como valor específicamente religioso y para la sociedad occidental radicalmente cristiano; un valor eclesial, pues la Iglesia ofrece el reconocimiento oficial de la santidad en cuanto encarnada en los criterios, vivencias y expresiones de las personas reconocidas como santas.

El calendario litúrgico está cargado de nombres de santos así reconocidos desde los comienzos de la existencia de la Iglesia. El Santoral recoge para cada día un cuajado número de hombres y mujeres que han ofrecido su vida en inmolación y holocausto a la verdad de Jesucristo. Unos en entrega mística al sacrificio y la oración, otros en entrega pastoral y apostólica al rebaño comunitario, otros en dedicación absoluta para atenuar necesidades y miserias. Otros en sonoro clamor al cielo por el perdón, la justicia y el amor.

La Iglesia ha llenado las hornacinas de las iglesias y las hojas del calendario de apóstoles, mártires, vírgenes, ascetas, anacoretas, místicos, fundadores, obispos, presbíteros. Sus biografías llenan estanterías de bibliotecas, sus figuras reverentes y reverenciadas siguen siendo orientación de vida para los hombres de recto corazón que ven en ellos una ejemplaridad próxima a las inquietudes religiosas y humanas de los marcados por un ideal cristiano o una auténtica energía religiosa.

La santidad define la condición de santo. La calidad de santo exige en su mismo ser y existir el hecho de ser perfecto y estar libre de culpa. Es perfecto aquél o aquello que contiene todas las cualidades requeridas; aquél o aquello que posee el mayor grado posible de excelencia. La Iglesia, la Historia y la Tradición ratifican que son santos las personas de especial virtud y ejemplo en consonancia con la doctrina y el ejemplo de Jesucristo. El origen de la santidad es Dios mismo, Ser Superior, el Santo por excelencia. Por consiguiente, para justificar el hecho de la santidad, para confirmar la perfección y la excelencia en la vida de las personas habrá de ser preciso implicarla en la esencia y en la manifestación de Dios.

"Había en la sinagoga un hombre que tenía el espíritu de un demonio inmundo, y se puso a

gritar a grandes voces: ¡Ah! ¿Qué tienes tú con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quien eres tú: el Santo de Dios" (Lc, 4. 33-34).

"Y vosotros ¿quién decís que soy yo?" . Pedro le contestó: El Cristo de Dios" (Lc. 9, 20). Cristo ha traído al mundo la Palabra de Dios y con la palabra el mensaje por el que descubre al mundo la interioridad de Dios: "Se oyó una voz que decía: Este es mi Hijo, mi elegido; escuchadle" (Lc. 9, 35). "Y mi palabra no es mía, sino del que me ha enviado" (Jn. 14,24).

La palabra de Cristo se expresa como instrumento que revela la vida personal de Dios, y transmite a los hombres el mensaje que destapa la oscuridad y el misterio de la más secreta intimidad de Dios, la santidad en su origen. En consecuencia, la palabra de Cristo y la santidad de Dios se proyectan hacia el hombre, puesto por el Señor en la creación, y se constituyen en doctrina de salvación. Corresponde al hombre recibir esta doctrina, asimilarla en su vida personal y devolver los frutos santos y perfectos de su existencia a quien hace posible toda santidad. "Uno de los principales le preguntó: 'Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?' Le respondió Jesús: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios" (Lc. 18,19-22).

El mensaje y la doctrina de Jesucristo iluminan el acercamiento de Dios a los hombres, rubricado de manera especial por la vida del Hijo, que asume encarnadas en su persona las esencias y circunstancias de las realidades humanas. Es así cómo Cristo se manifiesta como ideal de santidad y adecuado ejemplo de perfección. En Él lo Santo se hace humano, cercano, presente para los hombres. Aporta comportamientos personales de santidad, y es testimonio de fidelidad al mensaje y a la doctrina que transmite. Lo cristiano toma su fuerza



de Jesucristo, de la savia del Justo, del Santo por excelencia. La vida de santidad toma orientación de la vida de Jesús de Nazaret, de la vida y ejemplo de su Madre María, de las vidas entregadas de aquellos que siguieron su ejemplo y acomodaron todo su vivir a su doctrina.

"Le dice la mujer: 'Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando Él venga nos lo anunciará todo'. Jesús le dice: 'Yo soy, el que te está hablando'" (Jn. 4, 25).

Existen ciertamente en El Santoral de la Iglesia personajes ilustres e insignes, santos de relumbrón, poseedores de mil dones y recursos, adalides predilectos de la misión del Señor, que han sido constituidos como sólidas y recias columnas para la vida de los cristianos:

Vicente de Paúl, Ignacio de Loyola, Francisco de Asís, Juan Bosco,

Francisco de Javier, Teresa de Jesús, Teresita de Liseux. Son santos preclaros para la vida de la Iglesia y la sociedad, a las que han llenado de copiosos frutos consolidando valores

humanos y cristianos. Ellos son impulso fehaciente para vivencias intensas,

comportamientos ejemplares y actuaciones influyentes de otros muchos hombres y mujeres

que, gracias a su iluminación y sus obras magníficas, han desarrollado y han conseguido

óptimos resultados humanos, religiosos y cristianos. Ellos hacen justicia en la Iglesia a este

abundante número de santos ilustres, pues merced al impacto de su vida y al desarrollo de

sus frutos se mantienen influyentes en la historia de los hombres.

Los santos hacen cercana la doctrina y la vida de Jesucristo, volviendo a sembrar su semilla.

Ellos la cultivaron en su propia vida y la Iglesia recoge los resultados de la cosecha en

ejemplares congregaciones religiosas, en animados grupos de apostolado, en racimos

recoletos de sacrificio y oración, en comunidades testimoniales de caridad, en fuentes y

canales espirituales de iluminación a las conciencias. Pero esta preeminencia, asentada hoy

en sus grupos y discípulos, se inicia en una sacrificada existencia personal, recogida toda ella

en humildad, sencillez y espíritu de comunión interior con las fuerzas vivas de lo sobrenatural.

Su vida de seguimiento y fidelidad a Jesucristo se convierte en ejemplo próximo y

cercano para los cristianos, y el ramaje florido de sus obras sirve de ayuda a quienes aciertan

a cobijarse bajo su espíritu y orientarse por el efecto de sus ideas, criterios y actuaciones.

¿Cuántas energías gasta cada persona en el devenir de los días para encontrar el sentido de su propia vida? ¿Cómo medir la lucha individual para que cada uno se encuentre realizado en el equilibrio del destino para el cual ha sido señalado? "La vida ideal es aquella donde Dios quiere a cada uno: monje, aventurero, poeta, zapatero o corredor de una compañía de seguros" (Guy de Larigaudie). Las personas buscan con afán y con ahínco, día tras día, la verdad sobre sí mismos y soportan cruces y amarguras como realidades inevitables.

Participan sin descanso en la toma de decisiones personales, que unas veces conducen a victorias y las más se transforman en fracasos, por abrirse camino en la irresistible marcha hacia adelante.

Las gentes asentadas en el mundo buscan adquirir para sí mismos magnificencias, realce, renombre y privilegios. Son perseguidores de las situaciones afines al nombradío y a la importancia. En un profundo intento de ubicar su persona en el sitio del poder e influencia que creen les corresponde, utilizan alma y corazón para asentarse en aquello que consideran debe ser su justo punto de ensamblaje. Sin embargo, Catalina se esconde y se asienta en la pobreza material del sin sentido humano, en la humildad personal de lo recoleto, en la sencillez de su propia inutilidad y en la convicción sincera de su propia incapacidad y dependencia de lo sobrenatural. "Pues se decía para sí: Con solo tocar su manto, quedaré curada" (Mt. 9, 20-22).

#### CAPÍTULO XV: SANTIDAD DE CATALINA

Adentrarse en la santidad de sor Catalina y encuadrarla dentro de los ritmos, valores y exigencias requeridos para completar una perfecta imitación del comportamiento y mensaje de Cristo no es fácil. Descubrir en ella valores y signos de santidad en consonancia con el mensaje y la doctrina, valores y signos de santidad reflejados en los hechos y comportamientos de la humilde campesina, de la última "servidora para todo" de la Comunidad, de la Hermana a quien encomiendan y relegan a las tareas inferiores, parece ciertamente complicado. Dice el Maestro de Nazaret que por los hechos se les conocerá. Y dice también que los suyos han de ser imitadores de El como El lo es del Padre, el Santo. Las circunstancias que determinan la vida de Catalina la sitúan lejos de los ritmos propios para un reconocimiento oficial de santidad. Sin embargo, Catalina es declarada santa y canonizada después de su muerte relativamente muy pronto.

La callada santidad de Catalina se cimenta en tres amores que alimentan su vocación de Hija de la Caridad, la conservan en las raíces genuinas de la espiritualidad vicenciana y la fortalecen externamente en la realización de las sencillas acciones de caridad cristiana que definen su vida: Jesús de Nazaret, la Virgen María y San Vicente de Paúl. Tres pilares sobre los que se cimenta y rubrica la santidad de Catalina. Ellos inspiran valores tales como el sacrificio y la renuncia personal, el misterioso silencio y la sencillez interior y exterior, la disposición efectiva al servicio de los pobres, arropados en la oración constante y en la intensa comunicación con Santa María.

En la larga vida de Catalina sobresale, desde su primera infancia y trabajada juventud hasta su serena ancianidad, la humana sencillez. "Tan hermoso es pelar patatas por amor de Dios, que edificar catedrales" (Guy de Larigaudie). La simplicidad original propia de la hija de campesinos es enriquecida por la vivencia religiosa de Hija de la Caridad, consiguiendo transformar a Catalina en la Hermana que desea pasar inadvertida para quienes la rodean, al tiempo que realiza las más modestas tareas, aunque su interior se haya visto premiado y esté jalonado por la inefable intimidad con la Virgen María. Lo atestiguan así las deslumbrantes visitas de la Señora y las conversaciones personales con la Madre.

Bien puede afirmarse que Catalina es la santa del anonimato, de la sencillez y de la modestia. Puede asegurarse que a su vida le faltan destellos de acciones destacadas y actuaciones relevantes. Pero si ha sido reconocida santa será preciso reconocer que su vida y su persona han estado ancladas misteriosamente en la gracia de Dios, en el amor a la Virgen María y en sintonía interior con la oración ritual y personal.

Catalina hace de su vida interior una conversación con Dios. Su vida exterior está cargada de rutinarias monotonías, de actuaciones vulgares, de ocupaciones diarias de una ignorada religiosa que dedica su esfuerzo, su saber y su generosidad al cuidado de los animales de la granja de la comunidad con el fin de que las Hermanas y los ancianos del hospicio puedan encontrar atendidas las elementales necesidades de subsistencia.

Catalina no ha dejado escritos místicos de éxtasis sublimes en comunión con Dios, ni ha escrito los avatares de su vida humana y espiritual; ni siquiera ha dejado expresadas sus reflexiones ilustrativas sobre los caminos que la condujeron a la perfección. La santidad de Sor Catalina se corona tras cuarenta y seis años de Hija de la Caridad genuinamente dedicados a los servicios más rústicos que puede ofrecer la actividad de una comunidad religiosa. "Hay que tener el corazón totalmente lleno de Dios, como un novio tiene el corazón lleno de la mujer que ama" (Guy).

Son ocupaciones nada atractivas para la satisfacción personal, las menos deseadas, las menos renombradas, las más ásperas, las más rudas. Las ocupaciones habituales en las que emplea cuarenta y seis años de vocación religiosa no pueden, en modo alguno, significar un

exquisito enriquecimiento cultural o un plausible reconocimiento personal al amparo de actuaciones brillantes, responsabilidades influyentes o variadas relaciones personales. Las tareas en las que Catalina ocupa su vida entera difícilmente pueden servir para utilizarlas como apoyo a oportunas opciones a fin de ocupar algún día puestos de relevancia en la comunidad o en otras comunidades.

Sin embargo, Catalina es reconocida como la vidente de la Virgen María. Esta circunstancia se produce durante el año de seminario, tiempo propicio para las vivencias místicas, tiempo de intensidad espiritual y año de recogimiento y preparación. Recién llegada de las praderas de Borgoña, a los veinticuatro años, los conocimientos espirituales sobre las verdades de la teología que tiene Catalina son prácticamente nulos y los conocimientos que la aldeana llegada del pueblo y ocupada en las tareas domésticas de la familia tiene sobre la Iglesia y las Comunidades Vicencianas carecen totalmente de fundamentos. Ha crecido en una aldea a la cual le es ajena hasta la misma presencia del sacerdote.

Catalina ha sido elegida por el don de Dios para ser un valioso instrumento de evangelización, de apostolado mariano y de renovación espiritual de las dos Congregaciones Vicencianas. Preparada por la gracia, que en este caso se oculta en la personal sencillez de una campesina que sabe acrecentar los valores espirituales, hace posible la Medalla Milagrosa. Catalina es la novicia que conversa directamente con la Madre de Dios, la que contempla con detalle la figura de Santa María, la que apoya sus manos sobre las rodillas de la Señora y la que durante cuarenta años guarda silencio sobre el acontecimiento, pero conserva en su retina los detalles y palabras que han acompañado la visita y conversación con la Virgen María.

Catalina, desde la granja y el gallinero de las Hermanas, percibe los efectos y milagros con los cuales la Virgen María transforma la maltrecha salud de los enfermos y los escabrosos recovecos de las almas que se resisten a la gracia de Dios. Catalina es la que ha servido de trampolín con la Medalla Milagrosa de la Inmaculada para confirmar en la Iglesia, por declaración dogmática realizada por el Vicario de Cristo, la renovadora verdad sobre la

Concepción Inmaculada de la Virgen María. Catalina ha sido instrumento para recuperar decididamente la renovación del espíritu vocacional a las comunidades vicencianas maltratadas por la Revolución.

Estas manifestaciones son acontecimientos de importancia, influencia y renombre, pues afectan directamente al asentamiento de la fe cristiana e influyen en la reconversión de las comunidades vicencianas. Son frutos de exquisita riqueza espiritual, pero que se esconden en la modesta personalidad de una humilde Hermana de una sencilla comunidad. "No debemos avergonzarnos de ser sencillamente lo que somos. La aventura más prodigiosa es nuestra propia vida. Y ésta está hecha a nuestra medida" (Guy de Larigaudie).

Sor Catalina se mantiene recogida en su real intranscendencia. Cumple las normas de comunidad, los horarios establecidos. Se mantiene escrupulosamente fiel al espíritu de lo vicenciano, se ajusta a la disciplina, alimenta su alma de la oración y los Sacramentos, comparte penurias y sufrimientos con los quebrantados ancianos, con los niños pobres y con los enfermos, ayuda a las otras Hermanas y pasa desapercibida para los Superiores y los favorecidos por la Medalla Milagrosa.

Catalina atiende personalmente las dependencias de la granja y dedica inmutable, modesta y humildemente, todo el tiempo necesario a las tareas de su oficio, que significan el cuidado y atención de los animales. Y atiende, como puede, cariñosamente a los ancianos en sus más humanas necesidades, a los niños y los pobres que se hacen presentes entre las viejas paredes de un asilo de banjo, al tiempo que participa sencillamente en las incidencias diarias

de la comunidad, originadas por los diferentes caracteres y situaciones de cada una de las Hermanas.

La simplicidad exterior de la vida de Catalina puede invitar a pensar en la carencia de riqueza interior suficiente para la santidad, pues con frecuencia se juzga por las apariencias y se valora a las personas por la aparatosidad y aceleración de sus acciones, por la avidez de comunicación y de relaciones exteriores, por las ideas resplandecientes, por las consecuciones obtenidas en base a los conocimientos técnicos y profesionales y por las dotes personales de persuasión. A decir verdad, la visita de la Virgen llega a una mansión humilde de oración y mística interior, de oración y comunión con Dios y con la Virgen María, de oración y acción vicenciana hacia la caridad y el ofrecimiento.

Es verdad que la santidad de Catalina crece interiormente junto a Santa María, pero se demuestra en acciones de caridad y colaboración dentro de la comunidad, en acciones de caridad y solidaridad con los pobres y los enfermos, en acciones de caridad y compromiso con la Señora, con los ancianos, con los Superiores y con las compañeras. Todo ello lo confirma y lo ratifica personalmente, en silencio y en secreto, con una renovada profesión anual de sus votos: "Yo, Catalina Labouré, en presencia de Dios y de toda la corte celestial, renuevo las promesas de mi bautismo y hago voto a Dios de pobreza, de castidad y obediencia; y de trabajar en el servicio corporal y espiritual de los pobres enfermos, nuestros verdaderos amos, en la Compañía de las Hijas de la Caridad. Así lo pido por los méritos de Jesucristo crucificado y la intercesión de la Santísima Virgen" (L.95).

La conocida santidad de Catalina es testimonio de la santidad de tantas otras almas pequeñas, pobres, ignoradas, arrinconadas, relegadas, insignificantes, pero que conservan ante sí y ante Dios mucho más valioso el silencio que la algarabía, más consistente el recogimiento que el vocerío, más espiritual la reflexión que la vana conversación, más gratificantes los valores interiores que los reconocimientos ajenos, más conducente a la perfección la oración recogida en el silencio que las luminarias y los ajetreos inacabables. La santidad de Catalina es santidad del día a día, del deber que se cumple en los mínimos

detalles, de las pequeñas cosas que se subliman al infinito, de los gestos de oración que se repiten en todas las acciones, de las palabras hirientes que se aceptan y se comprenden, de las intemperancias que se asimilan y se perdonan, de las burlas que se excusan y se olvidan, de los sufrimientos que se asumen como ofrenda espiritual. Estos son los rutinarios bagajes de los sencillos y pobres santos anónimos que se llevan al silencio del cementerio su secreto, su ignorada santidad y la bendición de Dios, porque ellos son también los pobres, los mansos, los que lloran, los humildes:

"Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha" (Mt. 6,3).

"Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre que está allí, en lo secreto" (Mt. 6,6).

"Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, para que tu ayuno sea visto no por los hombres sino por tu Padre que está allí, en lo secreto" (Mt. 6,17).

"Y al orar, no charléis mucho..., porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo" (Mt. 6, 7-8).

## CAPÍTULO XVI: EL SILENCIO ELOCUENTE DE CATALINA

Y pensar que un secreto tal pudiera ser guardado durante cuarenta años por una mujer, que, a la vez, es religiosa, ¡Oh, esto es un milagro!, exclama con asombro de Sumo Pontífice y de



persona ilustrada Pío IX, el Papa que beatifica a Catalina. La realidad del silencio conecta con el hecho de ser la protagonista de las apariciones de la Virgen María en la capilla de la Rue du Bac. Es una realidad que guarda cerrada con cien argollas la noticia que puede dar fuego al bosque de la vanidad, al entusiasmo de la satisfacción personal, y al orgullo que busca principalmente ser importante y universalmente reconocida. Es el silencio que se hace escurridizo entre los dedos y el corazón de cualquier mujer ansiosa, por inercia instintiva, de reconocimiento y admiración.

Escribe Gaetano di Sales: "Yo quisiera volver a la vida a esta Hermana, en toda su brillantez espiritual y su hermosura y hacer hablar a su silencio. Quisiera hacer esto para que ella aparezca ante el mundo tal y como fue, y para que todos los que soportan en silencio la cruz del deber, del trabajo y del ejemplo, puedan ver que no sufren en vano".

La santidad de Catalina recoge como primer milagro su particular silencio en torno a la identificación de la vidente de la Virgen de quien recibe el encargo de una misión extraordinaria cifrada en la Medalla. El silencio sobre la impulsora de la Medalla que expresa en signos las virtudes y atributos de la Virgen María y que se presenta como texto de predicación acerca de la función exquisita de la Virgen en la vida de Jesucristo, en la Historia de la Iglesia y en la vida de los cristianos, la Medalla que hace más comprensible a los devotos todo aquello que tiene que ver con la gracia y la presencia de lo sobrenatural en los secretos del alma.

Catalina guarda silencio, se pierde en el silencio, y con el silencio de su propia verdad y experiencia camina su vocación de Hija de la Caridad. Su destino personal la ha conducido a ser conversadora íntima de la Virgen María y portadora callada de los mensajes que Santa María desea transmitir al mundo de los vivos. Catalina guarda silencio como si el silencio no requiriera esfuerzo para ser conservado en secreto.

La vida interior y espiritual de Catalina está transportada al mundo de la santidad y de personajes santos. Toda su realidad personal está conectada con el misterio de las cosas sobrenaturales. "Nuestro mundo no está hecho a nuestra medida y tenemos el corazón

triste a veces de tanta nostalgia del cielo" (Guy de Larigaudie).

La profundidad del silencio de Catalina purifica la presencia del protagonismo personal para convertir en grito la fuerza imponderable del espíritu radicalmente presente en la interioridad del ser humano. Desde la perspectiva personal y social es difícil llenar el alma de silencio cuando la palabra y la noticia bullen salvajes en derredor. Es difícil guardar silencio cuando el silencio es la expresión profunda de palabras que no llegan, y cuando los otros esperan ansiosos la palabra.

Es el silencio de Catalina la perla exquisita de su no renombrada santidad. Pasar sin hacer ruido, estar sin dejarse oír y hacer de las acciones cotidianas y de la convivencia comunitaria propensa al cantarín revoloteo de gallinero un bálsamo de pura interioridad es milagro, es santidad. Alfonso de Ratisbona, cuya conversión ha alcanzado ecos de renombrada publicidad, recibe las Sagradas Órdenes Sacerdotales en la Compañía de Jesús, y pide, atrapado en su propia consecución de santidad, ver a la Hermana que ha sido la primera en tener la Aparición de la Virgen. A Ratisbona le gustaría compartir, admirar, contemplar, reflexionar, rezar con la Hermana que ha visto a la Virgen y confirmar en su alma la gracia de Dios. Pero Catalina rehusa. La gracia de Dios y la presencia de la Virgen María han hecho lo que era preciso hacer. A los hombres les queda tan sólo dejarse arrastrar por la corriente del fuego espiritual y sobrenatural que conduce a la santidad.

El silencio de Catalina encierra verdades y mensaje que han de llegar al conocimiento y a las conciencias de las gentes. En consecuencia, Catalina ha de tener un cómplice en su silencio;

es el Padre Aladel. Catalina le transmite las confidencias sobre las Apariciones de la Señora amparándose en el Sacramento de la Confesión. El sacerdote vicenciano ha de saber qué debe hacer; el sacerdote de la Iglesia ha de saber a quién acudir para hacer lo que tiene que hacer. La Iglesia siempre ha sabido poner las cosas en su sitio.

Para que todo esté en su sitio; es decir, las situaciones bien atadas, las novedades bien examinadas, los hechos bien enjuiciados, las incidencias bien criticadas y las conclusiones ordenadas, la Iglesia requiere abrir un proceso canónico para estudiar, analizar y concluir el asunto de las apariciones de la Virgen en la Rue du Bac. El Arzobispo de París, Monseñor de Quélen y el canónigo Señor Quentín, encargado del proceso, requieren al Padre Aladel la presencia y testimonio directo de la Vidente. "Para la regularidad misma de la investigación sera menester, sin duda alguna, recibir de labios de la Hermana los detalles de la visión. La autoridad eclesiástica tenía que haber sido informada por ella misma de todas las circunstancias de la aparición del cuadro. Finalmente, era su propio juramento el que tenía que asegurar y garantizar la fidelidad y la verdad de su relato", constata el señor Quentin al comienzo de su informe (L.91).

De repente, a Catalina le sobreviene la más aguda ignorancia sobre los acontecimientos. ¿Son consecuencias de confesión, son manifestaciones de carisma, son matices propios del misterio con que se expresan las revelaciones sobrenaturales? Es el año 1835. El Padre Aladel había invitado a la Vidente a comparecer ante las autoridades eclesiásticas, pero encontró en ella tal repugnancia que no pudo vencerla.

El confesor reiteró sus instancias, pidiéndole que quisiera hacer ella misma sus declaraciones al promotor, pero ella se niega formalmente: " ¡Pero si no me acuerdo de nada!, dice Catalina. "Es cosa extraña que ahora esta Hermana no recuerde casi ninguna de las circunstancias de la visión. Por consiguiente, sería completamente inútil cualquier intento para obtener datos de ella", escribe el Padre Aladel (L.91).

Sin duda, el secreto le había parecido "agradable a la misma Virgen y protegido por ella", comenta el Padre Boré. De esta manera, el serio proceso de la Medalla Milagrosa se lleva a

efecto sin la participación de Catalina. Nadie se entera de quién es la famosa vidente de la Virgen. Catalina es acusada de contumacia por "negativa a presentarse ante el tribunal". Para los biógrafos, ello no es debido a "orgullo", sino que "la repugnancia de esta Hermana por comparecer se debe únicamente a su humildad", atestiguan los Padres Etienne y Aladel. Para los otros, los ajenos, los cazadores de noticias, los eternamente curiosos, el silencio de Catalina resulta inquietud profunda del alma que espera ansiosa la noticia. Una enredadera de curiosidades superficiales intenta romper la sabia serenidad de un silencio que escapa a las valoraciones ramplonas y vulgares, algunas procedentes de almas de bien. Y empiezan a tenderle trampas.

La fecha hay que situarla en el año 1860. Un día sor Dufés, la Superiora de la comunidad, se deja convencer por unas bienhechoras, muy deseosas de conocer a la hermana que vio a la Virgen. En principio, Sor Dufés se esmera en frágiles resistencias. Al fin cede: "Bien, las acompañaré al comedor de los ancianos en donde está sirviendo esa Hermana". Son damas de bien, señoras elegantes, bienhechoras de los pobres, generosas limosneras del asilo.

"Apenas entraron, Catalina procuró ausentarse, con gran extrañeza de la Superiora, que nunca la había visto obrar así". ¿Es carisma de santidad? ¿Es intuición de avezada campesina? ¿Es la protección de la Virgen? Cuando se hubieron marchado las piadosas visitantes, Sor Catalina le pide a la Superiora "que no le mande semejantes visitas" (L.140). Años más tarde empiezan a restañarse las heridas producidas por la Comuna de 1870 y 1871. Catalina, ya anciana y muy quebrantada en su frágil salud, vuelve a su asilo y

comunidad de Reuilly, tras muchos avatares soportados a causa de las milicias. El 12 de marzo de 1874 muere el padre Etienne, Superior General. Después de su elección en 1843, parece que supo que Catalina era la Vidente de las Apariciones. Existe una nota autógrafa de Catalina sobre la conversación que tuvo con él en la que le pide que se abra al público la capilla de la Rue du Bac y el deseo de que se honre a la Virgen en la Congregación con el nombre de Reina del Universo: "Bien, Sor Catalina, le dice el Padre Etienne, "la Santísima Virgen ¿le ha dicho cuándo quería que se le honrara con ese título? Cuando se lo diga, haremos lo que haya que hacer. Rece con esa intención. La Santísima Virgen quiere algo de usted" (L.196).

El 11 de septiembre de 1874 el Padre Boré es nombrado Superior General. Deseoso de acertar en su dirección cita a Catalina. Junto con los Superiores Mayores la interroga sobre las Apariciones con que había sido honrada en 1830. Sin embargo, Catalina pareció desconcertada ante aquel interrogatorio inesperado y no habló apenas. Decepcionó a los oyentes.

La hermana Montesquiou, que había entrado en el noviciado en abril de 1873, oye decir a sor Mauche. Hermana encargada de la formación de las jóvenes novicias del seminario, que la "vidente" se supone es sor Catalina Labouré. La Hermana arde en deseos de conocerla. Cuando se presenta la ocasión, sor Mauche le dice: "Esta es la Hermana de quien le hablé". Feliz por el descubrimiento, sor Montesquiou muestra a sor Catalina a una compañera diciéndole: "¡Esa es! Pero sor Catalina lo advirtió y me miró con severidad. Aquello me dejó desconcertada y no me atreví a mirarla" (L.204).

Sor Cosnard, compañera de Sor Catalina en Reuilly desde 1864 a 1873, es de las que "saben el secreto". En 1876 ocupa un puesto en el seminario. Hay un verdadero sentimiento de comprensión entre ella y sor Catalina, que espera hacer pasar por medio de ella el mensaje de la

Señora, todavía poco conocido. El 5 de noviembre Catalina va a hacer los ejercicios en la Casa Madre. El último día, 14 de noviembre, le pide a sor Cosnard: "Lléveme al seminario".

Catalina quiere volver a ver por última vez los cuadros de las apariciones. Cuando llegan es la hora de recreo. No hay nadie en la capilla. Catalina se arrodilla y reza. La campana señala el final del recreo. Las jóvenes Hermanas regresan al seminario. Espían a la visitante de ojos azules. Una de ellas adivina: "¡Oh! ¡Es la Hermana que vio a la Santísima Virgen!". Catalina se vuelve hacia la entusiasta novicia: "Está bien, Hermana, está bien", le dice secamente, al tiempo que desaparece del corro de enfervorizadas novicias.

Los acontecimientos y el cambio de Superior General han influido para trasladar a otro destino al confesor de Catalina, el padre Chinchón. Este Padre se había hecho cargo de la dirección espiritual de la comunidad a raíz de la muerte del Padre Aladel en 1856. Durante muchos años ha tenido acceso a las riquezas interiores espirituales de Catalina, la cual viendo ahora que la muerte se acerca se siente abatida y desconcertada ante las consecuencias del traslado de su confesor.

Catalina pide permiso para hablar con el Superior General. Desea solicitarle la presencia del padre Chinchón, su confesor. El intento resulta fallido: "¿Cómo puede ser que una anciana destinada toda su vida a labores rústicas de granja requiera una entrevista personal con el Superior General? ¡No puede ser! ¡No hay que sentar precedentes!". Catalina vuelve a Reuilly con los ojos llenos de lágrimas. Es cosa extraña, pues nunca se la ha visto llorar. Sor Dufés, esta vez conmovida y con la delicadeza que depara la comprensión, escucha de Sor Catalina una súplica:

- "Sin embargo, necesitaría dirigirme a ese confesor Ya no viviré mucho tiempo. Creo que ha llegado la hora de hablar.. ¿Sabe usted de qué... ?

Mi buena Sor Catalina, responde Sor Dufés, yo sé muy bien que recibió usted la Medalla Milagrosa, pero por discreción no le he hablado nunca de ello.

Bien, Hermana, añade Sor Catalina, mañana consultaré a la Santísima Virgen en mi oración. Si ella me dice que lo cuente todo, lo haré. Si no, guardaré silencio. Si la Santísima Virgen me permite hablar, le enviaré aviso a las 10. Venga usted a Enghien, al locutorio; allí estaremos más tranquilas" (L.209).

Al día siguiente, Catalina le avisa. Sor Dufés acude corriendo. La conversación empezó a las 10 y acabó al mediodía. Lo que maravilla a la autoritaria Superiora es ver a Catalina, de ordinario tan poco elocuente, expresarse con "precisión y facilidad". Le cuenta las primeras apariciones: el corazón de san Vicente, Cristo en la Eucaristía y la Virgen en el sillón el 18 de julio de 1830. Estas últimas eran totalmente desconocidas; habían permanecido en el secreto de las confidencias y en el autógrafo de 1856, ignoradas por todos.

Sor Dufés, cuya dureza con Catalina era un reflejo de defensa, se siente impulsada a pedirle perdón por haberla conocido tan poco. Cree este gesto excesivo, pero no puede impedir que sus labios murmuren: "¡Dios le ha favorecido mucho, Hermana!" Y Catalina le responde: " ¡Oh, yo sólo he sido un instrumento. No ha sido por mí por lo que se ha aparecido la Virgen. Si me ha escogido a mí, que no sé nada, es para que no se pueda dudar de ella" (L.210).

El silencio de Catalina es sagrario reverencial donde guarda su propia modestia personal y la sencillez de Hija de

212 <> la Caridad, junto con una insospechada y sufrida santidad y la maravillosa grandiosidad de las conversaciones con la Madre del cielo. Es estructura sagrada, tenaz y prudentemente utilizada, para defender los valores espirituales del alma contra los alborotados vientos donde revolotean las curiosas vanidades de los ajenos. "Toda belleza y toda vida nacen de la podredumbre y del sufrimiento. Es necesario el dolor del alumbramiento para poder contemplar la maravilla de un recién nacido. El estiércol más

inmundo produce las flores más delicadas" (Guy de Larigaudie).

Porque en el silencio físico de Catalina se mecen escondidos pensamientos y reflexiones del espíritu, oraciones y peticiones a la Virgen, promesas y esperanzas de los hombres, recuerdos y experiencias personales, contenidos de música armoniosa y sonidos interiores que no transitan al exterior. El silencio de Catalina resuena entre el griterío insaciable de las gentes que pretenden llenar desde el alborotado vacío exterior las raquíticas vivencias interiores de su realidad personal. El silencio de Catalina no expresa falta de interlocución, sino que es la fórmula llena de sabiduría que, en el proceso de convivencia personal, transmite un singular gesto de comunicación, pues más profundo que la palabra es el silencio.

Es el silencio de Catalina esa realidad callada que, en el contexto social de los humanos, llena de misterio todo el contorno, pues el que guarda silencio no declara contra sí mismo y no expone su verdad y su secreto al vocerío circundante. Dice Sor Dufés a las Hermanas días después de la muerte de Catalina: "Puesto que sor Catalina ha muerto, no hay por qué ocultar ya nada. Voy a leeros lo que escribí".

El silencio es un texto fácil de malinterpretar, pues los silencios invaden de enigmas y alborotan las expectativas interiores de quienes esperan ansiosos las palabras. A veces el silencio puede incluso ser mejor que hacer preguntas.

Hay misterio en el silencio y no toda conversación se nutre de palabras, pues, a decir verdad, hay silencios que hablan. En la raíz del ser interior, en la fuerza oculta de la conciencia, en la



entrañable comunión con lo sobrenatural se genera el silencio de Catalina, que florece como fruto de reflexión, análisis y definición, y en él que se aglutinan vivencias espirituales, sensaciones corporales, secretos bien guardados, experiencias íntimas de conversaciones, palabras, recuerdos. Quizá las actuales generaciones no tengan que lamentar tanto el griterío de los perversos como el estremecedor silencio de los bondadosos.

Junto a esta vivencia sacrosanta del silencio en la vida de Catalina, el silencio encuentra su lugar y es uno de los agentes más importantes de la práctica y ascesis de la oración, imprescindible para la persona cuya vida ha sido consagrada al servicio a los demás y a la caridad. Catalina entiende el silencio como una práctica elemental que ayuda al alma a hacer oración, en la medida que concurre a apartar fuera lo que dificulta la íntima comunicación con las personas que condensan en sí mismas la esencia de lo espiritual.

Puede decirse que contribuye a reformar las tendencias a la disipación y a la divergencia, desgraciadamente muy ordinarias en la vida de actividad y concurrencia. Catalina se embarga plenamente en el silencio interior de su propia intimidad para conectar con los personajes que determinan su vivencia religiosa y en el silencio exterior que valora el sentido de las cosas y la comunicación interpersonal. Sabe buscar y amar el silencio en tiempos oportunos, para centrar sus exigencias interiores en lo verdaderamente importante para la serenidad del espíritu. Ha descubierto desde antaño que el silencio interior es indispensable para la oración de todos los días, de todos los gestos, de todas las acciones. Ha descubierto que el silencio exterior lo es también en la medida necesaria para establecer el silencio interior.

Sin momentos de silencio la oración se hace imposible. Catalina se convierte en maestra del silencio de su propia verdad, pero es también maestra en el arte de buscar tiempos para el silencio y para guardarlo entre las rejas de su persona como un signo más de la libertad del alma, del desasimiento de las cosas baladíes. Huye de la algarabía, del chismorreo, de la avaricia por estar al tanto de las últimas noticias, y de las personas sin verdadera vida interior. Siempre que puede se recluye en la capilla, en el sublime silencio de la soledad y el

aislamiento, para dejar subir a lo alto las mínimas pero complejas incidencias de la vida de comunidad y de las urgencias de los miembros de sus familias Labouré y Vicenciana, en constante intercambio de súplica y respuesta con la Señora que vino a atender los ruegos de la huérfana de madre y la tierna aprendiz de Hija de la Caridad.

## CAPÍTULO XVII: CATALINA, HIJA DE LA CARIDAD

El Papa Pío XII, en la homilía de la canonización de Santa Catalina Labouré, el día 27 de Julio de 1947, en presencia de una concurrida asistencia de miembros de ambas Familias Vicencianas, manifiesta con su habitual sentido de la profundidad espiritual: "Nos parecen dignas de la mayor admiración las virtudes de esta virgen vicenciana. Sobresale por el amor a la humildad cristiana y por la sencillez de su vida. Nunca rehusó atender a los enfermos, servir a los ancianos, atender a la portería, zurcir las ropas gastadas, dedicarse a cualquier clase de ministerio por bajo y pesado que fuera".

Pío XII tiene autoridad y tiene solvencia. Sus afirmaciones adquieren la garantía y validez que imprimen la sabiduría y la rectitud. Descubre en Catalina virtudes que le parecen dignas de ser admiradas. Y, en consecuencia, de ser imitadas. El valor que se da a las virtudes personales desde la esfera cristiana no tan solo tiene en cuenta la admiración sino también la imitación y la asimilación de todas ellas en la propia realización personal.

La humildad cristiana de las pequeñas cosas, la ingenuidad de los detalles, la aceptación sincera de lo que se acerca a la nulidad y a la insignificancia son virtudes que encarnan

directamente con la doctrina de la santidad. La humildad cristiana es respuesta y réplica a la grandilocuencia, a la ampulosidad y al orgullo humano alojados en aquéllos que pretenden sobresalir sobre todos los demás. La humildad y sencillez son virtudes que San Vicente proclamaba de continuo como ideales de perfección para los miembros de sus Congregaciones, no sólo para alcanzar la propia santidad, sino como miembros de la Iglesia que participan en acciones personales y comunitarias de apostolado evangélico.

Catalina aprende de muy joven las virtudes de la humildad y sencillez merced a las circunstancias y necesidades familiares, y practica, aparentemente sin esfuerzo, estas virtudes durante su vida de Hija de la Caridad: atiende a enfermos, sirve a ancianos, atiende a la portería, zurce ropas gastadas, lava coladas, llena pucheros, ordeña vacas, llena pesebres, recoge huevos, friega retretes. La experimentada "dueña de la casa" curtió su infancia en tareas, oficios, trabajos y responsabilidades de similar cariz y sentido. La gentil campesina del pequeño pueblo dejó los campos de Borgoña para reiterar las mismas actuaciones en un asilo de un barrio de París.

La insignificancia, que implica la absoluta dedicación a la vaquería y a los ancianos, ensambla la vida entera de Catalina. Quizá pueda pensarse en una triste decepción. Cristianamente, sin embargo, significa la sublime expresión de la humildad y sencillez. Entre las viejas paredes de un asilo y en la pobre habitación de un enfermo solitario resulta difícil encontrar motivos de vanagloria humana, aunque sí puede escribirse con letras de oro la fidelidad a Jesucristo y la exquisita generosidad a las obras de caridad del amor cristiano. Otros criterios determinan la vanidad humana y el afán de prestigio personal y crecen lejanos de una pequeña habitación de hospicio y lejos del cansancio acumulado en trabajos de vaquería.

La vocación de Catalina la conduce al misterio de una vida expresada en el recogimiento y en la pequeñez. El Anciano de dulce y serio mirar le indica el sendero de la pobreza en donde él mismo se encontró con la santidad, fraguada en entrega a la necesidad y soledad personal del enfermo, para permanecer en constante vigilia a la vera del sufrimiento humano.

De joven las energías del corazón sueñan notables proezas donde forjar las ilusiones de

perfección; de maduro la realidad rebaja ánimos, pues el listón de las ilusiones juveniles queda de hecho bastante más abajo de lo que se soñaba alcanzar. Cuando la vejez asienta su realidad en el cuerpo y se mira hacia atrás contemplando de cerca la vida personal, con frecuencia el descubrimiento de lo realizado resulta tan pobre y poco consistente que el vivir parece haber pasado como un suspiro sin haber demostrado utilidad para quienes esperaban el soplo vital de los que han marcado el ritmo del camino. La humildad y sencillez se alimentan de la gracia de Dios, pero se ayudan de las lecciones de la experiencia orientada por la verdad.

La vida de Catalina no deja de ser un clamor que desea y precisa hermanar los hechos en que emplea su vida con la proclamación de las virtudes que los sellan. "Mi vida entera no ha sido más que una larga búsqueda de Dios" (Guy). Hermanar hechos y virtudes y aceptar con la cordura de la simplicidad que la vida de hombres y mujeres, en su conjunto, resulta ser, casi en exclusiva, pequeñas cosas, ordinarias situaciones y simples acciones, que llenan todo el espacio personal con pequeños logros y algunas satisfacciones, si bien, todo ello debe ser suficiente para dar sentido y justificación a la vida de cada cual. Al igual que el bullicioso enjambre de diminutas abejas, ajetreadas en afanosa actividad organizada, llena las jaulas de su panal de cera y miel. Sin embargo, al caer de la tarde seremos juzgados en el amor. Trabajos de cocina, granjera, portera, dignos trabajos para sentirse digna. Sencillos trabajos para saberse útil. Humildes trabajos para encontrarse uno a sí mismo importante. Pues la vida conectada con las esencias cristianas sabe encontrar en ellos la plenitud que garantizan

las bienaventuranzas que se dijeron con razón habían de gobernar el equilibrio de la existencia en la tierra. Lo demás, al fin, queda en simple hojarasca que fácilmente arde al menor despiste o fácilmente se muda en estiércol. Trabajos de cocina y granja, trabajos necesarios para que los unos y los otros anden los caminos con energía y sin desfallecer. Trabajos sin renombre, sin exigencias de títulos, sin contrapartida de premios y diplomas; pero trabajos, al fin, que hacen posible la vida de quienes, quizá, evitan recordar de dónde proceden y por qué son posibles los dones que disfrutan. "No se recibe mayor recompensa que sirviendo a un señor. Y no hay Señor más grande que mi Dios" (Guy de Larigaudie). Catalina es "la Hermana regular, vaquera, hortelana, la criada para todo". Parece algo natural, pues la buena Hermana aparentemente no tiene capacidades para más. Además, ella está muy contenta con su oficio; por tanto no hay nada de qué preocuparse. Le gusta tratar con las jóvenes recién llegadas a la casa, y no crea problemas a nadie. Nadie se queja de ella, ni los ancianos, ni las Hermanas, ni las vecinas. Es la buena empleada que todo lo arregla. tanto los problemas materiales de las actividades domésticas, como las irritantes situaciones originadas en la diversidad de carácter de unas y otras.

Durante los años que Catalina ha vivido en comunidad siempre ha sido súbdita: de Sor Cany en el Postulantado. año 1830; de Sor Marta en el Noviciado, año 1830. Cuarenta años en Enghien significan para Catalina un rosario de Superiores: Sor Savart (1831-1844), Sor Moncellet (1845-1851), Sor Mazin (1851-1852), Sor Raudier (1852-1855), Sor Guezz (1855-1860), Sor Dufés (1860-1876). Sor Dufés, superiora, mujer enérgica, con ideas propias, intrépida y de acelerado carácter, sabe en secreto, o más bien sospecha con fundamento, que Sor Catalina es la vidente de la Rue du Bac. La destinan como Superiora a Enghien en el año 1860.

Una vez la Superiora General, Madre Devós, la llamó y le habló de nombrarla Hermana Sirvienta. "Madre, ¡ya sabe usted que yo no soy capaz de ello!", le respondió Catalina. Su sobrina Leonia, hija de Tonina, le pregunta con ingenuidad por qué lleva cuarenta años en el asilo de Enghien. Y Catalina le responde: "Solo cambian a las Hermanas inteligentes" (L.189).

Relata Sor Cosnard, joven Hermana de la comunidad de Enghien: "Cinco o seis veces vi a sor Catalina de rodillas ante Sor Dufés, que le reprochaba por cosas que no había hecho y de las que no era responsable. Los reproches eran vivos, muy vivos. Sor Catalina, aunque inocente, no se excusaba. Sin embargo, me pareció notar una lucha en su alma. Sus labios se entreabrían como si fuera a hablar. La lucha terminaba siempre con el triunfo de la humildad. Me impresionó tanto aquello que pregunté a Sor Dufés cómo podía tratarla de aquel modo. Me respondió con un tono muy firme: Hermana, déjeme obrar así, me siento movida a ello" (L.135)

Esta actitud de la Superiora parece como una suave mancha de aceite en el entramado de las componentes de la Comunidad. Sor Clavel otra Hermana joven, recién llegada del seminario, cuenta también cómo las Hermanas instruidas, las doctas, las informadas, las que con su inefable pico cantarín y su refinada educación influyen en los criterios, las decisiones, las actuaciones de la comunidad, no aprecian mucho a aquella Hermana tosca, con modales de campesina, sin educación especial, cuyo acento suena a campo y cuyo delantal huele a establo. "Una de ellas la humilla, la ultraja, tratándola de tonta y de boba" (L.135). Son situaciones que se viven en la comunidad cuando el año 1860 ya va de corrido.

La fecha es de principios del año 1876; Sor Dufés redacta las notas anuales sobre los componentes de su comunidad. De sor Catalina dice: "Muy mala salud; 69 años; No se levanta a la hora; Carácter muy vivo, regular; Juicio pasable. Piedad sólida; Cumple muy bien con su deber: sala de los ancianos; No pasará este año". Sor Dufés escribe las cosas

lacónicamente, pero reflejando cierta tensión por las relaciones entre ella, que es la Superiora y Catalina, y marcando un juicio implacable sobre la situación personal de Sor Catalina. La Superiora refleja su propia severidad. Por su parte Sor Catalina, castigada por los años y por la falta de salud, por la intransigencia de la Superiora, acoge con humildad los reproches, domina su vivacidad y encuentra la circunstancia oportuna para que las conciencias de ambas Hermanas recobren la paz y la serenidad interior.

"Sor Catalina, tú eres muy buena para nosotros. En la mesa siempre nos preguntas: ¿Habéis tenido bastante?" (L.188). Este es un testimonio de simplicidad que recoge también dónde y cuándo el mundo de la vejez está necesitado, siendo, además, una parcela abundante de pobreza. Catalina desgrana su vida en dedicación de madre, hija y hermana junto a los ancianos.

La llegada de la vejez parece que deja paso a la resignación y a la simple aceptación de lo que va viniendo. El anciano se sitúa ante la cruda realidad de la dependencia; un significativo retorno a situaciones de infancia. Constata la debilidad de sus energías psíquicas, adquiere conciencia de una pérdida de agilidad mental, descubre con resignación su impotencia física, percibe la marcha lenta pero definitiva hacia el aislamiento. La vejez impele al anciano a asumir una situación interiormente penosa, una expresión más del sufrimiento: la soledad, contrapunto de una vida cuajada de múltiples relaciones con gentes de familia, de trabajo o de vecindad; las privaciones, contrapunto de la libertad y a la autosuficiencia física. El anciano consume sus últimos días en el disfrute de las pequeñas cosas necesarias, pero que un día tras otro se contenta con menos.

La realidad psicológica, física, vital, religiosa, que revolotea entre los moradores de un asilo cualquiera, para bien entenderla y atenderla, ha de ser percibida desde las esencias espirituales que se aposentán en el alma. El cuidado y la atención de los ancianos requiere tener las reservas del alma totalmente empapadas de las enseñanzas de Jesucristo. Los ancianos la reconocen a Catalina "buena", pues lleva el servicio y la atención a extremos de

particular interés, comprensión, generosidad y desprendimiento personal.

El anciano necesita cariño, compañía, conversación, comprensión; el anciano necesita pequeños detalles ofrecidos con cordialidad y afecto, con atención y disposición, con interés y dedicación personal. El anciano sabe ser sufrido, pues está de vuelta de casi todas las cosas, pero agradece los sencillos gestos que se dedican a su persona. El anciano encierra en sí mismo la gran lección de haber vivido el final de todas las cosas y merece la consideración y el respeto de los que son jóvenes o son maduros. El anciano es hijo de Dios y hermano de Jesucristo. Catalina acompaña la ofrenda personal de servicio y caridad con la más exquisita sencillez, la más desinteresada preocupación por cada uno de ellos y la más silenciosa donación a Dios presente en el anciano necesitado. "Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber, era forastero y me acogisteis" (Mt. 25,25).

Catalina ejecuta su vocación desde las líneas marcadas por San Vicente de Paúl. Descubre necesidad y pobreza y se compromete con alma, vida y corazón. Descubre aislamiento y ofrece compañía; descubre soledad y ofrece conversación; descubre tristeza y ofrece comprensión; descubre impotencia y ofrece esperanza; descubre angustia y ofrece cooperación; descubre amargura y ofrece cariño y cordialidad. Para Catalina los ancianos son viajeros de un largo camino que llega al final. Entre la mirada hacia atrás y la mirada hacia adelante, el anciano está a las puertas del umbral de la esperanza: Dios, promesa para seguir viviendo; Dios, recompensa para descansar.

Entregada a la práctica de la caridad cristiana y vicenciana, Catalina ofrece lo mejor de sí misma a los desarraigados, a los confundidos, a los desorientados, a los decepcionados, a los



pobres pecadores, a las Hermanas..., al igual que ofreció todo lo suyo de juventud a la atención y cuidado de su propia familia. Da del amor de madre, que da de lo que tiene; da del amor cristiano que selecciona al más pobre; da del amor vicenciano que renuncia a todo aquello que puede ser propio. De sus labios no se escapa una queja. En su persona no se acunan pretensiones honoríficas y su satisfacción personal y espiritual radican en el cumplimiento diario del deber cumplido. Nada especial requiere para sí misma, pero si algo se puede alargar para satisfacer al enfermo y al anciano, -"¿tienes bastante?"-, Catalina lo dispone y lo tiene presente para darlo. Esta especial entrega de Catalina es parte de la sublime entrega a la vocación, es una parte importante que hace montón en su santidad. Los "destinos" de Catalina hacen que ser Hija de la Caridad se convierta externamente para ella en vida recogida en la humildad de actuaciones oscuras. Pero Catalina ilumina sus acciones y hace que las personas sean cercanas. Está pendiente de las necesidades concretas, remedia las penurias materiales, suplica por los carentes de bienes espirituales y es luminoso alivio para quienes la disfrutaban como asistente, vigilante y responsable. Y todo ello sin sueldo, sin salario, sin retribución particular que se reciba como retribución oficial de un trabajo social bien hecho. La vocación de servidora de la caridad que ocupa las actividades de Sor Catalina durante cuarenta y seis años es adornada por las virtudes que caracterizan a los miembros de las Congregaciones Vicencianas: humildad, sencillez y caridad, y ancladas en el cumplimiento exacto de pobreza, castidad y obediencia.

Dice Sor Savart: "Era una buena anciana, que quería todos los años que los primeros frutos del huerto se ofrecieran a las familias pobres del barrio o a sus buenos ancianos; las Hermanas no podían probarlos hasta después de ellos" (L.128). Una buena anciana que es buena con los ancianos, una buena anciana que cumple muy bien con su deber, una buena anciana que tiene buen carácter,

aunque vivo. La bondad importa porque es la flor del crecimiento espiritual; la bondad importa porque es lo que verdaderamente consuela a los que alternan acciones o recogen actuaciones. Retrata a Catalina con matices de sencillez y humildad. San Vicente quería que

las Hermanas transparentaran estas virtudes. Son ellas las que hacen más expresiva la bondad; son ellas las que caracterizan a lo que se denomina vulgarmente "buena gente". "Si sois fieles a la práctica de esta forma de vivir, seréis buenas cristianas", les dice San Vicente. La Hija de la Caridad comparte dos dimensiones simultáneas e inseparables: la entrega total a Dios y el servicio a los pobres. El don de sí mismo a Dios, la entrega matrimonial al Señor, la donación interior que comulga con Dios para la santidad personal y para la realización en los demás de la obra de Dios. "La caridad es paciente, es servicial. La caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; La caridad es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree, Todo lo espera. Todo lo soporta" (1Cort. 13, 4-7). No es igual al servicio expreso a los demás, a la práctica de la caridad, a la disponibilidad y dedicación requeridas por "los amos y señores, los pobres". Pero la confirmación de la entrega total a Dios, la santidad, se sirve del servicio a los pobres, de las obras de caridad expresas, para hacer público y efectivo el don a Dios.

San Vicente lo llama "estado de caridad". Es tajante cuando afirma: "Porque ¿para qué se han hecho religiosos o religiosas sino para hacerse ellos y ellas buenos cristianos y cristianas?". Catalina una vez más está inmersa en las pequeñas cosas, en los pequeños detalles, en la normalidad de lo corriente. Catalina, una vez más, sin malicia, sin retorcidos razonamientos, deja constancia de cómo la profunda comunión con Dios, no desmerece del deseo de degustar los insignificantes dones que El ha dispuesto en favor de los hombres.

"Nuestra vida no es más que una sucesión de gestos ínfimos que divinizados labran nuestra eternidad" (Guy de Larigaudie). Por eso los argumentos críticos de los sublimes puritanos de la santidad celestial no entienden que desde la poquedad de las cosas ordinarias, desde la modestia del deber cumplido, desde la familiar intimidad con la Virgen en la oración, Catalina avanza en su caminar humano del viaje hacia la santidad.

La vida de Sor Catalina es un gran misterio, al igual que es misterio la figura y la vida de la Virgen María. Describir la sintonía entre Sor Catalina y la Virgen María en su vida privada no es tarea complicada. El silencio, la fidelidad, la normalidad, la oración, la confianza en Dios, la pobreza, la resignación, la duda, la abnegación, el sufrimiento son virtudes y actitudes que sobresalen en la vida de Sor Catalina al igual que definen la vida de Santa María. Dios elige para la realización de sus designios a personas sencillas y fuertes, las prepara, las ayuda y las conduce a la culminación de su misión. A ellas las coloca en la senda de la santidad y se garantiza a sí mismo la certeza de que han de responder fielmente y sin algarabías a la realización de lo que espera de ellas.

Catalina es ya anciana; está enferma. Ha hablado ingenuamente con la Virgen María. Ha insistido tercamente ante el confesor para que lleven a efecto las peticiones de la Señora, ha guardado silencio sobre su protagonismo, ha cumplido diariamente con el deber de vaquera, palomera, enfermera. Ha colmado su alma de oración, ha recogido en

.0.

230 su interior el impacto del sufrimiento. Pero la nostalgia que renace con la vejez le despierta el deseo de comer una manzana cocida como aquellas que ella misma preparaba a su padre y hermanos en los tiempos de juventud cuando era "la dueña de la casa". "¡Una manzana cocida! ¿Cómo una Hermana que se dice que ha visto a la Virgen se pone ahora a desear estas golosinas?" (Sor Tanguy) (L.222). ¿Es gula, es ingenuidad, es candidez, es vivencia sentimental de viejos recuerdos? El Padre Chinchón, que ha oído la ingenua

recreación, le confirma a la Hermana Tanguy que podría citarle a un santo canonizado que pidió fresas en su lecho de muerte.

La mayor verdad del Evangelio que abre luz sobre las demás verdades es que la caridad para con los hermanos es la caridad para con Dios. "Si alguno dice: 'Amo a Dios' y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve" (Un. 4, 8). Dios colocado al alcance del amor para poder experimentar por uno mismo, si aquello que es confirmado por Cristo en la oscuridad de la fe y en la literalidad

de sus palabras, es tan sólo sentimientos de nostalgia sueños que se desvanecen o es comprobación y gozo del amor verdadero y sincero: "Quizá había otras tan perfectas como ella, pero ninguna producía la impresión de un alma anonadada por el amor de Dios, de la Santísima Virgen y completamente desprendida de sí misma" (Sor Cosnard).

#### CAPÍTULO XVIII: LA VIRGEN MARÍA, MADRE DE CATALINA

Ante todo para Catalina la Virgen María es "la Madre", la Madre del cielo y la madre de la tierra. Lo ha sido así desde los nueve años. El convencimiento espiritual y la necesidad psicológica hacen de la relación entre Santa María y Catalina tan cordial, tan íntima y tan personal, como puede ser la relación de una hija con su madre. Es por esto por lo que Catalina, en los inicios del noviciado, siente verdadera ilusión por encontrarse con la "Madre". No anda un largo camino para encontrarla, sino que se traga un pequeño trozo del roquete de San Vicente para que éste descorra las puertas del cielo y Ella venga a visitarla.

Nadie puede venir a la existencia sin una madre. Nadie vive plenamente si no cuenta con la presencia y con la ayuda de la madre. La personalidad interior de Catalina muestra una vez más la importancia que la madre tiene en la vida espiritual de crecimiento hacia la santidad como lo tiene en el crecimiento físico, personal y religioso. La madre proporciona certezas en la vida y garantías en el crecimiento. La madre protege al hijo cuando es niño, le orienta cuando es joven y le estimula cuando es maduro. La Virgen es para Catalina la persona que se lleva dentro del corazón y que la anima a ser valiente y decidida para adentrarse sin miedos en el descubrimiento de su vocación. Ella va por delante, mostrando no sólo el camino, sino los medios y recursos que se han de emplear para hacerlo más fácil. Así cumple la función de madre.

Los amigos y devotos de la Virgen Milagrosa, cristianos suplicantes, hombres abrumados y necesitados, mujeres piadosas, madres sufridoras, siervas de la caridad y de los pobres, jóvenes tocados por el amor y la justicia, ancianos cansados y solitarios, abuelas de Rosario y Comunión, gentes de sentida devoción, saben que su fiesta se celebra el día 27 de Noviembre. Es un día en que las Iglesias dedicadas a la Milagrosa se abarrotan de fieles. En ellas, las celebraciones adquieren pompa y solemnidad, piedad y serenidad, cariño y cordialidad, respeto y reverencia. La oración se hace comunidad; la palabra se hace comunicación. Y en el fondo, el alma se serena, se esponja y se rejuvenece. Así de sonoro, así de cordial es el afecto que esta venerada imagen, representación exquisita de la Virgen María, despierta en los corazones que la conocen bien y la han sentido de cerca.

Catalina vive todavía cuando la Virgen se aparece en Lourdes a Bernardita Soubirous. La Señora se muestra de nuevo como la Inmaculada Concepción. La Señora de Lourdes alcanza de inmediato notorio reconocimiento y popularidad acompañados de nutridas peregrinaciones y milagros. "¡Y pensar que esos milagros podían tener lugar en nuestra capilla! ¡Y pensar que todos esos milagros deberían haber tenido lugar en nuestra capilla! Si los Superiores hubiesen querido, la Santísima Virgen habría escogido nuestra capilla", dice Catalina (L.151). Catalina está triste y preocupada; sufre en el alma y calla. Ama a su casa y a

su Compañía. Ama a la Virgen, pero se lamenta de no conseguir superar la "modestia y el recato prudencial que manifiestan los Superiores". "Mi buena Madre, aquí no se puede hacer lo que vos queréis; manifestaos en otro lugar", deja escrito en un trozo de papel (L.151).

Catalina sabe que la modestia, el silencio, la humildad, la pobreza constituyen lema primordial de las Comunidades Vicencianas. Así lo quiso san Vicente. Sobre la Congregación de la Misión no se expresan alardes. Sus miembros marchan por la vida de la Iglesia sin resaltes de importancia, sin personalidades renombradas por santidad, sin figuras brillantes por inteligencia, sin ocupación privilegiada de puestos de relevancia. Son los humildes hijos e hijas de san Vicente de Paúl. Son las comunidades pobres de los pobres, cuya misión se esconde sin grandilocuencias en el desierto de la pobreza de los pobres. Hacen la caridad sin ruido, abundan por doquier sin dejar escapar su vocerío, llenan misiones, orfanatos, asilos, hospitales, sin sensación de multitud, sin señales de poderío. Han sido visitados por la Señora, tienen en su casa a la Virgen de la Medalla Milagrosa, pero su verdad y transcendencia parece quedar para el gozo interior de los pobres, "señores" de lo vicenciano.

Sor Catalina ha insistido tenazmente ante sus confesores para la instalación de un altar en la capilla en donde poner la estatua de la Virgen. También ha insistido para que se abra la capilla a la devoción del público. Conocerá la estatua de la Virgen colocada en la capilla, la Virgen con los rayos del modelo de la Medalla, pero no la Virgen del Globo. "Nuestra Señora tenía una bola en sus manos, que representa al globo de la tierra. Tenía las manos elevadas

a la altura del estómago, de una forma muy suelta, con los ojos elevados hacia el cielo",

escribe en su primer manuscrito en 1841 (L.142).

Se realizaron ampliaciones en la capilla por necesidades de la comunidad, pero el altar y la estatua no eran precisamente lo que ella pedía. "Su figura era todo belleza. No sería capaz de pintarla. La Santísima Virgen mantiene ligeramente el globo en sus manos y lo ilumina con una luz viva. Importa que se haga ver bien esa luz que ilumina vivamente a la tierra. La Santísima Virgen, con ternura maternal mira a esa pobre tierra" (L.143).

Sor Cosnard escribe que Catalina no está contenta ni en cuanto al lugar del altar, ni en cuanto a la forma de la estatua: "No estaba ni mucho menos contenta con la estatua de la Santísima Virgen, porque no estaba representada tal como la había visto, llevando la bola del mundo en las manos" (L.149). Catalina no conoció que la capilla se abriera al culto del público, por eso, cuando oye sobre los milagros de Lourdes deja escapar una sentida pena:

"Si los Superiores hubiesen querido, la Santísima Virgen habría escogido nuestra capilla"

(L.151).

Han sido las Hijas de la Caridad las que han llevado al mundo de los pobres la Medalla Milagrosa. Ellas, testigos sobresalientes de la modestia, la humildad y la pobreza, han llegado al mundo de la pobreza y se han dejado sentir en él, como calladas obreras de la insignificancia, de la generosidad y de la eficiencia, ajenas totalmente a la notoriedad. Ellas han vivido y viven diariamente la simplicidad del deber cumplido, la piedad de la oración intensa, la renuncia personal, la humilde santidad del silencio, el sacrificio del dolor y del esfuerzo, la generosidad sin límites y la ayuda constante al necesitado. Han llenado el mundo de gozo espiritual, de alivio corporal, de colaboración solidaria, de estimulante superación, de signos de caridad, de amor a la Medalla Milagrosa, de devoción a la Virgen María. Sin embargo, su santoral oficialmente reconocido es tan corto, tan reducido, que

parece como si no hubiera florecido en magnífico esta Compañía.

Las Hijas de la Caridad, fieles y entusiastas apóstoles de la devoción a la Virgen de la Medalla Milagrosa, no ha mucho tiempo que hacían florecer sus 50.000 blancas cornetas por el mundo. Actualmente, afectadas por la socialización industrial, la despoblación de los pueblos campesinos, el progreso económico de la sociedad y la pérdida de los valores religiosos tradicionales, todavía lucen 26.000 cofias azules por los mundos de Dios y por los reinos de la pobreza. Ninguna otra congregación las iguala; ninguna otra puede aportar como ellas la trascendencia callada de una misión efectiva y cristiana en los ámbitos de la Iglesia. ¿Será por la sintonía de su misión con las radicales exigencias del ser humano hacia la solidaridad, la colaboración, la reclamación de ayuda en la necesidad? ¿Será por la exquisita santidad que se esconde en la sencillez y en el silencio de tantas Hermanas cuya vida entera ha sido una entrega total al Señor y a los pobres?

Son las estadísticas las que cuentan que a partir de los pocos años de morir Sor Catalina el lugar más visitado de París es la capilla de la Rue du Bac. Pero aún con ello, la presencia de la Virgen en la capilla sigue estando marcada por la simplicidad y la humildad que gobiernan las esencias de lo vicenciano. Los pobres son muchos pero se les oye poco; los que a ellos entregan su vida son muchos, pero su renombre es protegido por la humildad. Es grande también el silencio de quienes no quieren gritar y proclamar aunque sus éxitos sean abundantes y eficaces. ¿Es el carisma? ¿Es gracia de Dios? ¿Es el misterio de la grandeza que se oculta en lo pequeño e intrascendente?

La mirada compasiva, entrañable y triste de la Virgen Milagrosa no quiere explicar impotencia, sino la sensación de que estando sus brazos abiertos en un permanente gesto de donación y comprensión, los hombres, hijos espirituales, la olvidan y no recurren a Ella.





Esta Señora puede llenar serenamente el corazón humano si desde una humilde aceptación se llega a su corazón de Madre. "No se asuste. La Virgen nos protege. Ella tiene sus ojos sobre nosotras, sobre toda la Comunidad. La Virgen velará y lo solucionará todo. No nos pasará nada malo", dice Catalina cuando las cosas se ponen feas en los días de la Comuna (L.159).

Las desgracias, penas y calamidades no sólo se presentan durante los tiempos de revueltas, guerras y sublevaciones; se presentan de improviso cuando menos se espera y cuando son más inoportunas. Las pautas de la Revolución siembran de inquietud y exigencias las conciencias de los más pobres, pero saltan igualmente por encima de los muros del convento. Las Comunidades Vicencianas sufren también las consecuencias. La reclamación de progreso, mejores condiciones de vida, seguridad y bienestar son derechos que definen la vida. Cuando se hacen públicas y violentas sufren por igual las convicciones humanas y las religiosas, creándose situaciones que trastocan valores y remueven espíritus. "Estoy convencida de que debemos a la protección de la Virgen estos felices resultados y que Sor Catalina no es extraña a todo ello", escribe Sor Millon (L.171).

A una madre no se la toca; es degeneración. A la Madre de Dios no se la toca; es profanación imperdonable. La expresión de la Virgen Milagrosa con sus brazos extendidos hacia el mundo en gesto maternal de desprendimiento y acogida, en ademán cariñoso y preocupado, manifiesta el arropamiento que todo ser necesitado y en soledad recibe de la madre La Señora no es una madre cualquiera que se deja impresionar por el trabajo, el cansancio o la desgracia, ni tampoco por el crecimiento y madurez de los hijos. Ella se sabe tan Señora, tan Reina, tan Poderosa, tan Madre que las notables borrascas de la Revolución, las penas circunstanciales

de la guerra, así como las pequeñas y desagradables insignificancias de todos los días, los lamentables fracasos personales, los olvidos desagradecidos y todas las pequeñeces egoístas aumentan en Ella el deseo de desvelarse más, entregarse más, querer más y ayudar mucho más. "Han tocado a la Virgen. No llegarán muy lejos. La Santísima Virgen guarda nuestra casa. La encontraremos intacta. No tema por nuestras casas. La Santísima Virgen las

guarda. No pasará nada", dice Catalina a la Superiora (L.181).

También la Medalla es instrumento. Dios envía un nuevo mensajero, la Virgen María, cercano a las vivencias humanas, para reavivar entre los hombres la esperanza, la fe y el amor. La Virgen recuerda en sus apariciones el mensaje cristiano. Un espejo que refleja lo que el hombre hace y lo que debe hacer, lo que piensa y lo que debe pensar, lo que es y lo que debe ser. Por eso, la Medalla Milagrosa es un mensaje para una revisión personal.

Catalina las reclama en su lecho de muerte. "Sor Catalina, aquí están sus medallas", le dice Sor Tranchemer. Lo mejor de Catalina, su silencio; lo entrañable de Catalina su amor a la Virgen. En el silencio, en la oración y en la ofrenda personal sigue profundizando hasta el final de sus días teniendo en sus manos un catecismo siempre abierto: la Medalla de la Virgen Milagrosa.

Para las gentes de sincero corazón resulta hermoso contemplar desde el silencio la grandeza de María, el personaje especial de la religiosidad cristiana. Y contemplar también el significado de su figura y vida de Madre para vivir como Ella la piedad cristiana cotidiana. Sor Maurel se quejaba de las monotonías de la vida de comunidad y Catalina le dice que no hay que quejarse sino entregarse a Dios.

¿Qué es la Medalla sino un recuerdo que se ofrece hecho milagro, "Milagrosa", y hecho entusiasmo, ayuda, aliento, esperanza, para todos los que se sienten interiormente orgullosos de ser piadosos y fervientes devotos y amantes de la Virgen María? "Procure que recen mucho. Que Dios inspire a los Superiores a honrar a María Inmaculada. Ella es el tesoro de la

Comunidad. ¡Que se rece bien el Rosario! Si se aprovechan de ello, las vocaciones serán numerosas. Seguirán disminuyendo si no son fieles a la Regla, a la Inmaculada Concepción, al Rosario. ¡Ya no somos bastante servidoras de los pobres!" (L. 227), indica Catalina en los últimos días de su vida, cuando la enfermedad la tenía postrada en cama.

Catalina invita a volver a la ingenuidad propia de las almas sencillas, pero intensamente religiosas. El Señor se sirve de los débiles para pisar fuerte y dejar su huella, como recuerdo de su paso y su mensaje entre los aparentemente fuertes. Al igual que en las manifestaciones de Dios a lo largo de la Historia de la Salvación, el Señor se aleja de los autosuficientes, de los soberbios y de los engreídos, a los cuales castiga con su silencio, y se vale de mil fenómenos naturales para llenar su vida de enigmas y misterios, cuando no de castigos y sacrificios. "La superiora es Dios. Nuestra vida es fe; ver a Dios en todo, en los Superiores, en los acontecimientos" (L. 132), reitera Catalina a las jóvenes Hermanas que se incorporan a la Comunidad.

La ancianidad de Sor Catalina es silenciosa. La observan de lejos, le preparan pequeñas encerronas, pero de sus labios y de sus actitudes no se desprende nada especial; únicamente sencillez e ingenuidad. Acepta coloquios, insinuaciones, incredulidades, y siempre hay en sus labios una sonrisa. Le mandan trabajar entre los locos, los ancianos, los más desarraigados, y su actitud es tan simple y tan buena que en todos encuentra palabras de agradecimiento. "He tenido muchos sufrimientos y muchas dificultades. Alguna vez sentí ganas de pedir que me cambiaran de casa. Recé, consulté a mi confesor y me he quedado", dice (L. 201).

Las apariciones de la Virgen rememoran el misterio de Dios hecho hombre. Recuerdan a la Mujer fuerte, vestida de azul y blanco, a la Madre llena de gracia. Recuerdan la vida llena de misterio de la Mujer y el Hijo artífices de la Redención y del nuevo nacimiento a la gracia de Dios. Recuerdan la generosa filiación de hijos de Dios que constituye a los hombres en hermanos. Recuerdan la cruz y la soledad, el final de su trayectoria vivencial. La Medalla

Milagrosa, colgada del cuello, llevada sobre todo en el corazón, contemplada en una hornacina, se presenta cual un nuevo Evangelio.

#### CAPÍTULO XIX: VIDA DE COMUNIDAD: FRATERNIDAD

El Señor Dios, buen Padre, no deja a los hombres en la estacada. Con frecuencia, deslumbrados por ideas nuevas se conducen con temeridad y se desvían por caminos extraños a las verdades del Dios de la Historia, selladas con sangre en el interior y en la conciencia. Se adentran confundidos por senderos de suficiencia, refinada soberbia personal y olvido de los valores espirituales. Pretenden colocarse a la altura del Malo y vivir según los criterios del Malvado. Dios entonces envía un gesto en la persona de su Madre, luz nueva y esperanza fuerte, que los recoja, una vez más, en el redil de la "buena estancia".

Es frecuente, sea en el silencio de la reflexión sea en la conversación, que los hombres establezcan diferencias en la comunidad y en la fraternidad: "Yo soy pobre, él es rico. Yo tengo cultura, él es ignorante. Yo estoy sano, él está enfermo. Yo soy mayor, él es pequeño. Yo soy amable, él es desagradable". Son afirmaciones que marcan la posición perfectiva del hombre: el rico y el pobre, el sabio y el ignorante, el sano y el enfermo, el mayor y el menor...

Todos de Cristo y Cristo de Dios. Yo soy de Cristo, tú eres de Cristo, él es de Cristo: todos cristianos. Unos y otros viven embarcados bajo un mismo misterio: la presencia de Dios y la vida de Cristo. Ante esta trascendencia ser rico, pobre, culto, inculto, sano, enfermo, joven, anciano es muy poca cosa. Es decir, pobres hombres encajonados en un complejo sistema de

experiencias tristes y alegres, pero instalados en una realidad maravillosa: El ha dicho: "Llamadle Padre", elevando al cielo la oración "Padre Nuestro que estás en los cielos". Junto al mismo Padre, también hermanos unos de los otros. En consecuencia, también hijos de una misma Madre, formando familia, formando comunidad. Unos y otros unidos para amarse, pues portan la misma gracia y recíprocamente se necesitan: el culto del ignorante, el ignorante del culto, el rico del pobre, el pobre del rico, el sano del enfermo, el enfermo del sano, el bueno del malo, el malo del bueno. "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros" (Jn. 13, 34-35). Cristo es el Primogénito y su vida de Dios Padre se derrama a todos por la maternidad de la Madre. Los niños se reían de Sor Catalina viéndola fregar las sillas retrete de los ancianos. Entonces ella sonriendo les decía: "Hijos míos, para las Hijas de la Caridad ¡éstas son nuestras perlas!

María trae al mundo la presencia encarnada de Dios. La actitud maternal de la Virgen de la Medalla Milagrosa recuerda la realidad fundamental de la vida espiritual: hijos de Dios y hermanos los unos de los otros. Fraternidad ha de entenderse como aspecto importante de la sociabilidad del hombre. Es mensaje de Jesucristo: "Padre Nuestro". Fraternidad ha de entenderse como necesidad de los demás en la convivencia. Fraternidad ha de entenderse como preocupación por los demás. Porque la vida es vivir juntos, necesitar los unos de los otros, ayudar a los otros, compartir con los otros; no solo los aspectos humanos y materiales, sino también los valores espirituales, pues el hombre se realiza plenamente cuando revaloriza su sentido espiritual.

Ningún hijo bien nacido cuando se ausenta de la casa y la familia se olvida de recoger y poner en su cartera la fotografía de la madre y la familia. Será un recuerdo gráfico en la cartera y un sentimiento íntimo de nostalgia y agradecimiento en el corazón. La Virgen María de la Medalla Milagrosa es testimonio directo y presencia gráfica de la Madre que constituye

a los hombres en hijos de Dios. Aporta la lección de que Dios vive en cada uno de los hermanos:

"Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme" (Mt. 25,35-36).

Dios sigue viviendo entre los hombres. Se ha hecho vecino, prójimo, amigo y compañero. Analizando la vida de las gentes, parece como si Cristo pasara de largo, a gran velocidad, dejando a los humanos enzarzados en sus problemas ("ahí os las arregléis todos"), sumergidos en sus pequeñas desgracias, sus rencillas ridículas, sus obsesivas preocupaciones, sus alegrías ingenuas y se hubiera retirado a los palacios del cielo donde celebra sus fiestas. "Quien dice que ama a Dios, pero no ama a sus hermanos es un mentiroso; porque cómo va a amar a Dios a quien no ve, si no ama a los hombres a quienes ve" (Jn. 4,20).

El Evangelio insiste en que la caridad para con los hermanos es la caridad para con Dios. Dios colocado al alcance del amor experimental. Procedimiento y señal para confirmar en la vida cotidiana la oscuridad de la fe: "Si vas a presentar tu ofrenda ante el altar y te acuerdas de que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja allí tu ofrenda y vete a reconciliarte con tu hermano; después puedes volver a expresarle a Dios tu amor" (Mt 5,23). El amor no como sentimiento de nostalgia, no como un triste paquete de ilusiones o sueños que se desvanecen, sino amor práctico, efectivo, cuya sinceridad y verdad se perciben por los sentidos.

Recalando en la vida ordinaria, en la calle, en el trabajo, en la familia, en las relaciones personales, en la comunidad, las gentes se conocen y se alejan, se ven y se ignoran, se cruzan y pasan de largo, se miran y esquivan la mirada y en las concurridas iglesias las devotas gentes se derriten en suspiros y profundas oraciones.

Si un día cualquiera, el Señor Jesús, seguido de un nutrido acompañamiento de ángeles se presentara en nuestra ciudad ¿cuál sería el revuelo? Sin duda, serían contratadas las mejores orquestas, habría profusión de fuegos artificiales, ondearían banderas y colgaduras, se aumentaría el personal de seguridad pública, se organizarían concentraciones, se le harían notorias recepciones, sería noticia pintiparada para periódicos y revistas, serviría como tema de conversación en las tertulias, en el café, en las esquinas.

Si Cristo viniera de visita, si se montara en el autobús, si se cruzara en la acera con nosotros, si buscara compañía en el paseo, si pidiera un consejo, si solicitara ayuda, nada quedaría en nosotros, personas de bien y creyentes, oculto y escondido para ofrecérselo. La alegría y la satisfacción personal serían inenarrables: "Os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt. 25,40).

La verdad es que Cristo se calla. "Pedimos demasiado lo que deseamos, pero no bastante lo que Dios quiere", dice Catalina. El ha sido una persona seria y muy responsable. Sabe lo que tiene que hacer; lo hace, y lo hace bien.

Cumple con su oficio. Dice lo que tiene que decir. Sus palabras y sus hechos están ahí; son documentos de fiar; impactan, influyen y conmueven al mundo; también inquietan las conciencias. En sus palabras y hechos ha quedado grabada la verdad. Sigue estando tan cerca como cada uno está de su vecino. El amor por El no es mayor que el amor que se da y se demuestra al vecino.

Sor Cabanes escribe: "Yo misma vi a la Asistente de la comunidad hacer a Sor Catalina reproches bastante vivos por haber dejado de tomar las medicinas que le llevaba la Hermana de la farmacia, cuando estaba enferma y acostada. Ella no se excusó y guardó silencio. Al salir la Hermana Asistente, Sor Catalina se volvió hacia mí y me dijo con mucha dulzura: "No



la he visto en todo el día, ¡y ya ve cómo me trata cuando llega!... ¡Había tomado las medicinas!" (L.223).

A La madre desea que todos sus hijos se quieran. Está pendiente de que todos sus hijos se ayuden en las recíprocas necesidades. La madre espera y anhela en silencio que sus hijos se reúnan con frecuencia en torno a la mesa familiar. Y si alguno falta, sabido es que en el corazón de la madre se suscita la pena de no estar todos reunidos. "Cuando muere una de nuestras Hermanas, la tristeza nos invade; es natural. Pues bien, cuando murió Catalina no lloró ninguna y no nos sentíamos tristes", dijo Sor Angélica.

La primera frase que se conoce de Catalina es aquella en que abrazada a la peana de la Virgen le dice: "Ahora tú serás mi madre". Es la oración del amanecer. Cuando ha cumplido 24 años quiere ver a la Madre del cielo. Y la Virgen le hace una visita aprovechando el silencio de la noche y el recogimiento en oración. La Señora le dice que tiene que cumplir una misión. Cuando Catalina está viviendo los últimos suspiros en su casa de Enghien y sor Dufés le pregunta si no tiene miedo a morir, le contesta: "¿Por qué he de tener miedo de ir a ver a Nuestro Señor, a su Madre y a san Vicente?" (L.229). Es la oración del anochecer.

En los años en que Catalina recibe las apariciones de la Virgen María ha de soportar interiormente un gran dolor, cuya fuente es su hermana María Luisa. Había llegado a Superiora siendo todavía joven, apenas cumplidos 33 años. Cuando Catalina está en el umbral de su entrada en la Comunidad de las Hijas de la Caridad recibe de su hermana María Luisa una carta ejemplar y motivadora. La sucia serpiente de la calumnia y la peste mortífera

de las murmuraciones hicieron que Sor María Luisa perdiera el prestigio ante los Superiores, perdiera el sentido ante sí misma y perdiera el rumbo de su vocación. El 26 de abril de 1834, después de 12 años de estancia en las Hijas de la Caridad, María Luisa no renueva sus votos y deja la Compañía.

La salida de la hermana mayor es todavía más preocupante por el hecho de que su vocación hasta el momento de las calumnias y murmuraciones había sido un éxito en todos los aspectos. Afectada por el golpe de la crítica soterrada, María Luisa se ha endurecido. Ha perdido aquel impulso que da sentido a la vida y hace posible un vivir austero y a veces heroico. El 2 de abril de 1834, cuando está a punto de aparecer la primera reseña sobre la Medalla, la conversación que tiene con los Superiores en la Casa Madre sólo hace empeorar las cosas, siendo el último eslabón para un desenlace fatal. Las vigorosas ramas de los Labouré han crecido y expresan allí donde se asientan el orgullo de su tierra y su familia. Tienen la sensibilidad viva y la palabra tan impetuosa como lacónica en las dificultades. Tristemente María Luisa no pudo encontrar solidaridad y ayuda en las compañeras de comunidad.

Diez años más tarde, el 19 de marzo de 1844, otro acontecimiento hierde el corazón y el sentimiento de Catalina; muere el padre. Estaba muy enfermo, y los últimos años le fueron tristes. Tras haber criado muchos hijos, ayudándolos a que se colocaran en la vida, los seis últimos años se encontró abandonado a su propia soledad, impotente de vivir en la gran casa familiar sin hijos cercanos y presentes que le atendieran y cuidaran. Catalina no había calculado este abandono de su padre, a quien llevaba muy dentro del corazón.

Son heridas que se originan en los lazos de la sangre y en los lazos de la vocación. Catalina está muy dolida; ni siquiera lo puede disimular. Catalina ha ido contando esos 10 años, uno a uno, desde que su hermana dejara la Compañía. Se trata de su hermana mayor; se trata de una vocación religiosa; se trata de una Hija de la Caridad que se ha ido. María Luisa deja París para instalarse en la casa familiar de Fains.

Seis meses más tarde Catalina le escribe otra carta. Esta es una carta con historia. Catalina

transcribe aquella bonita, fervorosa, motivadora carta que María Luisa le escribió cuando estaba en el umbral del noviciado. Si esta carta tiene historia porque infundió ánimos a Catalina para seguir adelante en los pasos de su vocación, tantos que la mantiene consigo como un tesoro, también sirve para orientar y encauzar de nuevo la vocación de María Luisa. La vocación de María Luisa se quebró por la fuerza del amor propio y ahogada por el orgullo, pero seguía guardada sigilosamente envuelta en un rescoldo de rectitud. Catalina continúa:

"Hay que confesar que nosotras somos débiles, cuando no ponemos toda nuestra confianza en Dios, que conoce lo más profundo de nuestros corazones. Me habla usted de "milagro", como si Dios los hiciera por cualquier cosa. ¡Somos criaturas demasiado pobres para esperar que Dios "nos" conceda milagros!" (L.111).

Milagro o no, el hecho es que María Luisa acude y conversa con la Superiora, Sor Montcellet y con Sor Catalina. El 26 de junio de 1845 es aceptada de nuevo entre las Hijas de la Caridad. Las razones que se aportan no parecen revestir demasiada solvencia, aunque son suficientes para justificar: "Dadas las circunstancias que hubo en su salida y su edificante conducta posterior". Las que sugiere Catalina ofrecen mejores garantías: "Le falta a usted confianza; Dios todo lo puede. Hay que rezar para que Dios abrevie los días malos".

María Luisa toma de nuevo el hábito en Enghien. Es el día 2 de julio de 1845. Tiene 50 años. Ese mismo día recibe el destino para Turín con otras tres hermanas. Sirvió de enfermera en la guerra de Italia. No volvió a ver a Catalina hasta el año 1858. Hasta la muerte de Catalina, vive muy cerca de su hermana. Al final de sus días fue compañera de la enfermedad.



También fue testigo de la muerte de Catalina y de las celebraciones que acompañaron su sepultura, una vez que el rumor había sido confirmado en el sentido de que Catalina era la vidente de las Apariciones de la Virgen María en la Capilla de las Hermanas en el año 1830.

## CAPÍTULO XX: LA MEDALLA MILAGROSA

El asunto de las visiones y apariciones que le cuenta la novicia Catalina Labouré está teniendo una incidencia inusual en el confesionario del Padre Aladel. A decir verdad, el remozamiento espiritual con que se alimenta la vida piadosa de las novicias durante el año de seminario, los primeros contactos con las Reglas y la intensa vivencia comunitaria pueden dar opción para estas situaciones. El impacto primero es tan somero que el Director espiritual no se interesa por ellas. Ni siquiera puede precisar en sus escritos el día exacto de la aparición, 27 de noviembre, ni los días transcurridos hasta que Catalina se lo comunica. Catalina ahora ya "no ve" a la Virgen María pero "la oye", y, sobre todo, mantiene en su interior el conjunto del mensaje recibido y transmitido al Padre Confesor. Le parece comprobar que el Padre Aladel no haya tomado en serio la visión de la Señora y el encargo de hacer una Medalla. Pasan los meses sin resultados positivos. Catalina se mantiene oculta, porque ella no puede hacer nada. Se atreve a replicar a la Señora que "él no quiere escucharla". Quien puede y debe hacerlo ha de ser el Padre Director. Le responde la voz íntima de la Señora: "El es mi servidor; temería disgustarme" (L.78).

Si el labrador no prepara y trabaja los campos, si no dispone y engrasa las herramientas y maquinaria, si no se apresta a seleccionar las mejores semillas, si no coordina las labores adecuadas en el tiempo debido para las tareas de la siembra, en vano puede esperar recoger cosecha abundante cuando lleguen los últimos días de la primavera. Pero el labrador es hombre sabio, ordenado y trabajador. Cuando se avecinan los tiempos estacionales para la ejecución de la sementera, tarea primordial para reponer las reservas en los graneros, se apresta al trabajo poniendo en ejercicio hombres, máquinas y herramientas.

Al aire de esta referencia, la Medalla de la Apariciones, semilla destinada a fecundos frutos, reclama la participación de quienes la siembren con decisión, orden y eficacia, para que la cosecha sea verdaderamente fecunda. Un equipo de buenos sembradores va a hacer efectivo el encargo de la Virgen María, que establece líneas sobre la razón profética de su visita: "Hay que acuñar una medalla según este modelo", dice. Es preciso acuñar e instrumentalizar una medalla para que la acción de evangelización y conversión requerida por la Virgen culmine los objetivos para los cuales se ha aparecido a Sor Catalina. La Señora es la propietaria del proyecto, la que selecciona la semilla, la que elige el campo de siembra y la primera interesada en su ejecución.

Sin preferencias sobre valoraciones humanas, elige a Catalina, insistente y aguerrida "avispa", peón curtido en las lides espirituales, servidora fiel de la fe y el sacrificio y avezada conocedora de las estrategias de los campos de cultivo como intermediario y portavoz. Llevará el recado a quien en verdad puede manejar los engranajes de la ejecución material a fin de que la medalla se acuñe efectivamente. Con todo, no fueron suficientes las primeras confidencias de confesionario. La prudencia de los hombres se escuda en el silencio de las cautelas

Catalina vuelve a insistir sobre la medalla: "La Virgen está molesta", le dice en confesión. El aviso no tiene desperdicio. Cae sobre la turbada conciencia del confesor con la contundencia de una losa que cruje al desplomarse, pero le traen claridad y decisión a la mente que facilitan la puesta en movimiento de las piezas que hay que remover.

Casi durante un año, Catalina ha guardado silencio sobre las Apariciones y la Medalla también ante su confesor. Pero interiormente vive atormentada. Esta última afirmación conmociona la conciencia del Padre Aladel, dejándole perplejo, aunque no llega a exteriorizar esta perplejidad ante la Hermana Catalina. Había tomado notas, pero las tiene guardadas en espera de mejores confirmaciones. Nos acercamos al final del año 1831.

Juan María Aladel es sacerdote paúl, prudente confesor, instruido, fiel servidor de la Virgen María. Tiene autoridad e influencia en la vida espiritual de las Hijas de la Caridad. Tiene amigos a los que acudir para repartir espiritual y humanamente el peso del encargo. Esta vez el Padre Aladel habla seriamente con el Padre Etienne, Procurador General de los Sacerdotes de la Misión y amigo personal. Ambos, todavía jóvenes, son personalidades de relieve en las directrices y gobierno de la Compañía.

Ambos buscan clarificar decisiones y exponen la situación al Superior General, Padre Salhorgue: "La novicia de París vio en la oración un cuadro y la Santísima Virgen figura allí tal como se la suele representar bajo el título de la Inmaculada Concepción" (L.68). No sin sorpresa descubren que el Padre Salhorgue se muestra favorable al proyecto de la Medalla. Los primeros pasos comienzan a desarrollarse por buenos caminos.

El paso siguiente dice referencia a la autoridad oficial de la Iglesia, el Señor Arzobispo. A él acuden ambos sacerdotes todavía envueltos en la penumbra de dudas e incertidumbres. Llegar a las puertas de la autoridad eclesial es adentrarse en áreas de seriedad, radicales intransigencias y dificultades sin cuento. Mucho más, tratándose de las elucubraciones místicas de una joven novicia. Jacinto Luis de Quélen, Arzobispo de París, no sólo no pone objeciones sino que se manifiesta entusiasmado ante la idea de acuñar una medalla. El relato de la aparición de la Virgen María en el misterio de su gracia original, Inmaculada Concepción, a una joven novicia del seminario de las Hijas de la Caridad, encuentra en el Arzobispo una profunda simpatía: "No hay ningún inconveniente en acuñar esa Medalla", les dice el arzobispo a los dos Padres. "Está plenamente conforme con la fe y con la piedad. Puede contribuir a honrar a Dios" (L.79). De hecho será uno de los grandes adalides de la

Medalla, pues estaba convencido de que contribuiría a honrar y glorificar a la Virgen Santísima.

El camino se abre más, a pesar de las reservas que requiere la Iglesia en estos casos. "No hay que prejuizar de la naturaleza de la visión ni divulgar sus circunstancias. Que se difunda esta Medalla, simplemente; y se podrá juzgar al árbol por sus frutos" (L.79), ratifica de nuevo el Arzobispo, profundamente enamorado de la Inmaculada Concepción. Al Padre Aladel le queda una segunda parte también importante, el modelo y el orfebre. Tiene pergeñado un esbozo; los últimos detalles los discute con el señor Vachette, orfebre de París y también amigo.

El Padre Aladel prepara los bocetos conforme a las confidencias recibidas de Sor Catalina y a las notas que ha ido tomando. Ya no tiene dudas sobre el anverso de la Medalla.

El proyecto toma forma, pero sin precipitación. No así sobre el reverso; para él algo queda sin aclarar en los signos del reverso. En el confesionario de Reuilly le pide aclaraciones a Catalina. Catalina no lo sabe. Rezará. En la confesión siguiente le da la respuesta que ha recibido en la oración: "La letra M y los dos corazones dicen bastante" (L.79).

En enero del año 1832 el Padre Aladel apoyado por el Superior General y por monseñor Quélen, asume la tarea de acuñar la Medalla e inicia las primeras gestiones. Actúa en representación de una Hermana que en dirección espiritual le comunicó que había creído ver un cuadro reproduciendo a la Santísima Virgen tal y como se la representa bajo la advocación de la Inmaculada Concepción:



"La Virgen estaba de pie, revestida de un manto de tejido color azul plateado, con los brazos extendidos; los dedos de las manos cubiertos de diamantes de los que salían haces de luz que se dirigían hacia la tierra. La Hermana oyó una voz: 'Estos rayos son el símbolo de las gracias que María alcanza en favor de los hombres'.

Podía leer en torno al cuadro una inscripción: "Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos". Los pies desnudos de la Señora se apoyaban sobre un globo y aplastaban la cabeza de una serpiente de color azul viscoso.

Entonces, el cuadro dio vuelta y la Hermana vio en el reverso la letra M coronada por una Cruz y, debajo, los dos Corazones de Jesús y María, el uno rodeado por una corona de espinas y el otro atravesado por una espada. Doce estrellas circundaban el monograma de la Virgen y los dos Corazones.

Creyó oír una voz que le decía: 'Haz acuñar una medalla conforme a este modelo; las personas que la lleven indulgenciada y recen con piedad esta oración gozarán de una protección especial de la Madre de Dios'.

Pero entonces, marzo de 1832, sobreviene una calamitosa epidemia de cólera sobre París y sobre Francia. Este desastre social mantiene ocupados a todas las personalidades que tienen algo que ver con la confección e impresión de la Medalla. La epidemia resulta verdaderamente nefasta y demoledora. Cuatro o cinco horas son suficientes para reducir el cuerpo de un hombre de buena salud a un esqueleto. Se anotan 18.400 defunciones oficiales, pero la realidad sobrepasa en mucho estos datos. Los informes oficiales minimizan los fenómenos desastrosos para evitar el pánico.

Monseñor Quélen, a quien un motín popular lo había expulsado de su obispado el 15 de enero de 1831, refugiándose en el monasterio de Saint-Michel, retorna a París y celebra la Misa en la casa de las Hijas de la Caridad en la capilla de las apariciones, dirigiéndose después al Hotel Dieu. Este gesto del Arzobispo aplaca los odios del pueblo revolucionario y sus oraciones y bendiciones infunden esperanza en las mentes sufrientes y desconcertadas por la terrible epidemia. Pide al Padre Etienne que abra San Lázaro para recoger los enfermos.

Los trabajos de asistencia de las Hijas de la Caridad, de los Padres Lazaristas del Arzobispo resultan extenuantes, afectando también a su propia salud. La peste comienza a decrecer a finales de mayo. El Padre Aladel aprovecha para ordenar al joyero M. Vachette la acuñación de la Medalla. El 30 de Junio M. Vachette le entrega los primeros 1.500 ejemplares.

El hecho ha sido posible gracias a la aceptación sorprendente de ilustres personalidades de la Iglesia local y a la intervención del Padre Aladel. La semilla sembrada ha nacido. El siguiente paso ha de ser estimular el campo de cultivo para que lleguen los frutos deseados. Por supuesto, los frutos llegarán.

Es llegado el momento de poner en circulación la Medalla de la Virgen. Los medios son buenos: influencia del Arzobispo, actuaciones directas de los Sacerdotes de la Misión y de las Hijas de la Caridad. De su mano la Medalla va llegando a los núcleos más necesitados donde la protección de la Señora es más urgente y donde la humildad y sencillez saben ser buen campo de cultivo para la súplica, la oración y el agradecimiento.

Monseñor Quélen, ferviente defensor de la Inmaculada Concepción, una de las figuras que con más intensidad está trabajando para conseguir del Papa la proclamación del Dogma de la Inmaculada, ha recibido con sorpresa y profunda simpatía las primeras informaciones sobre la Aparición de la Virgen María a una novicia de las Hijas de la Caridad. La Medalla Milagrosa será uno de los más fuertes instrumentos empleados en sus esfuerzos no sólo para honrar a la Santísima Virgen María sino para avanzar hacia el objetivo de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción.

Además de permitir la acuñación de la Medalla, ha manifestado un especial deseo de recibir para sí mismo algunas de las primeras que sean acuñadas. Deseo que no sólo es delicadamente cumplimentado sino que al poco tiempo es culminado por otro encargo personal. Manda hacer una estatua "según el modelo indicado a la Hermana", para colocarla en su habitación particular. Se constituye así en uno de los más celosos propagandistas de la Virgen María de la Medalla Milagrosa de la Inmaculada Concepción. Escribe:

"Es un hecho que nos complacemos en constatar y queremos llegue a conocimiento de los fieles hasta los últimos confines del mundo católico: en nuestra diócesis, esta devoción ha echado con el tiempo raíces más y más profundas; las desgracias han servido para afianzarla, acrecentarla y extenderla prodigiosamente; los favores señalados, las gracias de curación, conservación y salud del alma parecen multiplicarse a medida que imploramos la tierna compasión de María sin pecado concebida" (L.249).

También Catalina recibe la Medalla. Ella vio a la Virgen directamente. Una copia expresada en metal de plata o de bronce difícilmente puede recoger la visión mística, la emoción filial, los sentimientos personales del testigo protagonista. Y no puede expresar los movimientos, gestos y palabras de la hermosa Señora, el cálido afecto de la conversación, la intensidad del alma de la Vidente y la sorpresa de toda la persona. Todos estos aspectos permanecen activos todavía en la protagonista que guarda en su interior el impacto del misterioso encuentro con la Señora. Catalina contempla la Medalla en silencio, la besa con emoción, la guarda con ternura, se la cuelga del cuello, la aprieta contra su corazón y reza. La Medalla es el retrato que los hombres de la tierra hacen de la Señora del cielo. Es el reflejo de la Reina del Cielo hecho por el Padre Aladel en base a las confidencias personales de la Vidente. Catalina no se detiene en detalles. El deseo de la Señora se ha cumplido y "ahora hay que propagarla".

Las primeras medallas salen de las manos del Padre Aladel con destino al Sr. Arzobispo, al Padre General, al Padre Etienne, a la Superiora General de las Hijas de la Caridad. El Padre

Aladel, respetuoso con el secreto y el incógnito de Sor Catalina, está dominado por la emoción y la esperanza, pero se controla bien. Son muchos años de confesionario y dos largos años de incógnitas y reflexión. A la experiencia personal se suma una exquisita educación sacerdotal y vicenciana. Rigen sus decisiones la íntima devoción a la Virgen María y el respeto a la misión de haber sido elegido diseñador de la Medalla por directa intervención de la Virgen. El Padre Aladel proyecta su espiritualidad mariana en charlas y conferencias sobre la trascendencia que para las Congregaciones Vicencianas, la Iglesia y Francia ha de tener la recién acuñada Medalla de la Virgen. Para él es un profundo trabajo y una notoria responsabilidad. Para él, calibrando posibilidades y en razón al puesto que ocupa, las cosas deben hacerse bien.

Muchas Medallas llenan los bolsillos de las Hijas de la Caridad y de los Padres de la Misión. Ellos han de ser los principales propagadores. Unos, con el contacto directo de su apostolado vicenciano; las otras, con el trabajo diario de caridad entre los más necesitados y los pobres.

La Medalla efectúa su primera función de conversión trayendo a la reflexión de los miembros de ambas Congregaciones un análisis profundo, sincero y restaurador del espíritu vicenciano duramente flagelado. Ha sido un milagro esta presencia inesperada, pero necesaria, de la Virgen María. Son también un milagro del estilo vicenciano la humildad, sencillez

y silencio con que las novedades se van haciendo públicas dentro de un misterioso desconocimiento de la protagonista. Todo es cauce para la reflexión, para la meditación y para la conversión.

La novedad de la Medalla es acogida con devoción y alegría como un signo de salvación ante los males que se ceban inmisericordes en los cuerpos de los afectados. Los duros zarrazos sociales y políticos vividos en los últimos años y las huellas dolorosas todavía no cicatrizadas de las interminables guerras han diezclado las familias y han poblado de pobres y mendigos las calles y los caminos. La peste despierta el sentimiento de castigo divino y estimula el sentimiento religioso de las gentes. Desgracias y pobres reclaman para la religiosidad de las gentes la intervención y el auxilio de lo sobrenatural. La Medalla se constituye en signo en donde apoyarse para recobrar la ilusión espiritual y la salud material..

El Padre Aladel manda acuñar 2.000 ejemplares que los distribuye a los fieles de París. Se empiezan a percibir hechos extraordinarios, tanto en el orden físico como en el espiritual: curaciones de largas enfermedades insolubles para médicos y hospitales, curaciones de atacados por la peste, conversiones inesperadas de personas recalcitrantes, cambios en la actitud interior de gentes manifiestamente incrédulos, ateos y anticlericales. A partir de junio de 1833, con motivo de la curación de un militar en el hospital de Alençon, la gente del pueblo comienza a llamarla "Medalla Milagrosa".

Los Padres y las Hijas de la Caridad colocan la pequeña Medalla bajo la almohada de los enfermos, la entregan a los ancianos, la ofrecen de obsequio en reuniones religiosas, la exponen en celebraciones litúrgicas y hablan de ella en actos piadosos y en conversaciones de amigos y conocidos. El Arzobispo de París la lleva siempre consigo.

A finales del año 1834 se habían repartido 500.000 Medallas. Catalina se siente emocionada, pues esta expansión va acompañada de conversiones, curaciones y favores que alimentan las conversaciones de cada día. La fe recobra fuerza, pues, bajo el impacto de la Medalla, cura, convierte y protege. Se habla de la Medalla como de la Biblia de los pobres, una insignia de efectos mágicos, un signo de la presencia cercana de María: "Los ciegos ven, los cojos andan, los pobres son evangelizados " (Mt. 15,25).

La Medalla se extiende con extraordinaria rapidez por toda Francia. Llega a Bélgica, España, Suiza, Saboya, Piamonte, Alemania, Baviera, China, América del Norte y a muchos otros

países. En Nápoles la Medalla es acuñada por la casa de la Moneda, pero las peticiones son tantas que la Casa de la Moneda no da abasto. Hace una entrega de 10.000. Al Padre Aladel le llegan noticias de que muchos fieles que han puesto su confianza en la Virgen se han visto favorecidos con su protección especial.

El Sr. Vachette sabe que otros fabricantes de París han acuñado y vendido la Medalla.

Incluso tiene discusiones con ellos, pero no insiste. Comprende que su propia acuñación no da abasto para atender a los pedidos que le llegan. Además también es justo que cada uno pueda ganarse la vida cuando la ocasión se presenta. Vachette ha sido informado de que se ha acuñado en Lyon por cuatro fabricantes, de los que tres le son conocidos. Cada uno de éstos ha empleado treinta obreros desde 1833, dedicados única y exclusivamente a la confección de la Medalla, de la que han elaborado enormes cantidades. Según información del Sr. Vachette, la venta diaria se ha elevado a 3.000 unidades de promedio. A la fecha del 30 Junio de 1836, solamente en Francia, el número de medallas distribuidas ronda el número de 12.247.238.

Reyes, altos cargos, responsables del Estado, del gobierno y de la sociedad, obispos y sacerdotes, jefes y simples devotos de la Virgen María, almas piadosas, familias cristianas, reclaman la posesión de la Medalla, confiados en que los rayos luminosos que se derraman sobre la tierra y el mundo lleguen también a sus pobres almas, a sus familiares enfermos, a sus súbditos queridos o a ellos mismos doloridos. La lleva Alfonso de Ratisbona, Francisco II de Nápoles, Bernardette Soubirous, El Santo Cura de Ars, Don Juan Bosco...

La Medalla se extiende en España a partir de 1833, introducida por el sacerdote de la Congregación de la Misión, Padre Lamboley. A causa de la Revolución emigra a España en 1789, residiendo sucesivamente en casas de los Padres Paúles de Cataluña y Baleares. En 1812 regresa a Francia y convive con el Padre Aladel en la época de las Apariciones y de la acuñación de la Medalla. Mantiene buenas relaciones y amistades con los Sacerdotes de La Congregación de la Misión en España, siendo intermediario cualificado de la presencia de la Medalla en las casas donde había residido años atrás.

Se habla de milagros, de curaciones, de conversiones. Los hechos parecen desbordar la discreción. Surgen preguntas sobre el origen de la Medalla y se hacen respuestas improvisadas. El rumor crece y produce cierta marejada. Llegan cartas a San Lázaro agradeciendo las gracias recibidas a través de la Medalla: piden más y también explicaciones. ¿Cómo canalizar este movimiento sin ponerse en una falsa situación ante la Santa Sede que prohíbe la propaganda prematura de revelaciones y de milagros? Es el abate Le Guillou quien encuentra la solución para tranquilizar a nivel de jerarquía y a nivel de público los primeros efectos del éxito alcanzado por la Medalla. Propone editar una información en el marco modesto del folleto "Mes de María". Los responsables eclesiásticos lo aceptan. El folleto se ilustra con "milagros" y "ejemplos", narrados con libertad. De esto modo la Medalla adquiere notoriedad y los signos que celebran su eficacia son conocidos por las gentes del pueblo.

"Mes de María" se publica con la aprobación personal del Arzobispo de París, con fecha 10 de abril de 1834. El Padre Aladel envía una carta en la que cuenta la aparición. Está escrita el 17 de marzo de 1834. Apenas una página muy prudente: "A finales del año 1830 una persona me comunicó una visión que había tenido, según ella, en la oración. Había visto, como en un cuadro, a la Santísima Virgen".

En edición posterior, el Padre Aladel se decide a ampliar noticias. Conserva siempre el anonimato de la Vidente. Desarrolla un poco más el relato del 17 de marzo. Señala un esbozo de la Vidente. No se trata ya de una persona, sino de Sor M..., novicia de París en una

de las comunidades que se consagran al servicio de los pobres. Subraya que vio en la oración un cuadro y que la Santísima Virgen figura allí tal como se la suele representar bajo el título de la Inmaculada Concepción. Estas precauciones serán una protección en el caso de que la Santa Sede empiece a inquietarse. Cuando recibe las pruebas, pide a Catalina autorización para divulgar, respetando el anonimato, lo que ella le había dicho en el confesionario y para hacer constar esta autorización.

El Boletín informativo se publica el 20 de agosto. El relato de la aparición es lacónico y descarnado: ni descripción de la aparición, ni colores, ni detalles. Habla como si las tres apariciones fueran estrictamente idénticas y ampliamente esparcidas en el tiempo. Viene luego un florilegio de milagros físicos y espirituales. La tirada de la edición lanza 10.000 ejemplares. Se agota en menos de dos meses. No hay existencias durante los dos meses siguientes.

La primera edición se imprime el 20 de agosto de 1834. Tiene 68 páginas y una tirada de 10.000 ejemplares. La segunda, el 20 de octubre con 108 páginas y 15.000 ejemplares. La tercera se imprime el 20 de noviembre con 143 páginas y 37.664 ejemplares. La cuarta, el 20 de marzo de 1835 con 270 páginas y 23.910 ejemplares. La quinta, el 1 de junio de 1835, con 288 páginas y 22.621 ejemplares.

La Medalla Milagrosa, contrapunto a la bella Doncella de los pintores españoles, se constituye en insignia protectora ante las duras dificultades de la vida y en alentadora estampa que orienta a la conversión y a las buenas costumbres. Es aceptada como emblema



que portan en sus predicaciones obispos, cardenales y sacerdotes. Se convierte en símbolo de lo sobrenatural entregado con fe y caridad a los pobres enfermos de hospitales, a los ancianos de asilos, a cualquier hombre o mujer necesitado. Quien la lleva porta consigo un estandarte sagrado que alivia el dolor del cuerpo y enriquece con sus gracias y favores las necesidades espirituales del alma.

Su reconocimiento es tan elocuente que los Papas no pueden soslayar el admitir su impacto bienhechor:

El Papa Pío IX el día 8 de Diciembre de 1854 declara dogma de fe la Inmaculada Concepción de María.

Treinta años más tarde en el año 1884 el Papa León XIII aprueba la imagen de la Medalla Milagrosa y le concede privilegio litúrgico con Misa y Oficios Propios.

En el año 1892 la imagen es coronada en Roma solemnemente en la iglesia de San Andrés delle Fratte, donde la Virgen se le apareciera a Alfonso de Ratisbona.

La Iglesia concede en 1894 que se celebre una fiesta litúrgica para conmemorar la aparición de la Sagrada Medalla.

El 11 de febrero de 1896 el Padre Antonio Fiat, Superior General de los Padres Paúles, solicitó al Papa León XIII que concediera su beneplácito para la coronación canónica de la imagen de la Virgen que reproducía la imagen de la Medalla y se veneraba en el lugar mismo de la aparición. El Santo Padre accedió gustoso y delegó al Arzobispo de París, cardenal Francisco Richar, para que procediera al acto de la coronación.

Este solemne rito se celebró el 26 de Junio de 1897, en la capilla de las Hijas de la Caridad en la Rue du Bac, lugar de las apariciones.

## CAPÍTULO XXI: LA CAPILLA DE LAS APARICIONES

Los acontecimientos vividos por Sor Catalina en la capilla del seminario refuerzan con su reconocimiento y presencia en la vida de la Iglesia, siempre segura y celosa de sí misma, la necesidad de establecer como ejemplo y estímulo para la piedad cristiana la más esbelta imagen de la Virgen María. La bella Doncella que los pintores españoles del siglo XVII habían descubierto a la religiosidad mariana es ahora confirmada por las manifestaciones sobrenaturales de la misma Virgen María.

El siglo XIX está cuajado de fechas y acontecimientos religiosos y eclesiales sobre la Santísima Virgen María que realzan y confirman la devoción popular, particularmente, en el privilegio de su Inmaculada Concepción. Durante este siglo XIX Francia recoge en su suelo el honor de las principales manifestaciones marianas:

El 1830 es protagonista de las Apariciones en la capilla de la Rue du Bac.

En 1832 se inicia la acuñación de la Medalla Milagrosa y su fecunda propagación.

En el año 1846 la Virgen se aparece en La Salette a unos pastorcillos.

En el año 1856 la Inmaculada Concepción visita a Bernardette Soubirous en el pueblecito de Lourdes.

Jean Guittón, prestigioso pensador católico, amigo personal del Papa, único pensador católico que recibió invitación de Juan XXIII para asistir como observador seglar al Concilio Vaticano II, prisionero de guerra de junio de 1940 a 1945, escritor fecundo en obras filosóficas y de crítica religiosa, experto conocedor de las Apariciones de la Rue du Bac, ha dejado unas deliciosas reflexiones sobre el barrio, sus calles, sus plazas, sus edificios y la capilla donde la Santísima Virgen María quiso hacerse presente a Catalina Labouré.

Guittón no ha vivido en este su barrio místico, pero ha pasado no lejos de él seis años de su juventud. Y ha contemplado muchas veces el horizonte de París desde el segundo piso del número 95 de la calle de Sévres cuando visitaba al Padre Pouget, Sacerdote de la Misión.

Aparentemente se trata de un barrio trivial, que no ha sido diseñado por ningún arquitecto,

que carece incluso de la disimetría de la belleza, que sus arterias han sido trazadas por el capricho o la costumbre. Un barrio habitado por gentes sencillas, trabajadores de todos los trabajos, acostumbrados a la rutina y a la normalidad de la sucesión de los tiempos sin que se presenten acontecimientos importantes.

En este barrio existe también un "centro oculto", difícil de descubrir, que no tiene realces externos ni signos grandilocuentes y prepotentes de su existencia y presencia, pero por el que, gota a gota, grupo a grupo, desfila incesantemente una procesión de peregrinos, que se acercan al núcleo del silencio con el recogimiento que propicia la oración personal y con el murmullo que generan las súplicas colectivas. Los datos estadísticos que ofrece el París de 1957 sobre los visitantes al museo de Louvre promedian 650.000; los que se acercan al Panteón, 150.000 visitantes. La Capilla de las Apariciones, en el número 132 de la Rue du Bac, recibe un promedio de 900.000 peregrinos. Esta capilla es el "centro mágico y místico" del trivial barrio sin signos aparentes, cuajado de espiritualidad, oración, trabajo y silencio (G.19-29).

Sin embargo, no hay ninguna señalización que indique al caminante el lugar de esta capilla, de este santuario; ninguna publicidad exterior se ocupa de él, ningún resplandor, ninguna grandiosa estatua, ninguna iluminación cuidada lo recomienda e invita a un alto en el camino para disfrutar del recuerdo, del silencio y del misterio. No hay rotunda y esbelta torre coronada de imponente campanario que invite al peregrino a detenerse y a preguntar por aquel monumento donde se guardan esencias de espiritualidad y religiosidad. Se mantiene como siempre la aristócrata fachada del regio edificio con su señorial portalada.

Tampoco hay tenderetes, profusamente iluminados y decorados, de recuerdos y reliquias ofrecidas a buen precio a los peregrinos de bastón y de mochila que se acercan por la curvilínea calle hasta el lugar donde se apareció la Virgen María a la humilde novicia de pueblo aspirante a Hija de la Caridad.

La Capilla del seminario en los días de las Apariciones era capilla privada, y muy privada, donde se formaban las Hijas de San Vicente de Paúl antes de adentrarse en el mundo de la necesidad y de los pobres. La Capilla de la Virgen está cerrada a ciertas horas del día y, por supuesto, de la noche. Cuando otros santuarios se han llenado de propaganda, de tenderetes, de comercio, de iluminación, de escaparate, de ruido y de negocio la capilla de la Rue du Bac permanece envuelta en el silencio, en el recogimiento, en el anonimato, como pretendiendo despistar a los curiosos parlanchines portadores de cámaras fotográficas que recorren lugares y rincones en busca de lo novedoso y alucinante.

Para el peregrinaje moderno, cultivado en buena parte por las estrategias de la publicidad y que mezcla en la misma alforja la fe, el sacrificio, el deporte, la curiosidad y la vanidad, el signo peregrinante de la Rue de Bac puede ser, más bien, una expresión de pobreza mística y un desperdicio irresponsable de algunas o muchas oportunidades para asegurar la reposición física y material de las alforjas de la entidad y de la comunidad. Se mantiene la paradoja, lo inconcebible, como en los días de Sor Catalina Labouré. Un lugar de silencio, una sencilla gruta de oración en el corazón de París. Un remanso de paz y recogimiento entonces, cuando París entero bullía con el griterío, la algarabía, el ajetreo de huidas y búsquedas, que eran consecuencia inmediata de las revueltas, persecuciones, sublevaciones, saqueos y matanzas. Un remanso de incógnito, de sosiego y de silencio ahora, cuando París entero bulle y se agita con la superficialidad de la moda, los grandes movimientos culturales, los preparados acontecimientos deportivos, convirtiendo la ciudad en núcleo de civilización, defensora y propagadora de nuevas ideas, nuevos inventos, nuevos signos de confort y bienestar.

Resulta difícil entender si las palabras de Jean Guilton implican queja por no tirar de la

oportunidad o decepción por no publicitar los logros admirables que se desprenden de la Capilla o descubrimiento de "un estilo, un criterio, una compostura" que se encarnan en el estilo, criterio y compostura de los que han sido educados y han crecido bajo el influjo del espíritu de san Vicente de Paúl: humildad, sencillez y pobreza.

El valor fuerte de la Capilla de Rue du Bac no son su estructura arquitectónica, sus paredes, sus piedras, sus cuadros de San José y Santa Ana, su galería o su presbiterio. Valor fuerte de esta Capilla es su razón primera: recinto sagrado, íntimo, familiar, para la oración y el recogimiento, para el silencio y la meditación. Arca Sagrada de las primicias formativas en la fe, en la generosidad y dedicación exclusiva a la vocación exquisita de la caridad en el amor entrañable de madres y sirvientes hacia los pobres. Valor fuerte de esta Capilla es la utilización expresa de la Virgen María para una larga conversación con la sencilla y silenciosa campesina que la Virgen elige como interlocutora de un mensaje de revisión para la conversión de los desajustes en que viven inmersas ambas Comunidades Vicencianas. Valor fuerte de esta capilla es el dolor incontenible de la Señora que ama como Madre y que encarga encarecidamente el cumplimiento de una misión, acuñar una medalla cuya presencia en la vida cristiana llenará de gracias a los que la lleven con devoción, lo que será último aldabonazo para la proclamación universal del dogma de la Inmaculada Concepción, y que se constituirá en el futuro como la Medalla Milagrosa, especialmente querida y venerada por muchos creyentes y como emblema de la presencia constante de la Virgen María en la vida cotidiana.

La Capilla de Rue du Bac es el signo del silencio de una comunidad que se recoge en oración, como lugar sagrado donde se hace inmediatamente posible la comunicación interior con lo sobrenatural. Es el signo de unas apariciones de la Virgen que se desarrollan en el silencio de la capilla, en el silencio de la noche y en el silencio de la oración. Es el signo del misterioso silencio de una vidente, impregnada de la gracia de lo alto, rebosante de amor filial a la madre, pero que es capaz de pasar desapercibida acogéndose a la sencillez y humildad que ha aprendido en su juventud de vida campesina y enriquecidas con la silenciosa dedicación a las lecciones del Padre fundador san Vicente de Paúl. Así pues, todo acompaña para que el espíritu y el estilo de la capilla queden impregnados por las características que hacen del encuentro interior con la Virgen María un encuentro vivido en sencillez, humildad y recato personal. Para este encuentro con la Señora no se requiere parafernalias de luces y sonidos ni vulgaridad de ruidos ni alborotos vocingleros ni gastos extemporáneos ni comercialización de lo sagrado, íntimo y personal.

París es la ciudad de la burguesía, de la riqueza y el comercio. Es la ciudad de la cultura y del arte, de la belleza y el culto a las realidades humanas. París es la ciudad del liberalismo, de la revolución, del espíritu moderno. Es la ciudad que aglutina poder, prestigio, historia y razón, núcleo del turismo y del bienestar, centro crucial para el goce material. París es la ciudad de la Virgen Milagrosa, la ciudad de las Apariciones de la Virgen a Sor Catalina Labouré, la ciudad de la capilla de Rue du Bac. En París se abrazan el apogeo profano de la sociedad y el lugar recogido y recoleto de la Capilla de la Virgen Milagrosa. París huele a lujo, dinero y poder; la Capilla huele a incienso y a perfume de oración. París es la ciudad de la luz y la grandiosidad; la Capilla es el recinto donde reina la penumbra del misterio y la abstracción hacia la reflexión interior y la meditación. París es la ciudad que da pulso a Europa; la Capilla es lugar que da pulso al alma y a la circunstancia personal. A París le importan sobremanera las fachadas, los arcos, los monumentos; a la Capilla no le importan en absoluto la fachada ni la magnificencia ni las iluminarias ni los repiques de campanas.

Porque la Capilla es un foco misterioso de santidad, de entrega y de caridad. Y es también un

foco de revelación, como es foco de aceptación y es también foco de conversión. Sigue siendo la Capilla signo especial donde se recoge el silencio de un alma que ha conversado con la Virgen, donde se rejuvenece el silencio de una Congregación, donde renace cada día el espíritu de un colectivo como arranque de evangelización hacia las pobres gentes de lejanas tierras y a las también pobres gentes de la cercanía. Desde la capilla se proyecta un espíritu radical de cristianismo por el que las Hijas de la Caridad testifican a María como ideal y modelo en su interminable caminar hacia el mundo concreto de los pobres. En esta Capilla se percibe la oración en estado puro, la oración constante no tildada de contaminación ni distracción, la imploración desde los fondos arcanos del ser humano más que la oración expresada en rumor de labios susurrantes o en gemidos frenados por el respeto. Esta Capilla es el Arca de la Alianza guardando en su rudimentario misterio la urgente necesidad de la imploración humana. A esta Capilla llegan hombres y mujeres de todas las razas, de todas las culturas, de todos los colores. Se ciñen al silencio, son absorbidos por musitantes murmullos de sorpresa, contemplan los gestos desconcertantes de muchas gentes que se acercan aquí dejando lejos de la puerta los emblemas de su casta, su raza, su sexo, su profesión, sus haciendas y su poder. Unos y otros se arrodillan, cuando les toca, ante el sillón situado en un rincón del presbiterio para mirarlo, besarlo y tocarlo con sus manos. Casi todos dejan caer algunos billetes de moneda oficial, fruto del trabajo y del ahorro, expresión de agradecimiento por la paz interior llegada a tiempo, ofrenda para la recolección de una nueva cosecha de gracias que llenen el fondo de su arcón espiritual.

Afuera han quedado el ajetreo, el ruido, los escaparates, los monumentos, la circulación frenética de coches, las prisas de los peatones carentes siempre de tiempo. Dentro de la Capilla todo es tranquilidad, serenidad, silencio. Un silencio absoluto que es más que un silencio en el interior del gran silencio. Las personas no tienen prisa. Clérigos con sobrepelliz, con alzacuellos, con los ojos cansados de mirar, las manos enjutas de bendecir, el corazón reseco de perdonar. Religiosas de manto y cofia, de velo y sandalias, de hábito y cinto, de oración y clausura, de parvulario y universidad, de sanatorio y hospicio. Hombres y mujeres de aldeas lejanas y domicilios cercanos, de áspero trabajo y larga jornada, de mantilla y sombrero, de bastón y pulsera, de traje festivo y de vestimenta casera. Las personas parecen estatuas cubiertas con vestidos de muchos colores. No hacen teatro de figurín, ni son plañideras de funeraria ni pitonisas de redondas bolas mágicas. Son hombres y mujeres, llegados de cerca y de lejos, cargando sobre sus hombros las muchas lecciones, las muchas vivencias que los pocos y muchos años que justifican vivir han ido dejando su frente marcada de arrugas.

En esta Capilla no hay portero de recepción, no hay botones que recoja abrigo, bastón y sombrero. El que llega se pone a la cola y espera, paso a paso, lentamente, a que la fila avance hacia el sillón del presbiterio. Los sacerdotes se añaden, las religiosas se suman, los ancianos esperan, las mujeres callan, todos rezan, todos están transformados por el silencio, la paz, el orden, la simplicidad del lugar, del recinto y hasta de la vulgaridad que parece haberse establecido en este rincón de la populosa y bullanguera París. No hay cirios, ni recuerdos, ni celebraciones litúrgicas que distraigan la imploración íntima de la persona que aquí se acerca a suplicar a la Señora por una gracia especial que es necesaria en el entorno de su propia familia, de su propia realidad espiritual, de su estado físico, psicológico, profesional, místico o vocacional.

## CAPÍTULO XXII: SIEMBRA Y RECOLECCIÓN



## CURACIONES Y CONVERSIONES

La Boletín donde se informa sobre el origen y los efectos de la Medalla editado por el Señor Bailly se extiende rápidamente y sus ejemplares se agotan en muy pocos días. Asimismo los fieles de Francia y países cercanos son testigos y partícipes de las gracias con que la Virgen María protege a quienes portan la Medalla. Influidos por estos sorprendentes efectos físicos y espirituales de la protección, reiteran sin cesar nuevas peticiones de Medallas.

Es confirmado este impacto popular por una encuesta mandada realizar por el Arzobispo para tomar conocimientos sobre hechos de protección de la Medalla en su diócesis y para el Informe sobre las Apariciones. Dicha encuesta concluye que han sido nueve los casos comprobados de actuaciones milagrosas en los años 1834 y 1835.

En esta misma línea de fervor popular el Arzobispo de París escribe por estas fechas una Recomendación Pastoral a sus feligreses diciendo: "Exhortamos a los fieles a que lleven la Medalla acuñada hace algunos años en honor de la Santísima Virgen y a que repitan a menudo la oración grabada en torno a la imagen: Oh María sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos" (AP.249).

También el Padre Aladel en una de sus cartas, publicada en junio de 1837, quiere dejar constancia de lo que está significando la Medalla para las preclaros representantes de la Iglesia y para el conjunto de fieles. Dice: "Monseñor el Arzobispo nos decía hace un mes que la da a todos los enfermos que visita y que ni una sola vez lo ha hecho sin fruto. De todos es sabido que su inagotable caridad lleva al ilustre prelado, de noche como de día, a la cabecera de una multitud de enfermos de todas las clases sociales. (Hoy podemos asegurar que la

Medalla se ha acuñado en número de más de 20.000.000 en cobre, 1.022.000 en plata y 352 en oro). Publiquemos que, en Roma, los Generales de Órdenes Religiosas y los Cardenales se han apresurado a propagarla, y que el mismo Santo Padre la ha colocado al pie de su Crucifijo. Se nos escribe que Su Santidad la ha regalado a varias personas como una muestra de su especial benevolencia..." (AP.250).

El Padre Perboyre, Sacerdote Paúl misionero en China y al que Catalina tiene un gran aprecio, escribe en 1837 una carta expresando cómo la Medalla Milagrosa libró de la enfermedad a una mujer que había perdido la razón, quizás poseída del demonio.

Sin embargo, es la conversión de Ratisbona la que produce un efecto extraordinario en los fieles y devotos amigos de la Medalla. La calidad del personaje, su situación personal, su nombrada en los sectores sociales hacen que la noticia se extienda como un reguero de pólvora iluminando los sectores cristianos de la época.

Alfonso de Ratisbona es un joven banquero alsaciano, de la ciudad de Estrasburgo, judío, recién casado, orgulloso y anticlerical; se tiene a sí mismo por israelita fervoroso, instruido, seductor, amigo de las realidades del mundo y caritativo; no tiene para la religión católica, que conocía perfectamente en todo su exterior, más que odio y desprecio. Amigos y adversarios han comparado la conversión de Ratisbona camino de Roma con la de San Pablo camino de Damasco. Las dos son instantáneas, las dos están marcadas por una aparición: A san Pablo se le aparece el Señor, a Ratisbona se le aparece la Virgen de la Medalla Milagrosa (G.91-109).

Todo empieza como en un juego de picardías entre dos amigos, cuyas ideas y criterios religiosos son muy diferentes. Ratisbona visita en Roma a un amigo, el barón de Bussiérés. Éste es ferviente católico y buen devoto de la Virgen Milagrosa. El barón le plantea a Ratisbona una ingenua estratagema. A Ratisbona la proposición le parece extraña y pueril. Acepta por razones de amistad y deja que le coloquen la Medalla al cuello. Después de tres o cuatro días, en los que protagoniza algunas escaramuzas y cambios inusuales de decisiones, amigos y conocidos van a ser testigos de los momentos claves y definitivos de una inaudita

conversión.

Las curaciones repentinas de enfermedades físicas incurables, la recuperación total de enfermos desahuciados por los medios sanitarios y técnicos humanos, los milagros de Jesús, la multiplicación de los panes, la resurrección de Lázaro, la visión del ciego de nacimiento no se entienden como fines exclusivos en sí mismos, sino como manifestaciones instrumentales para obtener otros objetivos más substanciales en el orden religioso y sobrenatural. Son transformaciones personales instantáneas que liberan deficiencias físicas, inciden para la normal realización de las funciones vitales, se perciben directamente, anulan todo residuo de la situación anterior, cambian las posibilidades del ser humano..., pero la conversión del alma, la transformación radical del espíritu, ¿en qué consiste realmente? ¿es objetivo final en sí mismo?

Para Alfonso de Ratisbona resulta difícil explicar qué es lo que le ha sucedido interiormente. Intenta aclarar esa variación substancial de ideas, de criterios, de actuaciones, de estado interior, pero sin poder adentrarse en la hoguera que arde y crea en su alma esa nueva necesidad de nuevas y diferentes percepciones y manifestaciones personales, comparándolas con las que hasta ese momento han sido habituales en él y con las que ha estado absolutamente comprometido.

Conversión, en sentido etimológico, significa vuelta, es decir, cambio brusco, completo, definitivo. Si lo que da vuelta es el alma, el cambio completo y definitivo será del estado del espíritu. Cambio radical de caminos, de ideas, de criterios, de actitudes y comportamientos,

pero todos ellos enclavados única y exclusivamente en el campo del alma y del espíritu, en el campo de la verdad y de la fe. La conversión de Ratisbona se adentra en el mundo del misterio de una determinada vivencia religiosa, amparada en los símbolos que se utilizan en las expresiones de esas vivencias interiores religiosas: la Medalla Milagrosa.

Lo cierto en el acontecer de la conversión de Ratisbona es que la misma es un hecho cotejado, una transformación computada, una vuelta total y comprobada de criterios y valores. Un joven judío, orgulloso, soberbio, seguro de sí mismo, fanático de sus ideas, anticlerical, destilando desprecio a las formas y signos de la Iglesia Católica, en el corto espacio que requiere la duración de una breve espera, es, de repente, abatido por todos los efectos del llanto, es cambiado radicalmente de criterios, se ve sumergido en un mundo inexplicable de misterio y pide un sacerdote católico para poder hablar. En ese puro instante la interioridad de este hombre ha sido transformada tomando la dirección precisa hacia aquella realidad que el hombre detestaba, repudiaba y ridiculizaba hasta ese preciso instante. El milagro está en el hecho, en la transformación personal. El milagro se confirmará en las decisiones y actuaciones posteriores como consecuencia de la mutación personal. El hecho ha sido pensado como posible por el amigo, pues su devoción a la Virgen así lo espera. El hecho no es sospechado por el protagonista, es, más bien, insólito. El hecho cristaliza la acción de enfrentamiento de dos fuerzas del ánimo y del espíritu: de un lado, la piedad, la medalla, la Virgen María; del otro, el orgullo personal, el fanatismo radical, y el desprecio visceral. El hecho, en apariencia, físicamente, nada cambia; pero psicológicamente lo cambia todo, pues todo son llanto, lágrimas, desconcierto, turbación, sensaciones inexplicables. Interiormente todo cambia; cambia el alma. Cambia el motor del espíritu, el impulso de los valores, los cimientos en los que se apoyan las actitudes. Cambia el motor que dirige el entendimiento y la voluntad. Lo anterior se sepulta en la nada y surge del misterio una fuerza nueva que explota en llanto, en arrobamiento y en decisión: Una fuerza que se asienta con aplomo, que rompe y rasga antiguas convicciones, que transforma el ser y el sentir de la persona. De repente, una extraña semilla ha explotado para dar paso a un

compromiso de frutos nuevos de recolección, una recolección distinta, inesperada, sorprendente.

Alguien ha irrumpido con violencia en los cimientos del alma de Alfonso de Ratisbona, despertando en ella descubrimientos indescriptibles que se hacen inexplicables, pero que están ahí, llenando de expresividad los gestos personales de quien ha sufrido el impacto de lo inesperado: la presencia del Dios que es Amor, la presencia del Dios que rompe esquemas y cambia vidas, al amparo de la instrumentalización de una medalla, de una oración, de la influencia de la Virgen María. Dios, sorprendentemente, toma posesión definitiva del alma de Ratisbona, que deja de ser lo que ha sido hasta entonces y empieza a ser lo que no pensó ni quiso llegar a ser: sacerdote hasta la muerte, jesuita. Así es como la pequeña semilla se hace árbol florido.

#### LA MEDALLA DE LA INMACULADA CONCEPCION

La Medalla es también la semilla que ayuda a florecer la glorificación de la Virgen, preparando la declaración del Dogma de la Inmaculada. Sus ejemplares son ya incontables, las personas que la portan innumerables, los países donde se la conoce aumentan año tras año. Es la Medalla de la Inmaculada.

Monseñor de Quélen, Arzobispo de París, erige en Nuestra Señora de las Victorias una Congregación en honor del Santísimo e Inmaculado Corazón de la Bienaventurada Virgen María. Los estatutos de la Archicofradía constatan que "cada asociado recibirá en el momento de su admisión, para llevarla con respeto y devoción, la Medalla indulgenciada

llamada de la Inmaculada Concepción y conocida por el nombre de la Medalla Milagrosa". Se le invitará a que rece, de vez en cuando, la oración grabada en dicha Medalla: "Oh María sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos".

La profunda devoción de Monseñor de Quélen a la Medalla Milagrosa va muy estrechamente unida con su deseo de promover el culto de la Inmaculada Concepción. El día 4 de noviembre de 1838, dirige una súplica a Roma, al Papa Gregorio XVI, para solemnizar la fiesta del 8 de diciembre, haciendo referencia al movimiento de la Medalla Milagrosa. Dice:

"Desde hace más de diez años, el culto a la Santísima Virgen, honrada bajo el título de su Inmaculada Concepción, se ha extendido en Francia y en la diócesis de París de manera notable. Esta devoción ha recibido un incremento todavía más extraordinario a partir de la emisión y propagación de una Medalla en honor de "María sin pecado concebida", llamada vulgarmente "Milagrosa", a causa de los innumerables favores de curaciones y conversiones que se comprueban por todas partes desde la propagación prodigiosa de dicha Medalla. Es para la Iglesia de París un timbre de gloria el profesar y sostener la creencia en el misterio de la Inmaculada Concepción. Sus doctores la proclaman en su enseñanza, los fieles la conceden un valor singular y esperan numerosos favores de la bondad de María, invocada bajo la advocación de Inmaculada en su Concepción. El Arzobispo de París considera como un deber suyo secundar la piedad de sus diocesanos, de la que espera frutos abundantes de bendición

y salvación. Y si no es efecto de un celo temerario, se permite suplicar a Nuestro Santísimo Padre el Papa:

Primero: Se digne autorizarle para celebrar y mandar celebrar a perpetuidad en su diócesis "la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, Madre de Dios", el segundo domingo de Adviento, con él fin de hacer esta fiesta más popular.

Segundo: Poder celebrar el Oficio de la fiesta en ese mismo domingo de Adviento, comenzando por las Primeras Vísperas de "rito solemne mayor", como corresponde a las

dobles de segunda clase.

Tercero: Añadir al Prefacio de la Misa de la Concepción de la Bienaventurada Virgen María la palabra "Inmaculada", de suerte que se puede leer: "et te, in Conceptione Inmaculata..." como ha sido otorgado a la diócesis de Sevilla, en España, por decreto del 6 de septiembre de 1834, y posteriormente a otras diócesis.

Cuarto: Por último, conceder, también a perpetuidad, en ese día segundo de Adviento, una indulgencia plenaria a todos los que, habiendo confesado y comulgado, recen tres veces, después de las preces ordinarias por las intenciones del Sumo Pontífice, la invocación: "Oh María sin pecado concebida, rogado por nosotros que recurrimos a Vos" (AP. 253).

El día 8 de diciembre de 1838, Monseñor de Quélen recibe del Papa Gregorio XVI el Rescripto concediéndole los permisos solicitados para la celebración de la fiesta de la Inmaculada, Fueron también otorgados a numerosas diócesis de Francia: El día 1 de marzo de 1839: Chálons, Fréjus, Toulouse y sus sufragáneos. El día 30 de agosto de 1839: Amiens. El día 9 de Diciembre de 1839: Tulle. Dichos permisos fueron posteriormente concedidos a casi la totalidad de las diócesis de España, Francia e Italia.

El día 1 de enero de 1839, Monseñor de Quélen consagra su diócesis a María Inmaculada. Para perpetuar la memoria de este acto, mandó pintar un cuadro que le representaba de pie, con los ojos fijos en María, a quien miraba con confianza. La imagen de María descansa sobre un globo con esta inscripción: "Virgo fidelis". También puede leerse: "Regina sine labe concepta, ora pro nobis".

No contento Monseñor de Quélen con llevar consigo la Medalla Milagrosa, manifestó el deseo de tener en su propia alcoba una imagen de la Inmaculada según el modelo

contemplado por Sor Catalina. La imagen fue fundida en bronce ante sus propios ojos y él mismo quiso intervenir en la operación. Cuando se celebró por primera vez en la diócesis la fiesta de la Inmaculada hizo llevar esta imagen a la catedral de Notre Dame y sobre un trono de flores fue expuesta a la veneración de los fieles, según la autorización expresa del Santo Padre. Monseñor de Quélen murió el 31 de Diciembre de 1839.

La Virgen le ha dicho a Catalina: "Vas a cumplir una misión". ¿Cuál puede ser el objeto de esta misión? ¿Acuñar y propagar la Medalla? ¿Preparar el mundo a la definición del Dogma de la Inmaculada Concepción? ¿Propiciar la regeneración de las dos Familias Vicencianas? El hecho es que estos tres aspectos se realizan al unísono, como si se tratara del desarrollo de tres recias ramas que crecen desde un mismo tronco y se hacen descollantes y grandiosas.

La humilde novicia de las Hijas de la Caridad, joven ignorante que con 24 años es la expresión de una niña, pura como un ángel, humilde como la más pequeña componente de la más sencilla familia de un pueblo, es el instrumento que toca a fiesta las glorias y grandezas de la Virgen María.

La Medalla, nueva, desconocida, sublime, maravilloso retrato de la Virgen, cuya invocación es un canto espontáneo a su grandeza, pureza y santidad y una súplica a su generosidad, crea de inmediato un gran "movimiento mariano" que sigue reinando en la Iglesia. Se convierte en instrumento de milagros sin cuento, obtenidos por doquier mediante la regeneración de la fe, la piedad y la invocación a María Inmaculada. Se alza por sí misma en emblema de conversión para La Familia Vicenciana. En Ella el mundo cristiano reconoce a la Inmaculada Concepción y desde la sinceridad de su piedad popular se levanta un clamor solicitando

la proclamación universal de este dogma.

En 1840, diez Arzobispos franceses, los de Cambrai, Albi, Besançon, Bordeaux, Sens, Avignon, Auch, Reims, Bourges, Lyon y cuarenta y un obispos sufragáneos, testigos de los prodigios de la Medalla y de la fe de los pueblos, piden al Papa Gregorio XVI la definición del dogma de la Inmaculada. Entre los años 1843 y 1845 llegan a Roma cuarenta súplicas semejantes, enviadas por obispos de diferentes países, especialmente desde España, campo



cultivado y especialmente devoto de la Virgen Inmaculada. Al fin, en 1854, Pío IX colma los deseos de los fieles y los obispos. Rodeado de los Cardenales de la Iglesia de Roma y un gran número de Arzobispos y Obispos llegados de todas las partes del mundo católico despliega gran solemnidad y pompa y, fuera de todo Concilio, define el 8 de diciembre el dogma de la Inmaculada Concepción.

El pueblo cristiano acoge con entusiasmo esta definición dogmática y organiza fiestas extraordinarias. Pero, de manera especial, los grandes y numerosos milagros de la Medalla Milagrosa explican este entusiasmo universal. La revelación de la Medalla y la acción callada y silenciosa de una humilde sierva de la Caridad han sido rubricadas al fin.

A partir de 1834, afluyen sin cesar las cartas a la Casa Madre de la Congregación de la Misión relatando rasgos de protección, curaciones de toda clase de enfermedades: locura, lepra, escorbuto, tuberculosis, tumores, hidropesía, epilepsia, hernias, parálisis, fiebres tifoideas, cáncer, fracturas, lesiones cardíacas, cólera; relatan conversiones espirituales de pecadores obstinados, de protestantes, judíos, apóstatas, incrédulos, masones, malhechores; narran favores que neutralizan los efectos desastrosos de la guerra, de naufragios, de accidentes, de duelos. Una recapitulación de estos rasgos de protección entre los años 1832 y 1871 recoge los siguientes datos: Curaciones: 323. Conversiones: 113. Protecciones materiales:

39. Protecciones espirituales: 22.

SEÑALES DE RENOVACION VICENCIANA

Catalina lleva seis meses viviendo entre los miembros de la Comunidad de las Hermanas. Apenas ha dispuesto de un tiempo suficiente para conocer en profundidad cuanto concierne a los miembros de la Familia Vicenciana. Es ajena a los entresijos, vicisitudes, luchas e inquietudes, problemas y situaciones que pueden embargar, a nivel nacional, provincial y local a las comunidades de los Hijos e Hijas de San Vicente de Paúl. La Virgen le ha dicho:

"Hija mía, gusto particularmente de derramar gracias sobre la Comunidad: la amo mucho. Siento dolor, pues hay grandes abusos; no se observa la Regla, la regularidad deja que desear. Hay gran relajación en ambas Comunidades. Dilo a quien se encarga de ti, aunque no sea Superior. Tiene que hacer cuanto esté en su mano para poner de nuevo en vigor la Regla. Díselo de parte mía. Que vigile las malas lecturas, la pérdida de tiempo y las visitas" (L.63). Así pues, ¿en qué fundamentos puede basarse Catalina para comprobar y confirmar las observaciones de la Virgen, si apenas conoce las Reglas, Normas, Ordenanzas, Usos y Costumbres que rigen la vida y el espíritu de las Compañías? Las palabras de la Virgen quedan recogidas en su silencio. A ella le queda la firme voluntad de cumplir el deseo de la Señora y transmitirlo como suele hacerlo al Padre confesor.

Pero a medida que los años se suceden Catalina conoce más de cerca y de propia mano la realidad de las Comunidades Vicencianas. Los documentos del pasado reflejan retazos de la historia. Y la historia de las dos Familias Vicencianas está cargada de notables irregularidades que influyen para que la Virgen María este triste y así se manifieste a Catalina (AP.295-300). Lejos están del espíritu de San Vicente las actitudes y comportamientos que ocupan a los miembros de su Congregación. Los acontecimientos y situaciones a los que alude el escrito del Padre General se suceden cuarenta años antes del ingreso de Catalina en la familia vicenciana y de las apariciones de la Virgen. Si la Virgen se lamenta quiere decir que la situación no ha cambiado y los hechos se mantienen.

Relajación en los criterios religiosos y sacerdotales, relajación en los principios de orden y supeditación comunitaria, relajación en los comportamientos personales, relajación en el

testimonio vocacional, relajación en el sentido de la vida religiosa, relajación como manifestación consecuente de roturas básicas, quebrantos en el convencimiento, negación de la fidelidad y el compromiso.

Relajación alimentada en causas y deficiencias personales y comunitarias: falta de oración personal, ausencia de disciplina comunitaria, contagio de ideas secularizantes, atrapamiento en actitudes materialistas y ajenas a las fuentes del espíritu.

Ausencia de la reflexión espiritual, alejamiento de los actos comunitarios, desprecio de las normas que encauzan la conservación de un estilo y espíritu vicencianos, desidia por los valores de la Congregación, atracciones desenfrenadas por las realidades superficiales de la vida y las costumbres ajenas a los valores de la fe, entrada en el campo del ridículo y el contrasentido.

Si la situación se presenta muy relajante entre los miembros de la comunidad de Sacerdotes de la Misión, no lo es menos en la comunidad de las Hijas de la Caridad. Existen también documentos de la época que sellan la historia, aunque su fecha es prácticamente un siglo más tarde a la Circular del Padre General, Padre Cayla de la Garde. Sor Emilia Pineau, Hija de la Caridad, que interviene en el proceso de beatificación de Sor Catalina, relata aspectos más expresamente concernientes a las Hermanas:

"Por el tiempo en que Sor Catalina era favorecida con visiones celestiales de la Santísima Virgen y de San Vicente el espíritu reinante en la Comunidad dejaba mucho que desear. La borrasca de la gran Revolución y el cisma que siguió a ésta habían debilitado la regularidad. El espíritu interior que quiere San Vicente acompañe nuestras santas obras, quitándoles

cuanto puedan tener de servil y humano, no existía más que en algunas almas escogidas"

(AP.283).

A sor Catalina le tocó en suerte comprobar directamente estas relajaciones que contradecían en su más delicada perspectiva humana las enseñanzas de san Vicente de Paúl. La psicología y la personalidad femenina tiene sus vertientes frágiles por donde se pueden romper los esquemas y los criterios de una vivencia vocacional en comunidad. Santa Luisa de Marillac y san Vicente de Paúl tuvieron muy claro estas profundas realidades de la personalidad femenina. De ahí que tanto en sus escritos como en sus conferencias y pláticas insistieran una y mil veces en estas cosas para que la vigilancia fuera constante a nivel personal y a nivel comunitario.

La Hija de la Caridad es para San Vicente no sólo una perfecta consagrada que controla en todo momento las fragilidades personales que pueden atacarla por las insinuaciones y tentaciones que asoman por encima de la verja del convento, sino que debe ser una gran mujer, amarrando con contundencia y severidad las fuerzas de lo femenino a fin de mantenerlas controladas para poder dirigir las en su totalidad y plenitud a las expresiones y exigencias de la vocación y el servicio. Es la representación viva de Jesucristo en su entrega personal al pobre, al necesitado, al sufriente, pero para que esto sea verdad ha de estar poseída siempre por el espíritu de Cristo, el cual ha de envolver todas las fibras de la persona y de la Hija de la Caridad: "El buen Dios realizará siempre nuestros quehaceres, cuando nosotros realicemos los suyos. Nuestra vocación es una continuación de la de El, o al menos se parece a ella en las circunstancias".

El Padre Jules Charles Chevalier, sacerdote paúl, biógrafo de Catalina, atestigua que las Apariciones de 1830 señalaron el fin de un período desastroso para la Iglesia y la sociedad; iniciándose una nueva era de esperanza y misericordia, como respuesta a las gracias que se desprenden de los rayos de la Virgen Milagrosa. Sor Pinaeu constata:

"Tocó entonces a nuestra Buena Madre Inmaculada dar remedio a nuestros males y hacer que renaciese en los corazones el apremio, el deseo de vivir el espíritu de nuestro Santo Fundador. Cundían el espíritu y el ferviente deseo de pertenecer totalmente a Dios. El deseo de unir la vida exterior de Hija de la Caridad a las virtudes más sublimes de la vida consagrada se apoderó de las Hermanas jóvenes. En la casa Madre no se oía a éstas, ya fuera durante el recreo u otras veces, sino hablar de Dios y de lo que más estrechamente une a El, y esto de modo tan atrayente, que su encanto se transmitía a todas, jóvenes seminaristas o Hermanas de otras casas" (AP.284)

La renovación de las Comunidades Vicencianas va a ser un hecho que se consolida a partir de las Apariciones de la Virgen, de la acuñación de la Medalla y de su impacto interior en las conciencias. Bien es cierto que la Virgen interviene para encontrar los pilares humanos que encaucen y ratifiquen esta reconversión de los discípulos de san Vicente al espíritu de sus orígenes. Estos pilares son personas cuyas vidas se enriquecen muy cerca de la Medalla: el Padre Etienne, Superior General (1843-1874), el Padre Aladel, Director General de las Hijas de la Caridad (1846-1865) y Sor Boulet, Superiora General (1830-1839). Ellos darán paso a otros que continuarán su obra de regeneración y amplia propagación de ambas comunidades.

Signo importante de renovación será el notable incremento de vocaciones en ambas Congregaciones. También los acontecimientos en otros países que reciben con agrado la presencia de los Sacerdotes de la Misión y de las Hijas de la Caridad. La Revolución espantó a los espíritus más valerosos y presagiaba más ruinas, pero va a trocarse en punto de arranque para las dos Familias Vicencianas, que no han visto prosperidad igual. La Revolución de 1789



había assolado y hecho desaparecer la Congregación de la Misión, al igual que los demás Institutos Religiosos, aunque había sido algo más transigente con las Hijas de la Caridad. Ambas Familias van a resurgir de los escombros, empujadas por las palabras de la Virgen, que promete protección especial a los Hijos e Hijas de san Vicente de Paúl.

En 1848 estalla en París una nueva Revolución que se extiende devastadora por toda Europa, derribando tronos, difundiendo doctrinas subversivas, poniendo en tela de juicio la existencia misma de la sociedad y los valores religiosos de la cristiandad. Cunde la anarquía y todo parece perdido para la religión y el orden social. Sin embargo, en 1870 el Padre Etienne escribe: "Durante el solo período de mi generalato, 27 años, han sido erigidas 14 provincias y 120 nuevas casas, han emitido votos 1.630 miembros, son sacerdotes o clérigos 1.200, son Hermanos coadjutores 420" (AP.309).

Este espléndido crecimiento se produce principalmente entre los años 1850 y 1870. Catalina vive realizando su vocación de "Sierva de los Pobres" en el asilo de Enghien. Únicamente el Padre Aladel sabe que ella es la vidente de las apariciones. Ella se mantiene impertérrita en el misterioso silencio del anonimato. Su vida se desenvuelve entre pucheros, vacas, palomas, aves de corral, ancianos, pobres, niños pordioseros. Se amarra silenciosamente a la oración, al cumplimiento estricto de las Reglas de la Comunidad, a la caridad espontánea, a los pobres que están en el asilo o llaman a la puerta. Su vida tiene la modestia y la sencillez de las buenas Hijas de la Caridad. Cuando Catalina Labouré entra en el seminario en 1830 hay 107 tomas de hábito en la Rue du Bac. Cuando Catalina muere en 1876 las tomas de hábito en Rue du Bac son 445.

En el día de hoy las Familias Vicencianas se extienden por todo el mundo. Quizá algunos están esperando todavía la presencia en siembra de la caridad y asistencia que brindan las Comunidades Vicencianas. Las estadísticas son datos fríos, demasiado fríos, cuando se trata de apreciar el calor y el entusiasmo, la entrega y generosidad, el sacrificio y la oración, la renuncia y la perseverancia que se esconden en cada una de las personas que hacen número para engrosar el dato global que enriquece la perspectiva de las congregaciones, marcadas

específicamente por los valores religiosos. Siendo abundante la recolección, también los frutos están expuestos a los fuertes impactos del clima, los vientos, las heladas y los contratiempos.

La Medalla Milagrosa, emblema de renovación del espíritu vicenciano, estandarte de las raíces del cristianismo, instrumento para la santidad, sigue estando presente en el mundo de los hombres. La realidad de los pobres que adentró a San Vicente en los campos de la santidad sigue siendo la idea de santificación y salvación que trajo Jesucristo para que se ayuden los unos a los otros e hagan juntos el camino de realización personal.

Misterio de lo sobrenatural es la vocación religiosa, misterio de constante descubrimiento son las interioridades de ciertos hombres y mujeres que renuncian a muchas posibilidades lícitas, espléndidas y hermosas, para dedicar su vida a remediar las necesidades físicas y espirituales de sus hermanos en Cristo Jesús. La vivencia religiosa sigue estando presente en el mundo a pesar de los ramalazos de ideas nuevas, situaciones prósperas, oportunidad de personales satisfacciones. A unos cuantos les ha podido venir grande la rigidez estricta de las Reglas Comunitarias, pero para andar ciertos caminos de la renuncia y la generosidad hacen falta reglas y criterios que defiendan los ánimos de muchas ventoleras que soplan del exterior.

Catalina Labouré no quiso presentarse ante la investigación ordenada por el Arzobispo de París sobre las Apariciones aduciendo pérdida de memoria. Fue su Director espiritual, el Padre Aladel, quien tuvo que responder a todas las preguntas. La comisión fue favorable a



reconocer las Apariciones, aunque el Arzobispo no llegara a firmar una declaración formal debido a su muerte acaecida en 1839. La Capilla de las Apariciones se convirtió en el primer centro de peregrinaciones francés en el siglo XIX con tres millones de peregrinos por año, según datos de 1890.

La veracidad de las Apariciones está plenamente garantizada. Así lo quiere significar el silencio de 45 años de la Vidente. Así lo confirma una mujer sencilla que permaneció de incógnito durante muchos años ejerciendo humildes acciones de caridad. Así lo ratifica una Hija de la Caridad que pasó desapercibida ante sus compañeras de Comunidad, estando entre todas ellas como una más por la humildad en su trabajo diario, por el intachable cumplimiento de los deberes y de las Santas Reglas y por algunos detalles misteriosos. Recordaba detalles únicamente ante su confesor. Olvidaba el mismo hecho ante los demás. Sus anuncios misteriosos se cumplían con exactitud.

## CAPÍTULO XXIII: VALOR DE LOS SÍMBOLOS

Catalina repite una y otra vez: "Ahora hay que propagarla". La Medalla recoge substancialmente lo que Catalina ha visto y oído en las Apariciones de la Virgen. Una pequeña insignia de metal no puede reflejar todo lo que ha visto y tal como lo ha visto, pero Catalina está contenta. Por fin la Aparición de la Santísima Virgen ha sido reflejada y acuñada en una Medalla según el deseo de la Virgen María. Será un emblema de fácil transmisión a las gentes, de fácil y sencilla comprensión para las mentes y de agradables sensaciones para el espíritu y el corazón.

Se recoge en la Medalla un nutrido compendio de símbolos que muestran a los fieles (los unos sabios y entendidos, los otros parcos e ignorantes) como en una estampa, los privilegios, prerrogativas y actuaciones de la Virgen María. La fe de la Iglesia, la vida de los fieles cristianos, descubren en la Medalla un instrumento nuevo para intensificar su religiosidad y para expresar la devoción a la Virgen María.

Para los artistas, orfebres, pintores, escultores se abre un campo de trabajo donde pueden demostrar sus cualidades artísticas, transponiendo a un lienzo, a un cuadro o a una medalla, lo sutilmente expresado en una conversación que se transcribe a vuela pluma. Unos y otros esmeran imaginación, fantasía e ilusión para conseguir los mejores tonos en las pinturas, las más vivas expresiones en las esculturas, la más completa idea de comprensión para que los signos detectados y expresados en las apariciones se hagan presentes también en la pequeñez que ofrece el campo de grabado de una medalla o un cuadro. Para las gentes cristianas ha surgido una estrella de devoción que responde efusivamente a las necesidades corporales y espirituales en que se ven envueltos de continuo.

La Medalla se ha constituido por sí misma en una insignia milagrosa, que alivia el mal físico y el dolor espiritual de los que sufren, en insignia religiosa de piedad mariana y prelude de notables acontecimientos sobre la Virgen María que llaman a la puerta de la Iglesia. Se convierte en el milagro de la esperanza para todos aquellos que quieren vivir su realidad

espiritual, personal, familiar, laboral y social, con salud, normalidad y sinceridad y esperan recuperar para su paz interior la certeza indudable de los valores sobrenaturales marianos, los cuales se hacen expresión concisa pero elocuente en los relieves de la Medalla. Todo en la Medalla tiene un significado, una lectura, una lección y una explicación. Todo en la Medalla, anverso y reverso, es mensaje de doctrina cristiana mariana a las mentes desconcertadas por la pobreza, por la guerra, por la miseria, por la impotencia, por la enfermedad, por la soledad, por el pecado, por la fe, por la desesperación y por la necesidad. La Medalla Milagrosa refleja, en su compendio total de símbolos, las más ricas esencias del mensaje cristiano sobre la Virgen María, en una época cuya expresión y protagonismo se hacen urgentemente precisos y necesarios para contrarrestar los efectos del racionalismo y liberalismo que se van aposentado con orgullo en los criterios y comportamientos de la sociedad.

La Medalla es un emblema ovalado. Las confeccionan con oro, plata, cobre y hasta latón. La cara frontal - anverso representa la imagen de María: de pie, erguida, con la cabeza un poco inclinada, la cara fina, indescriptible, inaccesible y hermosa. Cubre la cabeza con un velo de encaje, un manto azul envuelve toda la figura, peina cabellera lisa marcada con raya en el centro que le cae sobre los hombros. Viste vestido blanco, de seda, cerrado, de mangas lisas, el cual le cubre todo el cuerpo hasta los pies. Su silueta es esbelta, bella, armoniosa. Apoya sus pies desnudos en un gran globo. Sobre el globo zigzaguea una serpiente de color verdoso, con manchas amarillas. El pie de la Señora aplasta con fuerza el cuello de la serpiente, inmovilizando su cabeza y ahogándola en movimientos y respiración. La serpiente

está completamente aprisionada. La presión del pie de la Señora es total. Rodea la imagen de la Virgen María una jaculatoria que ocupa todo el óvalo del emblema y la figura: "Oh, María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos".

En una primera fase la Virgen María aparece con un pequeño globo entre las manos. Este globo está coronado por una pequeña cruz de oro. La Virgen abarca con sus delicadas manos la totalidad del globo y alza la cabeza hacia lo alto, a donde dirige intensamente la mirada. En un instante esta posición se desvanece. La Señora abre sus brazos, el pequeño globo desaparece. La Señora inclina la cabeza y extiende sus brazos y sus manos hacia el gran globo en donde apoya sus pies. Las manos están abiertas y extendidas hacia el globo. Ambos brazos y manos guardan exquisita armonía y equilibrio en el conjunto. Los dedos de las manos se llenan de anillos, tres anillos en cada dedo, uno grande, otro mediano y otro más pequeño. Los anillos tienen piedras preciosas, refulgentes, esplendorosas. Desprenden rayos luminosos que se extienden hasta el globo en el que coloca sus pies. Algunas piedras no lucen, parecen estar apagadas. "Los rayos son las gracias que la Virgen derrama sobre los fieles. Las piedras que no brillan representan las gracias que no se me piden", le dice la Señora a Sor Catalina.

La cara posterior - reverso representa varios símbolos de la Historia de la Salvación y de la fe cristiana., Sobre la letra M se sostiene erguida una Cruz apoyada sobre una barra horizontal que se entrelaza en ambos trazos de la letra; llenan el centro del óvalo en su parte superior. Debajo de estos símbolos se representan dos corazones: el Corazón de Jesús, coronado de espinas, y el Corazón de María, atravesado por una espada. Ambos están a la misma altura constituyendo una armoniosa simetría debajo de la letra M y ocupando la parte inferior del óvalo. Ambos están coronados por una llamarada de fuego que surge del interior de cada uno de ellos. Rodeando el óvalo y envolviendo los símbolos mencionados relucen doce estrellas, que resplandecen con la misma intensidad, siendo todas ellas iguales, y muy brillantes.

Sor Catalina le ha expresado en confesión al Padre Aladel lo que ella cree que ha visto y ha oído. El Padre Aladel ha transcrito lo que ha podido captar durante las largas confidencias que la vidente le ha comunicando en la confesión. Sor Catalina, muchos años más tarde, escribe de su puño y letra lo que ha visto y ha oído.

La Medalla circula por las parroquias, conventos y casas particulares llena de serenidad y consuelo las almas (ilusionadas unas, atormentadas otras) de muchos creyentes cristianos y llena de fortaleza y salud los cuerpos famélicos y enfermos de muchos que han tenido la suerte de conocerla. Catalina rubrica su narración con finos detalles, detalles que está muy lejos de conocer directamente a través de sus reducidas experiencias personales. Sin embargo, se muestra exigente y contundente en aspectos con transcendencia intelectual en los cuales difícilmente puede sentirse capacitada para ahondar desde los rústicos conocimientos de religión, teología y moral que acompañan a su formación y educación. La puesta en circulación de la Medalla y las informaciones lacónicas que aparecen en la publicaciones abren dos mundos en relación a la Medalla de la Virgen Milagrosa: Uno, el mundo de las gentes humildes, pobres en conocimientos, ricos en problemas y necesidades, pero abundantes en fe, que se acercan y conectan con la Medalla a fin de colocarse materialmente debajo de los haces de rayos y gracias que se derraman desde sus manos extendidas maternalmente; otro, el mundo de los instalados, sabios, eruditos, teólogos, mariólogos, sociólogos, de hondo calado intelectual y de dulce pico cantarín y fina pluma. Los primeros enriquecen su alma y su vida con los dones que sobre ellos deja caer la Santísima Virgen María; los segundos escarban con ahínco, paciencia y dedicación, en textos,

ideas, criterios, juicios, escritos, profecías, para encontrar las mil y una explicaciones que hagan doctrinalmente de la Medalla Milagrosa la Biblia de María Santísima.

La variedad y riqueza de este simbolismo ciertamente tiene algo que ver con el amplio significado real de la Medalla. De la aceptación universal de la Medalla Milagrosa hablan los expertos en las apariciones de la Virgen Inmaculada a Sor Catalina en la Rue du Bac.

- 

Es la única Medalla mariana que tiene una bendición propia, simple y solemne, aprobada por la Iglesia en el Ritual.

- 

Es la única de origen celestial; la Virgen la diseñó y la mandó acuñar.

- 

Es la única que forma una Asociación Pontificia, pues basta llevarla impuesta para gozar de los privilegios de la Asociación de la Medalla aprobada por San Pío X.

- 

Es, pues, una Medalla sacramental.

- 

Es la única que ha sido llamada "Sagrada" por la Iglesia.

- 

Es la que goza de mayores privilegios: existen unos cien documentos pontificios en su favor.

- 

Es la que mejor resume toda la doctrina mariológica de la Iglesia Católica.

La aparición de la Virgen a Sor Catalina Labouré, que se recoge en la Medalla, es un cuadro donde los símbolos alcanzan características sublimes de historia cristiana y de vida humana para adentrarse en los arcanos y recovecos de la Sagradas Escrituras, la Teología y Mariología, lugares sellados y de muy difícil acceso para los profanos. La personificación de

la aparición de la Virgen María adentra a Catalina en el mundo de la poesía, donde lo bello se une a lo elegante, lo luminoso se confunde con sonidos suaves de lujosas prendas, donde la ternura se mezcla con la delicadeza, donde el calor ambiental se intercambia con el afecto personal, donde la Señora de tierno y pesados miros hace llegar al corazón de la vidente el recuerdo infantil de la madre que tanto necesitó tener cerca.

La Virgen María, figura para el arte, ideal para el amor, recurso para la compasión, estímulo para la aventura personal, trae a Catalina la certeza de no saber definir con claridad si la Señora es bella, si es hermosa, si es guapa. La Señora ciertamente se ha presentado ante ella como la resplandeciente Reina del País más encantado y añorado que Catalina puede imaginar: el Reino de los Cielos donde se concretan en realidad las fantasías, donde la belleza y esplendor conviven con la magnificencia, donde el señorío se reparte por igual entre sus ciudadanos.

La Medalla Milagrosa extendió, como un reguero incontenible de piedad, devoción, reflexión y amor a la Virgen María, por todos los confines del pueblo cristiano, la verdad de la Inmaculada Concepción, amparándose en el simbolismo de la Señora y en la jaculatoria "Oh María sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos", preparando y animando, en principio, la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción que fue proclamado en 1854 por el Papa Pío IX, y consolidando después la aceptación y veneración que esta verdad dogmática de la Inmaculada Concepción significó para todos los cristianos. "Esta Medalla, que representa la imagen de María Inmaculada, juntamente con una piadosa invocación, preparó oportunamente entre otras cosas los ánimos del pueblo cristiano para la inminente definición dogmática de la Inmaculada Concepción y derramó innumerables gracias de todo género y aún más los milagros abundantísimamente", constata el Papa Pío

XI.

LOS SÍMBOLOS

El simbolismo es un método doctrinal de enseñanza y conocimiento, válido y universalmente aceptado tanto en la vida social como en la vida cristiana. La Iglesia perseguida usaba



símbolos para mostrar y enseñar sus doctrinas: la cruz, el pez, el pan y vino, la paloma, las cadenas rotas, las manos juntas, la palma de los mártires, el libro de los doctores, la llave de San Pedro. San Juan, el amigo de Jesús y el vidente de Patmos, ha transmitido proféticamente por medio de símbolos lo que vio y Dios quiso comunicarle. Es el Apocalipsis, último libro de las Sagradas Escrituras. Santa Catalina Labouré, la vidente de Rue du Bac, comunica al Padre Aladel lo que vio y Dios y la Virgen María quisieron comunicarle en un conjunto de símbolos. Es la Medalla Milagrosa.

Los símbolos representan ideas o cosas que no cambian. Su interpretación puede variar según el que lo explica, pero siempre permanece la misma verdad de fondo. Las distintas interpretaciones ofrecerán un conocimiento explicativo más amplio y más profundo, pero la verdad de fondo permanecerá inamovible. He aquí unas palabras de Emilio Campana erudito italiano aludiendo al sentido simbólico que se esconde en la Medalla Milagrosa: "Hay que reconocerlo, nadie jamás ha ilustrado tan luminosamente y tan autorizadamente el puesto que María tiene en la obra de nuestra salvación y el que debe tener en nuestra piedad como lo ha hecho la misma Virgen María dando al mundo la Medalla".

Los símbolos son tan claros que la Virgen advierte a Sor Catalina que "dicen bastante y no necesitan explicación". Puede afirmarse que no hay lugar bíblico que hable de María que no esté incorporado a la Medalla. Por eso hay que deducir que la Medalla recoge un simbolismo universal sobre María. Y este marcado simbolismo es precisamente lo que hace extraordinario el conjunto de personajes y elementos (Vidente, Apariciones y Medalla), considerándolos desde la perspectiva de protagonistas, la revelación y la profecía. Pues hay que admitir como extraordinario el signo expreso de la intervención de la Virgen María por el análisis de todo el contexto: origen de la vidente, circunstancias de las apariciones, realización, acuñación, trascendencia y consecuencias de la Medalla.

Los conocimientos y características personales de la vidente no amparan semejante intervención, la esbeltez, magnificencia y novedad de la figura de la Virgen no tiene parangón con lo que se conoce hasta esta fecha, la forma de actuar de los personajes

Catalina y Padre Aladel se esconden en el silencio, la clarificación efectiva y rápida de la Medalla a pesar del silencio y el anonimato, la repercusión e impacto en las personalidades de la época causadas por las Apariciones y por la Medalla, la intervención directa e inequívoca de la Medalla en curaciones físicas y conversiones espirituales, la extraña santidad de Sor Catalina, perdida en el silencio. Nadie conoce que la campesina Hermana del asilo, encargada de las funciones más humildes, es la vidente de la Virgen. Son situaciones y manifestaciones que destacan los aspectos complejos que acompañan a la Medalla para catalogarlos como extraordinarios y milagrosos en sí mismos.

Teniendo presentes los textos bíblicos importantes sobre la Virgen María, y asumiendo el reconocimiento universal del valor de los símbolos como técnicas y procedimientos de enseñanza, y apoyados en la valoración instrumental de los signos que admite la Iglesia Católica para el ejercicio de la piedad y de la fe del pueblo fiel, se intenta desde el análisis del contenido de la Medalla descubrir y explicar las verdades marianas y la doctrina expuesta en Mariología. Todo ello al amparo del conjunto de símbolos y signos que depara la Medalla Milagrosa.

Ciertamente la Medalla recoge toda una realidad de símbolos, vistos y observados por Catalina en las apariciones de la Virgen María:

La Señora vestida de azul-cielo y blanco-pureza, resplandeciente de luz y estrellas, quiere simbolizar a María, Madre del Redentor, Madre de Misericordia, Mediadora e Intercesora

ante Dios, Distribuidora de todas las gracias, Reina y Madre del Rey, Reina del Mundo, Asumpta al Cielo, Moradora de la Ciudad del Cielo, Concebida Inmaculada, Nueva Eva. Oh María sin pecado concebida... quiere simbolizar a María, Concebida Inmaculada, Exenta de Concupiscencias, Intercesora ante Dios.

La letra M, sobre la que se apoya una Cruz, quiere simbolizar a María, Madre de Dios, Madre del Salvador, Madre del Redentor, Madre espiritual de los hombres, Mujer y Madre que recibe como hijo al amigo de Jesús, Corredentora con el Redentor.

Los Corazones de Jesús y María quieren simbolizar a María Corredentora con el Redentor, Virgen Dolorosa, Madre de la Soledad, Madre del Amor.

Doce estrellas quieren simbolizar a María, Moradora de la Ciudad de Dios, Reina del Universo, Victoriosa sobre el Enemigo.

La Medalla es toda ella un lenguaje claro, sencillo, universal y expreso de símbolos:

La figura de la Virgen sosteniendo entre sus manos el globo, cuya tierna y dolorosa mirada se dirige ya al cielo ya al mundo sobre el que apoya sus pies, con gesto maternal extendiendo sus brazos y manos abiertas, con anillos en sus dedos cuyos rayos derraman sus gracias hacia los hombres.

La Nueva Eva resplandeciente de luz y estrellas por el triunfo sobre el Malo.

La letra M y la Cruz engranan con la figura de la Señora el simbolismo de la Maternidad divina de María, la Maternidad espiritual de los hombres y la Redención de Cristo correspondida por María.

Llegar a descifrar y analizar la amplia gama de símbolos contenidos en la Medalla Milagrosa puede resultar tarea de difícil comprensión para Catalina y para las gentes sencillas que encuentran en la Medalla un medio eficiente de salud espiritual y corporal. A la gente sencilla le resbalan las exquisiteces filosóficas, numismáticas, teológicas y bíblicas. A las gentes sencillas les es suficiente que alguien o algo ilumine su monótono caminar por las veredas de una vida ordinaria. A la gente sencilla le va bien encontrarse con una insignia o una medalla que la libere de sobresaltos, penas y vicisitudes. A la gente sencilla le va bien

que alguien le explique con sencillas palabras las grandes riquezas y los efectos maravillosos que se esconden detrás de una piedad de pueblo acogida a una Medalla que representa las notables virtudes y los sólidos poderes que se encierran en la Virgen María representada en la Medalla.

Para los eruditos, cultos prohombres de la ciencia y del argumento, de la explicación y de la profundización misteriosa, asentados en los arcanos del saber, se quedan las enfarrogosas disquisiciones sobre los misterios de la fe y la interpretación magistral de la Sagrada Escritura. Estos saben llenar de cultas palabras muchas horas de púlpito y predicación, y saben llenar con terminología de universidad muchas páginas escritas quizá únicamente para disfrute de ellos mismos.

El hombre sencillo necesita de la Virgen María, pues necesita percibir de cerca las esencias de la vida de quien en similar caminar ha ido por delante haciendo camino. Las personas sencillas, pobres en ideas cultas, ricas en corazón, necesitan respuestas efectivas a su pobreza de conocimientos para contentarse con la sencilla riqueza de la confianza y la fe que es capaz de llenar su corazón.

La Medalla Milagrosa es, pues, para los eruditos, los cultos intelectuales, un compendio de símbolos sobre las verdades fundamentales de la Mariología que se descifran con solvencia y buenos conocimientos. Para los humildes de la calle, para los que van a pie por la caminos de la cultura y de la vida es el emblema de la Señora que se hace presente cuando se la necesita, que acude siempre cuando se la llama, que consuela sin ruidos y aspavientos

cuando se está triste y abandonado en el desierto de la soledad, que cura lo incurable  
cuando la fe traspasa las montañas, que convierte al incorregible, altanero y soberbio,  
cuando las cuerdas del ánimo ya no pueden soportar más la vanidad y falsedad de tanta  
mentira y tanta bulla.

De la Medalla se puede decir también que es :

Una Miniatura donde se expresa y se recoge el conjunto de las verdades fundamentales del  
dogma cristiano y de la Mariología.

Un emblema que sintetiza los aspectos fuertes que gobiernan y definen la realidad cristiana  
y espiritual.

Un arquetipo de la Historia de Cristo y la Virgen como figuras descollantes de la Historia de la  
Salvación de los hombres antes y ahora en el tiempo, aquí y allí en el espacio y lugar;

Una insignia que condensa y refleja las realidades que motivan los criterios, actuaciones y  
comportamientos de quienes la portan cerca de su corazón o enérgicamente levantada por  
encima de la cabeza.

Una medalla, una moneda, que se porta fácil y cómodamente, que no ocupa lugar, que es  
manejable, y que se constituye en un valor de seguridad, protección o intercambio.

Una mandala, un cuadro para un marco, donde se recogen y muestran las bellezas artísticas  
de gran valor en razón a la calidad y categoría universalmente reconocida del autor y del  
artista.

Un relicario, donde se guardan y se exponen las esencias sagradas de los valores y misterios  
que cuajaron éxito, acierto, poder y maravillas en el pasado.

Un símbolo, un cuadro de símbolos, expresión y expresiones sensibles de algo moral o  
intelectual cuya realidad se toma como representación de otra cosa distinta, pero  
relacionada con la expresión sensible.

CAPÍTULO XXIV: MARIOLOGÍA EN SÍMBOLOS

## MARIOLOGÍA EN SÍMBOLOS

La Mariología es la ciencia que unida a la teología tiene por objeto analizar, reflexionar, discernir, enseñar y defender todo lo concerniente a las verdades sobrenaturales que hacen referencia a la Santísima Virgen María. La Mariología utiliza como fuente principal de sus teóricos discernimientos la Sagrada Escritura. También se acoge a otra fuente importante de criterio y doctrina dentro de la Iglesia cuales son las enseñanzas, cartas, encíclicas, pastorales, dogmas declarados, transmitidos y dejados a la cristiandad como hitos de verdad por los Papas, los Concilios y los Santos Padres.

Asimismo recoge las vivencias y experiencias de los santos y se ilustra con los estudios de los mariólogos y otros expertos conocedores de los fundamentos teológicos de la Religión, cuyos escritos han creado un campo doctrinal reconocido por el Magisterio de la Iglesia. Ayudan también a interpretar las verdades fundamentales de la Religión Cristiana sobre la Santísima Virgen las manifestaciones extraordinarias que la Virgen ha proclamado en sus apariciones. Por último, contribuye a su manifestación en la Historia de la Iglesia, la piedad tradicional y espontánea de los fieles. Así se ha ido creando un compacto conocimiento sobre la Virgen María y se ha impregnado de piedad mariana la vivencia religiosa del pueblo cristiano, llenando encrucijadas de caminos y crestas de montañas de capillas dedicadas a Nuestra Señora.

Me apoyo para hablar de simbología en la sabia pluma de Emilio Cid, humilde Padre Paúl, eminente intelectual y sabio conocedor de los símbolos de la Medalla Milagrosa. (AP.161).

Tres grupos de símbolos representan el conjunto simbólico de la Medalla Milagrosa:

Símbolos inmediatamente Bíblicos: Los Corazones; las doce estrellas; el color del vestido; la serpiente aplastada por el pie de María.

Símbolos remotamente Bíblicos: La Letra M; la Cruz,

Signos naturales que sobrenaturalmente significan lo que expresan: Los rayos de las manos; los globos; la actitud orante de María; la actitud de distribuir de María.

Teología es la ciencia de Dios. La Mariología es la ciencia de la Virgen María. Ambas son ciencias de las ideas religiosas, de la fe cristiana, de la Revelación Bíblica, de los personajes de la Historia de la Salvación. Ambas actúan como hermanas en el descubrimiento y la explicación de los misterios de Dios y las prerrogativas de la Virgen Madre de Dios. Toda la Mariología se reduce a dos principios simples, dice el padre Emilio Cid: "María es Madre de Dios y María es Madre espiritual de los hombres".

La dignidad de ser Madre de Dios exige por pura lógica: el privilegio de la Inmaculada Concepción de María,

la prerrogativa de la Impecabilidad, la imposibilidad de pecar,

la liberación del desorden innato de la concupiscencia, la Maternidad virginal de María,

la Asunción corporal de María a los Cielos,

los carismas espirituales con que es enriquecida por Dios

C. 324 y la Realeza sobre el mundo, junto al Rey del mundo, Cristo.

La maternidad espiritual de María, contenida en la Maternidad divina, representa:

el Consentimiento a la maternidad divina,

la Participación en la obra redentora del hijo desde el inicio,

la Compasión de María junto a Cristo y con Cristo o su Colaboración a la Redención de los

hombres, obra definitiva realizada por Cristo en la Cruz,

la Intercesión de María ante Dios por los hombres, la Distribución de todas las gracias.

María es la Madre de Dios. María es Madre de todos los hombres. María es la Madre del Redentor, es decir, la Madre de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios, hijo de María, hermano mayor y predilecto de todos los hombres. En títulos de relieve, estas afirmaciones son rubricadas por veinte siglos de Teología y otros tantos de Mariología, han copado bibliotecas con las enseñanzas de los Santos Padres, con las orientaciones y directrices del magisterio de los Papas. Han llenado de sentido la vida de muchos hombres y mujeres que son hoy contemplados como santos y personas excelentemente virtuosas. Cada una de estas afirmaciones dan y han dado pie para muchos libros, para muchas horas de reflexión, meditación y trabajo, y han ocupado tiempo y tiempo en sermones, predicaciones, homilías y ejercicios espirituales.

La Maternidad de María no es una maternidad como la de cualquier mujer, sino que es una Maternidad consciente del futuro del Hijo y libre al mismo tiempo. A María le fue revelado el nombre de su hijo Jesús, el Salvador, y por las profecías conocía el modo doloroso de cómo se iba a efectuar la salvación de los hombres. La Maternidad física de María funda y establece una solidaridad con la persona del Hijo, pero no inmediatamente con la obra del Hijo. La Maternidad física de María implica una cooperación con la obra de Cristo, y por esta sola razón sería una maternidad puramente material y mediata. Es la Maternidad consciente del futuro del Hijo, Maternidad de María libremente asumida, la que funda una solidaridad inicial moral con la persona y con la obra del Hijo. Es por esta Maternidad, consciente y

0



libremente aceptada, por la que María queda asociada inicial y definitivamente a la obra redentora de Cristo.

Bajo esta concepción de la vocación realizada de María, las palabras "he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" adquieren un sentido más claro y más contundente, pues el mensaje al que María contesta es glorioso y doloroso al mismo tiempo, significando para la Virgen María un gesto muy noble por el que acepta el sacrificio del dolor, el sufrimiento y la muerte sin atender exclusivamente al honor. En este sentido, la profecía de Simeón es una declaración explícita de esta misma realidad que engrandece la vida de la Virgen haciéndola Madre del Redentor, sumiéndola en la realidad de ser la Madre Dolorosa del Redentor: juntos en su destino el dolor de la Redención y el honor de la Salvación. María conoce de cerca la obra redentora por el dolor de Jesús; y acepta libremente su participación en ella, como toda Madre que se precie ante el destino del Hijo.

#### REVERSO: LA CARA POSTERIOR

La Medalla recoge en el reverso la letra M coronada por una cruz:

La letra M de Madre, Maternidad divina, fundamento de la Maternidad espiritual.

La letra M de María, a quien el Ángel le da el nombre de Llena de Gracia.

La letra M de Mujer, a quien Jesús desde lo alto de la Cruz confiere el destino de recoger y proteger al amigo como a hijo: "Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María. Dice a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre" (Jn.19.2527).

La letra M de Muerte, que reúne junto a la Cruz símbolo de Redención a la Madre y al Hijo.

La Virgen María engendra al Hijo de Dios físicamente. María engendra a los hombres a la vida espiritual del Hijo por medio del amor y del dolor corredentores. La letra M y la Cruz significan la colaboración y unión del amor y el dolor redentor de Jesús, y el amor y el dolor corredentor de María, y explican la Maternidad espiritual de María en pleno ejercicio de salvación.

La Cruz representa el dolor, la humillación, el sacrificio, la muerte, la redención y la

salvación. Son situaciones reales de la vida de la persona de Jesús a quien está unida la Virgen María como Madre y como Mujer, que participa, unida al Hijo, colaborando en el sentido redentor y salvador que Dios da a los acontecimientos, circunstancias y actuaciones protagonizados por Jesús de Nazaret. La presencia de María al pie de la Cruz culmina esa disposición de compenetración y consentimiento, que requiere la obra de redención en cuanto que reclama la cooperación de la Madre, de la Mujer y del ser estrictamente humano. Con la unión de Madre e Hijo en la Cruz, María ratifica su derecho de Madre espiritual de los hombres redimidos y cumple en sí misma las profecías anunciadas en los lugares bíblicos que hacen referencia a la Virgen María de Nazaret.

"Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción" (Lc. 2,35).

La letra M sobre la que descansa una cruz. La letra M es la primera letra del nombre de María. Es la primera letra de su principal privilegio: Maternidad. El arcángel Gabriel por orden de Dios le cambia el nombre para reflejar su adecuada identidad a la misión para la que ha sido escogida. La letra M expresa y recoge toda la grandeza espiritual de María. Expresa también la proyección sobrenatural irradiada desde su persona. La misión de su maternidad la coloca entre los privilegiados, pues con Ella se constituye espiritualmente en Nueva Eva, desempeñando en sentido positivo el papel original de aquella primera Eva, y siendo para los hombres nuevos la verdadera Madre espiritual.

La Cruz es el símbolo de la Redención. Recuerda a la posteridad la persona y la misión de Cristo Salvador. Introduce a la Humanidad en el misterio de la Salvación. Acerca al hombre a la vida de Cristo, personaje central de la Historia de la Salvación y con quien se compenetra para recoger los frutos de su Pasión y Muerte dolorosa. Al estar la Cruz apoyada en la letra M indica unión y fundamento. Unión Corredentora de María con Cristo. Cristo condicionó su actividad redentora a la aceptación voluntaria de María en la Anunciación. Por consiguiente, la Cruz de Cristo se sostiene y rinde su fruto compartiendo el consentimiento de María que permanece unida junto a la Cruz en demostración eficiente de una colaboración estrecha e inquebrantable.

María es la Corredentora porque redime con Cristo. Cristo rescata a la humanidad, pero María está cooperando con El. Por medio de la unión entrañable entre Cristo y María, consecuencia inmediata de la Maternidad y el nacimiento, Madre e Hijo, refrendan la aceptación de los designios de Dios previstos para la Madre, al igual que Cristo acepta la voluntad del Padre.

El dolor personal de Madre se mantiene unido al dolor personal del Hijo, pues la Redención se opera materialmente por la culminación y el derroche de dolor y el sufrimiento. La presencia conjunta de Madre e Hijo ofrece a Dios el Hijo de Dios, alzado entre el cielo y la tierra, ensartado en la cruz. María padece en el alma y padece en el corazón. Lo que sucede en los secretos del alma no se percibe ni se ve. El hombre ha descubierto la expresión de los secretos íntimos del alma en el corazón, símbolo expresivo de los secretos personales y aceptado universalmente. Por eso, para significar la tragedia del dolor, del sufrimiento y de la muerte se remarca el simbolismo de un Corazón, atravesado por siete espadas, y otro Corazón rodeado por una rústica corona de espinas. Espadas y espinas que son reconocidos entre los hombres como causantes de dolores, heridas, sufrimientos y quebrantos.

Debajo de la letra M hay dos corazones: Uno rodeado de espinas y el otro atravesado con una espada con llamas de fuego. Son expresiones que delatan sufrimiento. Sufrimiento que

se refiere distintamente a Cristo, Corazón rodeado de espinas, como fue rodeada de espinas su cabeza; y a María, Corazón atravesado por la espada, recordando la profecía de Simeón. Los dos Corazones están juntos, expresando la unión de ambas personas en una misma misión y destino. Es un juego de matices idénticos para manifestar la realidad dolorosa a través del signo de la persona, el corazón. Pero junto al dolor la expresión del amor: fuego que abrasa el corazón. Por amor se llevó a efecto la Redención en el sufrimiento. Dios, Amor Todopoderoso, inundó de su mismo amor el corazón de María. Es el amor que permanece presente en el espíritu cristiano.

Ambos aparecen coronados por llamas de fuego que brotan hacia arriba desde el interior. Ambos están a la misma altura, están juntos, tienen igual magnitud, son idénticos. Están en actitud de amor. La llamas explican con más fuerza este significado, añadiéndole intensidad, fuego y calor. Ambos están en actitud de sufrir: uno sangra por efecto de la corona de espinas, el otro sangra por efecto de la espada que lo atraviesa. Indudablemente son una patente alusión a la Pasión de Cristo y a la Compasión de la Madre. En ambos, el dolor ocupa todos los resquicios. "Ciertamente la espada atravesó tu alma, Madre santa... Y en verdad, después de que aquel tu Jesús murió, la lanza cruel que abrió su costado no tocó a su alma, pero ciertamente atravesó la tuya", escribió San Bernardo. "Y a ti una espada te atravesará el alma, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones" (Lc. 2,35). El Corazón de la Madre y el Corazón del Hijo unidos. Padece el Hijo que muere físicamente poseído por el misterioso amor de redención, y poseído por el dolor y sufrimiento de la renuncia a las realidades humanas. Padece la Madre que muere maternalmente,

psíquicamente, espiritualmente, poseída por el amor de carne y de madre, poseída por el dolor y el sufrimiento de la pérdida del Hijo del alma. Pasión de Cristo por amor, con dolor. Compasión de María por amor, con dolor. Estos elementos: dolor, amor, obediencia son elementos materiales y formales contrapuestos a los que generaron el pecado en el comportamiento de la primera pareja: acto de egoísmo, rebeldía y gula. Así es como la Medalla se constituye para la Iglesia en expresión vital de la devoción cristiana a los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

El reverso recoge también doce estrellas que circunvalan el óvalo de la Medalla. La Santa no las menciona en sus notas. El Padre Aladel no habla de ellas en la carta al M. Guillou escrita el 17 de marzo de 1834 para ilustrar las informaciones sobre las apariciones y la Medalla. Tampoco hace referencia en el informe dado al Promotor de la Fe el 16 de febrero de 1836 para la investigación canónica de las Apariciones. No las admite el pintor Lecerf en 1836 en la pintura del cuadro de las apariciones encargado por expreso deseo del Padre Aladel. Aparecen, sin embargo, en la primera medalla acuñada por Vachette en junio de 1832. Catalina no pone objeciones.

Una corona de doce estrellas circunda el anterior contexto simbólico. El poderío, de la Señora del Apocalipsis tiene este mismo símbolo. Es un poderío que le viene a María como consecuencia inmediata de sus propios privilegios: María Reina del Universo. Es Reina porque es Madre del Señor. Es Poderosa porque ha conquistado el Poder del Todopoderoso. Por supuesto que estos símbolos son comprobables en los diferentes contextos de las Sagradas Escrituras y vienen a ratificar las distintas profecías que desde los profetas hasta los escritores apostólicos se han transmitido sobre la Virgen María y su misión en la Historia e la Salvación. "Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza" (Apocalipsis, 12,1-6).

Los exégetas dicen que el contexto de este capítulo se refiere a la Iglesia y a la Santísima Virgen. Una corona de doce estrellas sobre su cabeza. En la cabeza de la Iglesia una corona de doce estrellas es la corona de los doce Apóstoles. Reciben la luz de Cristo, la enriquecen

con la luz del Espíritu Santo y la presentan a los primeros cristianos como iluminación de la persona y la obra de Cristo. Históricamente la Iglesia, organizada según las exigencias funcionales de la sociedad y de la historia, aporta la Corona de Estrellas que iluminan la fe y la conversión de los hombres por medio de la doctrina y el ejemplo del Papa, Cardenales y obispos. En la cabeza de la María son las doce prerrogativas con que Dios la quiso enriquecer y adornar.

#### EL ANVERSO, LA CARA FRONTAL

El anverso, la cara frontal es lo más atractivo para el fervoroso amante de la Virgen Milagrosa. La imagen de la hermosa Señora llena por completo el óvalo de la Medalla. Aquí las delicadezas del pintor o del escultor encuentran campo disponible para realizar sus fantasías artísticas: los rasgos de la cara, la posición de la cabeza, la expresividad maternal de los brazos y las manos, la gracia de los pies desnudos aplastando a la Serpiente, las inacabables sugerencias para adornar el vestido y el manto.

La figura de la Virgen se transmite como representación y fotografía de la persona de María, ocupando la parte principal. Es el centro de atracción al cual hacen referencia todos los restantes símbolos. "En su mayor belleza. Vestida de blanco, con un vestido de seda de color blanco aurora". Significan estos aspectos la pureza integral de la Virgen. Lo blanco simboliza la ausencia de mancha. La belleza y la hermosura, como expresión positiva de la gracia sobrenatural, señal de la perfección.

La Señora da opción para descifrar la belleza, la armonía y la elegancia. La ternura y delicadeza personal abren

las compuertas del amor y sentimiento para conectar desde el silencio interior la serenidad de sentarse ante la figura de la Madre que abre sus brazos generosos y que extiende las manos en gesto de ofrenda, comprensión, cariño y perdón. Es la imagen única para el encuentro, para la oración y para la esperanza. El alma de los hombres anda por doquier muy necesitada de estas cosas; por eso, encontrarlas resulta reconfortante.

Al igual que el reverso de la Medalla, el anverso refleja en su conjunto un compendio abundante de las verdades fundamental de la Teología Mariana. Se podría decir que hasta parece demasiado. Si el reverso debe valorarse como una escuela didáctica en símbolos de fe y piedad cristiana, claramente conectados con las profundidades de la Teología y la Mariología, el anverso se centra más expresamente en realzar la persona y la figura cristiana de la Virgen María. Aquí se expresan con nitidez la prerrogativa de la Inmaculada Concepción, la Maternidad espiritual de María, la Corredención de María, María Reina del Universo, la Asunción de María a los cielos, María Intercesora de todas las gracias, María Nueva Eva triunfante del Demonio y el Enemigo, María Madre de Misericordia.

"La Santísima Virgen está de pie, erguida, vestida de blanco, con un vestido de seda de color blanco aurora... Los pies apoyados en una bola. Debajo de los pies, una serpiente de color verdoso con pintas amarillas. La jaculatoria rodea la figura de la Virgen en todo el redondel del óvalo". La imagen hace alusión a los primeros textos sagrados: "Pondré enemistades entre ti y la mujer" y al último libro de la Biblia, el Apocalipsis, "una Mujer, vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza. La Medalla recoge el triunfo de la Mujer sobre el Malo a quien aplasta la cabeza; triunfo que se refleja también en los vestidos señoriales que viste la Señora, la elegancia y finura de los mismos y la calidad del producto. La belleza y esbeltez de la Virgen María transmiten igualmente el nivel preclaro alcanzado y la posición privilegiada que ocupa en la corte del Reino de los Cielos.

Desde los textos bíblicos recogidos, desde la expresividad de la figura de la Virgen María en

la Medalla, desde el compendio de otros símbolos, los metódicos analistas de gestos, signos y señales, quieren distinguir en el anverso de la Medalla dos clases de símbolos:

Símbolos estáticos, que describen prerrogativas personales de la Virgen María: María

Inmaculada en su Concepción, María Reina del Universo, María Nueva Eva, María

Corredentora de la salvación, y que son refrendadas indistintamente en los símbolos de la

Serpiente vencida a sus pies, el color del vestido, la jaculatoria envolvente, el manto azul.

Símbolos dinámicos que expresan directamente la función mediadora de la Santísima Virgen

María para con los hombres: Maternidad espiritual de María, María Intercesora ante Dios de

todas las gracias, María distribuidora de las gracias a los hombres, María Madre de

Misericordia, y que están refrendadas en los símbolos de los globos, la actitud suplicante de

María, los anillos en los dedos, los rayos, la posición maternal, los brazos extendidos, las

manos abiertas.

Desde un principio la Medalla Milagrosa es Medalla de la Inmaculada. Lo es para el padre

Aladel, lo es para los biógrafos de Santa Catalina, lo es para los Papas, pues como tal la

nombran en sus documentos pontificios: "La

Medalla que representa la imagen de María Inmaculada" (Pío XI), lo es para los textos de la

liturgia de la Fiesta de la Medalla, y lo es para el pueblo, pues la imagen de la Virgen supera

el valor plástico y la profundidad teológica de las tan conocidas imágenes de las Inmaculadas

de Murillo.



Pío XII en el decreto de canonización de Santa Catalina Labouré dice: "Ciertamente que no elegí sin una esmerada disposición de la Divina Providencia este día consagrado a la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, por cuya gloria ya antes de la definición dogmática, la Beata Catalina trabajó en gran manera para que este decreto la embelleciese con esta diadema".

Y en otra ocasión dirigiéndose a las Hijas de María repite:

"Hace siete años la canonización de Santa Catalina Labouré coincidía con el centenario de vuestra Asociación, así como el nacimiento de ésta tuvo lugar en los preludios del dogma de la Inmaculada Concepción, inflamando de una intensa devoción las almas cautivas por este gran privilegio mariano".

A fin de confirmar el privilegio de la Inmaculada Concepción, unánimemente los teólogos deducen de los textos bíblicos marianos que María fue exenta de pecado original. Así como la debilidad personal y la amistad de Eva con el demonio y tentador había consistido en el consentimiento a la rebeldía y al pecado, así la fortaleza, la decisión, la enemistad de María, consiste en vencer al pecado, aceptando personalmente y dramáticamente la obediencia a las indicaciones de Dios. Así como la amistad de Eva con el demonio fue puntual, circunstancial, temporal, personal y compartida, así la enemistad de María hacía el tentador es total y radical, absoluta y definitiva. Por eso, esta inmunidad debe extenderse al pecado original.

Por la misma razón María fue exenta de pecado personal, pues fue exenta de concupiscencia; es decir, de tendencia o inclinación al pecado, pues ésta es consecuencia moral del pecado original. Consecuentemente, la Virgen María fue exenta de la corrupción material y física en el sepulcro, pues este privilegio se constituye como premio al triunfo definitivo sobre el demonio, el mal y el desorden, cuyo reino es la muerte y cuya realidad es

la destrucción. Este triunfo sobre el enemigo de Dios y de los hombres, conseguido al amparo de la presencia del Hijo de Dios en su alma desde el principio y por el hecho de ser libremente la Madre de Dios, constituye a María como Reina del Universo, siendo emblemas distintivos de su realeza la magnífica corona que cubre su cabeza, los espléndidos vestidos y los preciosos anillos con los que adorna sus manos.

La jaculatoria: "Oh María sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos" resume una expresión de alabanza, honor y privilegio. Expresa el reconocimiento y aceptación de valores personales y espirituales. Declara la limpieza y autenticidad de la progenie y la estirpe, la admiración por la pureza y la ausencia de manchas e imperfecciones, refiriéndose al nacimiento excepcional de persona humana sin pecado original. Es señal de distinción y privilegio ante el hecho habitual de la existencia: "Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, y bendita tú eres entre todas las mujeres". Es señal de predilección

por parte de Dios definida en la sintonía de los textos sagrados, "Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo". Une el anuncio profético del principio de la humanidad expresado en el Antiguo Testamento con la doctrina evangélica de plena realización completada en la figura de María descrita en el Apocalipsis de San Juan.

La jaculatoria se completa con una invocación de súplica: "ruega por nosotros que recurrimos a Vos". Ratifica la actitud orante de la Virgen y muestra cómo la oración de súplica es una actitud esencial del hombre ante Dios, sea genérica para expresar necesidades universales, sea individual para reclamar ayuda a necesidades individuales. La Virgen que está en actitud orante simboliza la oración en cuanto significación propia del hombre religioso.

María se manifiesta en actitud de oración para expresar su constante intercesión por los hombres ante Dios. María enseña la jaculatoria al igual que Jesús enseñó a los Apóstoles el "Padre Nuestro". Existe un sensible paralelismo entre la jaculatoria de la Medalla, y otra oración especialmente querida por los cristianos: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte". La estructura de ambas recoge una primera parte de alabanza y una segunda de súplica.

María es la Inmaculada Concepción porque en todos los aspectos de su vida y su persona no se puede encontrar mancha o deficiencia:

Inmaculada en el Alma: Porque es nacida sin mancha original, debido a la elección amorosa de Dios; porque mantiene una entrega generosa a Dios; porque acepta conscientemente la misteriosa elección de ser la Madre de Dios; porque cumple sin fallo alguno su deber de mujer, madre y esposa; porque cumple a la perfección el designio de Dios sobre Ella.

Inmaculada en el Cuerpo: Porque ofrece a Dios el don de su virginidad; porque Dios custodia en Ella la virginidad; porque su cuerpo es llevado al cielo para librarlo de la corrupción terrenal.

Todas estas realidades están expresadas en el simbolismo de la claridad del sol, la blancura de sus vestidos, la imposibilidad de ser alcanzada y contaminada por el soplo del espíritu malo.

María Mediadora de todas las gracias. Catalina ve en la aparición a la Señora de pie con un globo pequeño entre las manos coronado con una pequeña Cruz de oro, en actitud suplicante, levantando los ojos al cielo y bajándolos a la tierra alternativamente. Mientras oraba sus manos se llenaban de anillos luminosos, tres en cada dedo (uno grande, otro mediano y otro más chico) con piedras proporcionadas, que despedían rayos hacia la tierra de tal manera que ocultaban los pies de la Virgen María. Algunos anillos no despedían luz. Parece que por razones estéticas, por razones plásticas, por razones de oportunidad religiosa, esta fase no es recogida en ningún momento a la hora de acuñar la Medalla. Santa Catalina durante su vida sintió grandes angustias porque la imagen del globo no era

glorificada. Sus escritos al Padre Aladel insisten en la construcción de un altar con la Imagen de la Virgen del Globo. Al fin, este altar y esta imagen fueron entronizados en la Capilla de las Apariciones años mas tarde. Actualmente recibe en la Capilla la veneración de los fieles. La Virgen del Globo completa la comprensión de la Medalla, pues enriquece el simbolismo de María Reina del Universo, María Intercesora ante Dios Padre, María Reina de Misericordia. Catalina acepta la Medalla tal cual se conoce actualmente. Su deseo es que hay que propagarla, pero insiste una y otra vez en que se establezca la pertinente constancia de la existencia de la Imagen del Globo. El Padre Mott, sacerdote Paúl, interpreta que este pequeño globo simboliza el mundo de los justos, el mundo de los elegidos, la Ciudad de Dios y el globo de los pies simboliza el mundo de los malos, el mundo de los hombres a redimir, la ciudad del mundo.

"Esta bola que ves, representa el mundo entero". Los planteamientos de los teólogos al explicar las cualidades de la intercesión de María es que ésta es universal: ninguno de los hombres es ajeno a la capacidad intercesora de la Virgen María. Desde la perspectiva divina y sobrenatural se les ofrece y se les da, de una manera próxima o remota, directa o indirecta, las gracias suficientes para conseguir la salvación.

"Particularmente a Francia y a cada persona en particular". Al tiempo de ser universal, la intervención de la Virgen en la santidad personal de los hombres es también actual y distinta. Diríase que se sitúa en el mundo de la religión y de la fe de manera particular para cada persona, con nombre y apellido, aquí y ahora, en este lugar y en este tiempo. Y es,

asimismo, eficaz,, desde la actuación eficiente de la Virgen María. Sus manos están llenas de anillos en actitud de refulgir lo que tiene a disposición, las gracias que derrama. Unos brillan con fuerza e intensidad porque desarrollan su proyección efectivamente. Otros están apagados;

poseen capacidad de luz, de destellos, de proyección, pero no hay quien aplique el resorte oportuno y necesario para que resplandezcan, iluminen, abrasen y transformen:

"Estas piedras preciosas de las que no sale nada son las gracias que se olvidan de pedirme".

La intercesión de María exige la oración en los hombres. Las gracias son regalos y dones que llegan al hombre "graciosamente", pero que reclaman un pequeño precio de entrada, una tasa de arbitrios, para poder aposentarse: "Estos rayos son el símbolo de las gracias que la Virgen Santa alcanza para los que se las piden". Pedirlas es el precio: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama se le abrirá" (Mt. 7, 7-8). No en vano los teólogos confirman enérgicamente el precepto de la oración y la necesidad de la oración como el camino ordinario para recibir los bienes espirituales; y el camino exclusivo por el cual se ha de llegar particularmente a la perseverancia final, estado del caminante que le sitúa a la entrada del pórtico de la gran mansión de los Hijos de Dios.

María es la Distribuidora de todas las gracias, que emanan de su título de Madre de Cristo y Madre de los hombres. Se ha ganado legítimamente la influencia ante el Padre. Tiene un conocimiento perfecto de las necesidades de los hombres. Tiene conciencia perfecta de solidaridad. Por su misión está constituida como intermediaria entre Dios y los hombres: para enseñar a los hombres a llegar hasta Dios y para mostrar a Dios más cerca de los hombres. Facilita la unión mutua entre Dios y hombre, llevándola a una realización consecuente: llena de generosidad para con Dios, llena de fidelidad como ser humano, aportando y repartiendo los remedios y las ayudas.

"Los brazos extendidos hacia el mundo": Otra expresión más de intercesión de María en

favor de los hombres, brazos extendidos queriendo recoger, atraer a sí, proteger; manos abiertas en gesto de dar y derramar; brazos de Madre en gestos de Madre. "De las manos salen rayos luminosos que caen sobre el mundo y lo iluminan". Son gracias y dones que emanan del poder de la Virgen María, como respuesta a la actitud de oración y como expresión de poderío. Se derraman sobre el mundo como gesto de iluminación, calor y alegría.

"Está de pie sobre un globo grande". El globo es la personificación del mundo con todas sus realidades, cosas y gentes. Sobre él recaen los rayos de sus manos. Hacia él se extienden sus brazos. El mundo, toda la realidad general y particular del mundo, es el receptor de los cuidados y gracias de María, la Madre de Dios.

"Los pies aplastan la cabeza de una Serpiente". Recuerdo del Protoevangelio cuando Dios le anuncia a la Serpiente que la mujer aplastará su cabeza con el calcañar. Recuerdo del Dragón del Apocalipsis que quiere atraparla pero no puede conseguirlo. La Virgen se presenta como vencedora del demonio señalado en la Serpiente tentadora del Paraíso; se presenta victoriosa como Reina del Mundo y como la Mujer de las profecías.

María es la Nueva Eva refulgente de luz, señorío y elegancia, serena y hermosa, señora y dueña de lo que la rodea. La primera Eva engendró hijos marcados generacionalmente y que pueblan la tierra, la segunda Eva engendra de Dios al Cristo el Salvador, y con esta maternidad engendra para Cristo, con El y en El, a una nueva generación de cristianos que creyendo en El forman la Iglesia, camino de salvación: "Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la Madre de Jesús y de sus hermanos" (Hech. 1.14).

María vence al demonio, vencedor de la primera mujer y padre del mal, utilizando como armas de victoria la personal elección por parte de Dios, la unión maternal física y espiritual con el Hijo de Dios, la santidad personal de su vida: la fidelidad interior, la obediencia dolorosa y la oración de súplica, ofrenda y comunicación. María pisotea a la serpiente, la ahoga, la paraliza, la domina y la vence, simbolizando en este gesto la victoria sobre el Malo, que en un principio había vencido a la humanidad en la persona de la primera mujer y que tras la frustración de la derrota se fue al mundo de los hombres para hacerles la guerra. Muchos han llamado a esta Medalla Milagrosa "Breviario de Ilustración". Otros la han llamado "Libro" y "Prototipo", porque son tantas las enseñanzas simbólicas de la Mariología que ella sola basta por sí misma para explicar el conjunto de dogmas, verdades y misterios que se refieren a la Virgen María. Es por ello que esta Medalla Milagrosa sea la más querida, la más extendida, la más conocida, la que más ha de ser llevada, como señal de piedad personal y como espejo de vida cristiana por todos los que aman a la Señora y Virgen María.